

de

Alfred Bester: Golem¹⁰⁰

El Golem brotaba como lava fundida
de las mentes de las "señoras abejas"...



Lectulandia

En una megalópolis del futuro, un grupo de encantadoras “señoras abejas” se encuentran regularmente para entretenerse. Uno de sus juegos favoritos: un intento de invocar al Demonio por medio de viejos rituales. Por supuesto, no aspiran al éxito, ni lo tienen. Pero en lugar de atraer a un viejo demonio, estas encantadoras señoras crean uno nuevo: el Golem¹⁰⁰, una manifestación de sus inconscientes colectivos que provoca una ola de sangre, tortura y muerte. Pero ellas no advierten la relación entre sus diversiones y los macabros eventos que ocurren en la ciudad. Y el Golem continúa creciendo...

Tres personas intentan detener al monstruo: Gretchen Nunn, una sensual mujer con sentidos paranormales; Blaise Shima, un curioso y extraordinario químico; y el Subadar Ind'dni, elegante jefe de policía de la Patraña, siniestro suburbio del Gran Nueva York. Así se zambullen en el sorprendente mundo subliminal —visual y verbal— creado por dos artistas notables; Alfred Bester (textos) y Jack Gaughan (ilustraciones).

Lectulandia

Alfred Bester

Golem¹⁰⁰

ePub r1.0

Titivillus 20.02.17

Título original: *Golem*¹⁰⁰
Alfred Bester, 1980
Traducción: Rubén Masera
Ilustraciones: Jack Gaughan
Diseño/Retoque de cubierta: Philippe Druillet

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ALFRED BESTER: NUEVA YORK, 2175 D. C.

Si a los autores de ciencia-ficción se les diera un nombre como a los trenes, Alfred Bester se llamaría “El *Spirit* de Nueva York”. Quizá sea una paradoja que una ciudad tan de ahora frecuente con tanta asiduidad los alucinantes futuros de Bester, pero la violencia de Nueva York y su *argot*, sus multinacionales y sus polis, su codicia, su generosidad y su vitalidad resuenan en sus historias de ciencia-ficción como sin duda resuenan también en su cráneo.

En cuanto al *Schtick* con que el tren avanza, como lo diría Bester ¡vaya! resulta ruidoso, impresionante, irresistible, humeante; su avance en la noche se puntualiza con silbatos y chirridos y nunca llega a horario. Lo mismo podría decirse en gran parte de su nueva (y durante mucho tiempo esperada) novela de ciencia-ficción, *Golem*¹⁰⁰, que se desarrolla en el año 2175; pero lo que primero sorprende en ella es la extraña familiaridad de su olor... sí, el olor de la década de 1960. ¿Algo no ha salido bien?

Aun en los ámbitos barrocos de la ciencia-ficción, hogar de la más plena extravagancia individualista, Alfred Bester fue hombre peculiar en el más alto grado. ¿Por qué habríamos de poder preverlo? También él tiene conciencia de la extravagancia. Dijo una vez Bester, refiriéndose a un encuentro con John W. Campbell Jr., finado director de *Astounding Science Fiction*, el mayor de los púlpitos consagrados a la ciencia-ficción: “Fortaleció mi opinión de que la gran mayoría de los que se dedican a la ciencia-ficción, a pesar de su brillantez, están perdiendo el juicio”.

Bester es un autor para autores de ciencia-ficción. La vieja ola, los viejos hombres curtidos de la ciencia-ficción, lo admiraron (a James Blish le encantaba su obra), pero es también un héroe para los jóvenes militantes de la *new wave* de la década del 60, los autores de izquierda, los que creen que el espacio interior tiene tanta relación con la ciencia-ficción como el espacio exterior... escritores como Michael Moorcock. Todo esto se consolidó, sin embargo, en sólo dos novelas: *El hombre demolido* (1953) y *¡Tigre! ¡Tigre!* (1956) y, quizá, en una docena de buenos cuentos. Como autor de ciencia-ficción, Bester no fue nunca prolífico, sólo fue revolucionario.

Nacido en 1913, judío neoyorkino con una carrera universitaria notable por su matizada variedad (humanidades, ciencias y derecho), Bester se inició en la ciencia-ficción con una minúscula explosión cuando en 1939 obtuvo la victoria en un concurso auspiciado por *Thrilling Wonder Stories*. Hasta 1942 publicó catorce cuentos de ciencia-ficción. (“Hell is Forever”, en 1942, cuento que trata del diablo y está plagado de nociones de la psicología popular, puede leerse como un borrador de *Golem*¹⁰⁰ escrito con treinta y ocho años de antelación). En ese año se mudó al mundo de la escritura de comics, exigente pero no prestigioso (*Superman*, *Batman*) y,

más adelante, al de la escritura de guiones radiales (*Charlie Chan, La Sombra*), lugar que fuerza a desplegar gran inventiva a los que son lo bastante curtidos como para sobrevivir. Pero la pródiga mente de Bester comenzó a resentirse de las constricciones de tener que trabajar de acuerdo con fórmulas y complacer a los patrocinadores. A comienzos de la década de 1950 volvió a la libertad relativa de la ciencia-ficción y durante la década siguiente se convirtió en uno de los inmortales de lo que era entonces (pero no ya ahora) una literatura hasta cierto punto despreciada y clandestina.

Todavía pueden verse aficionados en la convenciones de ciencia-ficción con insignias en la que se lee “Vorga, te mataré hasta la muerte”. Estas son las palabras que pronunció Gully Foyle, el parco y vengativo héroe de *¡Tigre! ¡Tigre!*, cuando juró ajustar cuentas con la nave interestelar que lo dejó abandonado en el espacio. Gully Foyle es el arquetipo del Besterman, el equivalente en la literatura popular del siglo XX del inconformista de los dramas de venganza jacobinos; meditativo, sardónico, obsesivo y asesino... a la vez comentarista irónico y brutal actor de un oscuro mundo desprovisto de moral.

Pero no existe sinopsis que pueda aspirar a captar el todo de Bester: rudo, pero refinadamente literario, florido, pero penetrante, y siempre bullente, aunque chispas y burbujas se arremolinan en un caldo sombrío más tóxico que calmante. Puede uno imaginarlo en parte si se lo concibe como el Raymond Chandler de la ciencia-ficción, aunque con mayor crueldad y menor sentimentalismo. Y allá por la década de 1950, no sólo se trataba de su tono, sino también de su inventiva aparentemente infinita. Mucho antes de que Toffler inventara la frase, la mente de urraca de Bester (son sus palabras) nos deslumbraba con *shocks* del futuro interiores tanto como exteriores. No hay lector que pueda olvidar a Ben Reich, de *El hombre demolido*, cuando oscurece su mente, obsesionado por la posibilidad de que se la atisbe telepáticamente, mediante un *jingle* comercial especialmente encomendado; el *jingle* resuena a tontas y a locas en la superficie de su cerebro mientras éste, por debajo, hierve en corrientes homicidas. En el maníaco futuro de Bester, aun la esquizofrenia necesita consultores como Ben Reich.

Era uno de los grandes cuando abandonó la ciencia-ficción; sólo un cuento muy de vez en cuando nos recordaba de qué era capaz mientras se abría un exitoso camino en una nueva carrera de reportero y luego de director de la revista *Holiday*. En 1975 apareció otra novela, *The Computer Connection*, que era todavía ingeniosa, pero el calor al rojo blanco no sobrepasaba ahora un rojo desmayado. Más interesante fue el cuento aparecido en 1974, “The Four-Hour Fugue”. *Golem*¹⁰⁰ incorpora y expande la anécdota dándole dimensiones de novela plenamente desarrollada.

En 2175 Nueva York se conoce con el nombre de la Patraña. Es una jungla; la vida es allí barata y también lo son el sexo, las drogas, el canibalismo y la necrofilia. No es un mal lugar. En él siempre está pasando algo. Pero para ocho elegantes señoras con un bajo umbral de aburrimiento, no es bastante. De modo que ¡muy

divertido! conjuran al diablo. Pues bien, creen haber fracasado, pero en la Patraña comienzan a suceder cosas que harían lucir mezquina la imaginación del Marqués de Sade. El jefe de policía (un hindú de Bombay), la hermosa negra dedicada a la psicología donánica y La Nariz (el más grande creador de perfumes y feromonas, importante profesión en un futuro en que el agua se ha vuelto demasiado cara como para que uno pueda lavarse el rostro, se unen y (varios descuartizamientos más adelante) terminan por desentrañar lo que todos los que recuerden el film *El planeta prohibido*, probablemente adivinaran desde el principio: aquello con que nos enfrentamos es un monstruo proveniente del *Id* (el Ello).

Es inútil. No se puede parafrasear a Bester. Se puede nadar en él o, como yo lo hice en este caso, es posible dejarse hundir en él, pero no dar una sinopsis de una novela entre cuyos ingredientes se incluyen un elaborado *slang* (que sin embargo, de algún modo recuerda la moda de la década de 1960), satanismo mezclado con psicología profunda y más de 60 páginas de ilustraciones de Jack Gaughan, que constituyen una parte intrínseca de la historia... para no mencionar vomitomáquinas de discos, enjambres de señoras abejas, yiddish, sodomía y extravagancias sexuales más abundantes que las que se encuentran en los libros de texto corrientes.

Este es el verdadero sabor de Bester, por cierto, mucho más evidente aquí que en *The Computer Connection*, y todavía se encuentran presentes la pasión y el humor, aunque quizá los fuegos de artificio no arden ya tan fácilmente. Lo que era sobrio y medular, resulta ahora un tanto verborrágico; la locura que antes era estructural, luce ahora como una ornamentación. Se percibe el esfuerzo. Donde antes se lo venía escribir como quien baila, uno, dos, tres y... ¡a volar! se perciben ahora los viejos y poderosos músculos en tensión.

También se ha alterado el juego malabar a que Bester jugaba otrora: el equilibrio entre las fuerzas de la vida y la muerte. Tánatos es ahora quien tiene todas las bolas; la prolífica vida humana de la Patraña ya no es tanto una cornucopia como una Máscara de la Muerte Roja.

La supermujer de la próxima fase evolutiva es una abeja reina; y os lo confieso, os estremeceréis de espanto cuando sepáis lo que hizo con el héroe. Las imágenes son un tanto sombrías y el libro tiene un olor que, cuando se lo piensa bien, no pertenece del todo a la década de 1960. Quizá sea el de la desesperación. Las palabras del propio autor tal vez lo definan: el *bouquet de malades*. El Nueva York de Bester siempre produjo hombres obsesivos y arrastrados por la corriente, pero éste (¿ha cambiado Nueva York acaso?) resulta más corrupto que nunca. El Besterman es en esta novela el Golem mismo.

Peter Nicholls

1

Eran ocho que se reunían en la colmena todas las semanas para calentarse y, a la vez, darse mutuo calor. Eran encantadoras señoras abejas atractivas y de dulce temperamento a pesar del hecho de que —o quizá por ello mismo— todas gozaban de seguridad y podrían abrigar confianza. (Las clases menos privilegiadas las apodaban “putitas de alto linaje”).

No estaban todas cortadas de acuerdo con el mismo patrón como sucede con las abejas de especie entomológica. Aunque vivían en nuestro lejano futuro, eran señoras de especie humana ampliamente individualizadas. Después de todo, nuestros herederos no han de cambiar tanto. Cada cual tenía su propia caprichosa excentricidad, que es la verdadera raíz del encanto.

Cada una tenía un nombre secreto, como de hecho todos lo tenemos, que constituía su verdadera realidad. Quizás esté cometiendo un crimen espantoso al revelarlo —T. S. Eliot insistía en que el nombre secreto de un ser, “el profundo Nombre singular, inescrutable”, no debía ser conocido de nadie—, pero las señoras abejas los conocían y los utilizaban, de modo que ahí van:

Regina, la Abeja Reina. Pronúncieselo de acuerdo con la regla del inglés antiguo: RE-JYN-a.

Marita Confusa, que no atinaba a poner orden en nada, ni siquiera en su peinado.

Nellie Gwyn, que le habría dado peor vida al desvencijado Carlos II que su tocaya.

Señorita Melindre, que balbucía todavía como una nena, y hay quien la oyó decir cuando niña en alabanza de su noviecito de escuela: “es un perfecto caballero. Cuando cruzamos la calle me toma del brazo y me conduce de modo que no pise la mierda”.

Sara Ardorosa, que se llevaba el dorso de la mano a la frente y declamaba en tono patético: “¡Dejadme!, ¡dejadme! ¡Debo estar SOLA! ¡Quiero... coMUNICARME conmigo misma!”.

Yenta Calienta, que sabía todo lo que uno guarda en la cartera, el bolso, el armario y la nevera. Está siempre intentando algún ridículo trueque como, por ejemplo, su reloj de arena roto por vuestro juego de majong antiguo al que le falta una pieza.

Y las gemelas, *Oodgedye* y *Udgedye*, que en ruso significan “Adivina quién” y “Adivina qué”. En una de sus farsas Anton Chéjov dio ese nombre a dos perros.

La suma da ocho. Había una especie de novena, la pequeña esclava de Regina, Pi de nombre, no porque tuviera nada que ver con la razón de la circunferencia del círculo o su diámetro (3,1416), sino sencillamente, porque tenía cara de pastel.^[1]

Puede que queráis saber si las señoras abejas eran casadas o solteras, si vivían en pecado, eran frías o mantenían *affaires* lesbianos, si se mecían de la araña o lo que queráis, la Respuesta es un acallado sí, porque vivían en el famoso o el infame barrio de la Patraña. Ya se hablará sobre éste más adelante. Pero tened en cuenta que todas ellas gozaban de seguridad y confianza en lo que a medio social —todas ellas se habían graduado en el elegante colegio llamado “Las Siete Hermanas”—, prestigio e ingresos se refiere. De modo que cuando se las encuentra solas, abandonada toda reserva, recordad que estáis siendo testigos de su intimidad al descubierto.

El resto del mundo sólo veía mujeres atractivas y aplomadas, exentas de los temores padecidos por la mayoría sumergida que vivía en el barrio de la Patraña: asesinatos, mutilaciones, violaciones, robos y toda otra especie de violencias demasiado abundantes como para enumerarlas. El hecho de vivir en casas fuertemente protegidas preservaba la dignidad y el encanto de las ocho señoras, que utilizaban medios de transporte garantizados y exclusivos con servicio de escolta que acudía a su solo llamado. La única verdadera crisis de su vida era el aburrimiento crónico que es producto de la aislación.

De modo que se entretenían (abandonada toda reserva) reuniéndose con tanta frecuencia como les fuera posible en el enorme piso *d'avant-garde*, propiedad de Regina. Difícilmente podría dársele a éste el nombre de colmena; sin embargo, ellas actuaban como señoras abejas. Sus chismorreos, sus bromas y parloteos llenaban el aire como un zumbido. Realizaban juegos sin sentido. De vez en cuando bailaban la danza de las abejas. Se atragantaban de dulces cuando se sentían inquietas, fatigadas o enfadadas. Y había tristes ocasiones en que se embestían a cabezazos con el fin de establecer un orden informal de dominio. Así lo hacen los seres humanos con muchas otras criaturas. Así lo venimos haciendo desde que la molécula primordial de ADN comunicó a los demás ADN quién era el jefe y lo probó.

La última diversión a que habían recurrido era el satanismo. Ninguna de ellas lo tomaba en serio. Ninguna de ellas creía realmente que pudiera tenerse comercio con el Diablo: montar escobas, quitarse las medias para desatar tormentas y toda esa sarta de disparates. En realidad, Regina había cobrado interés en el juego sólo porque era descendiente de Sir John Holt (1642-1710), Lord Mayor de la Corte de Inglaterra.

Holt era persona inclinada a los placeres mundanos cuando estudiaba todavía en Oxford y a menudo se quedaba sin fondos. Se las compuso para ganarse una semana de alojamiento gratis fingiendo curar a la hija de su casera de una fiebre intermitente. El bribón garrapateó unas pocas palabras en griego en un trozo de pergamino y dijo a la casera que lo sujetara a la cintura de la muchacha y lo dejara allí hasta que se sintiera recobrada.

Años más tarde, cuando Holt fue Lord Mayor de la Corte, una vieja compareció ante él acusada de brujería. Solía curar las fiebres mediante la aplicación de un trozo de pergamino. Holt lo miró y... lo habéis adivinado: el mismo falso hechizo que él había pergeñado años atrás. Se echó a reír, confesó y la vieja mujer fue absuelta. Fue

una de las últimas en ser procesadas por brujería en Inglaterra.

De modo que os daréis cuenta del interés experimentado por Regina y también de la escasa seriedad que le atribuía. Tratábase poco más o menos de un teatro de aficionados, de ensayos dramáticos con aires de café concert, de juegos y diversiones regidos por una clave deliciosamente oscura. Pero lo malo de este juego era que sin saberlo ni intentarlo —repito, *sin saberlo ni intentarlo*—, estas dulces y risueñas señoras estaban en realidad generando un muy condenable demonio.

Era una polimorfa cuasi entidad nunca señalada antes en 1^ entera historia de la hechicería y la ciencia popular demonista, un Golem monstruoso. No, no el tan conocido esclavo sintético de la leyenda judía, sino una multiplicación unitaria de la brutal crueldad que yace profundamente sepulta en el interior de todos nosotros, aun de los mejores. Freud la llamó el “Id” o el “Ello”, la fuente inconsciente de la energía instintiva que exige salvaje satisfacción animal. Solo y por separado, el Id de cada una de las señoras abejas permanecía controlado; pero sumados, consolidados por este satanismo en broma, todos los Id se fusionaban.

$$8 \times \text{Id} = \text{Golem}^{100}$$

Observad el primer ritual.

* * *

—Vamos, señoras, ensayo final para convocar al Diablo. ¿Tenéis vuestros papeles? ¿Todas preparadas?

—Sí, pero ¿es esta vez la definitiva, Regina?

—No, no todavía. Para la definitiva tenemos que hacerlo todas juntas con efectos de escena. Este es sólo un ensayo final, una por una. La Invocación, querida, tú primero.

—Bueno, está bien, *pero* si CUALQUIERA se ¡r! ¡i! ¡e!...

—No, no, Sara. Todas somos ciudadanas de la Ciudad de los Serios. Comienza. Sara Ardorosa declamó la Invocación.

Sara

- 7

0

—¡Maravilloso! ¿Observaron cuánto dramatismo, señoras?

—Puso todo el corazón. Todo el corazón.

—Sara sería capaz de convocar cualquier cosa del labrado de carpintería.

—Sí, os burláis de mí, pero durante la salmodia sentí un
E*S*C*A*L*O*F*R*I*O.

—¿No te haría el diablo cosquillas en el pie?

—NO fue en el pie, Nellie.

—¡Oh, qué travieso!

—¡Vamos, señoras, por favor! Un poco de seriedad.

—¿Acaso Satán no tiene sentido del humor, Regina?

—Trata de no hacer bromas con él, Melindre. Ahora sigamos. *Oodgedye*, es tu turno. La Oración.

Oodgedye leyó la Oración Latina.

$$\begin{array}{r} \text{Sara} \\ + \text{Oodgedye} \\ - 6 \\ \hline 0 \end{array}$$

—Un encanto. Nunca creí que el latín pudiera tener un sonido tan bello.
Felicitaciones, querida.

—Gracias, Regina. Sólo quisiera que además haya tenido sentido.

—Estoy segura de que para el Diablo lo habrá tenido. ¿Quién es la siguiente?
¿Marita Confusa con el Pacto?

—No, yo no, Regina. Viene el Conjuro.

—Oh, pues claro, *Udgedye*. De vuelta al inglés antes que lleguemos al francés.
¿Preparada?

—Lista y dispuesta. Todo el mundo retroceda. Cuando conjuro me convierto
prácticamente en un demonio con forma, humana.

—Espléndido, *Ud*, pero no intimes demasiado con Satán. No es exactamente
alguien en quien confiar.

—Es preciso que estés mofándote de ella, Regina o, de lo contrario, no conoces
los vericuetos del infierno.

—¿Y qué es lo que te lo hace pensar, Nellie *querida*?

—Cuando de brujas se trata, sé que el Diablo es una ganga. Está armado como un
elefante en celo.

—Espero que puedas comprobarlo, Nellie. Muy bien, *Ud.*, conjura al ardiente
elefante para que se reúna con Nellie Gwyn la ardiente.

Udgedye dio lectura al Conjuro.

Sara

+ Oodgedye

+ Udgedye

- 5

0

—Sencillamente sensacional. Podrías vender entradas. Ahora el Pacto. Marita, querida, ¿has practicado el francés medieval?

—Hice lo que estuvo de mi parte, Regina, pero es un hueso duro de roer.

—Te ofrecía un cambio. Marita. Mi idioma por el tuyo. Y en paz. ¿Por qué no aceptaste?

—Vamos, Yenta. ¿Hebreo por francés? ¡Vaya trato justo! No, consulté con algunos expertos en historia.

—¡Sí! Hay una historia en la vida de todos los hombres. Shakespeare. *Enrique IV*. ¿Y qué dijeron los sabios, si tienes a bien responder?

—Fueron bastante vagos, Sara. Nadie sabe muy bien cómo se hablaba en aquella época.

—¿A cuándo se remonta el Medievo, Marita? ¿Al tiempo de Carlos II poco más o menos?

—No estoy segura, Nellie. Más bien al tiempo de Napoleón o de Juana de Arco. Siempre me los confundo.

—¿Cómo es posible?

—Ambos eran generales.

—Hmmm. Sí, tiene cierto sentido. Por lo menos para ella.

—De modo que si resulto ridícula o rara, Regina, recuerda que no es por mi culpa.

—Lo recordaremos, Marita. Comienza.

Marita Confusa leyó el Pacto.

Sara

+ Oodgedye

+ Udgedye

+ Manta Confusa

- 4

0

—¡Maravilloso! Sencillamente maravilloso. Juana de Arco no podría haberlo hecho mejor.

—O Napoleón.

—Ni siquiera el general que conduce el Ejército Glacial.

—Él es difícil de superar.

—¿Por qué?

—Porque es mujer.

—¡Señoras, señoras! Debemos guardar seriedad o nunca podremos conjurar al diablo. Sigues tú, Nellie, con el Ritual.

Nell Gwyn leyó el Ritual.

Sara
+ *Oodgedye*
+ *Udgedye*
+ Marita Confusa
+ Nell Gwyn
- 3

0

—¡Magnífico, querida! Hiciste retumbar esos nombres arcanos como si se tratara de los de un carnet de baile.

—Supongo que de ese modo me convierto en la Favorita del Infierno.

—Sí, ya veo a Satán invitándote a bailar.

—O a follar, Melindre.

—¡Qué vergüenza, Nell! Aquí no se emplean malas palabras.

—Pero se piensan, Melindre.

—*Tú* las pensarás, Nellie.

—No amor, *yo las hago*.

—Por favor, señoras, no disputemos. Ahora es mi turno. La Visión sencillamente me arrebató.

Regina ensayó la Visión.

Sara
+ *Oodgedye*
+ *Udgedye*
+ Marita Confusa
+ Nell Gwyn
+ Regina
- 2

0

—¡Aplausos, Regina! ¡Aplausos, aplausos!

—Gracias. Gracias a todas. Terminaron mis suspiros por el momento. Quien tuvo esa visión fue...

—¡Sí, una B*R*U*J*A!

—Y una de las preferidas del elefante, Sara.

—Estaba por decir que una de mis previas encarnaciones, Nellie. Y ahora, por último, nuestras cabalistas. Una por una, por favor. ¿Tú Melindre?

La Señorita Melindre recitó la primera Cábala.

Sara
+ *Oodgedye*
+ *Udgedye*
+ Marita Confusa
+ Nell Gwyn
+ Regina
+ Señorita Melindre
- 1

0

—¡Fagin! El mismísimo Fagin, Melindre.

—¿Fagin? ¿Quién es Fagin, Regina?

—El Mercader de Venecia. Creí que todo el mundo lo sabía.

—Pues yo no. ¿Es algo malo ser ese tío de Venecia? —El más alto halago, querida. Sólo espero que nuestra segunda Cabalista logre estar a la misma altura. Es la que tiene la tarea más difícil de todas.

—Y yo no sé desempeñarme en ella. Escuchad, quiero hacer un trueque.

—¡Otra vez!

—¿Qué quieres negociar, Yenta?

—Pues bien, el hebreo se me quedó por completo paralizado.

—¿Cómo es eso posible?

—Me casé con una rabí.

—¡No! ¿Una rabí hebrea, una verdadera rabí judía? ¡Qué voluptuosidad!

—Y ella me enseñaba. Pero descubrí mi cara en el espejo mientras me estaba dando la lección... ¡Aj! De modo que no quiero que la cosa se repita. Se me podría quedar la cara Fijada de ese modo.

—Quizás a ella le gustaría más así.

—¡Oh, cállate, Nellie! Estoy ofreciendo un trato. Sostendré la Mano de Gloria cuando hagamos todo el número de juntas, confiad en que lo haré bien.

—Pero íbamos a clavarla en un candelabro.

—Pues en cambio yo la sostendré. De ese modo la cosa tendrá más sinceridad.

—No podrás, Yenta. Te vas a indisponer.

—Prefiero indisponerme a sea fea. La sostendré. ¿Es un trato, Regina?

—Pero es tan horrible, querida... Bueno, está bien. Es un trato. Ahora, señoras, tenemos perfecto conocimiento literal de los hechizos, pero no debemos descuidarnos. Sería fastidioso que un frívolo desliz lo arruinara todo.

—¿Tan puntillosos son los demonios, Regina?

—Así lo dicen todos mis libros de iniquidad. Es un signo de la sinceridad de Satán. Pues bien, ¿preparadas?

—¿Esta vez va en serio?

—Así es. Con luces y utilería. Pi, enciende la Mano de Gloria y alcánzasela a la sira^[2] Yenta. Enciende el incienso y todos los otros olores malignos. Todas juntas alrededor del pentáculo. Haremos el recitado de manera sinfónica. Yo os daré el tempo y los pies de entrada.

Formaron un Círculo en torno al pentáculo trazado en el suelo: Regina, majestuosa y graciosa como una joya barroca a la cabeza del anillo; Nell Gwyn, de rojos cabellos, nívea piel, *poitrine* opulenta; Yenta Caliente, alta, morena, hermosa, varonil; Sara Ardorosa, de penetrantes ojos azules bajo las cejas espesas de un expresivo rostro; las gemelas *Oodgedye* y *Udgedye* semejantes a un par de succulentas esclavas griegas; Marita Confusa, con un peinado similar a un casco torcido; la Señorita Melindre, posible modelo para la Alicia de Tenniel en *A través del espejo*.

—Ahora, señoras —insistió Regina con su dulce voz flotante—, ya no sois señoras. Sois brujas malvadas. Sed realmente sinceras al salmodiar. Proponemos que el Diablo aparezca. Anheladlo. Amadlo. Rogadle... ¡Ya!

* * *

Moderate ♩ = 50

INVO-CACION: 

ORACION: 

CONJURO: 

FACTO: 

GOLEM¹⁰⁰ 

Moderato ♩ = 50

RITUAL: 

VISION: 

CABALA 1: 

CABALA 2: 

INVOCACION: **REGAL AND MAJESTY** **GLORIOUS** **SPLENDOR!**

ORACION: **DESCEND** **CONFESSOR** **THU COMEST** **IN THIS CORSE**

CONJURO: **THOU SPIRIT** **TO COME AND** **SHOW THYSELF** **IN FAIR AND**

PACTO: **WITCH TIME** **SUBSIDUES** **QUE CORRUPTUS** **QUI TIME**

GOLEM NO

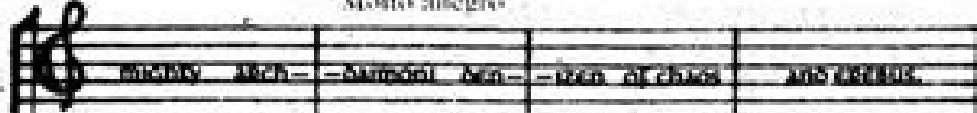
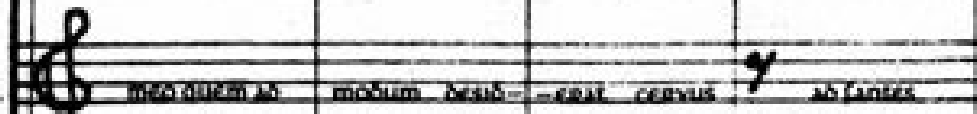
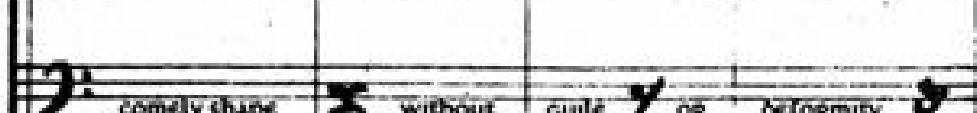
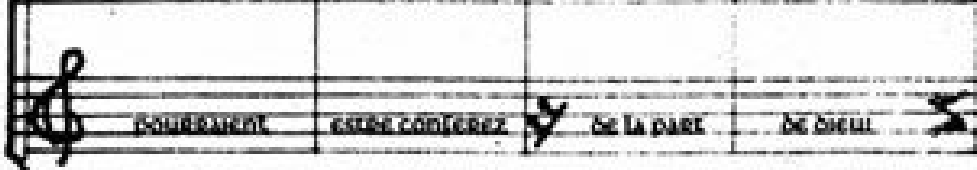
RITUAL: **WICE** **SCORN** **LORE OF ALL** **LUCIFER**

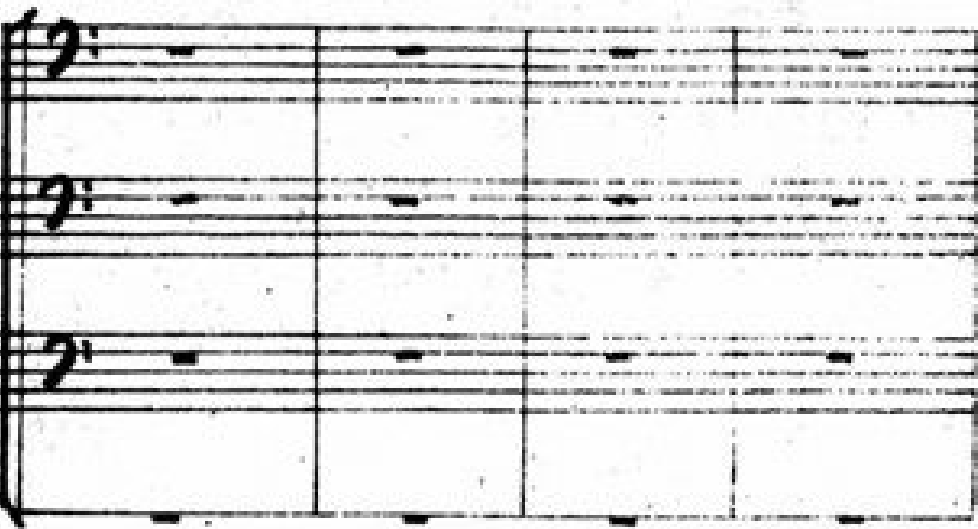
VISION: **AND SAVINGS** **EVERY HOUR** **FROM MY YOUTH** **THE HEAVENS**

CABALA 1:

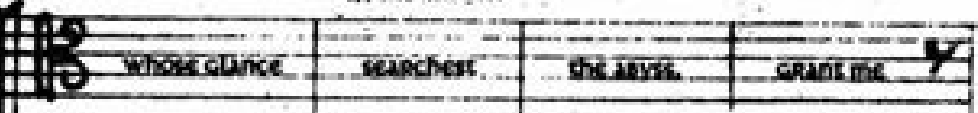
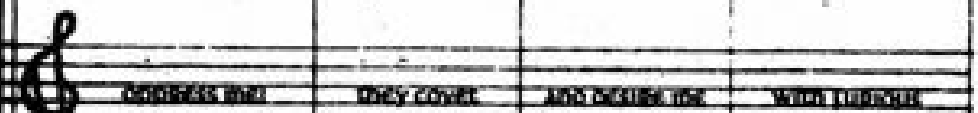
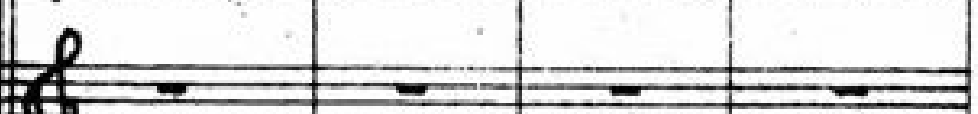
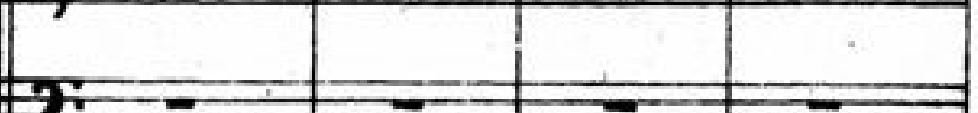
CABALA 2:

Molto allegro

INVO CACION: 
ORACION: 
CONJURO: 
PACTO: 

GOLEM¹⁰⁰: 

Molto allegro

RITUAL: 
VISION: 
CABALA 1: 
CABALA 2: 

INVO CACION:				
ORACION:				
CONJURO:				
PACTO:				

GOLEM ¹⁰⁰ :				

RITUAL:				
VISION:				
CABALA 1:				
CABALA 2:				

Accelerando d 50

INVO CACION:		sky-sephir	must-covered	-es. γ	scam	-mns	mystery.
ORACION:		mandousim	primsi		orica	mayorim	
CONJURO:		luciferi γ	by the seas		day of final	judgement	γ
PACTO:		sancti	su paradi		paradise	se men	paradi
GOLEM ¹⁰⁰ :							

Accelerando d 50

RITUAL:		power γ	to execute		that all	which I	
VISION:		scorn γ	and	encovered	with the	crimson	
CABALA 1:							
CABALA 2:					וְיָבִיט	וְיִשָּׂא	

INVO CACION:		X		
ORACION:				
CONJURO:				
PACTO:				
GOLEM ¹⁰⁰ :				
RITUAL:		X		
VISION:		X		
CABALA 1:				
CABALA 2:				

INVO CACION: — FOR DARRER | HEART-CRUSHING | ASPIRE | SUFFERING

ORACION: CAMPBELL | HAYRAC | SUFFERING | SUFFERING

CONJURO: THOSE BEARS | HAVING EYES | BEFORE ADD | SUFFERING

PACTO: ET SINE | FRANCIS ET DE ME | SUFFERING DE

GOLEM 100:

RITUAL: THEE MY SOUL | MY INWARD | PARTI MY | SUFFERING

VISION: SUFFERING | SUFFERING WILL | BEING TORN | SUFFERING

CABALA 1: SUFFERING | SUFFERING | SUFFERING | SUFFERING

CABALA 2: תָּוֹרַת מֹשֶׁה כִּי יֵרָד מִן הַשָּׁמַיִם

INVO CACION:			
ORACION:			
CONJURO:			
PACTO:			
'GOLEM' 100:			
RITUAL:			
VISION:			
CABALA 1:			
CABALA 2:			

INVO
CACION:

ORACION:

CONJURO:

PACTO:

GOLEM¹⁰⁰:

RITUAL:

VISION:

CABALA 1:

CABALA 2:

The image shows a musical score for a ritual, organized into several sections. The top section consists of four empty staves labeled INVOCACION, ORACION, CONJURO, and PACTO. Below this is the GOLEM¹⁰⁰ section, which contains four staves of music. The first staff of GOLEM¹⁰⁰ has a bass clef and contains a sequence of notes and rests. The second staff has a bass clef and contains a sequence of notes with '3' above them, indicating triplets. The third and fourth staves also have bass clefs and contain complex rhythmic patterns. To the right of the GOLEM¹⁰⁰ section, there are four vertical lines of musical notation, each starting with a double bar line and followed by a series of vertical lines. The bottom section consists of four empty staves labeled RITUAL, VISION, CABALA 1, and CABALA 2.

la *INVOCACIÓN*

¡Te invoco, oh tú sacro! ¡Oh tú regio y majestático! ¡Glorioso esplendor, poderoso archidemonio! ¡Ciudadano del caos y de las víspera y del abismo insondable! ¡Merodeador de las profundidades celestes vestido de lobreguez! ¡Escudriñador del misterio y guardián de los cultos! ¡Terrible abanico de las llamas! ¡Déspota destructor de corazones! ¡Satanachia de demonios! ¡Invencible Lucifer!

el *CONJURO*

¡Te conjuro, espíritu! Ven y muéstrate en dorada forma hermosa sin astucias ni disloques en nombre de Casmiel! ¡En nombre de bienamado Lucifer! ¡Por el día terrible del juicio final! ¡Por el presagio! ¡Por el mar cambiante de vidrio! ¡Por las bestias que tienen ojos por delante y por detrás y que tienen cien manos!

el *RITUAL*

¡Astrachios, Asach, Abedumab, Silet, Scigin, rey de todos, Lucifer, cuya mirada penetra en el abismo, concédeme el poder de concebir mi mente y el poder de ejecutar todo aquello que deseo, oh Lucifer! ¡A ti entrego mi alma, mis vísceras, mis deseos y mi entero ser, dulce señor Lucifer!

la *VISIÓN*

Soy hija de la fortaleza, siempre violada desde la niñez. Los cielos me oprimen, me codician y me desean con furioso apetito. El ardiente círculo de piedra me circunda en sombras y me encubren carmesíes nubes de custodia. Desflorada, soy sin embargo virgen y te daré hijos, ¡oh esposo mío, Lucifer!

Adida Ind'dni era subadar de la ponsoñosa Patraña, distrito policial que comprendía el territorio del Gran Nueva York en el Corredor Noreste. El de sudabar es un alto rango de los militares hindúes que han estado incorporados en la mayor parte de las fuerzas policiales mundiales hacia el año 2175 de Nuestro Señor. Las cualidades particulares de los hindúes de las castas superiores —sutileza, refinamiento, profundos recursos culturales y amplias reservas emocionales— los adecuan de manera ideal a la fatigosa investigación del delito psicópata y psicodélico, modo de vida que cunde en el barrio de la Patraña.

Subadar es un título que puede significar virrey, gobernador, capitán o jefe según os plazca. Respondía a todo saludo por igual porque era de casta y rango demasiado elevados como para pasarse a considerar dignidad y privilegio. Sin embargo lo crispaba un rótulo que los medios de comunicación de masas del siglo XXII le habían colgado: “El *mavin* del Asesinato en la Patraña”. Nunca nadie tenía la osadía de dirigirse a él llamándolo “*mavin* Ind'dni”.

El sudabar creía conocer todo ultraje fatal perpetrado y aun creado (porque de continuo se originaban nuevos pecados) en lo más íntimo del Corredor Noreste, al que sus querellosos habitantes llamaban “la Patraña”, pero este horror no tenía par y provocaba náuseas en su sensitiva alma de hindú.

Se revolvía entre la basura. Estaba atada de brazos y piernas con una especie de cuerda fangosa. Todavía estaba viva y gritaba. Ind'dni deseaba que muriera de una vez porque la cubría un enjambre de escarabajos del tipo de los que se utilizan en los museos de historia natural para eliminar los últimos vestigios de carne de los esqueletos antes de montarlos.

Los escarabajos se afanaban hambrientos y concentrados en devorar la carne de la mujer todavía viva. Ya se le veían partes de hueso. Los ojos, la nariz, las orejas, los labios y la lengua ya habían desaparecido y ella gritaba. Los escarabajos recibían con beneplácito la sangre que manaba de las grietas abiertas en la cara con cada grito de agonía. El subadar Ind'dni se estremeció y cometió el acto compasivo que sin duda habría hecho peligrar su distinguida posición en la Patraña si se la delatara. Tomó un láser de la funda de uno de los *Polizei* uniformados y abrió un pulcro boquete en el cráneo de la mujer.

Hubo gruñidos de alivio entre los miembros de la patrulla de homicidios y supo que su piedad no sería denunciada, pero alguien murmuró:

—¿Y las pruebas, señor?

—¿Pruebas verbales? —preguntó Ind'dni con su airoso acento *chichi*—. ¿Cómo obtenerlas? No podía hablar, por cierto.

—No señor. Pero, ¿por escrito?

—¡Ah, sí, claro! Por escrito. Pero, ¿con qué? ¿Le ve las manos?

—No le quedan, señor.

—Exactamente. ¿Y los oídos? ¿Podría haber oído preguntas? Por cierto que no. No. Sólo tenemos pruebas de hecho y...

El subadar Ind'dni se interrumpió asombrado. No tenía costumbre de asombrarse y se quedó mirando fijamente. Los miembros de su patrulla se quedaron mirando fijamente. En un momento los escarabajos habían desaparecido. En ese mismo instante las amarras desaparecían. No había otra prueba de hecho que el cuerpo roído de la mujer muerta.

—¿Y cómo —se preguntó Ind'dni perplejo— se ha de informar esto al Departamento de Legalidad? Los insectos la cubrían y las ataduras la sujetaban, ¿no es así?

—Así es, señor.

—Los vimos desaparecer, ¿no es así?

—Así es, señor.

—¿Vimos todos lo mismo?

—Sí, señor.

Ind'dni miró fijamente uno por uno a los miembros de su patrulla. Todos eran evidentemente sinceros y estaban convencidos de lo que decían. Suspiró.

—Pues entonces, ¿todos vimos y luego dejamos de ver la causa de esta muerte tan cruel?

—Sí, señor.

—Así es. ¿Creemos en lo que vimos y luego dejamos de ver?

—No es fácil señor.

—¿Fácil? No. Imposible informar de esto al Departamento de Legalidad. Mejor sería declaramos locos.

El subadar Ind'dni olfateó con curiosidad. Las ventanillas de su nariz se estremecieron. Los hedores que contaminaban el barrio de la Patraña le eran familiares, pero este olor era nuevo. No tenía igual. Nuevamente estaba asombrado.

* * *

—¿Dónde está Satán?

—Pues aquí no.

—¿Alguna vio moverse algo en el pentáculo? —Ni la menor señal.

—¿Alguna sintió algo? ¿Tú, Sara? ¿Te hizo el Diablo cosquillas en el pie?

—Ni una, Regina. Ay. ¡Ay! ¡AY!

—¡Maldita sea! Qué desilusión.

—Quizá no estuviera en casa.

—Debió haber estado allí alguien que respondiera.

—Quizá no figure en guía.

—Habría sido lo mismo; era una llamada de persona a persona. Bueno, no nos demos por vencidas. Lo volveremos a intentar la próxima semana. ¿De acuerdo?

* * *

Las histéricas llamadas al distrito de la Patraña habían sido otros tantos galimatías. Pero cuando el sudabar Ind'dni llegó con su patrulla comprendió por qué y quedó espantado.

El hombre gritaba en tomo a un trozo de columna del derruido pórtico del teatro de la ópera; se arrastraba, se caía, se levantaba, tropezaba, lloraba plañiedro, chillaba, clamaba a Cristo y maldecía a sus dioses. Tenía abierta en el vientre una larga cuchillada por la que se le iban la sangre y los intestinos. Un extremo de sus tripas había sido amarrado a la columna y a medida que giraba le iban siendo arrancadas centímetro a centímetro las entrañas que formaban en la columna una guirnalda de gris sanguinolento. Estaba siendo forzado a eviscerarse a sí mismo por...

—¡Qué —explotó Ind'dni—. ¿Qué, por favor? ¿Qué? Yo nunca... Nunca. ¿Ustedes ven lo que yo? ¿Lo que estamos viendo?

Veían un enorme verdugo metálico que brillaba y refulgía; que tenía forma y, sin embargo, no la tenía. Avanzaba como una amorfa ameba proteica al proyectar piernas, pies, patas y manos; una docena de manos, una veintena de manos, una multitud de manos. Algunas refulgían de calor, tanto que llegaban al blanco y su olor se mezclaba con el hedor de la espalda quemada de la víctima, que chamuscada y asada por su empuje, debía girar en tomo a la columna arrancándose las tripas hasta que un grito final de agonía desgarró el barrio de la Patraña y el hombre cayó consumido a tierra. El bulto desapareció entonces dejando sólo su olor sin par que maculaba el olfato del subadar.

—Sí, ahora lo sé —pensó. Los vómitos le impedían hablar—. Lo reconozco. Es el *bouquet de malades*, el aroma de la locura.

Por fin se las compuso para dirigirse a sus ayudantes.

—¿Vieron lo que yo? ¿Lo vimos? ¿Todos?

Sólo pudieron asentir con la cabeza.

—¿Y qué fue lo que vimos?

Un silencio dubitativo.

—¿Era un hombre? ¿Un animal? ¿Alguna criatura? ¿Tenía vida?

Se encogieron de hombros perplejos.

—¿Tenía cara? ¿Facciones? Yo no se las vi.

—Tampoco nosotros, subadar.

—Pero tenía pies. Muchos. Iban y venían junto con la cosa esa. Y manos.

¿Cuántas manos vieron ustedes?

—Diez, señor.

—No, cincuenta, señor.

—Más todavía, señor. Un centenar cuando menos.

—Puede aceptarse esa cantidad. Un ser de cien manos y algunas calentadas al rojo blanco. ¿Lo vieron ustedes?

—Sí, subadar, pero...

—¡Ah!, ustedes dicen “Sí, pero...” y luego no pueden seguir adelante. Sí. Pero. ¿Cómo puede la carne resplandecer de calor al rojo blanco, no? Y sin embargo lo vimos. La carne no puede resplandecer como el metal. Pero. Vimos a las cien manos torturar y matar. Vimos desaparecer a la criatura, y los seres vivientes no pueden desaparecer. Pero tenía vida y lo hizo. Pero. Pero. Pero. ¿Cómo explicar el “Pero” al Departamento de Legalidad? ¿Cómo explicárnoslo a nosotros mismos?

* * *

—Bien, volvimos a fracasar. Maldición, señoras, la cosa no funciona.

—Quizá la dificultad radique en nosotras, Regina. No estamos condenadas... lo suficiente.

—¿Tenemos seguridad de haber salmodiado de manera correcta?

—Lo hicimos literalmente.

—Tal vez no sean los hechizos que corresponden.

—Los saqué de mis libros de iniquidad palabra por palabra.

—¿Y la Mano de Gloria que yo sostuve? ¿Era auténtica? ¿La candela estaba hecha de grasa de virgen?

—Mi Droney me dio su palabra que así era, Yanta. Y la mano que la sostiene es por cierto la mano de un felón ejecutado. Mi Droney tiene mucha influencia en la morgue.

—¿Cómo la obtiene, Nell?

—Con sobornos, Sara.

—¿S*O*B*O*R*N*O*S? ¿A cambio de qué?

—Creí que todo el mundo lo sabía. Mi Droney es un decidido necrófilo, Dios lo bendiga.

—Señoras, basta de parloteos, por favor. Creo que en esto radica el problema; no somos lo bastante serias. Tenemos que volver a probar y esta vez, ser sinceras.

* * *

Estaban tendidos alineados pulcramente, los diez que yacían supinos en el

cementerio de automóviles herrumbrados y putrefactos: un joven y una muchacha, un joven y una muchacha, casi como si estuvieran empeñados en un baile amoroso, salvo no se mecían los unos sobre los otros. Estaban muertos.

—Deceso muy reciente —observó el subadar Ind'dni luchando por guardar la compostura—. Todavía están sangrando, ¿lo ven? —Olfateó y sus delicadas facciones se contrajeron de asco. Reconoció el siniestro *bouquet de malades*—. Sí. No cabe duda. Otra vez nuestra Criatura de las Cien Manos. Sólo algo tan monstruoso podría haber concebido esto.

La concepción era simple y brutal. A cada uno de los jóvenes se le habían arrancado los genitales en vida y conciencia, como lo revelaban las contorsiones congeladas de las caras, y habían sido introducidos en la boca de cada una de las muchachas. A éstas se les había arrancado un seno que había sido introducido luego en la boca de cada uno de los jóvenes. El subadar Ind'dni inhaló profundamente y sacudió la cabeza.

—Debo admitir —declaró ante los miembros de su personal— que, según creo, he vivido demasiado tiempo en el barrio de la Patraña. Recién llegado al Corredor se parecía tanto a mi tan caramente recordado Bombay. Me sentía feliz y en mi casa. Pero hubo cambios y cambios y más cambios. ¿Están de acuerdo caballeros?

—Sí, señor. El Corredor ha cambiado en la actualidad.

—Por cierto, siempre se producen cambios y nosotros debemos siempre, como seres civilizados, adaptamos; pero, ¿adaptarnos a qué? ¿A esto? ¿Y a los otros decesos que produjo la Criatura de Cien Manos? ¿Qué es este monstruo de cien manos que hiede a locura? ¿Cuyos asesinatos hieden a locura? ¿Es animal? Sí y no. ¿Es vegetal? Sí y no. ¿Es mineral? Sí y no. ¿Es algo con lo que hayamos topado antes?

—La respuesta es “No”, subadar.

—Por cierto. ¿Lo guía algún propósito que hayamos advertido alguna vez?

—No, subadar.

—¿Hay algo en la tierra que se asemeje a esta cosa con manos y hedor y locura y crueldad?

—No, señor.

—¿Podría ser un extraterrestre llegado del espacio exterior como sucede en los videos de entretenimiento?

—No, subadar. Nuestra sección de comunicaciones sabe perfectamente que no hay vida de especie alguna dentro de los años luz de nuestro sistema.

—¿Lo saben o lo creen?

—Lo saben, señor. El radio-telescopio de quinientos metros viene lanzando señales luminosas a toda la galaxia desde hace dos siglos... una figura humana, número? binarios, números atómicos, la estructura del ADN, un diagrama del sistema solar... sin que haya habido la menor respuesta. Nos encontramos solos en este segmento de la galaxia de la Vía Láctea.

—Muy interesante. No es entonces un extraterrestre llegado de otra galaxia, por lo que es un forastero de nuestro propio sistema. Es algo vivo e imposible a la vez. Es un hecho incomprensible. Inconcebible. Inexplicable. No obstante, es un hecho. Es una nueva locura del barrio de la Patraña.

—Sí, subadar.

—Por tanto, ¿debemos nosotros resolver esta nueva locura?

—Así es, señor. Nuestro deber nos lo requiere.

—Oh, sí. Nuestra obligación moral y legal, pero, ¿cómo hacerlo? ¿Responderemos a cada nueva locura del barrio de la Patraña volviéndonos nosotros mismos locos? ¿Debemos adaptarnos para satisfacer nuestras responsabilidades, para conformarnos a un mundo de rematada locura y ser considerados cuerdos en él?

—Debemos conformarnos, subadar... todos nosotros.

—¿Entonces debemos adherir a nuestros valores civilizados un secreto y convertimos en Cuerdos Encubiertos? ¿Qué será de nosotros? ¿Qué será de la Patraña y el Corredor? Les ruego, caballeros, díganmelo si les es posible... ¿En qué *se ha convertido* hoy el Corredor Noreste?

3

En aquel momento, claro está, el Corredor Noreste era el barrio bajo del Noreste, que se extendía desde Canadá hasta las Carolinas y hacia el Oeste llegaba a Pittsburgh. Era un manicomio de violencia habitado por un enjambre humano sin medios visibles de manutención ni residencia fija. Era tan vasto y caótico que los demógrafos y los servicios sociales habían abandonado toda esperanza. Sólo la policía continuaba la lucha.

Era un monstruoso espectáculo callejero que todo el mundo denunciaba y adoraba. Vivir en el Corredor y, aún más, en el barrio de la Patraña del Corredor, era como experimentar una desesperada lujuria por una fenomenal Venus hotentote. Se la aborrecía pero era imposible desecharla.

Ni siquiera la clase privilegiada, a la que pertenecían la Reina Regina y sus siete señoras abejas, que podían permitirse llevar vidas protegidas en Oasis plenos de lujo y, de hecho, podían escapar a donde les viniera en gana, ni soñaba con abandonar el barrio de la Patraña. La jungla lo hechizaba a uno. ¡Tenía vida, por los cielos! su demencia producía en profusión excitantes nuevos vicios, pecados, crímenes, ultrajes. No se sabía nunca cuándo uno caería muerto de súbito, pero se sabía en cambio que se estaba espléndidamente vivo.

En el Corredor se producían diariamente centenares de crisis de sobrevivencia. El frío constituía una desventaja fundamental. Todo el mundo se congelaba y el invierno parecía prolongarse la mitad del año. Un nuevo movimiento evangelista popular sostenía que otra Época Glacial estaba en camino con la que se anunciaba el Segundo Advenimiento. En el año místico (?) 2222 se produciría la congelación final y todos los pecadores deberían comparecer. El grupo de músicos Scriabin Finkel había compuesto el himno del Ejército Glacial: “¿Cuándo Será tu Llegada Gigantesca Helada de Dios?”

Aún más exasperante que la falta de calor era la falta de agua potable. Hacía tiempo que la mayor parte de ella había sido incautada por la Icemm (Industria Constructora por un Mañana Mejor), de modo que quedaba muy poca para el atormentado consumidor del presente. Los tanques de los techos estaban destinados a recoger el agua de lluvia que, por supuesto, era frecuentemente extraída con sifones por los HOladros. Reciclada y purificada. Un mercado negro. A eso se reducía casi toda el agua disponible, por lo que muy pocos podían bañarse o lavarse la ropa de manera adecuada y la jungla hedía. Se podía oler el *bouquet* del Noreste desde diez millas mar adentro.

No se crea que a todos les preocupaba heder mientras se saltaban alegremente por sobre la podredumbre de las calles, pero no eran pocos los que querían evitarlo y

recurrían entonces a los perfumes. Había un centenar de compañías en competencia que manufacturaban productos de perfumería, pero, con mucho, la más importante era la Compañías de Chapas Acanaladas que tuvo el buen tino de diversificarse cuando se produjo la gran explosión perfumera.

La CCA admitía graciosamente en privado no haber logrado gran ventaja en relación con la competencia hasta el momento en que Blaise Shima se les unió. Luego no tuvo rival. Blaise Shima. Ascendencia: francesa, japonesa, irlandesa. Familia: ninguna. Títulos universitarios. Bachiller en Ciencias en Princeton, *Master* en Ciencias en el M.I.T. y Doctor en la Dhow Chemical. (Dhow comunicó secretamente a la CCA que Shima era un triunfador y que todavía había pendientes varios procesos por conducta deshonesta iniciados por la competencia ante la Junta para el Examen de Ética Empresarial.) Blaise Shima, treintiún años, soltero, heterosexual, genio.

Su genio residía en el sentido del olfato y en la CCA lo llamaban en privado “La Nariz”. Lo sabía todo sobre perfumes y su química: los productos animales —ámbar gris, castor, civeto, almizcle—; las esencias destiladas de las plantas y las flores; los bálsamos que exudan los árboles y los arbustos heridos —mirra, benjuí, estoraque, Perú, Talu; las sustancias sintéticas derivadas de la combinación de las fragancias naturales con los esteres de los ácidos grasos.

Shima había creado todos los productos de mayor venta de la CCA: “Vulva”, “Lenitivación”, “Axila” (nombre mucho más atractivo que “Sobacal”, sugerido por Kornbluth, del Departamento de Ventas), “Pre-F” y “Lenguaviva”. Era atesorado por la CCA, que le pagaba un sueldo lo bastante descomunal como para poder vivir en un Oasis de superlujo confortablemente caldeado. Más aún, la CCA le adjudicó, gracias a la influencia de que gozaba, una generosa reserva de agua potable f. & c. No había muchacha del barrio de la Patraña que pudiera resistir una invitación de Shima por una buena ducha caliente.

Pero Blaise Shima pagaba un alto precio por todas estas comodidades. No le era permitido nunca usar jabones aromáticos, cremas de afeitar, pomadas, perfumes o depilatorios. No le era permitido nunca comer alimentos condimentados o beber otra cosa que agua destilada. Esto, lo entenderéis sin duda, para impedir la contaminación de La Nariz que podía olerlo todo en su puro laboratorio esterilizado y crear de ese modo nuevas obras maestras. En el momento estaba componiendo un producto nuevo sobre el que se fundaban muchas esperanzas (nombre provisorio, “Dil d’Eau”), pero habían transcurrido ya dos meses sin llegar a resultados positivos y la demora alarmaba al Departamento de Ventas de la CCA. Había una reunión de la junta de directores.

—¿Qué diablos pasa realmente con él?

—¿Habría perdido su don?

—Eso es imposible.

—Después de todo, otras veces ya se ha demorado. ¿Se acuerdan de esa

muchacha de Ipanema? Lo dejó agotado. ¿Cómo se llamaba?

—Idelfonsa Lafferty.

—De acuerdo con todos los informes, era una guerrera, pero Idelfonsa no lo gastó tanto. Quizá necesite un descanso.

—Vamos, si tuvo unas vacaciones de tres semanas no hace todavía tres meses.

—¿A qué se dedicó?

—Pasó una semana devorando y bebiendo una tormenta, según me dijo. Tiene apetitos exuberantes.

—¿No será ese el motivo? ¿La resaca?

—No. Dijo que la segunda semana se la pasó purgándose antes de reintegrarse al trabajo. Era sincero.

Irrumpió el presidente de la junta, colosal, dominante, de piel parecida a la de un cocodrilo:

—¿Tiene algún inconveniente aquí en la CCA? ¿Dificultades con el personal de autoridad media, quizá?

—Imposible, señor presidente. No se atreverían a molestarlo.

—Dicen que no puede gastar todo lo que gana ahora.

—Esperen. ¿No habrá hecho algún contacto con él nuestra competencia?

—La competencia nunca deja de ponerse en contacto con él, señor, pero se burla de ella. Está satisfecho aquí.

El presidente se quedó pensando.

—Puede que sea algo personal entonces.

—De acuerdo, señor.

—¿Las habituales dificultades con mujeres?

—¡Mi Dios! ¡Nosotros las tendríamos! En su vida privada La Nariz se convierte en El Padrillo.

—¿Su familia?

—Es huérfano, señor presidente.

—¿Ambiciones? ¿Incentivos? ¿Sería conveniente hacerlo funcionario de la CCA? Creo que hay una vicepresidencia vacante.

—Se la ofrecí el primero de año, señor, y se rió de la proposición. Sólo le gusta jugar con sus productos químicos.

—¿Por qué no juega entonces?

—¿Qué diablos pasa realmente con él?

—Y así fue cómo empezó usted la reunión.

—De ningún modo.

—Pues sí.

—No.

El presidente volvió a interrumpir y su vozarrón se asemejaba a un rugido controlado.

—¡Caballeros, caballeros, por favor! Parecería que el doctor Shima tiene

problemas personales que están ahogando y/o bloqueando su genio sin par. Debemos resolvérselos. ¿Es urgente?

—Lo es, señor presidente. El Departamento de Ventas ha registrado por adelantado más de un millón de pedidos de “Dil d’Eau”. La confianza que se deposita en nosotros sufriría un daño irreparable, para no hablar de lo que sucedería con la reputación de Shima.

—Entiendo. ¿Alguna sugerencia?

—¿Un tratamiento psiquiátrico?

—De nada serviría sin cooperación voluntaria. Y tengo mis dudas de que él cooperara. Es un amarillo^[3] testarudo.

—¿Senador? —lo reprendió el presidente—. Se lo ruego. No deben utilizarse semejantes expresiones en relación con uno de nuestros miembros más valiosos.

—Señor presidente, usted dijo que nuestro problema radicaba en resolver el suyo.

—Así es gobernador.

—¿No deberíamos entonces averiguar primero en qué consiste?

—Su propuesta no es desatinada, gobernador. ¿Alguna sugerencia?

—Creo que el primer paso consistiría en mantener una vigilancia encubierta de veinticuatro horas al día; de todo lo que el amarillo... ¡Perdón! De todas las actividades, las amistades, los contactos, etcétera, del doctor.

—Buena idea, senador. ¿Con el concurso del personal de seguridad de la CCA?

—Sugeriría que no, señor. Inevitablemente habría infiltraciones internas y si el amarillo... quiero decir, ¡el doctor!, se enterara de que es vigilado sólo se lograría disgustarlo.

—¿Vigilancia del exterior entonces?

—Sí, señor.

—¿Alguna sugerencia?

—Utilizamos en el pasado los servicios de Huellas Perdidas Asociados, señor. Se han desempeñado siempre con honestidad y eficacia.

El presidente se quedó pensando; luego se puso de pie y se alejó pesadamente lento como un cocodrilo. Mientras lo hacía, exclamó por sobre el hombro:

—Muy bien. Todos de acuerdo. Ha terminado la reunión.

* * *

—Señoras, esto resulta tremendamente aburrido. —La Abeja Reina revoloteaba con graciosa exasperación—. Nos aprendimos todos esos espantosos hechizos y quemamos esos olores hediondos para nada. Nada de Lucifer. Ni siquiera un demonio asistente. Votoporun cambio.

—No podría estar más de acuerdo, Regina —dijo Oodgedye—. Intentemos otra cosa y basta de latín.

—Y basta de hebreo. Siento todavía la cara endurecida.

—Señoras, habla la capitana de vuestro crucero.

—Temblamos de incertidumbre. Regina.

—Yo, más bien, tiemblo de frío —dijo Nell con la nivea piel erizada—. Me estoy congelando, Regina.

—¡Pi, muchacha! ¡Más turba en la chimenea! De prisa. Y pon la cafetera en el fuego. Beberemos café.

—Sólo queda agua del baño reciclada, sira Regina.

—Usala. Señoras, he aquí mi plan. ¿Qué os parecería una reunión de abejas al modo antiguo para tejer colchas?

—¿Reunión de abejas para qué?

—Reunión de abejas para tejer colchas. Las mujeres de antaño solían hacerlo. Se reunían de vez en cuando como nosotras y cosían colchas de remiendos.

Sara Ardorosa estaba atónita.

—¡¡¡Quieres decir que esas BELLEZAS se hacían a mano!!! ¿A M*A*N*O? Siempre creí que los museos las tejían automáticamente.

—¿Las *jodían* automáticamente?

—Oh, calla, Manta —dijo Regina riendo—. Sí, se cosían a mano y nosotras podemos hacer una si queréis.

—Yo quiero, Regina —se interesó Yenta Caliente—. Pero, ¿quién de nosotras se quedará con ella después de terminada?

—Ninguna. La venderemos a un museo y nos compraremos galones de buen perfume para todas.

—¡Cielos! Cuenten conmigo. ¡Brrr! —Nell Gwyn se estremeció—. ¿Alguien más a favor? Manos en alto, por favor. Tú no, Pi, tú no tienes derecho a voto. Una, dos, tres, cuatro... De ocho, seis. *Oodgedye* y *Udgedye* en disensión, como de costumbre.

—Nosotras no disentimos. Nosotras recusamos.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Es algo cochino?

—En otra ocasión, Melindre. Pues, ¿ahora qué, Regina?

—El problema son los remiendos, Nell. De colores y de verdadera tela; nada reciclado.

—No hay problema, Regina. Mi Droney tiene una soberbia colección de corbatas de seda antiguas. Tiene muchas duplicadas que nunca echará de menos. Las traeré.

—Magnífico, Nell. En uno de mis libros de iniquidad hay un diseño fascinante. Comenzaremos en el próximo encuentro. ¡Pi! ¡El café! Debo confesar que la reunión de abejas costureras resultará un alivio después del intento de contacto con ese viejo cretino de Satán.

* * *

Los miembros de la empresa Huellas Perdidas Asociados estaban furiosos. Era la primera vez que le fallaban a un cliente importante y, de alguna manera, tenían la impresión de haber sido engañados. Al cabo de dos semanas el administrador general devolvió el caso a la CCA y sólo pidió que se le pagaran los gastos.

—¿Por qué no nos advirtió que temamos que vénsola con un pro, Señor Presidente? Nuestros rastreadores no están preparados para eso. Sólo manejamos gorriones.

—Un momento, por favor. ¿Qué quiere usted decir con “pro”?

—Un maleante profesional.

—¿Un qué?

—Un bribón, matón, fullero, ladrón.

—¿Nuestro doctor Shima un ladrón? ¡Ridículo!

—Mire, señor Presidente. Le voy a trazar el cuadro y usted llegará a sus propias conclusiones, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

—De cualquier manera está todo detallado en el informe. Todos los días apostábamos a la puerta de su comercio a dos rastreadores, es decir, dos colas o dos sombras. Cuando Shima se iba, ellos lo seguían. Siempre se iba derecho a casa. Salvo con muchachas, no se encontraba con nadie. Nada de nada. ¿De acuerdo?

—Prosiga.

—Apostamos en torno de su Oasis un doble turno. Tiene protección de primera de modo que eso fue sencillo. Todas las noches le envían la cena del Vivero Orgánico, un establecimiento que expende alimentos puros sin agregado alguno. Todo en orden. Nuestros rastreadores investigaron a los muchachos repartidores. En orden. Investigaron las comidas, a veces para uno, casi siempre para dos. En orden. Ni rosas, ni azules, ni rojos, nada de nada.

—Perdón, no entiendo a qué se refiere.

—Nada de malo, señor. Es la lengua de la calle; el idioma del barrio de la Patraña para designar las hierbas... quiero decir, las drogas. Se viaja mucho en estos tiempos.

—Gracias.

—Nuestros rastreadores siguieron a las muchachas que salían de su *penthouse* y las investigaron. Nada raro. Hasta ahora, nada de raro. ¿De acuerdo?

—¿Y entonces?

—Pues bien, he aquí el misterio. Un par de noches a la semana sale de su casa y se interna en el barrio de la Patraña. Se va a medianoche y no vuelve hasta las cuatro, poco más o menos, con un margen de media hora.

—¿A dónde se dirige?

—¡Ah! Ese es el misterio del misterio. No lo sabemos. No lo sabemos porque logra eludir a los rastreadores como buen pro que es. Se interna en la Patraña como una puta o un marica en busca de clientela y siempre elude a nuestros rastreadores. No los estoy desdeñando. Son buenos, pero él es mejor. Es listo, resbaloso, rápido, un

verdadero pro; demasiado para la capacidad de Huellas Perdidas.

—¿De modo que no tiene idea de lo que hace o de con quién se encuentra entre la medianoche y las cuatro de la mañana cuando sale?

—No señor. Nosotros no tenemos nada y usted tiene un problema. Lamento defraudarlo. Los gastos es todo lo que pedimos.

—Gracias. Pues bien, contrariamente a lo que popularmente se cree, las corporaciones no están del todo encallecidas. La CCA entiende que los resultados negativos también son resultados. De hecho, fue el mismo doctor Shima quien nos lo enseñó. Ustedes nos dieron resultados y yo me siento satisfecho. Recibirán los gastos y también los honorarios acordados.

—Señor Presidente, yo no puedo...

—No, no. No sienta que no se lo ha ganado. Nos ha conducido hasta esas cuatro horas misteriosas. Ahora, como usted dice, ellas constituyen nuestro problema. Me temo que tendré que recurrir a un especialista un tanto extraño; claro que el doctor Shima nos ha enseñado también que los problemas extraños exigen extrañas soluciones.

4

La CCA convocó a Salem Burne, el Brujo profesional o maestro hechicero. El señor Burne insistió siempre en que él no era nigromante ni psiquiatra, sino una combinación de ambos, y se daba a sí mismo el nombre de psicomante. Llevaba a cabo los más penetrantes análisis de las personas perturbadas gracias a su notable percepción del idioma somático y su aguda interpretación de la lengua silenciosa. Fingía practicar la hechicería para encandilar y desarmar a sus pacientes.

El señor Burne entró en el immaculado laboratorio de Blaise Shima con sonrisa seductora. El doctor Shima dejó escapar un grito de angustia.

—¡Le dije que se esterilizara antes de entrar!

—Pero lo hice, doctor. Del modo más puntilloso.

—De ninguna manera. Apesta a anís, ilang-ilang y antranilato de metilo. Me ha contaminado el día. ¿Por qué?

—Pero doctor Shima, le aseguro que yo... —De pronto el Señor Burne se interrumpió—. ¡Oh, Dios mío! —se lamentó—. Tiene usted razón. ¡Estoy impuro! ¡Impuro! Esta mañana usé la toalla de mi mujer.

Shima se echó a reír y puso los ventiladores al máximo de intensidad.

—Comprendo, un error natural. Nada de rencores, pero dejemos a su esposa fuera de la cuestión. Tengo una oficina en un subsuelo a una milla de distancia por debajo del vestíbulo. Podremos conversar allí.

Tomaron asiento en la oficina y se escudriñaron mutuamente. Shima vio a un hombre escrupuloso, aplomado, de cerca de cincuenta años, esbelto, de piel tersa, que se movía y hablaba con precavida cortesía y, sin embargo, siempre con ligero humor.

El señor Burne vio a un hombre bastante joven, agradable, macizo y musculoso, con el equilibrio de un boxeador de peso mediano o, más bien de un campeón de karate. De oscuros cabellos cortados al ras, pequeñas orejas expresivas, pómulos altos, ojos rasgados que sería necesario vigilar muy de cerca, boca generosa y manos graciosas que procurarían una total revelación involuntaria.

—Bien, señor Burne, ¿qué puedo hacer por usted? Mills Copeland, nuestro presidente, dijo que agradecería mucho el favor y yo estoy encantado de complacerlo —dijo Shima mientras sus manos preguntaban: “¿Por qué demonios vienes a molestarme maldito curandero?”

—Doctor Shima, en cierto sentido, soy su colega. Como ya se lo dije, soy un psicomante, un nigromante de la psiquiatría, por así decir. Parte crucial de mi técnica de diagnóstico es la quema ceremonial de incienso, pero las fragancias son todas bastante convencionales. Tenía la esperanza de que con su pericia pudiera sugerirme algo inusitado para el ritual que, con toda honestidad, no es sino una decoración.

A Shima le encantó la franqueza de Burne.

—Comprendo. Interesante. Usted ha venido usando estacte, onycha, gálbano... ¿ese tipo de aromas?

—Si esos son sus nombres. Yo no soy químico. Pero son todos convencionales y mis pacientes, al cabo de muchas experiencias, ya no se impresionan como antes.

—Muy interesante. Sí. Por supuesto, podría sugerirle algo diferente, incluso inusitado, como por ejemplo...

De pronto Shima se interrumpió y se quedó mirando fijamente el vacío. Después de una larga pausa el psicomante preguntó:

—¿Sucede algo malo, doctor Shima?

—Pues mire —exclamó Shima—, usted viene siguiendo una pista equivocada.

—¿Sí? ¿Por qué motivo?

—Lo convencional es *quemar* incienso y probar olores diferentes de nada servirá. ¿Por qué no intentar un enfoque totalmente novedoso?

—¿Y en qué consistiría?

—En el principio Odófono.

—¿Odófono?

—Es un término bastardo con raíces latina y griega. (Me gustaría desembarazarme de mi cultura). Entre los aromas existe una escala semejante a la que existe en música. Los olores agudos corresponden a las notas altas y los olores pesados a las notas bajas. Por ejemplo, el ámbar gris es el sobreagudo, mientras que el violeta es el bajo. Podría trazar para que usted viera una escala de aromas que abarcara un par de octavas; luego la composición de la música ritual correría por su cuenta y también decidir cómo ejecutarla.

—¡Doctor Shima! ¡Esto es brillante sin lugar a dudas!

—Lo es, ¿no es así? —Una sonrisa se dibujó en el rostro de Shima—. Pero con toda honestidad, debo señalar que somos iguales en brillantez. Nunca se me habría ocurrido la idea, si no me hubiera hecho usted muy original y fascinante desafío.

Hicieron contacto de este generoso tenor y luego conversaron del asunto con entusiasmo. Almorzaron juntos (verduras crudas y agua destilada para Shima) y se dijeron algo acerca de sí mismos y de sus singulares profesiones. Trazaron incluso planes para llevar a cabo el experimento con el incienso para el cual Shima se ofreció a participar voluntariamente a pesar del hecho de que para él el satanismo y la ciencia demoníaca eran algo ridículo.

—Y, sin embargo, la ironía reside en el hecho de que en realidad está demonizado —informó Salem Burne.

El presidente consideró la cuestión más bien como lo haría un saurio adormecido sin poder llegar a nada de limpio al respecto.

—La psiquiatría y el satanismo utilizan términos diferentes para los mismos fenómenos, señor Copeland —dijo Burne suprimiendo el aguijón de la lección que estaba impartiendo con un tono ligero—, de modo que quizá sea mejor que traduzca.

Esas cuatro horas sin huella son fugas.

El presidente no obtuvo esclarecimiento alguno.

—¿Se refiere a la expresión musical, señor Burne?

Burne negó con su noble cabeza.

—No, señor Copeland. Fuga es también el término psiquiátrico utilizado para designar una forma pronunciada de sonambulismo.

—¿Cómo? ¿Blaise Shima camina en sueños?

—La cosa es algo más complicada, señor. El caso del sonámbulo es algo más sencillo en comparación. Nunca está en contacto con lo que lo rodea. Se le puede hablar, llamarlo por su nombre, disparar un cañón por sobre su cabeza incluso y él permanece tan tranquilo.

—Sí. ¿Y en el caso de la fuga?

—En el caso de la fuga, el sujeto *mantiene* contacto con lo que lo rodea, pero siempre *dentro* de la fuga y sólo dentro de ella. Tiene conciencia y guarda memoria de los acontecimientos que ocurren en la fuga, pero de nada más. Cuando sale de la fuga, no tiene conocimiento de nada que haya ocurrido dentro de ella.

—Estoy empezando a entender. ¿Es como si fuera dos personas diferentes?

—Exactamente, y ninguna de ellas sabe ni recuerda nada de la otra.

—De modo que cuando se recupera no puede decirnos nada de lo que ocurre durante sus lapsos.

—Nada.

—¿Ni por qué los padece?

—No.

—¿Y usted?

—Me temo que no, señor. Mis poderes tienen un límite. Todo lo que puedo decirle es que algo lo impulsa. Un hechicero le diría que está poseído por el Diablo, pero eso es sólo la jerga de la hechicería. Un psiquiatra le diría que padece de obsesiones o impulsos, pero eso no es más que la jerga de la psiquiatría. La terminología carece de importancia. El hecho básico es que algo obliga al doctor Shima a internarse por las noches en la Patraña para hacer... ¿qué? No lo sé. Todo lo que sé es que esa compulsión es la causa más probable de su bloqueo creativo.

—¿Qué sugeriría entonces para solucionar el problema, señor Burne?

—Dado que me explicó usted las circunstancias que vuelven delicada la situación, señor Copeland, todo lo que puedo sugerir es que rece.

—¿Rezar? ¡Dios de los cielos!

—Al cielo, si gusta, o al infierno. Rece lo que quiera, señor. Quizá lo mejor sería rezar para que ocurra un milagro. El problema que usted tiene es inusitado y le hará falta un milagro para resolverlo.

—Seguramente usted no habla en serio, señor Burne.

—Por cierto que sí, señor. ¿No cree en milagros?

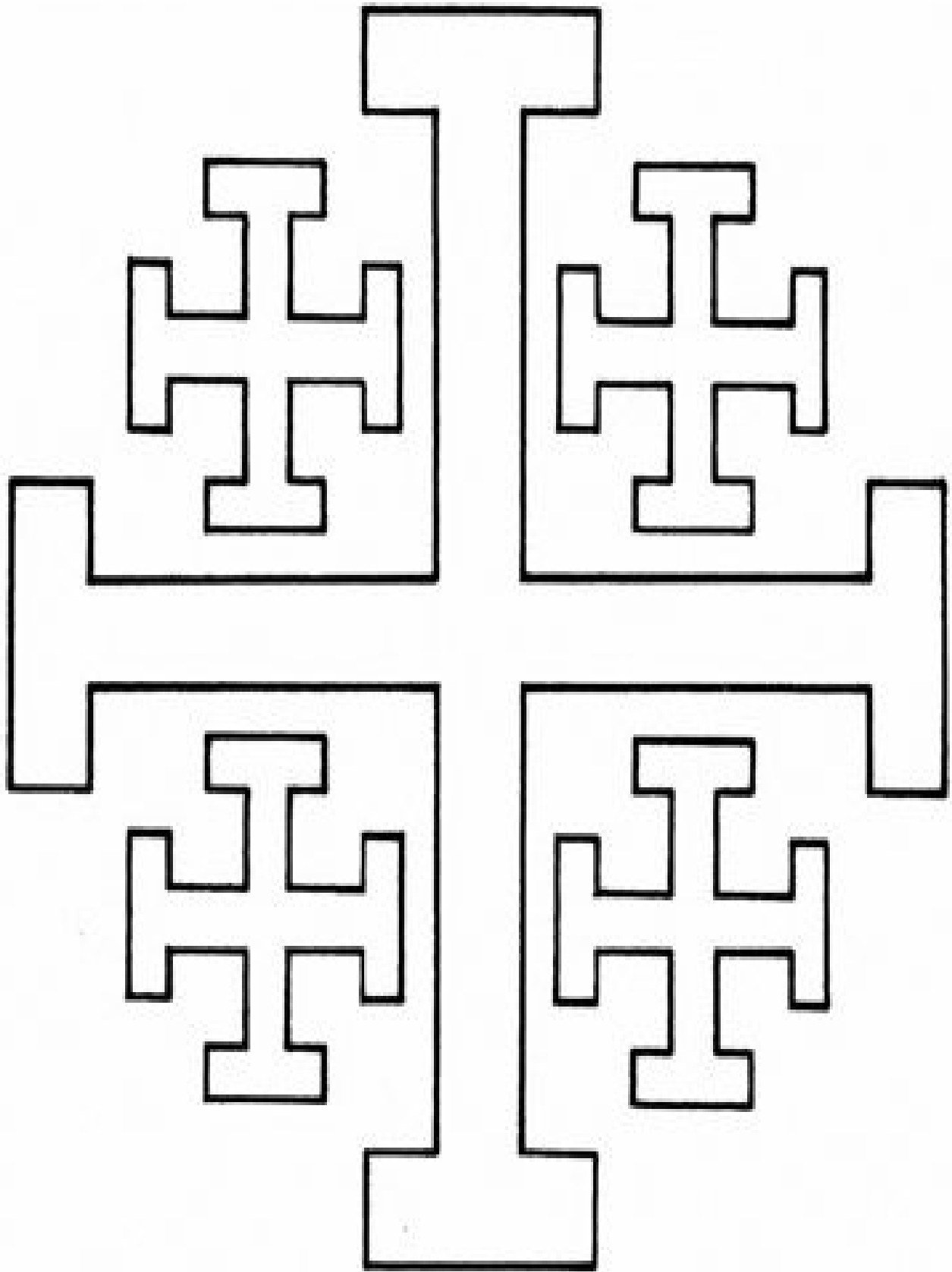
—Creeré en ellos cuando los vea.

—Qué extraño, cuando contamos hoy con una hacedora de milagros profesional en la Patraña... Gretchen Nunn.

—¿Gretchen Nunn? Nunca oí hablar de ella.

—Una colega sumamente distinguida, señor Copeland, aunque todavía no tuve el honor de conocerla. Yo me llamo a mí mismo psicomante porque trabajo en el nivel subliminal. La especialidad de la sira Nunn es la psicodinámica en el nivel arquitectónico. Percibe diseños y estructuras en lo que parece perfecta confusión y halla soluciones milagrosas. Es una psitecta. Le sugiero que convoque a Gretchen Nunn y le rece a ella.

* * *



—¡Regina! ¡Este diseño de colcha es celestial!

—Pero, ¿qué representa?

—El Sello de Salomón.

—¿El sello de quién? ¿A quién? ¿Para quién?

—El Rey Salomón, Marita. Tienes que recordar su nombre.

—¡Oh, pues claro! Ése que tuvo un problema con la baba.

—Con Saba, querida. Solíamos cantar canciones picarescas en la escuela en las que ellos figuraban.

—Esta vez no se trata del Salomón erótico, Nell; se trata del mago Salomón que figura en mis libros de iniquidad. Dedicamos bastante tiempo a memorizar sus hechizos malignos.

—En lenguas obscenas.

—¿Para qué sirve su sello, Regina?

—Se supone que para realizar importantes actos de magia, para que Satán haga algo, por ejemplo.

—¡Oh, Señor! ¡No otra vez falsas alarmas!

—¡Ni por pienso! No, esto es sólo algo diferente de esos diseños *kitsch* que se ven en los museos: dulces cabañas, escuelas y graneros, pájaros y flores; todo ese *schmeer* holandés de Pennsylvania. Lo reproduciremos en grandes cuadrados. Pi, enciende todas las lámparas. Venid, señoras, a trabajar, a trabajar.

* * *

Pero no se convoca a Gretchen Nunn, ni siquiera cuando uno es el presidente de la CCA. Se asciende trabajosamente por los peldaños constituidos por los miembros del personal que la sirven hasta que finalmente se le concede a uno audiencia. Todo esto comprende muchas idas y venidas entre los miembros del propio personal y los de ella, lo cual ocasiona no poca exasperación, en especial entre los solicitantes urgidos por el tiempo. Por tanto, Mills Copeland, comprensiblemente, estaba algo fastidiado cuando finalmente fue conducido al atestado taller de la sira Nunn.

La profesión de Gretchen Nunn consistía en hacer milagros; no milagros en el sentido de algo extraordinario, anómalo o anormal producido por algún agente sobrehumano, sino más bien, en el sentido de la extraordinaria percepción y manipulación de la realidad en el nivel supraliminal en que ella se manejaba. Era una maestra de la psicodinámica. En la mayor parte de las situaciones lograba lo imposible requerido por sus clientes, y sus honorarios eran tan descomunales que estaba considerando la posibilidad de figurar en la bolsa de valores.

Por supuesto, el presidente daba por descontado que esta misteriosa psitecta tendría el aspecto de una de las brujas de Macbeth o de un Merlin con faldas. Quedó pasmado al descubrir que la sira Nunn era una princesa watusi de aterciopelada piel

negra y facciones aguilinas. Estaría por cumplir los treinta, era alta y esbelta y lucía arrebatadora vestida de carmesí. La irritación del presidente se desvaneció. La sira Nunn la encandiló con una sonrisa, le indicó un asiento, se le sentó enfrente y dijo:

—Mis honorarios son cien mil. ¿Puede pagarlos? —Tenía un melodioso acento jamaiquino.

—Puedo, sira Nunn. De acuerdo.

—No todavía. ¿Los vale la dificultad en que se encuentra?

—Los vale.

—Entonces, hasta aquí nos entendemos. Yo prefiero... ¿Sí, Alex?

El joven secretario que se había deslizado en el taller dijo:

—Perdóneme. LeClerque insiste en saber cómo llegó usted a un diagnóstico positivo respecto de la preñez de un mes de su mujer.

—¿LeClerque? ¿El impotente?

—Sí, sira.

La sira hizo chasquear la lengua con impaciencia.

—Sabe que nunca doy razones; sólo resultados. Lo aclaré muy bien.

—Sí, sira, pero *se siente* inquieto. Lo que es natural.

—¿Ha pagado?

—Se cobró el cheque esta mañana.

—Muy bien. Haré una excepción en su caso. La psicometría me procuró los indicios. Indudable conducta de preñez. Intensas revaluaciones emocionales. Lo comprobé con ultraluminosidad. Su cara mostraba bajo la piel la vendada máscara de la preñez y no está tomando la píldora. Dígaselo a LeClerque, pero sin darle muestras de comprensión, Alex. Siempre distante y profesional.

—Sí, sira. Gracias, sira.

Se volvió hacia el presidente mientras el secretario se retiraba retrocediendo sin dar la espalda.

—En caso de que se haya alarmado, LeClerque es sólo un nombre de código que sólo conoce el cliente y mi personal, en el que se puede confiar. Nunca revelo la verdadera identidad de un cliente.

—Lo comprendo.

—¿Y me oyó usted? ¿Sólo doy resultados.

—De acuerdo, sira Nunn.

—Veamos ahora su problema. No me he comprometido todavía. Si eso queda comprendido, adelante. Todo. Corriente de la conciencia y asociación libre si es necesario.

Media hora más tarde, la sira Nunn iluminó el cuarto con otra deslumbrante sonrisa.

—Gracias. Este caso es verdaderamente único; un bienvenido cambio para mí. Contrato establecido... si no ha cambiado de opinión.

—No la he cambiado, sira Nunn.

—Considere la cuestión por un momento, señor. Quizá habérmelo contado le alivió. En ese caso ya no me necesita. Sucede a veces.

—Esta vez no, sira Nunn —dijo Copeland con decidida convicción.

—¿Todavía cree que me necesita?

—Decididamente.

—Es un trato entonces, señor Tinsmith.

—¿Cómo? ¿Tin...? Oh. Pues claro. Gracias, sira Nunn. ¿Querría un depósito o un pago por adelantado?

—No es el caso de la CCA.

—¿Los gastos? ¿Arreglamos eso ahora?

—No. Esa responsabilidad corre por mi cuenta, señor Tinsmith.

—Pero, ¿y si tiene que...? Es decir, si tiene necesidad de...

Ella se echó a reír.

—Es responsabilidad mía. Nunca doy razones ni revelo métodos. ¿Cómo es posible que los cobre? Ese es el motivo por el que mis honorarios son tan elevados. Ahora bien, no lo olvide, señor, quiero los informes de Huellas Perdidas y de Burne.

Una semana más tarde dio el paso inusitado de visitar al presidente en su oficina de la CCA.

—Vengo a verlo, señor, para darle la oportunidad de rescindir nuestro contrato. No se deberá nada.

—¿Rescindir el contrato? ¿Por qué?

—Porque creo que está usted involucrado en algo más grave de lo previsto.

—Pero, ¿qué?

—¿No basta con mi palabra?

—¿Cómo podría bastarme? Tengo que saber.

La sira Nunn apretó los labios y luego suspiró.

—Dado que éste es un caso muy singular, tendré que quebrantar las reglas. Mire esto, por favor.

Desenrolló un gran mapa del sector de la Patraña del Corredor y lo alisó sobre la mesa de conferencias del presidente. En el centro del mapa había una estrella.

—El Oasis de Shima —dijo la sira Nunn. En torno a la estrella se había trazado un amplio círculo—. El límite de lo que un hombre puede caminar desde el Oasis en dos horas —explicó—. Dos horas de avance, dos horas de regreso, cuatro en total. Este es el máximo de superficie abarcable con tal que ningún acontecimiento interrumpa la caminata.

—Comprendo.

A partir de la estrella partían en todas direcciones senderos tortuosos hasta los límites de la circunferencia.

—Esto lo obtuve del informe de Huellas Perdidas. Así siguieron sus rastreadores a su doctor Shima.

—Muy ingenioso, pero no veo nada grave en esto, sira Nunn.

—Observe atentamente los senderos que tracé, señor. ¿Qué ve?

—¡Vaya...! Cada uno de ellos termina en una cruz roja.

—¿Y qué sucede con cada sendero antes de llegar a la cruz?

—Pues nada. Nada en absoluto, salvo que tienen más bien forma de tirabuzón.

Espere... Comienzan como puntos que parten de la estrella y se convierten en rayas.

—Eso es lo grave.

—No lo entiendo, sira Nunn.

—Se lo explicaré, señor. Cada cruz representa la escena de un Letal-Uno.

—¿Cómo? ¿Asesinato?

—Las rayas representan el rastreo por el Departamento de Homicidios de las acciones y los recorridos de la víctima de asesinatos antes de morir.

—¡Asesinato!

—Pudieron rastrear las acciones de la víctima hasta aquí y no más. Esas son las rayas. Huellas Perdidas pudieron seguir al doctor Shima desde su Oasis hasta aquí y no más. Estos son los puntos. Los senderos se unen. Las fechas coinciden. ¿Cuál es su conclusión, señor?

—¡Debe de ser una coincidencia! ¡Tiene que serlo! —gritó el presidente—. Ese joven brillante y encantador que tiene todo lo que se podría desear en el mundo... ¿Crimen letal? ¿Asesinato? ¡Imposible!

—¿Quiere más datos concretos?

—No, no los quiero, madame. Quiero la verdad. Pruebas positivas sin inferencias rebuscadas extraídas de puntos y rayas.

—Muy bien, señor Tinsmith. Tendrá usted su prueba positiva.

Así, pues, Gretchen Nunn comenzó a recoger pruebas positivas. Alquiló por una semana el puesto de mendigos profesionales situado a lo largo de la entrada del Oasis. Veía a Shima dos veces al día, pero no estableció con él contacto alguno. Contrató a la Banda del Ejército Glacial y cantó himnos junto con ella delante del Oasis sin el menor resultado, y el Ejército se quejó de que el modo en que ella interpretaba “¿Cuándo será tu Llegada Gigantesca Helada de Dios?” había sido causa de que las contribuciones disminuyeran en un 30 por ciento.

Finalmente, después de obtener un puesto de repartidora en el Vivero Orgánico, logró establecer la conexión. En las tres primeras ocasiones en que llevó las viandas a la *penthouse*, entró y salió sin ser advertida. Shima recibía a una serie de muchachas, todas recién bañadas y resplandecientes de gratitud y regocijadas con la benéfica calidez reinante. En la siguiente ocasión en que hizo entrega de las viandas, él se encontraba solo y la notó por primera vez.

—Vaya, vaya, vaya —dijo con una sonrisa—. ¿Cuánto hace que esto viene sucediendo?

—¿Señor?

—¿Desde cuándo el Vivero emplea muchachas como muchachos de los mandados?

—Yo soy la *persona* de los mandados, señor —respondió Gretchen con dignidad—. Trabajo para el Vivero Orgánico desde primero del mes, señor.

—Deja de decir “señor”, ¿quieres? No soy un dignatario.

—Gracias, s... doctor Shima.

—¿Cómo diablos sabías que me he doctorado?

Había tenido un desliz. En el Oasis y en el Vivero estaba registrado sencillamente como B. SHIMA-PENTHOUSE. Debió haberlo recordado. El hombre era rápido como el rayo. Como de costumbre, ella utilizó el error en su beneficio.

—Lo sé todo de usted, señor. Doctor Blaise Shima, Princeton, M.I.T., la Dow Chemical. Químico de Aromas en Jefe de la CCA. Publicaciones: *Hidrocarburos aromáticos. Aceites volátiles y preparados...*

—Ten piedad —interrumpió él—. Parece que estuvieras leyendo el *Quién es quién*.

—Allí fue donde leí todo, doctor Shima.

—¿Me has buscado en ese tonto catálogo? ¿Por qué por el amor de Dios?

—Usted es la primera persona famosa que he conocido.

—¿Qué te sugirió la loca idea de que yo fuera famoso sin serlo, por lo demás?

Ella hizo un ademán señalando alrededor de sí.

—Sabía que tenía que ser famoso para vivir de esta manera.

—Muy lisonjero, el famoso es mi decorador. De modo que sabes leer, ¿no es así?

—Y también escribir, señor.

—Nada frecuente en la Patraña. ¿Cómo te llamas, amor?

—Gretchen, señor.

—Deja lo de “señor”, Gretchen. ¿Cuál es tu apellido?

—La gente de mi clase no tiene apellido, s... doctor.

—Y una filosofía social además. Nada frecuente. ¿Serás tú mañana la... persona que me traiga las viandas, Gretchen?

—Mañana es mi día libre, doctor.

—Perfecto. Trae comida para dos.

Así comenzó el *affair*, y Gretchen Nunn descubrió para su sorpresa que se complacía en él enormemente. No era ésta la primera vez que utilizaba el placer en su empresa, pero sí era la primera vez que ella misma gozaba verdaderamente. Hizo una nota mental para examinar el aspecto psicodinámico de su propia reacción en una fecha futura.

Blaise era en verdad un joven brillante y encantador; siempre atento, siempre considerado, siempre generoso. Con afecto y gratitud por la novedad que ella le procuraba, le dio (recuérdese que estaba convencido de que ella provenía de la escoria de la Patraña) una de sus muy apreciadas *bijoux*, el diamante de cinco quilates que había sintetizado en ocasión de la disertación doctoral que pronunció en la Dow. Ella le respondió con igual estilo: se puso el cabujón en el ombligo y le hizo la promesa de que sólo él lo vería allí.

Por fuerza de rutina, insistió en que esta flor de la Patraña se aseara perfectamente cada vez que lo visitaba, lo cual resultaba una lata. De acuerdo con la categoría de sus ingresos, ella podía permitirse mayor prodigalidad del agua del mercado negro que la que le concedía generosamente la CCA a su favorito. No obstante, tenía la ventaja de que pudo abandonar su trabajo en el Vivero y atender otros asuntos mientras investigaba el problema de Shima.

Habitualmente se iba de la *penthouse* antes de medianoche y se apostaba frente al Oasis hasta las dos. Se le unió esa noche en que él salió de la *penthouse* media hora después que ella. Había leído el informe de Salem Burne y sabía a qué atenerse. Lo alcanzó rápidamente y le habló con voz agitada utilizando la más baja dicción de la Patraña, que se emite sin la menor pausa ni puntuación.

—Eh señó señó eh.

Él se detuvo y la contempló bondadosamente sin reconocerla en absoluto. Él mismo estaba casi irreconocible. El Shima brillante, alerta y jocundo había desaparecido. Esta era una criatura rígida que se movía y hablaba con la flema de una tortuga.

—¿Sí, mi querida?

—Si uté sigue ete camino yo voy con uté señó tengo miedo señó.

—Cómo no, querida.

—Gracia señó yo voy a casa señó ¿uté va a casa señó?

—No exactamente.

—Donde uté va ¿nada malo señó? Yo no quero parte en nada malo señó.

—Nada malo, querida. No tienes de qué preocuparte.

—Entonce ¿qué hace señó como uté señó?

Él se sonrió discreto.

—Estoy siguiendo algo.

—Uté sigue alguien ¿quién?

—No a alguien. Algo.

—¿Qué clase de algo señó?

—Eres inquisitiva, ¿eh? ¿Cómo te llamas?

—Gretch por Gretchen. ¿Lo de la Patraña como lo llaman señó?

—¿A mí?

—¿Tiene nombre señó?

—¿Nombre? Pues claro. Yo... Yo soy... Sí, yo me llamo Deseo. Puedes llamarme Señor Deseo. Ese es mi nombre. —Vaciló por un momento y luego agregó—: Aquí debo doblar a la izquierda.

—Qué suete señó yo doblo a la izquierda tamié.

Se dio cuenta que bajo el pétreo exterior todos sus sentimientos estaban despiertos, de modo que redujo la cháchara hasta convertirla en indiferente fondo sonoro. Se quedó junto a él, mientras doblaba y seguía senderos serpenteantes por las calles, callejas y pasajes, asegurándole siempre que también por allí quedaba el camino de su casa. Dudaba de que él tuviera realmente conciencia de su presencia hasta que en un baldío de desechos de siniestro aspecto, la sorprendió con una paternal palmadita en el hombro y le aconsejó que aguardara mientras él exploraba la seguridad del terreno. El Señor Deseo desapareció y ya no volvió a reaparecer.

—Repetí esta experiencia con el doctor Shima siete veces —informó la sira Nunn a la junta de la CCA—. Todas fueron significativas. Cada una de ellas enriqueció el diagnóstico sin que él lo advirtiera. Bum estaba en lo cierto. Se *trata* de un caso de fuga, perfectamente clásico por lo demás.

—¿Y cuál es la causa, sira Nunn?

—Huellas feromonales.

—¿Cómo? ¿Feromonales? ¿Qué es eso si tiene a bien?

—Pensé, caballeros, que estarían familiarizados con el término puesto que se dedican a los negocios químicos entre otros.

—Pero no somos científicos, sira Nunn.

—Es obvio. Ya veo que tendré que explicar. Llevará cierto tiempo, de modo que les ruego que no me exijan que describa la inducción y la deducción que me condujo a la conclusión.

—De acuerdo.

—Gracias, señor Copeland. Pues bien. Seguramente han oído hablar de las hormonas, las secreciones internas que estimulan la acción de otras partes del cuerpo. Las feromonas son secreciones externas que estimulan la acción de otros individuos. Es un lenguaje químico mudo.

—¿Podría ser algo más explícita, sira Nunn? Esto es bastante difícil.

—Por cierto. La hormiga es el mejor ejemplo de lenguaje feromonal. Colóquese un terrón de azúcar en la cercanía de un hormiguero. Un forrajeador se le acercará, comerá de él y volverá al hormiguero. Al cabo de una hora toda la colonia de hormigas en fila india se dirigirá al terrón y volverá de él, siguiendo los rastros de feromona trazados la primera vez por el descubridor.

—¿De manera conciente?

—No se sabe. Puede que sea algo tan deliberado como el baile de las abejas que indica la dirección y la distancia a que se encuentra el alimento, o quizá sea del todo inconsciente. Todo lo que sabemos es que la feromona es un estimulante compulsivo.

—¡Notable! ¿Y el doctor Shirna?

—Sigue compulsivamente huellas feromonales humanas.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que también *nosotros* las dejamos?

—Por cierto que sí. Es un hecho aceptado que las mujeres dejan inconscientemente huellas feromonales que excitan y atraen a los hombres.

—¡Asombroso!

—Está establecido desde hace algún tiempo. De modo que quizás ahora pueden entender que el doctor Shirna padece de fugas y que sigue compulsivamente ciertas huellas feromonales.

—¡Oh! ¡Un aspecto *outré* de La Nariz! La cosa parece tener sentido, sira Nunn. Por cierto que sí. ¿Qué huellas sigue compulsivamente? ¿Las de las mujeres?

—No. Las del deseo de muerte.

—¿Cómo?

—El deseo de muerte.

—¡Sira Nunn!

—¿Por qué tanta sorpresa, señor? Seguramente todos tienen conocimiento de este aspecto de la psique humana. Mucha gente padece la urgencia inconsciente, aunque poderosa, de autodestrucción. Algunos psiquiatras sostienen que todos la padecemos. Aparentemente esto deja una huella feromonal que Shirna percibe... Supongo que sólo en ciertos casos... y se ve forzado a seguirla.

—¿Y luego?

—Aparentemente concede el deseo.

—¡Imposible!

—¡Ridículo!

—¿Qué está diciendo?

—Que el amarillo otorga el deseo de muerte. Mata a los que quieren morir. Letal-Uno.

—Eso es lo que digo, caballeros.

—¡Aparentemente, aparentemente! —tronó el presidente—. ¿El doctor Shima un asesino? ¡Ridículo! Exijo pruebas positivas de acusación tan monstruosa.

—Muy bien, las tendrá, señor. Hay una o dos cosas que quiero concluir con él antes de dar término al contrato. Mas temo que sufrirá un gran golpe cuando lo haga.

* * *

—Mis manos está sufriendo un castigo cruel e inusitado —se lamentó Marita Confusa—. ¿Verdaderamente tenían que empujar las agujas con los dedos en los viejos tiempos?

—¡Sí, tenían que HACERLO! Pero la mano de menos uso tiene tacto más delicado. *Hamlet*. ACTO V, Esc. 1. Tenninemos.

—Estoy contigo, Sara. Estoy harta de este número.

—Yo también, Yenta. Votemos. ¿Todas a favor de terminar con las abejas tejedoras? Manos arriba, por favor. Tú no, Pi. De ocho, seis. Moción aprobada. —Nellie Gwyn sonrió falsamente—. *Oodgedye* y *Udgedye* recusan, como de costumbre.

—No recusamos. Disentimos.

—¿Pues ahora qué, Regina? —preguntó Melindre.

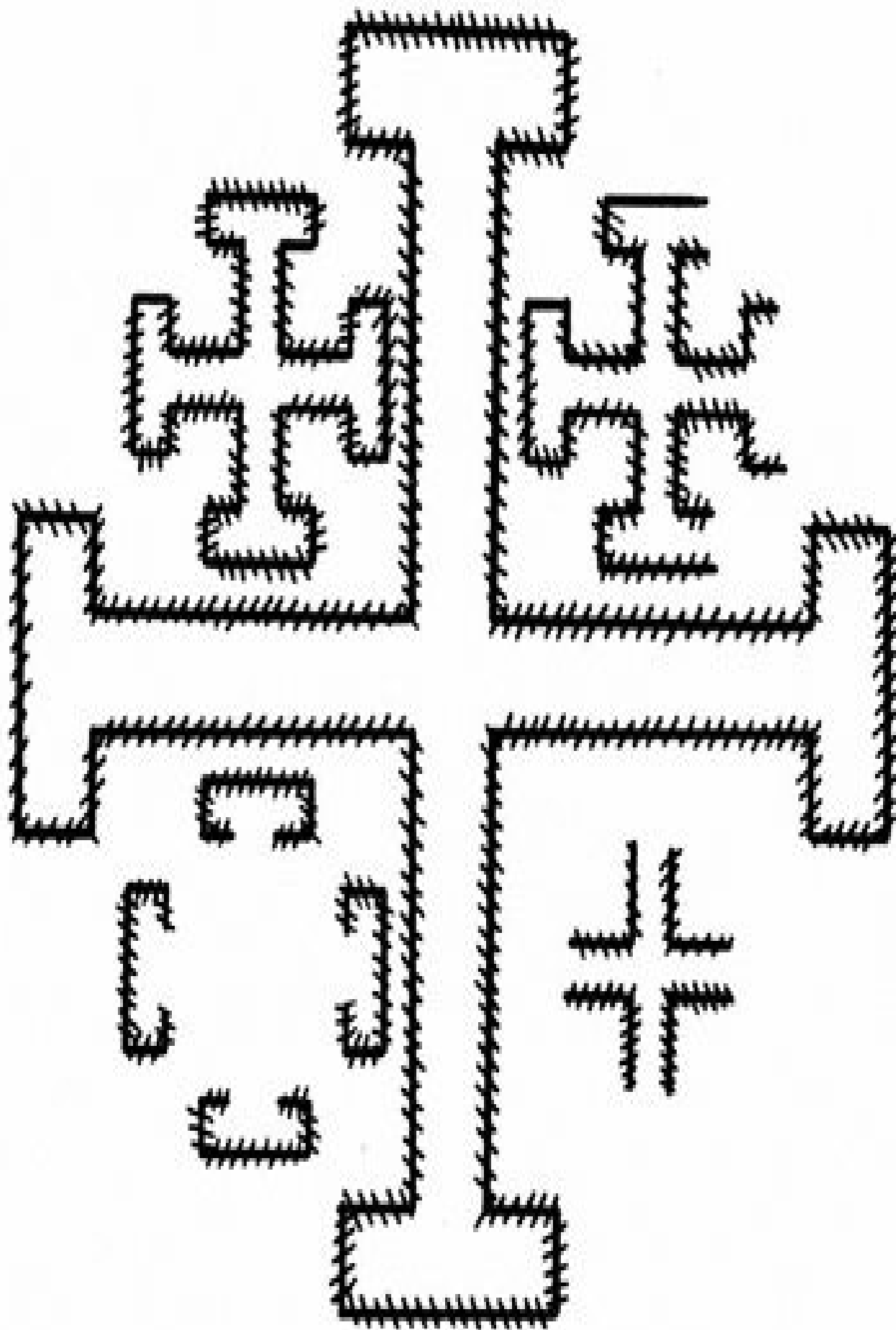
—Oh, Dios, se me acabaron las ideas. ¿Y si volviéramos a convocar a Lucifer?

—¿Por qué no? —refunfuñó Yenta—. Quizá podríamos que termine esta maldita colcha.

—Regina. Señoras. Atención. Nuevas noticias candentes. Mi Droney dice que estamos convocando al Diablo de modo enteramente equivocado.

—¿De modo equivocado? ¿Cómo, Nell?

—Droney dice que estamos en el siglo veintidós. Tenemos que abandonar los métodos medievales y comunicarnos en una lengua moderna.



—¡Después de haber memorizado tanto! ¿Por qué?

—Dice que tal vez Lucefer nos oiga, pero cuando trata de contestar el llamado, no se dirige al siglo correspondiente.

—No es disparatada la idea. Los demonios también cometen errores.

—Claro. Sólo son humanos.

—¿Qué lengua sugiere, Nell?

—La ordenación binaria. Droney lo programó todo para nosotras. Aquí lo tengo. Mirad...

2.047

1.799

2.015

1.501

1.501

1.025

1.501

1.501

2.015

1.799

2.047

—En nombre de... Tiene que estar burlándose.

—No, señoras, esto es magia, enloquecedora magia moderna. La computadora traduce automáticamente los decimales en unos y ceros binarios que forman una cruz siniestra, maligna e inmundada a la que ningún demonio que se respete puede resistir.

—¿Tú qué piensas, Regina?

—Vale la pena intentarlo, pero no creo que debamos sentarnos fríamente alrededor sin más. Colocaremos el computador de la cocina en medio del pentáculo, nos arrodillaremos en tomo y nos concentraremos para que el efecto se produzca. ¡Pi, muchacha! Trae las luces y los olores y la computadora.

* * *

1111111111

11100000111

11111011111

10111011101

10000000001

10111011101

11111011111

11100000111

1111111111

—¡Cielos! ¡Mirad ese tape!

—Di más bien “infiernos”, Melindre.

—Pero todo lo que yo veo son unos y ceros.

—Sí, ellos son los binarios, Marita, pero fíjate en el diseño que los ceros trazan.

—¡Vaya? Es la cruz de iniquidad del Sello de Salomón; la misma que comenzamos a tejer.

—Exacto. Mi Droney es un genio.

—¿Se podrá realmente convocar a Satán con ella?

—Si una computadora no lo logra, nada lo logrará.

—Silencio, señoras. Debemos mostrarnos reverentes. Nada de murmullos, por favor.

—La computadora no puede oírnos, Regina.

—Pero quizá Lucifer esté escuchando. Ahora sed devotas, brujas. ¡Desead!
¡Anhelad! ¡Quered!

6

Cuando Gretchen Nunn dijo a la junta de la CCA que tenía una o dos cosas que concluir con Blaise Shima antes de poner fin al contrato, se trataba de una verdad a medias de una mujer a medias enamorada. Sabía que tenía que volver a verlo, pero sus motivos no estaban en claro.

P: —¿Para descubrir si en realidad lo amaba a pesar de lo que sabía de él?

P: —¿Para averiguar si él realmente lo amaba o estaba meramente jugando con una flor de la Patraña?

P: —¿Para revelarles la verdad acerca de ella?

P: —¿Para poner fin al contrato con el señor Tinsmith con distante estilo profesional y al diablo con las relaciones personales que habían intervenido en el asunto?

R: —No lo sabía. Por cierto, no sabía que mientras le estaba preparando un rudo golpe al Señor Deseo, ella misma era la destinataria de una bomba arrojada como si nada por Shima.

—¿Eres ciega de nacimiento? —Murmuro quedo esa noche.

Ella se irguió rápida en la cama.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Ya me oíste, Gretchen.

—¿Ciega? ¿Yo ciega? Debes de estar loco. Toda la vida tuve veinte-veinte de visión. Mejor aún.

—Ah, de modo que no lo sabías. Lo sospeché.

—Lo que dices no tiene sentido, Blasie.

—Oh, eres ciega sin la menor duda —dijo él serenamente—. Sólo que nunca te enteraste de ello porque has recibido un don mucho más extraordinario que la vista; tienes percepción extrasensorial de los sentidos de los demás. Ves a través de los ojos de otros. Quizá seas sorda y oigas a través de sus oídos y así sucesivamente con todos los demás sentidos. Es una facultad fantástica. Absolutamente fascinante. En alguna ocasión debemos explorarla.

—¡Nunca oí nada más absurdo en toda mi vida! —dijo ella con enfado.

—Puedo probarlo si insistes, querida.

—Adelante, Blaise. Pruéballo.

—Ven conmigo al salón.

Una vez allí, él le señaló un vaso.

—¿De qué color es eso, Gretchen?

—Color perla, claro.

Una alfombra.

—¿Y eso?

—Algo así como color hielo con matices oscuros.

—*Quod erat demonstrandum* —Shima se sonrió—. Quedó demostrado.

—¿Qué es lo que quedó demostrado?

—Que ves por medio de mis ojos.

—¿Cómo puedes decir algo tan ridículo?

—Porque soy acromatópsico. Eso es lo que me dio el primer indicio.

—¡No!

—Sí.

—Blaise, si te estás burlando de mí, te aseguro...

—No es ninguna broma, mi amor, es un hecho.

—¡No!

—Sí, pues.

La estrechó entre los brazos para aquietar su temblor.

—Es un hecho. El vaso es verde. La alfombra es color ámbar y dorada. La lámpara es carmesí con un tamiz de vino tinto. Yo no percibo los colores, pero el decorador me lo dijo y yo lo recuerdo.

Ella emitió un suave quejido.

—¿Por qué tanta angustia, mi amor? Eres ciega, sí, pero cuentas con un don mucho más milagroso que la vista. Ves por medio de los ojos del mundo entero. Te envidio. No vacilaría en cambiar tu suerte por la mía.

—¡No puede ser cierto! —se lamentó ella—. ¡Es demasiado horrible! ¿Ciega? ¿Un fenómeno? ¡No!

—Es cierto, querida, pero no te consideres una tullida.

—Pero cuando me encuentro sola soy capaz de ver.

—¿Sola? ¿Cuándo te encuentras sola alguna vez? ¿Cuándo se encuentra nadie solo alguna vez en el hacinado barrio de la Patraña?

Ella se arrancó de sus brazos, se puso apresuradamente la túnica y salió corriendo de la *penthouse* sollozando histérica. Volvió apresurada a su propio Oasis casi enloquecida de terror y desesperación. En su piso familiar, recobró algo de compostura y se decidió a poner a prueba el desastre. O Shima estaba en lo cierto y ella estaba condenada, o Shima estaba tratando de destruirla. Pero, ¿por qué? ¿Porque él creía que ella era una flor de la Patraña con la que se podía jugar y a la que se podía torturar?

Despidió a todos los miembros de su personal ordenando de manera cortante que se fueran y pasaran la noche en algún otro lugar. Permaneció de pie junto a la puerta y fue contándolos uno por uno mientras se iban plenos de asombro y aflicción. Cerró de un portazo y miró alrededor de sí. Podía todavía ver con tanta claridad como de costumbre.

—Ese hijo de puta embustero —musitó, y comenzó a pasearse furiosa. Recorrió colérica el piso entero. Bien, por fin había aprendido la lección; las relaciones

interpersonales siempre lo traicionan a uno. Había sido una tonta. Pero, ¿por qué, en nombre del cielo, la atormentaba Blaise de este modo? Matarla sin más habría sido menos cruel. ¿Era su intención que ella misma se matara...?

Tropezó con algo y casi se fue de espaldas. Recuperó el equilibrio y trató de ver contra qué había tropezado en su furor. Era un clavicordio dorado.

—Pero... Pero yo no tengo ningún clavicordio —murmuró asombrada—. ¿Cómo vino a parar...?

Avanzó para tocarlo y asegurarse de su realidad. Volvió a tropezar con algo, se tambaleó y lo asió. Era el respaldo de un diván; su propio diván adornado de borlas. Miró alrededor de sí confusa. Este no era uno de sus cuartos. ¿Un clavicordio dorado? ¿Coloridos Bruegels colgados en las paredes? ¿Muebles jacobinos? ¿Puertas forradas de lienzo? ¿Cortinados de estambre?

—Pero este es el piso de los Raxon que se encuentra debajo del mío. Lo conozco, lo he visitado. Debo de estar viendo lo que ellos ven. Debo... ¡Oh, Dios mío! ¿Me estaba diciendo la verdad?

Cerró los ojos y miró. A través de un velo seguía viendo el piso de los Raxon. Y menos claramente y cada vez menos en foco, vio una confusión de apartamentos, calles, gente, acciones, formas, colores. Siempre había visto esta especie de montaje, pero siempre había creído que se trataba de un recuerdo visual total, extraordinaria ventaja para la excepcional captación de la psicodinámica de la realidad. Ahora sabía la verdad.

Comenzó a sollozar nuevamente. Buscó a tientas el camino para hallar la parte delantera del diván y se sentó sumida en la desesperación.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Un fenómeno! Preferiría morir...

Cuando por fin las convulsiones cesaron, se enjugó los ojos con coraje, decidida a enfrentar su monstruosa realidad y salir adelante. No era una cobarde. Pero cuando abrió los ojos, tuvo otra sorpresa. Vio su propio salón, su recordado y familiar salón, pero ahora en tonalidades de gris. Y vio al Señor Deseo de pie junto a la puerta abierta, que le sonreía con congelada sonrisa.

—¿Blaise? —susurró ella.

—Mi nombre es Deseo, mi querida. Puedes llamarme Señor Deseo.

—¡Blaise! ¡Por Dios! ¡No a mí! No pudiste seguirme. No dejé huellas de deseo de muerte para ti.

—Nos hemos visto antes, mi querida. Lo recuerdo, pero temo haber olvidado tu nombre. Hay en mi mente cosas más importantes, lo comprenderás. Pero ahora, de pronto, has cobrado para mí una gran importancia.

—Soy Gretchen. Gretchen Nunn. Y no tengo el menor deseo de muerte.

—Me alegro de volver a verte, Gretchen —dijo él con cristalina cortesía. Avanzó dos pasos a su encuentro. Ella se puso de pie de un salto y se resguardó corriendo tras el diván.

—Blaise, escúchame. Tú no eres el Señor Deseo. El Señor Deseo no existe. Tú

eres el doctor Blaise Shima, el famoso científico. *Hidrocarbonos aromáticos* y... y... Eres Químico de Aromas en Jefe de la CCA y creaste muchos perfumes populares...

Mientras seguía mirándola con la sonrisa congelada, el Señor Deseo comenzó a extraer objetos de sus bolsillos: una cuerda anudada como para ahorcarse, un láser, una pequeña ampolla con el rótulo (CN)₂, un resplandeciente escalpelo, un minúsculo revólver antiguo de 8 mm. de calibre. Los dispuso prolijamente sobre la mesa colocada por delante del sofá.

—Blaise —le imploró ella—. Soy Gretchen. Tu Gretchen de la Patraña. Hace dos meses que somos amantes. Tienes que recordar. Esta noche me dijiste lo de mis ojos. Que soy ciega. Tienes que acordarte de eso...

—Las distintas personas escogen distintos modos de morir —dijo él amablemente—. Después de todo, se trata de su elección final, de modo que tienen derecho a mostrarse particulares al respecto. Trato de cubrir todos los caminos. Aquí están mi querida. ¿Cuál prefieres? Tómate tu tiempo. No temas. Te ayudaré a suicidarte. Te haré el camino fácil.

—¡En nombre del cielo, Blaise! Estás sufriendo un bloqueo. Una fuga. Personalidad escindida...

—Si eliges la cuerda, le encontraremos un soporte firme, algo que pueda resistir... unos cincuenta y cinco kilos, ¿no? Cuando menos, esa es mi estimación. Si te quieres quebrar el cuello buscaré una silla y tú puedes saltar. Si gustas una estrangulación lenta, te ataré las muñecas. Te concederé lo que deseas.

—Blaise, hay dentro de ti una criatura enloquecida a la que arrastran feromonas, pero yo no dejé rastros suicidas. ¡No pude haberlo hecho!

—Si prefieres gas, aquí tengo cianógeno. No tienes más que presionar el botón e inhalar profundamente. Algunos prefieren ingerir veneno. Podemos infiltrar el gas en un vaso de agua y... ¡ya! ¡Presto! Ácido cianhídrico que elimina como un rayo. Un sorbo y tu deseo queda satisfecho. Hábil de mi parte, ¿eh? Dos muertes en un solo bulto.

—¡Dios mío, Blaise! Nunca quise morir.

—Sí que quieres, mi querida. Me complace satisfacer tu deseo. ¿Qué te parece un lindo baño caliente y esto? —El escalpelo hizo un corte luminoso en el airé—. La muñeca o la cariótida del cuello. Imagínate, tu último baño. Nunca tendrás que volver a preocuparte por el agua. Y ¿ves? Dos pistolitas. Balas o calor. ¿No podrías pedir más, ¿no es cierto? El Señor Deseo está aquí para ayudarte.

—¡No!

—Tú me llamaste.

—¡No!

—Y yo vine a ti.

Ella se alejó retrocediendo de su sonrisa hipnótica. El Señor Deseo no hizo el menor movimiento. Se mantenía del todo quieto y su aplomo resultaba aterrador. Era un argumento inexorable. Él sabía que ella quería morir. Sabía que ella no podría

resistir a alguno de los instrumentos de suicidio. Sabía que si esperaba con paciencia, la ayudaría a morir y asistiría a su muerte. Se mantuvo inmóvil con la poderosa serenidad de la muerte misma.

—¡Jesús! —exclamó ella. Dio un paso adelante, vaciló y luego pasó al lado de él a la carrera, precipitándose hacia la puerta en la esperanza de escaparle sólo para toparse con dos maleantes que, sonrientes y hombro con hombro, le bloqueaban la salida. De pronto se dio cuenta de que el cuarto se iluminaba de colorido. La aferraron y la sujetaron mientras ella chillaba y se debatía impotente.

Ellos hablaron al Señor Deseo por sobre la cabeza de ella en la desatinada jerga de la Patraña:

—Hola viejo compañero señó.

—¡Blaise! ¡Socórreme!

Él no la tuvo en cuenta.

—Oh. Sois vosotros otra vez —dijo con un resoplido de fastidio.

—Eh viejo compañero señó esta buena pieza.

—Aquí lleno cosa buena eh señó nos gusta compañero.

—Compensa tre nadería gracia compañero señó la Patraña te agradece ahora adió señó que te vaya bien.

—¿Por qué no puedo nunca asistir a la muerte de nadie? —exclamó el Señor Deseo malhumorado—. Me llaman. Vengo. Traigo cualquier cosa y todo lo que puedan necesitar. Hago todo el trabajo y siempre me echáis. ¡No es justo!

Parecía estar al borde de las lágrimas.

—Vamo señó sin mala intenció queremos protegé nuestro perro que nos guía a la cosa.

—¡No es justo!

—Y si algo de mieda te guta llévatelo señó esta e organizació nuetra.

—Sigo diciendo que no es justo.

—A casa ahora señó todo lo demá nuetro no peleá poque lo cortamo.

—Nosotro lo conocemo pero uté no nos conoce nosotro conocemo su lugá pero uté no conoce nuetro lugá.

—Yo sé quién soy —dijo el Señor Deseo con firmeza—. Yo soy el Señor Deseo, el dador de la muerte, y creo tener derecho a asistir a ella.

Estaba ahora verdaderamente indignado.

—Claro compañero señó claro próxima ve todo pa uté.

—Eso es lo que siempre decís.

—Esta ve sin broma esta ve seguro señó ahora adió a casa tranquilo.

—Vosotros no me gustáis, ni un poquito —dijo el Señor Deseo con enfado y se dirigió hacia la puerta sin tener en cuenta a Gretchen que se debatía y trataba de gritar a través de una mano de hierro que le cubría la boca. Los maleantes le rasgaron el vestido hasta desnudarla y lanzaron una exclamación de deleite cuando vieron el diamante en el ombligo. El Señor Deseo se volvió al llegar a la puerta y también vio

la joya.

—Pero... Pero eso es mío —dijo quedo con voz de asombro—. Sólo está destinado a mis ojos. Yo... Gretchen prometió... ella...

De pronto se desvaneció la confusión y el doctor Blaise Shima habló con una voz acostumbrada a dar órdenes.

—¿Gretchen? ¡Gretchen! ¿Qué demonios haces aquí? ¿Qué lugar es éste? ¿Quiénes son éstos...? ¡Sacadle las manos de encima!

Salem Burne no había estado desacertado sobre la relación entre su interlocutor y el karate. Shima entró en acción como un carnero desatado, pero los maleantes tenían la maligna experiencia de los luchadores de la Patraña y la situación fue peligrosa para Shima hasta que los dos, de pronto, saltaron en el aire y se desmoronaron uno tras otro. De pie, jadeante y tembloroso, se quedó mirándolos. Estaban muertos. Miró luego a Gretchen Nunn. Estaba erguida, casi desnuda en la túnica hecha jirones, con el silencioso láser en la mano.

Él trató de hablar:

—Yo...

—Gracias, Blaise. Hola, Blaise.

—Hola, Gret... Queri... Yo... —Trató de recuperar el aliento—. N-no sé dónde me encuentro. Yo... no estoy acostumbrado a esto.

—Ven, siéntate.

—Están muertos, ¿no es así?

—El calor les atravesó la espalda. Siéntate aquí conmigo.

—No es fácil distenderse en este momento.

—¡Siéntate!

—Sí. Yo... Gracias. Yo... Tú sabes, nunca fui antes testigo de un Letal. No... no es algo tan tremendo como lo había imaginado.

—Sí, lo es. Vuélvete de modo que no los veamos. Tenemos que darnos prisa, Blaise. Necesitas protección.

—¿Protección? ¿Estoy en apuros?

—Muy graves. Te lo voy a contar rápidamente. ¿Estás en condiciones de escucharme?

Él hizo una señal de asentimiento.

—Entonces escucha. Nada de preguntas.

Le explicó todo brevemente y su asombro sólo cedió al escándalo y la aflicción.

—Ahora lo comprendes —terminó ella—. No puede haber conexión entre el Señor Deseo y el Doctor Shima.

—Pero... Pero tiene que haber alguna conexión. Si maté a alguno de los...

—¡No! —intervino ella decidida—. No lo creo. Realmente no lo creo, Blaise. Pero debo admitir que en realidad no lo sé de cierto. Creo que el que cometió los Letales fue uno de esos dos; tú fuiste sólo el chivo expiatorio. Sólo Dios sabe cómo fue que empezaron a seguirte. Nunca lo sabremos tampoco, pero la Patraña está llena

de incógnitas. Ahora vete de aquí y vuelve a casa. Tengo que llamar al departamento.

—Gretchen...

—No. Vete.

—¿Por qué haces esto por mí?

—Porque te amo, tonto hijo de puta, e hice un muy duro camino para averiguarlo.

—Pero te quedarás sola. Ciega.

—Sí, cada cual tiene su cruz. Tú carga la tuya; yo cargaré la mía. Vete. Tendré visita nuevamente no bien llegue el Departamento de Homicidios.

—Yo...

—Blaise, si no te vas de aquí juro que gritaré. Llévate contigo toda esa basura para suicidios. Déjame el láser. Lo necesitaré para la historia que voy a contar a Homicidios. Ahora me hacen falta unos minutos para escribirla, de modo que te lo ruego: vete.

—¿Mañana?

—Si así lo quieres.

—Lo quiero.

—Entonces mañana, si logro desenmarañar esta madeja.

—Algún día —dijo él lentamente— algún día imaginaré un modo de agradecerte todo esto. En este momento me siento superado, lo cual es una sensación novedosa para mí. Yo... Estás perdiendo el tiempo conmigo. Cierra bien la puerta después que yo salga.

Él partió y su grisácea visión la abandonó, pero se las compuso para cerrar la puerta y llamó al departamento. Luego encontró a tientas el camino hasta el sofá adornado de borlas, se sentó serenamente y se recompuso para preparar su historia. Los ruidos de fondo del Oasis y la Patraña le resultaban reconfortantes. El caleidoscopio de la visión extrasensorial ya no la aterrorizaba; se le había vuelto interesante. Comprender es tener la batalla ganada a medias.

“Blaise está en lo cierto —pensó—. Nunca lo había advertido antes porque rara vez nos encontramos solos en la Patraña... Siempre hay bastantes ojos alrededor de mí a través de los cuales pueda ver. Pero cuando me encuentro aislada en un cuarto con una persona, ¿entonces qué? No pueden verse a sí mismos, de modo que yo no tendría cómo verlos. ¿Por qué no me di cuenta?”

Pensó reconcentradamente. Luego:

“Reflexiones, probablemente. Deben de haberse visto a sí mismos y de ese modo me procuraron vislumbres... Hay espejos por todas partes para multiplicar la luz en esta era hambrienta de energía. Y creo que debo de haber estado siguiendo una pista sonora sin advertirlo... Sé que eso fue lo que seguía cuando estaba en cama con Blaise, y también una pista táctil... Es fascinante como podemos conjurarnos a nosotros mismos para rechazar la realidad...”

“Esa consulta con Mills Copeland... Sí, cuando el personal estaba en el cuarto lo vi por medio de sus ojos, pero, ¿cuándo estuvimos a solas? ¡Trata de recordar con

precisión, Gretchen! Hummm. No realmente no lo veía... Sólo vislumbres cuando por casualidad él veía reflejos de sí mismo. Era sobre todo sólo una voz... No tenía conciencia de ello, nunca la tuve porque creí que estaba concentrándome en el problema... Esto debió de haber sucedido centenares de veces antes, pero nunca me había dado cuenta. Es una desventaja muy grande, pero ahora que la comprendo, puedo manejarla y utilizarla a mi favor...”

El hecho de que había dejado un rastro feromonal de auto destrucción que el Señor Deseo pudo seguir era algo que tampoco ya negaba. Era simplemente otro hecho. Se había sentido desmoronada y la niña que había en ella había intentado huir de manera infantil. Escapar y ponerle fin a todo. La muerte es la solución más simple; la salida final.

—Sí, para los niños —murmuró—. Blaise bromea diciendo que quiere desembarazarse de su cultura. Yo quiero desembarazarme de la niña que hay en mí.

Un nuevo temor la atenaceó.

—¿Lo alejará de mí saber quién y qué soy realmente? Eso que dijo de sentirse “superado”...

Y luego, al cabo de un momento:

—Pero, ¿quién soy yo en realidad? Sí, tiene que ser amor cuando uno deja de saber quién es. Por lo menos esa pregunta queda contestada.

Un frío húmedo hizo que se estremeciera.

—¡Mi Dios! Hace frío aquí de pronto. Tengo que ponerme algo. No, los polis tienen que encontrarme tal como me encuentro para sostener mi historia.

Diez minutos más tarde los polis la encontraron en esas condiciones, con la túnica hecha jirones, la piel marcada, el láser en la mano. Agradeció la súbita iluminación que sus ojos le dieron. Agradeció la gentil cortesía del subadar del departamento, hombre reputado de formidable severidad. Se preguntó si no sería la suave caballerosidad del señor Ind’dni lo que inspiraba el deslumbramiento de los bribones y los vagabundos de la Patraña. Sabía que “Ind’dni” era una abreviatura de su nombre completo, que abarcaba siete sílabas imposibles.

Físicamente, Ind’dni resultaba de hecho impresionante a los bribones y los vagabundos de la Patraña: alto, magro de carnes, ascético, obviamente incorruptible, la piel del color del ámbar antiguo, barba negra como el azabache prolijamente recortada, cabellos lacios y oscuros con curiosos mechones encanecidos, ojos como linternas, una voz con timbre de oboe. Gretchen estaba encantada de conversar con este hombre notable, aunque sabía que la experiencia sería una prueba severa.

—¿Puedo sentarme aquí, subadar?

—Donde guste, madame.

—No quiero verlos.

—Lo entiendo perfectamente.

—Gracias, subadar.

—Satisfecho de complacer a tan distinguida colega, madame.

Los miembros de la patrulla de homicidios murmuraban entre sí y lanzaban exclamaciones de vez en cuando. Gretchen estaba demasiado concentrada en la mentira que diría como para advertir que el elemento de sorpresa estaba ausente en el tono que empleaban.

—¿Qué sucedió, madame?

—Ésos dos maleantes. Irrumpieron en mi piso.

—Por favor, tan cuidadosa, madame. Se sabe cuán precavida es usted. ¿Irrumpieron? ¿Irrumpieron y entraron en sentido legal? ¿Mediante la fuerza y las armas? *Vi et armis*, como se diría en el Departamento de Legalidad. ¿Cómo?

—Tiene usted razón, capitán Ind'dni. Debo tener una actitud profesional y ser precisa. No irrumpieron y entraron en el sentido legal. Me temo que la puerta no estaba cerrada con llave.

—Nada habitual en usted, madame. ¿No? En su profesión. ¿Es posible preguntar cómo sucedió?

—Di permiso de salida al personal por la noche.

—¿A todo el personal? Nada habitual.

—Y con la excitación, la puerta quedó olvidada.

—¿Lo cual significa que la puerta quedó sin llave?

—Sí.

—¿Usted olvidó hacerlo?

—Sí.

—¿Es permitido inquirir el motivo de tan inusitada excitación?

—Fue un paso que nunca había dado antes.

—Sí. ¿Por qué lo dio, por favor?

—Estoy trabajando en un caso difícil y complicado, Capitán Ind'dni. Me hacía falta estar sola para concentrarme en él cabalmente.

—¿Naturaleza precisa del mencionado caso?

—Lo lamento. No puedo decírselo.

—Por cierto. Ética profesional. Comprendido. ¿Y entonces los dos entraron? ¿Por la puerta sin llave?

—Sí.

—¿Hora de dicha entrada?

—Hace unos treinta o cuarenta minutos poco más o menos.

—Suficiente en lo que a método se refiere. Lamento enterarme que las precauciones de seguridad del Oasis no son lo que debieran. Ahora bien, ¿motivo?

—¿No es evidente, capitán Ind'dni? Violación y robo.

—¿En ese orden? Muy extraño en verdad.

—No, me equivoco. Perdóneme, capitán. Todavía me siento alterada.

—Se comprende.

—Supongo que la primera intención era el robo. Cuando me encontraron aquí, se agregó la violación.

—Suposición mucho más razonable, madame. ¿Y entonces?

—Hubo una lucha.

—Prueba de la misma muy explícita.

—Sí, fui afortunada. Me las compuse para sobrevivir.

—¿Una contra dos?

—Sí.

—¿Y ellos armados?

—Con esto. Téngalo, por favor.

—Gracias, madame. ¿Se lo arrebató?

—Tuve suerte o ellos se descuidaron.

—¿Y mató a los asaltantes?

—En defensa propia.

—Letal-Justo, sin la menor duda. Descríbalos, por favor.

—¿Es eso necesario, capitán Ind'dni? No tiene más que mirarlos.

—Por cierto, tiene usted sentido del humor, madame. Sabe que no hay nada que ver.

—¿Cómo?

—¿Se sorprende usted tanto? Cuán extraño.

Gretchen se puso de pie de un salto y se volvió. Los miembros de la patrulla deshicieron el grupo en que estaban amontonados y le permitieron ver.

Sobre el suelo yacían dos esqueletos por completo despojados de carne. Los huesos estaban secos y pulidos. Ni una partícula de músculo. Ni una gota de sangre.

Ella quedó sin habla.

—Igual que la mujer en el baldío —musitó uno de los miembros de la patrulla—. Sólo que esta vez no hubo escarabajos.

El subadar Ind'dni los interrumpió con un áspero ademán. A Gretchen le dijo suavemente:

—¿No lo hizo por supuesto con este láser, madame? Perforación de la carne, sí. Penetración, una o varias, sí. Pero, ¿completa desintegración? ¿Y de la carne y la sangre tan sólo? Comprenderá usted mi asombro.

—Yo... Sí, capitán.

—Estoy familiarizado con toda forma Letal por violencia, madame. Seguramente también usted lo está. Nunca antes vi algo semejante. ¿Y usted?

—Yo... nunca... Hasta ahora.

—Y, no obstante, alega usted que es su obra. Tengo motivo muy especial para solicitar una respuesta muy cuidadosa. ¿Es esto obra suya?

—Yo... Sí.

—¿Es posible inquirir cómo lo hizo? Esto es muy importante, madame; más importante de lo que imagina.

—Puede usted inquirir.

—Gracias. ¿Entonces...?

Pero le había dado tiempo de recuperarse. En esos breves instantes había improvisado aceleradamente todo lo que dirían en la media hora siguiente.

—Desdichadamente no puedo decírselo, capitán Ind'dni.

—¿No? ¿Por qué, madame? Una vez más debo advertírselo. Esto tiene mucha importancia y es cuestión de mucho peligro; de más peligro que lo que usted imagina.

—Utilicé un arma nueva y secreta. De hecho, es el punto capital del caso en el que estoy trabajando. Nadie la ha visto hasta ahora y nadie puede verla. Esa es la causa por la que despedí a mi personal esta noche.

—Ah. ¿Y usted utilizó el arma del caso contra los asaltantes? ¿No el láser que me mostró?

—Así es.

—¿Con este resultado?

—Sí.

—¿Nunca la había utilizado antes? ¿En otro lugar? ¿En otra ocasión? Sea muy precavida, madame.

—Nunca. Esa era una de las cuestiones que quería meditar esta noche; cómo ponerla a prueba en secreto.

—Y entonces se presentó este tan oportuno asalto. —El tono del subadar Ind'dni estaba ligeramente teñido de ironía—. La felicito, madame. Francamente me era difícil creer que había luchado contra dos asaltantes, los había desarmado y los había matado con su propio láser. Es usted mujer muy formidable, pero no físicamente.

—Perdóneme la torpe mentira, capitán Ind'dni. Estoy tratando de proteger el contrato en que estoy empeñada y me siento inquieta.

—Se comprende, madame. Ay, la protección ya no es posible. Debo tener el arma del contrato.

—De eso ni hablar.

—No es decisión mía, lo manda el Departamento de Legalidad. Debe presentarse el arma. Usted lo sabe, madame.

—Lo siento.

—¿Decisión inquebrantable?

—Tiene que serlo.

—Nos coloca usted a ambos en una posición muy difícil.

—Yo conozco la mía.

—Considere usted la mía, entonces. Estoy tratando con una muy distinguida colega de gran honor y respeto. Eso, por una parte; pero he aquí la otra. El Departamento de Legalidad me exige recoger todas las pruebas existentes, tanto las de hecho como las verbales, con el fin de preparar el caso para su procesamiento.

—Por supuesto.

—Pero usted no ha de presentar el arma letal.

—No puedo hacerlo.

—¿Qué he de hacer entonces? Su negativa me obliga a seguir el procedimiento de

homicidios.

—Le sugiero hacer lo que el procedimiento le exige.

—Entonces, está usted arrestada, madame.

—¿Por Letal-Uno? ¿Letal-Dos? ¿Letal-Justo?

—Usted insiste en agravar doblemente un caso ya de por sí difícil, madame. Yo nunca antes... Usted está por encima de toda sospecha, pero el... No. No. El cargo no será ninguno de éstos. La acusaré de una categoría inventada. Es... ¿Cómo llamarla? ¡Ah! Sí. Es Felonía-Cinco.

Gretchen lanzó una carcajada. Lo había logrado.

—¡Bravo, capitán Ind'dni! ¿Ha improvisado usted un procedimiento que corresponda a la Felonía-Cinco? ¿Seré confinada? ¿Tendré derecho a fianza?

—Sigo inventando delante de la menos amable de las risas. Está usted arrestada en su domicilio por tiempo indeterminado. Lo llamaremos arresto en la Patraña. Podrá seguir su práctica profesional, pero en ninguna circunstancia podrá abandonar la Patraña sin *hukm* (que en hindú significa “sanción”) de mi parte.

—Gracias, subadar.

—Aunque no tengo sus cualidades, madame, cuento con recursos. Le advierto que descubriré esa arma tan secreta del contrato, si en realidad existe.

—¿Si existe? ¿Duda usted de mi palabra, capitán?

—No me disculpo. La incredulidad es el síndrome del bombasí, pero no se trata de eso ahora. Está usted, ¡ay!, involucrada en uno de una serie de crímenes de la más maligna naturaleza, de la cual, espero, no tiene conocimiento alguno.

—Esta es una sorpresa. ¿Qué crímenes, capitán Ind'dni? No tuve noticia de ninguno últimamente.

—No se los ha hecho públicos.

—¿Por qué no?

—Porque son en exceso *outré* como para que pueda dárseles credulidad.

—Comprendo. Al menos, creo que comprendo. De cualquier manera le agradezco su cortesía, subadar. Haré lo que esté de mi parte para cooperar. Esta es una situación muy fastidiosa, ¿no lo cree?

—Con suma tristeza estoy de acuerdo con usted, madame. Y me temo que los dos estaremos aún más tristes cuando finalmente tenga una respuesta inobjetable a todos los interrogantes planteados.

—Cuando la tenga, espero que me lo haga saber —rogó Gretchen fervientemente. Su capacidad psitectónica para la construcción y el diseño había obtenido un permiso temporario de ausencia. La emoción produce a veces ese efecto en el animal humano.

7

Después de dar el informe final (que de modo alguno era la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad) al Presidente Mills Copeland, la sira Nunn recibió su agradecimiento y un cheque y se dirigió directamente al laboratorio de aromas donde entró sin hacerse anunciar. El doctor Shima estaba haciendo cosas demenciales con frascos, probetas y recipientes con reactivos.

—Sin volverse ordenó:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

—Buenos días, Blaise.

Él giró bruscamente revelando una expresión de hombre apaleado.

—¡Vaya, vaya, vaya! —Se sonrió—. ¿La célebre Gretchen Nunn, según creo? ¿Votada “Personalidad del Año” tres veces sucesivas?

El corazón le dio un brinco; no había el menor resentimiento en su tono.

—No, señor, la gente de mi clase no tiene apellido.

—Deja ese “señor”, ¿quieres?

—Gracias, s... Señor Deseo.

Él tuvo un estremecimiento de angustia.

—No me recuerdes esa increíble locura, Gretchen. Yo... ¿Cómo fue todo con Homicidios?

—Oh, pude con ellos.

—¿Y el presidente?

—También pude con él. Estás libre del anzuelo.

—Puede que esté libre del anzuelo de la CCA, pero no lo estoy del mío propio. ¿Sabes?, esta mañana estuve pensando seriamente en entregarme.

—¿Qué fue lo que te detuvo?

—Bueno, en parte, tú.

—¿Sólo en parte? Estoy indignada. Me diste a entender que eras mi siervo.

—Y empecé a trabajar en esta síntesis de pachuli y... y parece que lo olvidé.

Ella se echó a reír.

—No tienes por que preocuparte. Estás salvado.

—No dices que esté “curado”.

—No, Blaise, no más que yo de mi monstruosa ceguera. Somos un par de fenómenos, pero estamos salvados porque lo sabemos. Ahora podemos enfrentarlo.

Él hizo una señal de asentimiento con aire desdichado.

—¿Qué planes tienes para hoy, pues? —preguntó animada—. ¿La lucha definitiva con el pachuli?

—No. A decir verdad, no he hecho otra cosa que los movimientos. Estoy todavía

enredado en una maraña, Gretchen. Creo que es mejor que me tome el día libre.

—Perfecto. Trae comida para dos. Nada de frivolidades; vamos a celebrar un consejo de guerra. Los dos estamos en una endiablada maraña.

* * *

—¿Me lo has dicho todo?

—Todo, Blaise.

—¿Nada olvidado por exceso o por defecto de preocupación?

—Ni por visionaria. Me atengo a los hechos, señor.

—También yo, señora, pero yo soy químico y tú intuitiva, lo cual significa que yo soy cerebral y tú visceral.

—¿Estás insinuando que pienso con las tripas?

—Pues claro. Debes de saber que primero *sientes* la solución de un problema. Luego tu poderoso cerebro concibe una construcción probatoria.

—¿Y tú cómo funcionas?

—Exactamente al revés. Después de descubrir un hecho, trato de traducirlo en sentimiento. Así es cómo creo los perfumes.

—Explícame esto, poderoso creador, ¿un Letal-Uno es de hecho un sentimiento?

—Quizá no sea más que un puro estar en celo. Escucha, si el consejo de guerra va a empezar, es mejor que te me salgas de encima.

—Sí, piensas mejor en posición vertical.

—¿Qué fue lo que sugirió la idea? ¿La psicodinámica?

—Sé cómo haces el amor.

—Lo cual me deja en la duda. Basta de Bromas, Gretch. Quiero profundizar.

—Procede con cautela.

—Deberíamos odiarnos mutuamente.

—¿Sí? ¿Porqué?

—Porque pensamos de manera exactamente opuesta. Tú te orientas en relación con la psique; yo, en relación con la química. Estamos en los polos opuestos, pero eso nos convierte en un equipo ideal; una especie de psiquímico... ¿De qué te ríes?

—Se me ocurrieron algunos términos peyorativos que podríamos aplicarnos.

—No me escandalices, te lo ruego.

—Blaise, yo jamás.

—Gretchen, tú siempre.

—Sólo profesionalmente.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Quién me dijo esta mañana mismo “nada de frivolidades”? ¡Qué manera de referirse al amo!

—¿Y quién se olvidó de traer comida para dos?

Shima dejó pasar un compás y luego musitó:

—Mi muy buen amigo, el Señor Deseo.

Gretchen interrumpió la comedia.

—Manos a la obra, señor. Gracias a Dios puedes bromear sobre eso.

—Humor negro —dijo Shima sin humor.

Hubo luego otra pausa. Por último Shima enfrentó el pelotón de fusilamiento.

—¿Crees que este enredo tiene relación con el Señor Deseo?

—¿Si lo creo? Lo sé. Tiene que tenerla.

—¿Hablan tus tripas?

—Sí.

—¿De modo que no podemos desechar el misterio de los esqueletos como otra quimera de la Patraña y quedar tan conformes?

—¿Cómo podríamos hacerlo? Mira de frente lo que nos amenaza. Yo soy la principal sospechosa de un Letal-Uno. Más aún, soy de hecho culpable.

—No de un Letal-Uno. De un Letal-Justo.

—¿Cuál es la diferencia? La carrera de ambos está en peligro.

Gretchen aspiró hondo.

—Aun cuando justifique el Letal ante Ind'dni, se hará público y perderé la reputación de guardar absoluta discreción, hecho fundamental para que se soliciten mis servicios. Ind'dni va a dar publicidad al asunto del Señor Deseo. ¿Adónde irá a parar tu carrera entonces?

Shima reflexionó.

—Tienes razón. De ambas maneras la cosa pinta mal. Pero créeme, Gretch, si tienes que involucrar al Señor Deseo para salvarte, estoy dispuesto.

Ella le besó la espalda.

—¿Sabes por qué te amo, Blaise? Por que me gustas. Eres un tío decente. Gracias por el ofrecimiento, pero la verdad sobre Deseo no le dará a Ind'dni todas las respuestas que precisa. No olvides esos malditos esqueletos.

—Ojalá pudiera hacerlo; pero, por cierto, constituyen un problema para Ind'dni, no para nosotros.

—Estás equivocado. También son un problema para nosotros. ¿Quién les hizo eso a los maleantes? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Se volverá a hacer algo parecido? Todo eso constituye un problema para Ind'dni, sí, pero contéstame esto: ¿No estaría el crimen destinado en realidad a ti o a mí?

Shima se la quedó mirando fijamente.

—¿Quieres decir que la carnicería de los maleantes pudo haber sido un error?

—Sí. Nosotros pudimos haber sido sus destinatarios. Y si es así, volverá a repetirse. ¿Cómo permanecer prescindentes? —Gretchen hizo una mueca—. Tenemos que defendernos, pero no me preguntes contra qué.

Shima frunció el entrecejo.

—Entonces volvamos a la base y reorganicémosnos. ¿Ind'dni se refirió a otros crímenes de este tipo?

—Sí, lo hizo.

—¿Sin especificar ninguno?

—Dijo: “No se hicieron públicos porque eran demasiado *outré* para que se les pudiera dar crédito.

Shima meneó la cabeza.

—Tienen que ser algo inaudito para que hoy se los considere *outré* en la Patraña.

—Me dio la sensación de que eran aún peor de lo que sucedió aquí.

—¿Y tú no sabes lo que sucedió aquí?

—Ni el menor indicio.

—¿Cerraste con llave después que yo salí?

—Lo hice.

—Entonces, ¿cómo, en nombre de Dios, entró? ¡Jesús, María y José! ¡Es increíble! ¿No viste nada?

—Nada.

—Entonces no pudiste ver por medio de sus ojos. Eso significa que es ciego. ¡Imposible!

—Él o ella... —Gretchen vaciló—. ¿Ciego? No lo sé. Estoy tratando de sentir otra cosa.

—Sentir. ¿No sentiste nada mientras esperabas a Homicidios?

—Nada. Yo... Espera. Tuve una sensación de frío por un instante, pero estaba medio desnuda y, de cualquier manera, todos estamos acostumbrados a las continuas corrientes de aire. “¿Cuándo será tu llegada Gigantesca Helada de Dios?”

—Frío. Hummm. Entrada imposible y frío repentino. ¿Oíste algo?

—Ni el menor ruido.

—¿Alguna otra sensación?

—Ninguna. No, espera. Un olor extraño, según me pareció.

—Ese es mi dominio. ¿Qué clase de olor? ¿Dulce, acre, empalagoso, agradable, desagradable?

—Extraño y asqueante.

—Entrada. Frío. Silencio. Olor asqueante. ¿Y luego consumió la carne y la sangre de los maleantes muertos?

Hasta la última partícula. Los huesos estaban limpios.

—Y después se fue por la puerta cerrada con llave, pero dejándola cerrada. Salida imposible. *Punkt*. ¿Dónde nos encontramos a esta altura de la cuestión? Te diré dónde se encuentra esta mitad del psíquico... ¡En ninguna parte! Esto, en lo que al poder de los datos concierne. ¿Cuáles eran esos términos peyorativos que tenías en mente?

—Saltas de una cosa a la otra de un modo, Blaise. —Gretchen rió de alivio al aflojarse la tensión—. La *Jig* y el *Jap*.

—Ajá.

—¿Por qué no te estás riendo?

—¿Debo hacerlo? No sé que es una *Jig*. El *Jap* soy yo, ¿no es cierto? ¿Tú eres

una *Jig*?

—Ajá.

—¿Qué es una *Jig*?

—Una negra.

—¿Qué tiene eso de gracioso?

—Que antes no lo era.

—¿Cuánto tiempo atrás?

—Hace un par de siglos.

—No ha mejorado nada con los años. Muy bien, sira *Jig*, su turno.

—No se trata aquí de datos, mi querido *Jap*. Hay que sentir.

—De ordinario comienzo con una ecuación empírica.

—Sumamente práctico en ocasiones, pero, en este caso, ¿dónde ponemos el signo de igualdad? No, tenemos que sentirlo.

—No sé que sentir.

—Pero, ¿sientes algo?

—¡Cristo! ¡Sí!

—Sólo que no sabes qué.

—No, no lo sé.

—Gracias, señor. Allí es donde me dirijo.

Shima tenía un aspecto tal de desconcierto, que Gretchen explicó:

—Tus entrañas responden a las situaciones, ¿no es así?

Él asintió con la cabeza.

—Lo que quiero decir es que la situación puede ser nueva, inesperada, una sorpresa, pero tus entrañas la aceptan y responden de acuerdo con senderos familiares porque sienten que lo inesperado *puede* conocerse.

—Diablos, Gretch, estas alturas me hacen zumbiar los oídos. Creo que entiendo. Estás diciendo que respondemos a los acontecimientos siempre que sintamos que se sitúan dentro de los parámetros de la vida tal como la conocemos o podemos conocerla.

—Sí, y ese es el punto crucial.

—Prosigue con cautela.

—¿Dónde nos encontramos cuando no conocemos ni comprendemos nuestras respuestas?

Shima le examinó la cara como si se tratara de un precipitado inesperado descubierto en un frasco.

—Entonces el Acontecimiento Es Incongnoscible —dijo con lentitud—. ¡Mi Dios, Gretchen, lo tienes! ¡La psimetría por siempre! No tenemos que vértosla con nada animal, vegetal o mineral... nada conocido o factible de conocerse... Nos enfrentamos con algo completamente ajeno; fuera de todo parámetro posible.

—Sí. Ahí iba yo.

—Y llegaste triunfal.

—Gracias. ¿Una pausa para formular una pregunta?

—Hazla.

—¿Algo ajeno venido del espacio exterior?

—¡Eso sería disparatado! Nada hay visible en la galaxia que pueda visitar nuestro sistema solar. Todas nuestras investigaciones lo han demostrado. No, nos enfrentamos con una entidad nativa, viable, crecida en el terruño, que nos resulta totalmente ajena... Una especie de Golem.

—¿Te refieres al monstruo del rabí Loew?

—No. Esa es la versión judía clásica de la criatura artificial utilizada como sirviente.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

—Me estoy refiriendo al Golem legendario original. El Golem original, de acuerdo con la tradición talmúdica, era Adán en la segunda hora de su creación, cuando tenía vida, pero era una masa informe sin alma.

—Informe y sin alma. Hummm. —Gretchen reflexionó un instante y luego asintió—. De modo que no podemos saber qué es el Golem, qué quiere o por qué quiere algo.

—Ni siquiera sabemos *cómo* quiere y logra. Eso daría cuenta de la entrada y la salida imposibles y de todo lo acaecido entre ambas. Mi Dios, no sabemos siquiera si *en realidad* quiere algo.

—Forzosamente tiene que querer algo, Blaise. ¿Recuerdas lo del canibalismo y las otras cosas a las que se refirió Ibn'dni?

—¿Crees que el Golem es también responsable de ellas?

—Mi interior lo cree. Hablan las vísceras.

—No hay discusión posible entonces. —Shima estaba tremendamente excitado—. ¡Esto es fantástico, Gretch! ¡Único! No sabemos si tiene sentidos o apetitos según nuestros términos. Puede que sus sentidos funcionen de acuerdo con las longitudes de onda de Angstrom o por debajo de los límites de nuestro propio espectro.

—Eso es posible, Blaise, pero si tiene vida o cuasi vida, es forzoso que tenga apetitos. Esta es sólo otra palabra para nombrar la vida.

—¿Crees que tenga vida en el mismo sentido que nosotros, Gretchen?

—Tú dime qué es la vida, doctor, y responderé a tu pregunta.

—Ojalá lo supiera. Ojalá alguien fuera capaz de definir la vida. ¡Qué magnífico desafío! Yo... —De pronto Shima se desinfló y dejó escapar un entristecido suspiro—. Esto me hizo olvidar la realidad de nuestra situación. A decir verdad, Gretch, en lo más profundo estoy asustado. Me siento como si no pudiera despertar de una pesadilla... Ese inmundo Golem...

—Tranquilo, hombre. Yo me siento igual. Esto es un desafío intelectual, pero también una pesadilla emocional.

—Entonces, ¿cómo hacemos para despertarnos? Como tú dices, no sabemos dónde poner el signo igual en ecuación alguna porque no existe ecuación que

equilibrar. Todas son incógnitas.

—Salvo los crímenes —agregó Gretchen.

—Y el peligro. Esa “cosa” extraña, el Golem, puede estar en cualquier parte haciendo Dios sabe qué y... y esto es lo que me atormenta... puede estar entrando a través de esa puerta con llave en cualquier momento... incluso en este mismo instante.

Gretchen asintió tranquilamente.

—Sí. Si vino una vez, puede regresar... persiguiéndome a mí, o a ti, o a ambos, o al Señor Deseo.

—¿Quieres decir que esa cosa extraña pudo haber estado siguiendo el rastro del Señor Deseo?

—Es posible. Cualquier cosa es posible. No lo sabemos. Estamos en nivel cero en esta pesadilla.

—¿Qué hacemos entonces?

—Encontrar al Golem y ¡zap!

—¿Crees realmente que el peligro está tan cerca?

Gretchen miró a Shima con firmeza.

—Lo creo Blaise. Me vibra cada uno de los nervios del cuerpo; no por nosotros, sino por los demás. El subadar Ind'dni no cesó un instante de advertir el peligro. Algo nuevo y diabólico anda suelto en la Patraña.

Shima meneó la cabeza.

—Es como una peste con la que hay que acabar, pero no sabemos en qué consiste, ni por qué se ha presentado, ni dónde está, ni qué pretende.

—La Peste Negra no sabía ni quería nada; sencillamente era.

—De acuerdo, y esa es una analogía infernalmente acertada, Gretch. Como no sabemos nada del Golem tendríamos que manejarlo como una enfermedad extraña. Eso significa localizar un vector que nos conduzca a la fuente de la peste. Entonces podemos luchar.

—Sí, así se conduce la ciencia implacable.

—Consideremos los posibles vectores. Puede que esté tras de mí.

—O de ti en calidad del Señor Deseo.

—Puede estar tras de ti.

—O de ti y de mí juntos.

—Puede que tenga alguna conexión con los dos maleantes.

—Una posibilidad. —Gretchen recapacitó un instante—. Quizá la más verosímil.

—Puede que funcione al azar.

—En cuyo caso quedamos desvalidos. No hay plan, ni concepción que pueda llevarnos a él.

—Incorrecto, señora. Aun el azar tiene una estructura cuando de vida se trata.

—¿No hay allí contradicción en los términos?

—¿No es la cosa tras la cual andamos una contradicción?

—Vaya, tienes razón, Blaise.

—Los problemas extraños requieren extrañas soluciones. Como tú dijiste, entre los vectores candidatos, el más verosímil es su posible conexión pasada con los maleantes. Eso significa que necesitaremos los datos que tienen el subadar Ind'dni sobre otros crímenes.

—Lo cual significa allegarnos a él. —Gretchen se puso seria—. No me gusta, Blaise. Es astuto, experimentado, intuitivo. Puede resultar peligroso.

—Lo que quieres decir realmente es que no quieres correr el riesgo de que me relacione con el Señor Deseo. Se lo agradezco, señora, pero tengo que correr mi propio albur. Nos unimos a Ind'dni. ¿Tenemos los motivos?

—Es fácil. Yo ofrezco mi colaboración porque estar arrestada en la Patraña no es conveniente para mis actividades. Quiero ayudarlo a resolver el caso lo más pronto posible.

—Lo creará.

—Sólo si somos enteramente honestos con él, Blaise.

—¿Incluyendo lo del Señor Deseo?

—No, eso nos lo reservamos.

—Entonces habrá que mantener la fábula del arma.

—Sí.

—¿Sobre qué más seremos honestos?

—Sobre todo lo que pueda comprobar, y nada de errores, mi amigo, porque nos examinará de punta a punta.

—Es riesgoso.

—Sí, pero no para mí; para el Señor Deseo. ¿Sigues estando dispuesto?

—Por Dios, lo estoy, señora. Sí. Ahora, ¿en qué voy a ayudarte supuestamente? ¿En psicodinámica?

—¿A mí? ¿Solicitar tu ayuda en mi especialidad? Increíble. No, en calidad de químico.

—¿Para hacer qué?

—Me ayudarás a obtener la identificación de los maleantes por medio del análisis químico de sus restos.

Shima lo pensó un momento y luego asintió.

—Sí, podría funcionar.

—Ind'dni es demasiado cortés como para que te diga que estás perdiendo el tiempo. Tiene sus propios expertos forenses en el personal del departamento. Pero no se enterará del engaño. Sólo otro civil solícito en el papel de Sherlock Holmes.

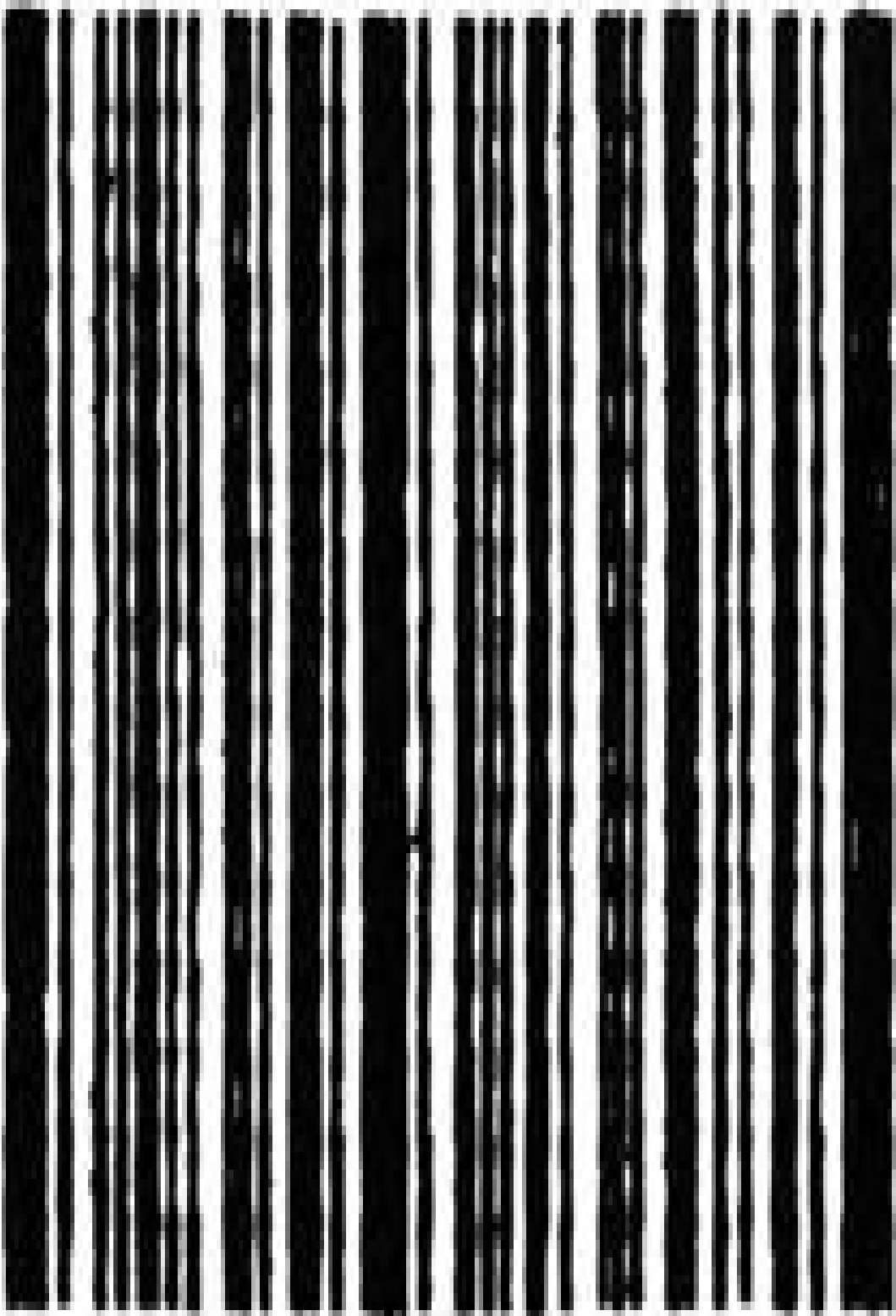
Shima volvió a asentir con la cabeza.

—Lo hacen continuamente.

—Y mientras tú pones en escena el falso análisis químico, yo, con rodeos, intentaré aprovechar cualquier información que se filtre... cualquier cosa que nos permita...

- ¿Formular una ecuación empírica?
- Estaba por decir “situar el signo igual”, pero ¿cuál es la diferencia?
- Acuéstate y te la demostraré.

0



3

1

4

1

5

9

2

—¿Qué demonios es eso, Nellie?

—El último acto de alta magia de mi Droney, Regina.

—¿POR QUÉ sigue empeñándose todavía en intervenir en NUESTRO NÚMERO?

—Sólo quiere servir a la Abeja Reina y a sus damas, Sara.

—Lo lamento, Nell, no me interesa.

Las gemelas estaban disgustadas.

—Esa invención binaria suya resultó un fiasco. Nos oponemos.

—Esto no es nada binario. Este, hermanas en la colmena, es ¡El Precio!

—¿Qué precio? —Yenta cobró un súbito interés.

—El precio que tenemos que pagarle al Diablo.

—¡Oh, no! No otra vez ese Señor Número Equivocado.

—Aguarda un minuto. —Marita Confusa estaba perpleja—. ¿Eso es un precio, Nell? ¿Esas líneas?

—Pues claro. Tenéis que conocerlas. Las véis en todos los paquetes del mercathon.

—NOSOTRAS, madame, NO hacemos las compras en el mercado personalmente.

—Entonces cuando desarrolléis los paquetes después de recibidos.

—Yo, madame, no desenvuelvo nada P*E*R*S*O*N*A*L*M*E*N*T*E. Yo dejo esa tarea a (¡AJ!) la gente como Pi (¡UJ!).

—Entonces tendrás que aceptar como válida la palabra de Droney. La computadora de la tienda lee estas líneas y las traduce al precio que hay que pagar. Luego las suma y anota el resultado que se envía a la computadora de nuestro banco.

—Que paga bajo protesta, no sin dar de patadas y chillar —dijo Yenta con amargo tono—. Esa parte la conocemos todas personalmente.

—Mi Droney dice que quizá Lucifer no se mostró porque no le hicimos saber qué precio estábamos dispuestas a pagarle por hacer una aparición personal.

—¿Y es éste, Nell? —Regina estaba divertida.

—Sí. ¿No es *fabelhaft*?

—Eso depende de lo que diga mi banco. —Yenta no estaba divertida.

—No, no. No es el banco el que paga. Somos nosotras. Marita estaba perpleja.

—¿Nosotras pagamos? ¿Nosotras mismas?

—En persona. Sí.

—¿Cuánto? —preguntó Yenta.

—Droney no quiso decirlo. Todo lo que dijo fue “A Satán no se le paga con dinero”.

La señorita Melindre estaba ofendida.

—Es una vergüenza de su parte —dijo.

—Regina ¿qué opinas? ¿Hacemos la prueba?

—Honestamente no lo sé, Nell. —Regina se echó a reír—. ¿Tenemos que

introducir estas líneas en la computadora doméstica? No creo que pueda leer esta clase de mensaje.

—Droney sólo dijo que las pusiéramos en el pentáculo y las quemáramos.

—Bien, perfectamente. Nada perdemos con hacer la prueba, pero agreguemos nuestra sinfonía de iniquidad para atraer la atención maligna de Lucifer. ¡Pi, muchacha! Luces y olores, por favor. Brujas, agrupáos en torno y sed sinceras.

—¿De qué modo? —preguntó Yenta precavida—. ¿Debemos entonar “Línea gruesa, línea fina, espacio, línea delgada, línea delgada...?” Eso será peor que el hebreo.

—No, querida, nada de ritual. Sólo las luces y los olores y nuestra concentración. Debemos querer. Realmente querer. Querer que Satán aparezca. Querer pagar este precio, sea lo que fuere lo que tenéis en mente.

* * *

—¿Por qué demoraste tanto, Gretchen?

—Perdí al subadar.

—¡Lo perdiste!

—Rectifico. Él me perdió a mí.

—Pero estaba plenamente con nosotros cuando nos autorizó a llevar a cabo el análisis. No pudo haber manifestado un mayor espíritu de colaboración.

—Y luego desapareció.

—¿Descubrió tu maniobra?

—No, tuvo que acudir porque se cometió otro crimen.

—¡Oh! ¿Otra vez nuestro Golem?

—Probablemente.

—No me lo cuentes.

—Nada hay que contar. Simplemente un hombre desollado...

—¡Desollado!

—Despellejado vivo. Y en un cuarto cerrado con llave.

—¡Dios de los cielos!

—Ind’dni me dijo que estaba todavía vivo cuando ellos llegaron.

—No puedo soportar esto.

—Tampoco Ind’dni. Estaba temblando cuando regresó al edificio del departamento. Es un alma sensible, Blaise. Me gusta.

—Creo que se equivocó de oficio.

—Todo el mundo en la Patraña está equivocado de oficio.

—¿Obtuviste alguna información de él?

—Ninguna.

—¿Ni siquiera a través de la magia de la psicodinámica?

—Ninguna en absoluto. Quizás estuviera demasiado impresionado.

—No lo culpo. Despellejado vivo. ¡Dios!

—Tuvo una reacción mística ante mí. Habló de Saturno, el menor de los Titanes. (¡Y tú te crees demasiado culto!) Parece que Saturno mató el Cielo con una hoz y de las gotas de sangre del Cielo derramadas sobre la tierra nacieron las Furias y los Gigantes.

—¿Es ese modo de hablar para un poli?

—Sí, en verdad. Es todo un poli nuestro subadar. ¿Dónde estaba yo? Oh, sí. La Madre-Tierra le advirtió a Saturno que sería depuesto por uno de sus hijos, de modo que él se los iba tragando enteros, uno por uno, a medida que iban naciendo.

—Esto lo recuerdo. Goya pintó un cuadro terrible sobre el tema. Le dio a Saturno el aspecto de uno de los psicópatas furiosos de nuestra Patraña.

—Ind'dni dijo que Zeus fue el menor de los hijos de Saturno. La madre lo salvó y él derrocó a su padrecito, lo exiló y lo hizo custodiar por las Criaturas de Cien Manos.

—¿Las qué?

—Las Criaturas de Cien Manos. Espantoso, ¿no? Inaudito. Ind'dni no pudo describir a esas rarezas. Dijo que no tenían forma definida alguna.

—Sin forma definida alguna. Me recuerda nuestro Golem.

—Esta Criatura de las Cien Manos parece obsesionar a Ind'dni.

—¿Y eso es lo que obtuviste de él, gemas barrocas de Thos. Bulfinch?^[4]

—Eso es lo que obtuve.

—Me da miedo. Verdaderamente me da miedo, Gretchen.

—¿Porqué?

—Porque estoy empezando a creer que ese Ind'dni tiene una segunda visión.

—Tienes que estar bromeando.

—No. Esa obsesión suya con el mito griego se relaciona con algo que encontré en los huesos de los maleantes.

—No es posible que hables en serio. ¿Encontrar algo en un análisis falso?

—No fue falso; no pudo serlo. Los forenses *mavins* del subadar me estaban encima y esos fulanos conocen su oficio. No me atreví a fingir; tuve que tomar por el camino de la sinceridad.

—¿Y entonces?

—Y entonces estoy verdaderamente asustado.

—Sí, pero ¿por qué?

—Porque encontré otra gema de la mitología de Ind'dni.

—¡Vamos, Blaise! ¿Qué encontraste?

—Encontré prometio en los huesos.

—¿Prometió?

—Con I.O.

—¿Cómo Prometeo? El héroe que le robó fuego al sol para dárselo a los hombres

y fue castigado por Zeus?

—El mismo. Los bromistas que lo descubrieron en mil novecientos y algo le dieron ese nombre por él.

—¿Qué es?

—Es una de las tierras raras. Tengo que expresarme técnicamente, Gretch, porque no existe otra lengua para describirlo. Es un lantánido, un elemento radioactivo con un período medio de treinta años. Eso significa...

—Sé lo que es un período medio, Blaise. Es el tiempo que requieren la mitad de los átomos para desintegrarse, ¿no es así?

—Bravo. Símbolo del prometio: “P” mayúscula, “m” minúscula. Número atómico, sesenta y uno. Es un producto de fisión del uranio. Encontré su cloruro, que es una sal rosada.

—¿En los huesos?

—En los huesos.

—¿Y esta es una pista?

—Pues claro que lo es, porque no hay tierras raras, repito *no hay tierras raras*, en las sales normales de los huesos.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Ni siquiera de vez en cuando?

—Nunca.

—Entonces esto es algo anormal.

—Definitivamente, y puede que sea un vector; sólo que no sé qué es ni adónde conduce.

—Déjame pensar un minuto. Tacha eso. Déjame sentir un minuto.

—Siente a tus anchas.

Al cabo de un minuto extremadamente largo, Gretchen preguntó:

—¿Hay prometio en la normal y saludable contaminación de nuestro Corredor?

Shima meneó la cabeza:

—No.

—¿Entonces lo adquirieron deliberadamente? ¿En un acto conciente?

—Es probable.

—¿Se lo utiliza en la comida o la bebida?

—En absoluto.

—¿Ni siquiera como preservativo, fortificante, afrodisíaco o recurso propagandístico de la salud?

—De ningún modo, Gretch. Demasiado raro como para que tenga uso comercial. Demasiado caro.

—Claro. —Gretchen meditó—. Sí, esa es la palabra operativa. ¿Qué consumirían los bribones normales, saludables y representativos de América que fuera caro?

—Muy fácil. Drogas.

—*Quod erat demonstrandum*. Este podría ser tu vector.

Shima asintió con la cabeza. Luego se puso de pie y comenzó a pasearse distraídamente por el taller. Por supuesto, ella no podía verlo porque se encontraban solos, pero podía seguirle el rastro por el sonido. Por fin él dijo:

—Llegaste hasta un extremo, cariño. Yo voy a intentar otro camino.

—¿Cuál, por ejemplo?

—Visitaré las casas de suministro químico. Me conocen. Van a darme lo que quiero.

—Pero no trafican con hierbas, ¿no? Quiero decir, sé que es legal hacerlo ahora, pero *super-bajo* para alguien con clase.

—Claro que no, pero no se encuentra prometio entre los vendedores de la calle. Eso significa que se debe utilizar combinado para producir un nuevo tipo de “*viaje*”. Y significa a su vez, que tiene que ser adquirido en una casa legal donde se lleva registro cuidadoso.

Gretchen asintió con la cabeza.

—Suenas prometedor. —Luego sonrió—. ¡Eh, muchacho! ¿Tienes algo de Pm en tu laboratorio? ¿Quizá tendríamos que probarlo nosotros mismos.

—Da la casualidad que sí tengo; unos cien gramos del hidruro. Pero, ¿cómo nos llevará hasta el Golem de las Cien Manos?

—Oh, no puede llevarnos hasta él, pero quizá nos sea posible viajar, cien manos de la mano, hasta un futuro psicodélico, abandonar a todos y...

—Y ser elegidos “Los Drogadictos del Año”. Termina con eso, Gretch. No tiene la menor gracia. Esa maldita Criatura de Cien Manos puede sorprendernos en cualquier momento y desollamos vivos.

Gretchen recobró la seriedad.

Shima le palmeó el hombro.

—De modo que hay que tener cuidado, ¿me oyes? Tenemos la ecuación empírica por fin. Pm más traficante más identidad de los maleantes igual al Golem de las Cien Manos. De modo que manos a la obra y, por el amor de Dios, no se lo cuentes a nadie.

—Sí, pero también tú ten cuidado. A ti te acecha otro peligro.

—¿A mí? ¿Qué peligro?

—Ind’ dni.

—¿El subadar un peligro para mí? ¿De qué manera? ¿Por qué?

—Ind’ dni sospecha que estás involucrado con la Criatura de las Cien Manos. Por eso se muestra tan dispuesto a cooperar. También él está dedicado a una pesca sutil.

—¿Pesca? ¿De qué?

—De tu conexión con la carnicería de los maleantes.

—¡Vaya sutileza! De hecho, estoy conectado con ella.

—No de la manera en que él lo piensa.

—¿Cómo piensa el hindú?

—Que como químico genial, tú puedes ser responsable del Golem.

—¿Qué? ¿Como Frankenstein? —Shima lanzó una carcajada—. Ridículo. Repentinamente lo asaltó una idea y recuperó la seriedad. —Pero ¡Dios mío! ¿Es posible que el Señor Deseo sí sea responsable?

—Cualquier cosa y todo es posible en la Patraña.

9

Gretchen conocía el Oasis de la O. L. P. de vista. Todos en la Patraña lo conocían, aunque a muy pocos se les permitía la entrada en él. Era una de “Las Visiones”. Con forma de pirámide, rodeado de palmeras de plástico enterradas en resplandecientes arenas de mica y fuentes en las cuatro esquinas —de las que no manaba agua preciosa sino clorobenceno (C₆ H₅ Cl), como lo descubrían con disgusto los HOladros aficionados— era literalmente un oasis.

—Sólo le faltaban camellos —pensó ella mientras se acercaba al portal situado entre las garras de una esfinge tamaño galo. La guardia estaba constituida por un pelotón de guerrilleros de la Liberación que vestían el uniforme caqui tradicional de la lucha en el desierto y llevaban antiguos rifles automáticos prontos a disparar. Fue detenida a punta de arma.

—¿Quién es usted?

—*Shalom aleichen* —respondió ella.

—¿Quién usted?

El ruido de cartuchos en las cámaras del rifle reveló seriedad en la intención.

—Gretchen Nunn. *Shalom aleichen*.

—¿Usted habla judío? ¿Usted judía?

—*Vudden? Frig mir nicht kein narrische fragen.*

—¿Usted? Judía? No.

—*Ich bin una Yid.*

—Usted no parece judía.

—*Nudnick! Ich bin Falasha Yid.*

Se produjo una pausa silenciosa. Luego una de las caras se iluminó.

—¿Ah? ¡Ah! Judía negra. Oí. Nunca vi. Usted linda judía negra. Entre. —Al resto de la patrulla—: Ella bien, verdadera judía. Dejadla.

La primera estratagema de Gretchen había tenido resultado. Se la hizo pasar a un enorme vestíbulo de inenarrable suciedad y fetidez en el que resonaban los biliosos eructos de veinte camellos atados. Había tiendas. Había niños desnudos que jugaban en la arena de mica; al verla se detuvieron y se quedaron mirándola fijamente. Había mujeres de velo negro cuidando fogatas de bosta seca que la miraron, pero que no se detuvieron al verla. El cielorraso de la catedral estaba cubierto de acres nubes de humo.

Un jeque barbado con magníficas vestimentas avanzó hacia ella y la saludó:

—*Shalom aleichen*.

—*Aleichen shalom*.

—Buenos días, sira Nunn. Gran amabilidad la suya al visitarnos.

—Buenos días, señor. Me temo que goza usted de la ventaja.

—Jeque Omar ben Omar. No, no hemos sido presentados, pero, por supuesto, es usted una de las celebridades de la Patraña. Nuestro es el honor, sira Nunn.

—Suya es la gracia, jeque Omar.

—Veo que está familiarizada con nuestras fórmulas de cortesía y se lo agradezco. ¿Quiere usted tomar café?

Al cabo del café ceremonial bebido de piernas cruzadas en una tienda y a solas con excepción de hordas de pihuelos que de continuo los espiaban y al cabo de interminables intercambios de cortesía, Gretchen comenzó a aventurar de a poco el cometido que allí la llevaba confesando que los guardias del Oasis la habían decepcionado. El jeque Omar se echó a reír.

—Sí, me informaron que estaba entrando una judía. Por eso le dirigí el saludo israelita. Reclutamos y entrenamos a nuestros guardias de acuerdo con su fuerza, no de acuerdo con su cociente intelectual. Aun me asombró que uno de ellos supiera de la existencia de los falashas. Después de todo nuestros guardias son un equivalente de los “soldados” de la Mafia.

—Al igual que ustedes, por supuesto, son la nueva y poderosa Mafia.

Omar, graciosamente, dejó pasar el cumplido con un encogimiento de hombros y siguió demorando el asunto pendiente con una erudita digresión.

—Sí, los falashas —parloteó—. Los judíos negros de Etiopía. Pretenden descender de Salomón y la reina de Saba, que, según se dice, era negra. ¿Más café?

—Gracias.

—En realidad, eran simples nativos convertidos al judaísmo mucho antes del advenimiento de Cristo. Entonces algunos se pasaron al nuevo cristianismo y muchos más fundaron la verdadera Fe. Un pueblo vacilante. Nuestros queridos amigos, los israelíes, tuvieron muchas dificultades con los falashas mientras fundaban su magnífica nación.

Gretchen sonrió para sí; su segunda estratagema se ponía en marcha. Cuando la Organización para la Liberación de Palestina por fin se hizo cargo de la República Árabe Unida, llegó justo a tiempo para ser testigo del agotamiento de las ricas reservas de petróleo. La O.L.P., muy atinadamente, se convirtió a la cultura del opio y se dedicó a la venta de sus derivados. Esto significó una pingüe abundancia hasta que las drogas y la adicción a ellas se legalizaron; la consecuencia era la ruina. La única nación que denunciaba todavía el consumo de drogas y luchaba furiosamente contra su legalización era la rígida y puritana Israel. Esto la convirtió en la amada de la Mafia de la O.L.P.

—De modo que quizá sería mejor continuar con el engaño, sira Nunn —dijo el Jeque Omar—. Los soldados ya deben de haber difundido la nueva. No los vamos a contradecir. No somos amables con los forasteros, pero sí lo somos con los judíos. Las cosas le resultarán más fáciles de ese modo.

—Suyo es el honor.

—La gracia es suya. Ahora bien, si me perdona usted mi impetuosidad, ¿qué trae por nuestro humilde Oasis a la celebrada Gretchen Nunn?

—Un contrato muy singular. Requiere que le formule una pregunta a El Olp.

—¡El Olp! ¿Verdaderamente viene usted para tener una audiencia con el Olp?

—Con el mismo Padre Olp, sí.

—¡Inaudito! ¿No da lo mismo que la tenga conmigo?

—Con todo el honor que le es debido, jeque Omar, me temo que no. La información que necesito debe provenir desde la misma cumbre.

—¿Se me permite averiguar la naturaleza del contrato que requiere un paso tan singular?

—Aunque por la seguridad deba velarse al máximo, pondré mi fe y mi confianza en su honor, jeque Omar, y seré tan franca y abierta como sea posible.

—Mío es el honor, en verdad.

—Y suya la gracia. El contrato se centra en un arma letal única. Nunca se conoció otra igual hasta ahora. No puedo revelar nada del arma mientras esté negociando patentes rigurosamente blindadas, pero le confesaré que la empleé en secreto contra dos maleantes de la Patraña con el fin de poner a prueba su potencial.

—No dos de los nuestros, espero. —El jeque Omar sonrió apenas—. ¿Y los resultados de la investigación?

—Oh, Letal-Uno, claro —dijo Gretchen como al pasar—. Letal como nada que se haya visto. El subadar Ind'dni está muy inquieto.

El Jeque Omar volvió a sonreír.

—Pero hay algunos efectos colaterales que debo explorar y explicar para que sea posible solicitar la patente. Para esto, necesito la ayuda de El Olp.

—¿Nada más? ¿Sólo desea formular preguntas?

—Nada más. Sólo unas pocas preguntas.

—¿Qué son?

—Ya las sabrá cuando las formule por mí, pues así espero que me honre. Ni sueño con el atrevimiento de dirigirme a El Olp yo misma.

—Suya es la gracia, sira Nunn. Le ruego que aguarde.

Mientras aguardaba en la tienda envuelta en el estruendo y el hedor del Gran Vestíbulo, Gretchen trataba de imaginar cuál sería el aspecto del formidable Padre Olp de la Mafia. Su visión de segunda mano no le procuraba indicio alguno. Vacillaba entre un rotundo gorila que se hubiera abierto camino a fuerza de asesinatos hasta la cumbre y un agriado empleado que se hubiera abierto camino con astucias contables cuando el jeque Omar ben Omar por fin estuvo de regreso con aire de gran asombro.

—Se le concedió la audiencia —dijo—. Nunca lo habría creído posible. Por favor, venga conmigo.

—¿Debo cubrirme la cara con un velo?

—Ya no es necesario, sira Nunn. Los años nos han acostumbrado a los extraños usos de los infieles.

La condujo por empinadas rampas hasta la cúspide de la pirámide donde pasaron junto a cuatro guardias guerrilleros y penetraron en una cámara piramidal. Gretchen estaba casi sin aliento.

Era un cuarto enorme con el suelo cubierto de resplandecientes alfombras y las paredes de invalorable tapices en los que se describían las conquistas del Islam. A lo largo de todo el salón, una mesa de conferencias baja y empotrada estaba rodeada de almohadones bordados sobre los que se sentaban los asistentes con las piernas cruzadas. En el lejano extremo un grupo de jeques espléndidamente vestidos se apiñaba en torno a un trono de ébano. Sus cabezas se reclinaban reverentes como si estuvieran escuchando murmullos sagrados.

El jeque Omar señaló un almohadón junto al extremo cercano de la mesa de conferencias y Gretchen se acuclilló sobre él. Él permaneció de pie y se aclaró la garganta. El grupo de jeques levantó la cabeza y se abrió un tanto, pero Gretchen siguió sin poder ver al Padre Olp sentado en la silla real.

—La mujer falasha está aquí —anunció Omar.

Uno de los jeques se inclinó atentamente y luego volvió a enderezarse.

—El Olp señala que la perra judía infiel debe ponerse de pie para que se la pueda ver.

Gretchen comenzó a incorporarse, pero una mano de Omar en el hombro la retuvo. La miró desde lo alto.

—El Olp señala que se ponga de pie para que se la pueda ver —dijo, y luego retiró la mano.

Gretchen se puso de pie. El grupo de jeques se abrió un poco más aún para que El Olp la viera y contempló por primera vez al legendario Padre El Olp. Vio una ligera figura minúscula, casi hecha de estacas, como atornillada en la silla real. Tenía las nudosas manos deformadas por la artritis. El pelo era blanco, largo y escaso y descubría espacios de calvicie. Tenía la cara... ¿Cómo? ¿Cubierta por un velo? ¿Una mujer? ¿El Olp una mujer? Gretchen no podía creerlo.

Al cabo de un largo intervalo consagrado a un concienzudo examen, un dedo retorcido vaciló como la antena de un insecto y luego descendió. Uno de los jeques se inclinó, escuchó lo que la velada momia decía y volvió a enderezarse.

—El Olp dice que usted por primera vez se cruzó en nuestro camino en el 71.

Ya en posesión del ceremonial, Gretchen esperó que el jeque Omar le transmitiera lo dicho. Luego replicó.

—Sí, en ocasión del contrato de Oberlin. No sabía que la O.L.P. estuviera implicada cuando lo firmé. Si provoqué algún inconveniente, lo lamento. No tuve intención de hacerlo, se lo aseguro a El Olp.

Se transmitió su réplica a El Olp. Luego, en ronda, le llegó la respuesta:

—¿Por qué entonces no se retiró?

—Estaba comprometida por el contrato.

—En el 72 provocó la extinción de toda una célula de asalto de la O.L.P.

—Sí, ese fue el contrato de Grafito. Esta vez sabía que la O.L.P. estaba implicada y le advertí a la célula que se retirara. Les avisé con tiempo suficiente, pero sus soldados eran estúpidos o tercos. Yo tampoco salí ilesa entonces. Estuve hospitalizada por dos meses. Yo... —De pronto se interrumpió y su mente se iluminó como por un relámpago: *Sí. Quedé ciega en el tiroteo. Los médicos creyeron y yo también creí que había recuperado la vista, pero no fue así. Mi visión extrasensorial se hizo cargo del sentido y ninguno de nosotros se dio cuenta de ello.*

Pero El Olp continuaba:

—Se le ofreció el doble de los honorarios que usted obtenía con el contrato de Grafito. ¿Por qué se rehusó a aceptar?

—Estaba comprometida por mi honor y yo no acepto sobornos.

—En el 74 ayudó a huir a una muchacha de la O.L.P. que se unió a un perro cristiano incrédulo.

—Así fue.

—¿Dónde se encuentra ella ahora?

—No lo diré. —Gretchen oyó que Omar retenía el aliento al lado de ella.

—¿Lo sabe?

—Sí.

—¿Pero no lo dirá?

—No. Nunca. —Oyó que Omar volvía a retener el aliento.

—¿La compromete un contrato?

—No, me compromete la gracia.

Hubo otra prolongada pausa. El jeque Omar murmuró:

—Me temo que ahora esté perdida. No puedo hacer nada por ayudarla.

El velo ante la cara de la momia se agitó ligeramente. Un jeque se inclinó para oír el susurro y luego se irguió.

—A El Olp le complace su desafío. A El Olp le complace su fortaleza. El Olp dice que ambas deberían haber nacido varones.

—Agradezco a El Olp.

—El Olp pregunta qué es lo que usted necesita.

—Información.

—¿Cuánto pagará?

—Nada. La pido como un favor.

—¿El Olp le debe favores?

—No.

—No obstante se le otorga. Pregunte.

—Gracias. La O.L.P. trafica con drogas. ¿Hay un nuevo tráfico que acabe de llegar a las calles de la Patraña que utiliza una tierra extremadamente rara llamada prometio? P-R-O-M-E-T-I-O.

La doble transmisión pareció durar un siglo. Por fin llegó la respuesta:

—No.

—La O.L.P. conoce las fuentes de todas las drogas. ¿Es posible que algún traficante esté elaborando en privado algo nuevo?

Nuevamente una larga demora. Luego:

—La respuesta es no. Nuestros enforcers lo sabrían en una semana. No han dado informes sobre nada nuevo que se produzca privada o comercialmente.

Gretchen suspiró desilusionada.

—Entonces, eso es todo. Agradezco a El Olp. Tiene usted mi honor y mi gracia.

Se volvió para retirarse.

—Deténgase, por favor.

El susurro proyectado llegó tan débil y, sin embargo, tan penetrante como el silbido de una serpiente. Gretchen se detuvo y se volvió sorprendida. El Olp le estaba hablando directamente a ella.

—Usted no es una falasha. Usted es Gretchen Nunn, mujer de influencia y respeto.

—Gracias, El Olp.

—Usted se las ha ganado.

—Usted me honra.

—Si la O.L.P. le ofreciera un contrato, ¿lo aceptaría?

—Usted tiene su propia organización, El Olp.

—¿Lo aceptaría?

—¿Para qué habría de necesitarme?

—¿Lo aceptaría?

—¿Como soborno?

—No como soborno. ¿Lo aceptaría?

—No puedo responder a una pregunta a menos que sepa por qué se la formula.

—Tiene usted un coraje, una independencia y un ingenio nada frecuentes. Y tiene también lo menos frecuente de todo: una merecida arrogancia.

Gretchen comenzó a percibir oculta en la momificada figura de estacas una voluntad indomable e imposible de quebrantar. Recordó de pronto a la última emperatriz Viuda de la China Imperial, Tzu-Hsi, que desde su lecho de esclava concubina se abrió camino hasta el Trono Celestial conspirando, asesinando, hechizando y traicionando.

Replicó con sumo cuidado:

—Aceptaré y cumpliré cualquier contrato con tal que no implique dañar a nadie ni nada en forma directa. No soy una destructora. Desdichadamente, no puedo prever todos los resultados posibles, pero eso corre por mi cuenta, no por la del cliente.

—Sí, sí, sí —llegó el silbido. Usted me complace. Mucho me complace. Procuraré que nos volvamos a encontrar y entonces también usted estará complacida. Puede irse ahora, Gretchen Nunn.

Después que el jeque Omar ben Omar la hubo acompañado hasta la salida del Oasis, Gretchen inspiró profundamente y se estremeció.

—¡Mi Dios! Esa mujer hace que me sienta una niña otra vez.

* * *

Shima creía conocer toda farmacia y droguería en ejercicio de la Patraña — después de todo, eso formaba parte de su profesión—, pero ese grotesco comercio le resultó una sorpresa.

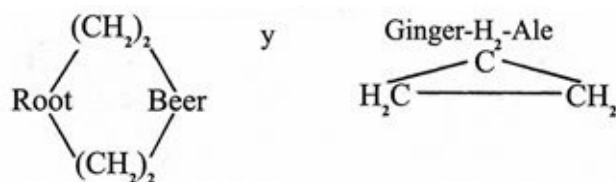
Era un tambaleante edificio en ruinas de la Calleja Canker cubierto por cartelones tan antiguos como la Proclamación de la Emancipación en las que se leía: “Edif. Clausurado”. En un letrero desgastado que colgaba del delirante brazo de una horca se leía: RUBOR TUMOR^[5]. Las letras estaban ornamentadas con la representación explícita y exagerada de zonas erógenas. Una pequeña muchedumbre de vagos callejeros se agolpaba frente al escaparate del comercio donde se proyectaban borrosas imágenes pornográficas que debían de tener un siglo de antigüedad cuando menos. Algunos de los vagos trataban cansadamente de excitarse sin lograrlo. Shima entró en RUBOR TUMOR recibido de buen grado por una serenata de maullidos. Hizo un rápido examen del lugar.

—¡Gloryosky! —exclamó—. Este sitio parece del siglo XX. Un maldito museo.

Había cubas, pipas, garrafones, redomas volumétricas, alambiques, retortas, cubetas, frascos graduados.

—¿No fue saqueado todavía? —Se asombró—. ¿Por qué? ¿Cómo?

Había panales de antiguas panaceas en sus frascos de vidrio originales con sus rótulos originales. Sólo las botellas vacías valían una fortuna como piezas de colección: 2-Propinil-Pepsi, Nueva Oxi-Shasta⁺ enriquecida, Nova Tab, 7-CH₃ .S.C₃ H₇-Up, Club (K^o + hv)Soda, Frescatioli, Tónico Fenileno del Doctor Brown, 1,3-Hexadina-5-ina Sprite, 4-n-hexil-resorcinol del Doctor (Pepper³)², Coca (R. N⁺) Cola,



Había una botella de Ultra-Guiño-Erektol a cuyo vidrio la luz y el tiempo habían dado un interesante tinte púrpura. Shima trató de sacarlo de su estante para examinar la evaporación (pues el vidrio por cierto se evapora), pero su mano recibió una descarga mucho más dolorosa que lo que hubiera sido una palmada en la muñeca.

—Y esto explica que no haya habido saqueo —musitó mientras se frotaba la mano—. Si hubiera insistido, apuesto doble contra sencillo que habría perdido el brazo. Sea quien fuere el que administra esta farmacia, no va a perder nada, allí donde se encuentre. —Shima levantó la voz—. ¡Eh, farmacéutico! ¿Hay alguien aquí? ¿Don Rubor? ¿Don Tumor? ¿La sira, tal vez?

Una desvaída respuesta emanó de las paredes:

—Hola. Yo soy el farmacéutico. ¿Qué puedo hacer por... FLAP-RRR-FLAP... Yo soy el farma-FLAP-RRR-FLAP-ico RRR far FLAP RRR or usted FLAP RRR Hola...

—¡Dios todopoderoso! —exclamó Shima lleno de asombro—. Una maldita droguería computerizada del siglo XX... y funciona todavía.

—Arma-FLAP-farmacéutico-RRR... Hola. Yo RRR...

—Bueno, funciona poco más o menos, pero no deja de ser un milagro. Me pregunto cómo genera su energía.

—Farma-RRR...

—Necesito una prescripción —gritó Shima—, si puede usted responder. ¿Puede responder, farmacéutico?

—Chelines diez al contado en la ranura-FLAP-RRR...

—¿Chelines? Mi Dios, esa moneda no circula desde que el I.R.A. abandonó...

—FLAP-RRR diez al contado RRR-ranura.

Una especie de ranura para depósito de monedas giratoria titilaba emitiendo una espasmódica señal en demanda de pago. Shima la inspeccionó perplejo. En el año 2175 d. C. no había moneda en circulación que pudiera tener cabida en ella. Estaba por volverse disgustado cuando tuvo una súbita inspiración. Levantó el pie y le asestó a la ranura un golpe con el taco.

—Ventajas de la educación superior —dijo sonriente—. En mis días de estudiante había colgada una porra en el dormitorio junto al teléfono público CB para evitar el desgaste del calzado.

—FLAP-RRR-FLAP No programada para dar cambio. Puede RRR dos prescripciones. FLAP. Yo soy el RRR tico. ¿Qué puedo FLAP usted?

—Necesito una prescripción especial.

—Nombre medicamento FLAP narcótico purgante RRR panacea RRR ungüento cataplasma FLAP ponzoña veneno RRR tóxico...

—Quiero la prescripción que se encargó anteriormente en Rubor Tumor.

—Dé nombre FLAP cliente.

—No puedo, pero puedo decirle que la prescripción era muy especial. Contenía PROMETIO. P-R-O-M-E-T-I-O.

—Contenía PROMETIIIo.

—Sí. Una tierra rara lantánida.

—Grupo FLAP de la clasificación periódica. Número atómico G1. Peso atómico RRR. Producto de fisión del uranio. FLAP FLAP FLAP Solicite registro de las prescripciones.

—Solicito el registro de las prescripciones.

Transcurrida una pausa, una nueva voz de mujer habló con vivacidad:

—Registro de prescripciones. Deposite diez chelines.

Shima volvió a asestar un golpe de taco.

—Como te vas, vuelves —dijo en tono meditativo.

—A partir del año 2100...

—No —interrumpió Shima—. Comience con los registros actuales y siga retrospectivamente.

—Deposite diez chelines.

—Tengo que instalar una porra —dijo a entredientes y dio un golpe de taco.

La voz vivaz que tenía a su cargo los registros comenzó a dar noticia de las prescripciones archivadas retrospectivamente por fecha, número e ingredientes. Shima escuchó pacientemente el largo recital, algo sorprendido de que esta vieja farmacia enloquecida vendiera tanto y se preguntó qué usarían los clientes en lugar de chelines.

—No todos deben de recurrir al taco —pensó—. El aparato no seguiría en pie.

Por fin oyó el abracadabra mágico:

—CLORURO DE PROMETIO. Cincuenta gramos.

—¡Suficiente! Es esto —gritó, y dio un golpe de taco antes de que se le solicitaran otros diez chelines—. Nombre y dirección del cliente,

Pausa. Luego:

—Burne, Salem. El Número de la Bestia. Portal del Infierno.

—Vaya, que me condenen —dijo Shima lentamente—. Que. Me. Condenen.

* * *

Lo que la idealista Icemm (la Industria Constructora por un Mañana Mejor) había hecho fue levantar el equivalente de la represa Zuider Zee a través del canal de Portal de Infierno y continuarla a través del Río Hudson. (También conocido como el Río del Norte porque se encontraba al Oeste de la antigua Ciudad de Nueva York. O bien los compases de los viejos cartógrafos eran de muy mala calidad, o bien odiaban a Henry Hudson.)

La represa cumplía un triple propósito: 1) Impedir el paso del agua salada que llega con la marea del Atlántico y mantener las aguas dulces del Hudson; 2) Reservar las aguas dulces de éste para uso industrial y 3) Procurar un vertedero, en el puerto superior o inferior de Nueva York, para los hirvientes desperdicios de la planta de energía nuclear edificada sobre la represa.

Los exasperantes ecosoñadores se habían preguntado por qué la vida acuática del puerto estaba siendo destruida por una energía de la que el público nunca se beneficiaba, y por qué el calor no podía utilizarse por lo menos para reanimar a la congelada Patraña. La Icemm les explicó amablemente que el costo hacía que la medida no resultara práctica y preguntó a su vez qué demonios importaba la destrucción de toda la vida litoral y oceánica de unos pocos centenares de kilómetros cuadrados cuando un Futuro Mejor lo solucionaría todo.

Un interesante efecto colateral de la represa Hudson-Portal del Infierno era que el embalse había elevado el nivel del agua cuatro metros, anegando miles de hogares y creando una multitud de minúsculas islas y colinas esparcidas por sus costas: una especie de Venecia artificial. En estas islillas había unas pocas casas privadas todavía en pie o recientemente construidas. Una de estas casas privilegiadas era la situada en Portal del Infierno 666.

De ningún modo era un *palazzo* veneciano, sino más bien una fortaleza de piedra semejante a un castillo en miniatura con almenas destinadas a los arqueros defensores. Shima tenía la lúgubre impresión de que una amenaza implícita rondaba cuando llegó remando al desembarcadero. También Gretchen la tenía.

—No me cuesta nada imaginar la aparición del Golem de las Cien Manos en este lugar, Blaise.

Él asintió.

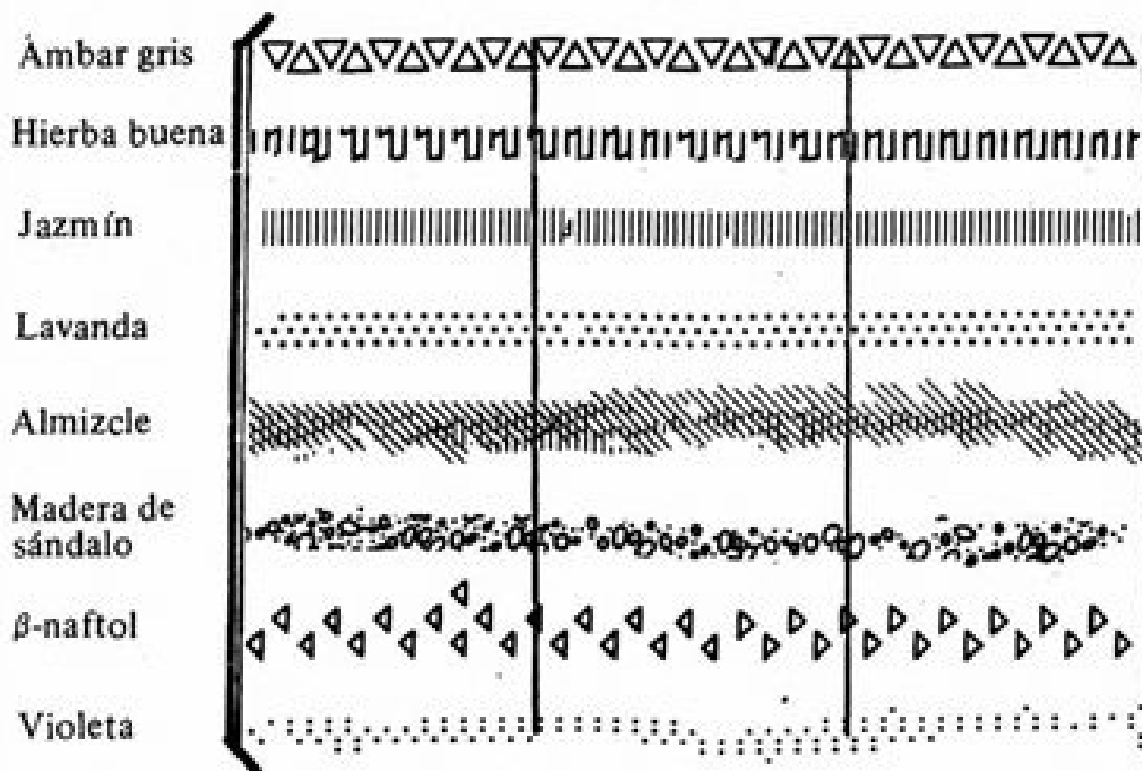
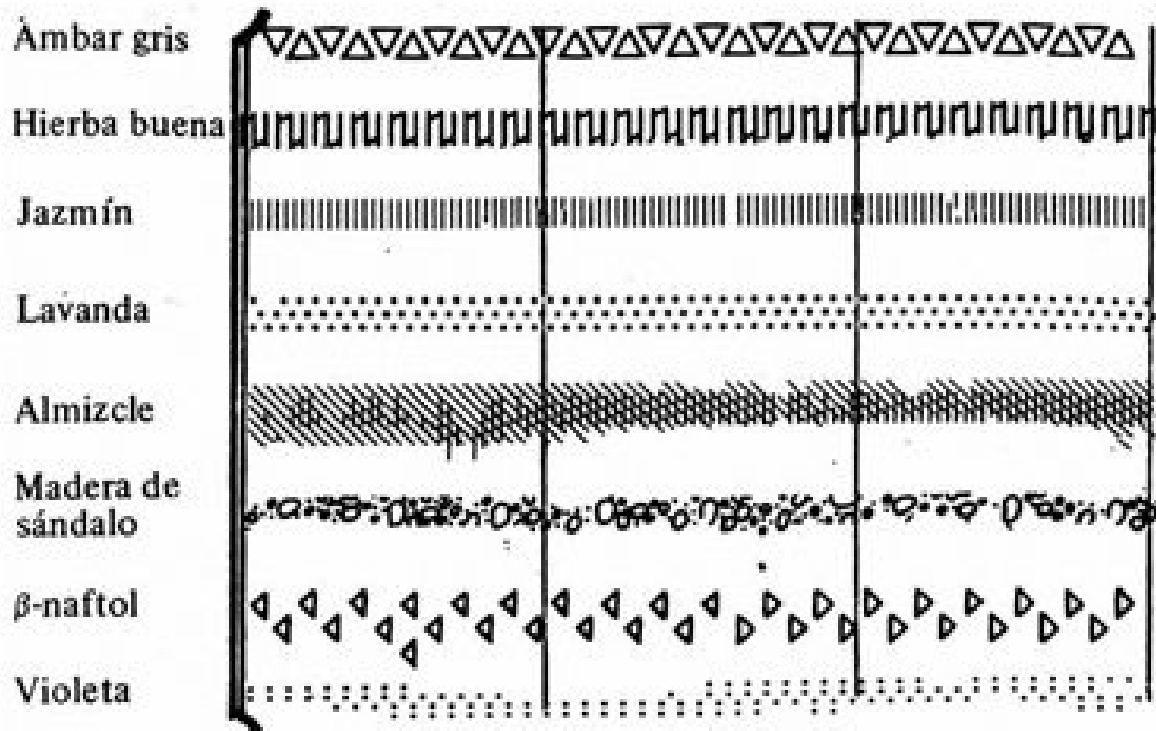
—Sólo falta un jorobado que llame “Amo” a Burne y le traiga un cerebro inservible.

Ella sonrió.

—Lástima que haga tan buen tiempo. Tendría que haber truenos y relámpagos.

—Es probable que no falten en la puesta en escena que se desarrolla adentro.

Pero muy por el contrario, los cuartos de recepción de Portal del Infierno 666 fueron una deliciosa sorpresa. Estaban decorados de acuerdo con una tradición quáquera y *shaker*: pisos de tablonos de pino de ancho diversificado al azar, caballetes de aserrar utilizados como mesas, sillones moravos, relojes de caja, sillas con respaldo en escalera de nogal, cómodas pintadas, utensilios de peltre, cristal de Steigel, lámparas de plata de Argand, primitivos coloniales hermosamente enmarcados.



—Sólo falta aquí un cartel contra el mal de ojo —murmuró Shima con envidia. Era evidente que Salem Burne, el matasanos, vivía con mucho más lujo que el distinguido Blaise Shima, Bachiller, Master y Doctor.

—El ritual de la tarde acaba de empezar —susurró el recepcionista—, pero pueden ustedes pasar. Encontrarán divanes vacíos.

Abrió silenciosamente un panel corredizo y los dos entraron en lo que parecía un enorme útero de terciopelo gris sin paredes ni cielorraso discernibles. Había esparcidos divanes de terciopelo en la ardiente oscuridad sobre las que se reclinaban formas vacías.

—¿Es esto terapia de grupo? —Susurró Gretchen.

En el centro del útero había bailarines, docenas de ellos, desnudos y cubiertos de pintura luminosa que los disfrazaban de vampiros, gules, cacodemonios, súcubos, harpías, ogresas, sátiros y ftirias. Brillaban, se retorcían, se entrelazaban y se contorsionaban a compás de la música.

Shima olfateó.

—¡Por Dios! —musitó—. Ha compuesto una sinfonía de aromas con la escala odófona que le di.

Se deslizaron en puntas de pie por la oscuridad hasta un diván vacío y se sentaron para observar, escuchar y olfatear.

La figura nebulosa del psicomante se trasladaba silenciosamente de diván a diván. A veces se inclinaba, otras se sentaba, otras en fin se ponía de rodillas; siempre decía algo en voz baja a las figuras reclinadas. Era una solemne versión del tradicional encargado de los accesorios en el igualmente tradicional teatro japonés, que se mueve en escena vestido de negro y al que se supone y se acepta como invisible. Llegó por fin al diván donde estaban sentados Gretchen y Shima.

—Doctor Shima, qué agradable sorpresa —dijo Burne suavemente—. Y esta, sin duda, debe de ser mi distinguida colega, Gretchen Nunn. Muy emocionado de conocerla por fin, madame.

—Gracias, señor Burne. ¿O debo decir “doctor”?

—Nunca en presencia del genuino doctor Shima. Conozco mi lugar. ¿Y qué le parece su música odofónica, doctor Shima?

—Estoy realmente impresionado, Burne. Combina perfectamente con el ballet y la música orquestal. ¿Cómo responden sus pacientes?

—De manera cabal, como puede usted verlo. Sus barreras han desaparecido. Se entregan sin recato a la hechicería del perfume, la danza y la música mientras sus cuerpos expresan volúmenes. No puedo agradecerse lo bastante, doctor.

—Usted se lo merece, se lo aseguro. Nunca soñé que esa idea llegara a tan buenos resultados.

—Gracias. Perdóneme si parezco apresurarlos, pero el ritual y mis pacientes esperan. Usted y madame me están diciendo sin palabras que algo extremadamente urgente los trae por aquí. —Burne echó una mirada a Gretchen—. ¿La fuga?

Ella le devolvió la mirada.

—Sí y no. Lo lamento, pero tenemos que guardar discreción al respecto.

—Comprendido, sira Nunn, pero en colega amistoso, debo advertirle que su lenguaje somático me está diciendo que se trata de un asunto de vida o muerte.

—Así es.

—¿Entonces?

—Blaise se lo dirá.

—Señor Burne —empezó Shima con gran cuidado—, nos fue necesario rastrear una tierra rara llamada prometio. Omni-Quim me informó que sólo ellos la manejan y no han hecho sino una venta de la sustancia: a Rubor Tumor, una tienda de venta al por menor de la Calleja Canker, en la Patraña. Los registros de prescripciones de Rumor Tumor indican que sólo hubo una venta de cloruro de prometio... a usted.

—En efecto. ¿Y entonces?

—¿Cómo y por qué lo usa?

—Yo no lo uso.

—¡No lo usa usted!

—En absoluto.

—Entonces, ¿por qué lo compró?

—Una paciente me solicitó que lo hiciera.

—¿Una? ¿Una mujer? —exclamó Gretchen.

—La mayor parte de mis pacientes son mujeres, sira Nunn.

Shima siguió apremiándolo.

—¿Solicitó específicamente el prometio?

—De ningún modo. Me pidió un nuevo incienso exótico y malévolo que cuando se quemara exhalara un olor diabólico. Hice lo posible por complacer a una cliente en sumo grado rendidora... Nunca ando con rodeos y soy honesto con usted, doctor... Y compuse una mezcolanza que hice preparar en Rubor Tumor. Utilicé una veintena de sustancias ultraterrenas que encontré en los libros, entre ellas, el cloruro de prometio.

—¿Y se la dio a ella?

—Pues claro.

—Señor Burne, detesto preguntarle esto, pero me veo forzado a...

—Por favor, doctor —interrumpió Burne—. Usted y la sira Nunn me están diciendo de manera inequívoca que se encuentran frente a una crisis. No vacilaré en quebrantar alguna regla ética en favor de mis colegas. Todo lo que pido es que no revelen la fuente de la información.

—Prometido en nombre de los dos —dijo Gretchen.

—Y sobre todo, no se la revelen al subadar Ind'dni.

Gretchen y Shima se quedaron alelados.

—¿Cómo diablos...? —explotó Gretchen, y luego se tapó la boca con la mano.

Burne le sonrió.

—Algún día, madame, puedo enseñarle las sutilezas del lenguaje somático.

Luego miró a Shima como al acaso.

—La paciente es Ildefonsa Lafferty. Figura en la guía de la Patraña.

Shima ahogó una exclamación. Gretchen lo miró largamente mientras él trataba de recobrar la compostura.

—No es nada... Nada en absoluto —tartamudeó con plena conciencia de que no engañaba a ninguno de los dos—. Es sólo que... es sólo que me estaba preguntando... Me estaba preguntando cómo paga el señor Burne en Rubor Tumor. Ya no circulan chelines en la actualidad.

—Con piezas congeladas de CO₂. —Burne sonrió—. No se preocupe, doctor. Nunca revelaré las confidencias de Ildefonsa Lafferty. Puede contarle a la sira Nunn tanto o tan poco como ambos lo consideren conveniente.

10

—Tendrás que enfrentarte sola con ella, Gretchen. Yo no la veré. No me atrevo.

Caminaban por el “Strøget” de la Patraña, el extenso y exclusivo bulevar comercial severamente vigilado por policías privados. Estaba prohibido todo tránsito en él, excepto el de peatones. Sólo se admitían compradores con identificación Clase A.

Shima estaba profundamente perturbado. Gretchen trataba al mismo tiempo de tranquilizarlo y de satisfacer su curiosidad.

—¿Qué significa todo esto, amigo mío? Tuviste algo que ver con Ildefonsa Lafferty, ¿no es cierto?

—La Muchacha de Ipanema. Hace dos años.

—¿Ipanema significa algo?

—Era una canción popular de hace siglos sobre una muchacha en la playa que jamás miraba al tío que la amaba. Hermosa melodía.

—¿Ildefonsa era hermosa?

—A mí me lo parecía.

—Entonces, ¿por qué esa *crise de nerfs*? Tuviste enredos con toneladas de mujeres.

—Antes de que te conociera, y no fueron tantas.

—¿Las otras te producen el mismo efecto? No me lo digas Ni te atrevas.

—Ni siquiera recuerdo sus nombres.

—Entonces, ¿qué es lo que tiene esa sira Lafferty tan de especial?

—Me asesinó.

—¿Eso era amor?

—Para mí lo era, sí.

—¿Y lo sigo siendo?

—Todavía me estoy muriendo, si eso es amor.

—El amor no debería matar.

Hubo una larga pausa mientras ellos se paseaban abriéndose camino entre los compradores. De pronto Shima comenzó a hablar en voz baja con la cabeza desviada, como si estuviera haciendo una confesión vergonzosa.

—Cuando niño, en Johnstown, Pennsylvania, durante la década del cuarenta...

—¡Johnstown! ¿En la década del cuarenta? Eso fue durante la quinta inundación.

—Sí, pero no es de eso que quiero hablarte. Mi abuelo —al que yo llamaba “abuelito”— decidió que no viviría lo bastante como para ser testigo de lo que sería de mí, de modo que inventó una demoníaca manera de prever mi futuro.

—¿Cuál?

—Me dio una moneda de oro de cincuenta francos.

—¿Francos?

—Ajá. Él representaba la rama francesa de la familia. Fue cuando una moneda de oro de cincuenta francos equivalía a... oh... quizás un centenar de créditos computados de la actualidad. Una fortuna para un niño.

—¿Y por qué fue eso demoníaco?

—La moneda era falsa.

—¡Dios mío! ¿Él lo sabía?

—Claro. Me la dio deliberadamente. Ese fue su método de previsión; para comprobar de qué modo me comportaría cuando lo descubriera: si intentaría hacerla circular, cambiarla, pedirle a él otra legítima, protestar, lo que fuere.

—¿Y tú qué hiciste?

—Nada. Cuando descubrí que el regalo era falso, me sentí ofendido y desilusionado, pero no hice nada en absoluto. Guardé la moneda falsa en un cajón y no volví a mencionarla. Abuelito se puso muy triste. Dijo: “*Ah, le pauvre petit. Jamás podrá aserrar los nudos del tronco*”.

Shima guardó silencio. Por fin Gretchen preguntó:

—¿Y eso en suma significa...?

—Pensé, quería, creía que Ildefonsa me estaba dando un regalo de oro legítimo y le di a cambio todo aquello de que yo disponía.

—¡Ah! ¿Incluso un atesorado diamante?

—Trato de darte más que el diamante. Traté de darle más, pero ella era una moneda falsa. Una verdadera falsificación. La guardé en un cajón. No puedo volver a sacarla.

—De modo que bajo esa fachada inteligente, brillante e ingeniosa no eres sino un pobre tío romántico.

—No puedo aserrar los nudos del tronco; esa es la razón por la que me pasé la vida escondido en los laboratorios. Si hay algo cierto más allá de toda duda, es la Tercera Ley de Newton del Humor: toda broma tiene como contrario una herida de igual valor.

Lila le besó la mejilla.

—Seré más gentil y bondadosa contigo que nunca, te lo prometo. Y enfrentaré sola a esa perra de Ildefonsa.

—Es un caso difícil de Ipanema, Gretchen. Es un hueso duro de roer. No siente nada, lo sé.

De un modo u otro, obtendré lo que queremos. Tú sólo mantenía guardada en ese cajón y arroja la llave lejos.

* * *

Ildefonsa Lafferty era proclive a la violación. Gretchen la midió entera de una sola mirada, como sólo las mujeres pueden hacerlo, y la analizó fríamente. Pelo teñido de rojo aunque evidentemente una pelirroja natural, como la piel nivea, las cejas, las pestañas y el monte de Venus los proclamaban a través de la túnica transparente. (“Ostentosa exhibición. ¡Nauseabunda!”) No muy alta. De formas generosas. Senos abundantes y pendulares. (“Tendría que rebajar unos cinco kilos.”) Aplomada. Desafiante. Fulgurante de... ¿qué? (“¡Chutzpah!”) Detestable. (“¿Cómo pudo Blaise haber...?”)

—¿Pues bien? ¿Qué ve usted? —preguntó Ildefonsa desafiante.

Gretchen aceptó el *défi*.

—Qué está abiertamente buscando que la violen.

—Gracias, pero los halagos no van a llevarla a ninguna parte. Pase. Gretchen Bunn^[6], ¿no es así? (El servicio de seguridad de la planta baja del Oasis había anunciado a Gretchen con esmero y exactitud.) Pase Gretchen Bunn.

(“Blaise tenía razón; es o no va a ser nada fácil.”)

Ildefonsa condujo a Gretchen del *foyer* colmado de espejos a la enorme sala. Era extraña e interesante. Había vitrinas iluminadas llenas de curiosas colecciones: relojes de sol, trompetillas acústicas, bastones, talonarios de cerillas pornográficas, tarjetas francesas, mascarillas mortuorias, collares para perro y otras. Pero no había modo de observar detalles en presencia de esta voluptuosa mujer. Su gloria carmesí lo apagaba todo y ella tenía plena conciencia del hecho. Gretchen se sintió complacida al observar que, a pesar de contar con abrumadoras ventajas, esta *fata Morgana* se movía con torpeza. (“Mala coordinación, salvo en la cama, muy probablemente.”)

En respuesta a la agresiva observación con que Gretchen abrió el fuego, Ildefonsa dijo:

—Primero los hago adoptar la línea horizontal y los acuso más tarde, sólo si su desempeño está por debajo del estándar debido.

—No puedo creerlo.

—Pues es mejor que lo crea.

—Y estoy segura de que su estándar debe de ser muy elevado.

—¿Por qué no? Me lo he ganado. —Ildefonsa contempló a Gretchen con indiferencia—. Diría que usted es una invitación abierta para una planta trepadora.

—Sí, me gustaría que me envolvieran.

—¿Qué la envolviera qué? ¿Hombres? ¿Mujeres? ¿Frijoles? ¿Vides?

—Nada con clorofila logró nunca excitarme, sira Lafferty. Sólo hombres.

—Por lo menos habla en plural. Hay esperanzas para usted, sira Funn^[7].

—Mi nombre es Nunn. Gretchen Nunn. ¿Hay esperanzas para mí? ¿Piensa que debo ampliar mi horizonte?

—Más bien diría abrirlo y ensancharlo.

—De modo que conoce la jerga de la Patraña.

—Oí lo bastante como para saberme la letra.

(“Esta competencia sobre sexo no me llevará a nada; tiene demasiada experiencia. Intentaré un acercamiento humilde.”)

—Tiene usted razón, sira Lafferty. Yo...

—Llámame Ildefonsa, muchacha.

—Gracias, Ildefonsa. Vine porque mi horizonte tiene que ensancharse.

—¿Y pretendes que yo lo haga? Lo siento, muchacha, pero yo no me dedico a hacer tortillas.

—No, no lo digo en ese sentido. He venido ante la Venus Fatal en busca de consejo.

—¿Venus Fatal? No seas insolente. *Hay un cerebro dentro de esta bella cabecita roja.*

(“¡Atención! Tiene el temperamento de los pelirrojos. ¡Cuidado!”)

Gretchen sonrió.

—El rojo es hermoso. Pero yo tengo que apostar al negro.

—Es comprensible. —Ildefonsa le dirigió una sonrisa en símbolo de complicidad y su puso a cantar con voz atiplada y susurrante—: *Se necesita una espigada negra de piel reluciente para que el cura olvide su Biblia...*

Gretchen se puso a aplaudir con entusiasmo.

—¡Maravilloso! ¿Dónde aprendiste esa joya?

—Me la enseñó un gran padrillo de piel oscura.

—El verso me viene al dedillo. Gracias. ¿Sabes?, este es mi día de suerte. Lo supe cuando esta mañana acerté seis al negro tres veces seguidas.

—Tres por seis. Un total de dieciocho. Buen puntaje.

—¿Y seiscientos sesenta y seis?

Ildefonsa meneó la cabeza.

—Eres una soñadora. No hay padrillo en este mundo que pueda obtener ese puntaje.

—Si alguno pudiera obtenerlo, tú serías el estímulo.

—No tengas celos de tus superiores, muchacha.

(“A salvo. No me relaciona con Portal del Infierno 666. Cumplí con mi promesa de proteger a Burne. Obtengamos ahora lo que necesitamos de ella.”)

—No son celos, Ildefonsa. Es envidia.

—No te culpo.

—No tengo tu suerte con los hombres.

Ildefonsa exhaló con desprecio.

—¡Suerte!

—De modo que ese es el motivo por el que seguí mi número de suerte hasta la Calleja Canker 18, donde se encuentra la farmacia Rubor Tumor.

—¿La farmacia Rubor Tumor? No la conozco. Rubor Tumor. ¡Vaya nombre apetitoso!

—Pero tienes que conocerla, Ildefonsa.

—¿Me estás diciendo mentirosa, muchacha?

—No. Espera. Les pedí una prescripción que fascinara a los hombres.

—No puedes estar hablando en serio.

—Pues así es. Rubor Tumor me informó que prepararon para ti una receta de ese tipo.

—Eso es mentira. No me hace falta nada por el estilo. —El niveo entrecejo de Ildefonsa se frunció—. Es un disparatado error. O, de lo contrario, se estaban mofando de ti. Nunca estuve allí. Ni siquiera sabía de la existencia de la farmacia hasta que tú me hablaste de ella. Tiene que ser una broma.

—Rubor Tumor sostiene que prepararon una especie de incienso erótico que atrae a los hombres.

—¿Cómo? ¿Incienso? ¿Incienso erótico?

—Así me informaron ellos y por eso estoy aquí... para preguntarte qué es y cómo usarlo... si tienes la bondad de decírmelo. Necesito toda la ayuda de que pueda disponer.

—Pero yo nunca... —Se detuvo en medio de la frase, reflexionó y luego se echó a reír—. Pues claro. Debe de ser eso. Él les debe de haber dicho que el incienso era para mí. —Dirigió a Gretchen una mirada genuinamente amistosa—. Gracias, Gretchen. Hacía años que no me reía así.

—¿Él, Ildefonsa? ¿Quién? No comprendo.

La pelirroja estaba tan complacida que hizo una *volteface* completa y se mostró casi afectuosa.

—No importa quién, tesoro. Eso es un secreto. Pero puedo decirte que el incienso no tenía por fin atraer a los hombres, era para atraer al... No, no voy a decírtelo; no lo creerías. Te lo voy a mostrar. Esta tarde nos reunimos en la colmena y voy a llevarte conmigo. Resultará divertido contar con una cara nueva y, ¿quién sabe?, quizá te unas a nosotras. Tengo la sensación de que eres de nuestro tipo.

—Aguarda un minuto; vas demasiado de prisa. ¿Qué es todo esto? ¿Reunimos? ¿La colmena? ¿Resultar divertido? ¿A quién?

—Sabrás todo a la brevedad, Gretchen, incluso lo del incienso abrir comillas erótico cerrar comillas. —Ildefonsa se rió—. Nada de preguntas ahora. Almorzaremos juntas y luego te llevaré a la colmena.

* * *

Era un piso *d'avant garde* decorado en el elegante estilo nostálgico de la era comunista del viejo Nueva York durante la década de 1930. Se había gastado una fortuna en trasformarlo en un apartamento de ladrillos a la vista con pisos cubiertos de linóleo y cajones y barriles de frutas y verduras a modo de moblaje —diseñado y construido por Antique Plastique, Inc.—, cortinas de arpillera en las ventanas,

lámparas de aceite construidas con libros apilados, una maltrecha pianola, viejas mesas de cocina cubiertas por primeras planas de *The Daily Worker* y figuras de Marx, Lenin, el Kremlin y la Universidad de Moscú fijadas con grapas en las paredes. Esta simulación de pobreza de izquierda era un lujo extravagante; difícilmente podría considerarse que el piso fuera una colmena.

Cuando Ildelfonsa Lafferty condujo a Gretchen a la sala, las señoras abejas estaban ya reunidas. Recibieron la llegada con sorpresa y deleite.

—Nellie, querida, trajiste contigo una cara nueva. ¡Qué bien! ¿Se unirá a nuestra comunidad?

—Eso depende de ella, Regina. Esta es Gretchen Nunn. Gretchen, esta es nuestra Abeja Reina, Regina. (El nombre registrado en el tablero de la entrada del Oasis era “Winifred Ashley”.)

—Buenas tardes y bienvenida, Azabache —dijo Regina en una adorable voz meliflua. Era una mujer alta envuelta en un vestido flotante, graciosa y aristocrática.

—¿Azabache? —preguntó Gretchen.

—Querida, perdóname, por favor, pero eres una Belleza Negra tan arrebatadora, que el sobrenombre sencillamente se me escapó de los labios. Permíteme que te presente a tus nuevas amigas. Ya conoces a Nell Gwyn, por supuesto. Esta señora es Marita Confusa.

Regina señaló a una esbelta joven rubia con un peinado que se asemejaba a un casco y el cuerpo y las piernas de una bailarina.

—Hola, Azabache —dijo—. Mucho gusto en conocerte. Yo hubiera creído que Regina te pondría por nombre algo así como Troya.

—¿Cómo es eso, Marita? —preguntó Nell.

—Ambos eran caballos, ¿no? No es que quiera decir que Azabache sea un caballo.

Nell asintió.

—No carece de sentido. Por lo menos para ella.

Una pequeña mujer compacta, morena, de vividos ojos azules y modales enfáticos se adelantó.

—No puedo ESPERAR que nos presenten. Azabache. TENGO que estrechar tu mano y darte la bienvenida. ¡AY! ¡Ay! ¡ay! Soy demasiado, DEMASIADO, im-PET-uosa.

—Sara Ardorosa. —Regina se sonrió—. Nuestra diva favorita. Y esta señora es nuestra conciencia, la Señorita Melindre.

A Gretchen, la Señorita Melindre le resultó parecida a Alicia en el País de las Maravillas. Sus balbuceos de nena parecían casi un tartamudeo cuando se mostraba más seductora.

—Me alegro de haber sido apropiadamente presentadas, Azabache. Espero que te unas a nosotras. Una persona nueva hará que se comporten mejor. Sus modales resultan chocantes. ¡Y su lenguaje!

—Yo misma he hablado el lenguaje de la Patraña. —Gretchen se sonrió.

—¿Dónde adquiriste esa maravillosa *tuta*, Azabache? —preguntó una mujer alta de varonil aspecto—. La que yo tengo es muy inferior. Pagué una fortuna por ella y me molesta en el conejo.

—Por favor, Yenta —dijo la Señorita Melindre—. No habría que usar malas palabras aquí.

—Conejo no es una mala palabra, Melindre —dijo Nell Gwyn.

Pero Marita Confusa no estaba segura.

—¿No? Mi mamá me enseñó que eso se llamaba así. Pero quizá tengas razón, Nell.

Regina se echó a reír.

—La *tuta* que molesta, Azabache, es Yenta Caliente. Probablemente te va a querer envolver en alguna trampa. Y estas son nuestras gemelas, *Oodgedye* y *Udgedye*.

Dos mujeres idénticas, de pelo lustroso negro, la piel muy, muy blanca, imagen viva de la hermosa esclava griega de *El Conde de Montecristo*, se sonrieron y saludaron a Gretchen con la cabeza.

—Hola, Azabache. Yo soy *Oodgedye*.

—No, no es cierto. Tú eres *Udgedye*. Esta semana me corresponde a mí ser *Oodgedye*. Hola, Azabache.

—Se intercambian la identidad —explicó Nell a Gretchen—. Hice una apuesta con Yenta. Yo afirmo que sus maridos advertirán el cambio. Las dos tienen el mismo aspecto, pero no pueden ser idénticas en la cama, ¿no es así?

—Pues claro que no. No hay dos mujeres que lo sean.

—¿Entonces pierdo la apuesta?

—No, hay empate.

—¿Cómo explicas eso?

—Es la psicodinámica del comportamiento humano. Sus maridos probablemente han advertido el cambio, pero gozan con él y por eso mantienen la boca cerrada. Lo interesante sería saber si se lo han dicho entre sí. Yo no apostaría.

Nell Gwyn miró a Gretchen alelada.

—¡Socorro, Regina! Traje a la colmena nada menos que a una abeja intelectual.

—Pues a nosotras nos viene muy bien. Ponte cómoda. Azabache. Entremos en confianza. ¡Pi, muchacha, trae café! —Volvió a dirigirse a Gretchen—. Nos complace conocer a alguien inteligente. Se nos están agotando las ideas y no sabemos ya cómo divertirnos.

—Eso es lo que la trajo, Regina. Quiere conocer uno de nuestros juegos.

—¿De veras, Nell? ¿Cuál de ellos?

—Todavía no lo sabe. La traje conmigo para enseñárselo.

—Esto se está poniendo complicado —dijo Regina riendo—. Es mejor que tú nos lo expliques, Azabache.

Gretchen estaba perpleja; no sabía si seguir adelante con la mentira que le había dicho a la pelirroja o confiar la verdad. Optó por la mentira.

—En la Calleja Canker hay una farmacia llamada Rubor Tumor.

—¿Es eso una cochinada? —quiso saber la Señorita Melindre.

—¿Por qué habría de serlo? —inquirió Nell.

—Mi madre pronunciaba esas palabras en voz baja.

—Son palabras *sugestivas*, Melindre —dijo Gretchen sonriendo—. Rubor y tumor son características de la tumescencia.

—¡Qué cerebro! Es asombrosa.

—¿Entiende alguien las palabras que utiliza Azabache?

—No importa. —Gretchen sonrió—. Muchas veces las palabras surgen, no sé de dónde, y ni yo misma las entiendo. Quizá tenga una hermana gemela desconocida que cambia de identidad conmigo cuando me vuelvo de espaldas.

—Oh, me gusta. Me GUSTA. Tiene el alma de una verdadera creadora.

—¿Empleas con él palabras parecidas cuando yo me doy vuelta —le espetó Oodgedye (o Udgedye) a Udgedye (o Oodgedye).

—He aquí nuestro café —interrumpió Regina con tacto al entrar la pequeña esclava con cara de pastel empujando un carrito—. Sirve a nuestra invitada primero, Pi.

El carrito se detuvo frente a Gretchen, que se quedó admirada ante el centro de mesa: un bloque de hielo claro con una única rosa congelada dentro. Después de servirse el café, el carrito fue hacia la Abeja Reina, quien primero pasó graciosamente las manos por sobre la superficie del hielo y luego se las secó con una servilleta. Sólo entonces recibió su café.

—¡Un aguamanil! —exclamó Gretchen para sí—. Este es un lujo más allá de toda medida. Me alegro de que Blaise no se encuentre aquí. Se pondría furioso.

—Y ahora, Azabache querida, ¿qué es todo esto complicado misterio de farmacias y de juegos?

—Oh, no es nada, Regina. Rubor Tumor me dijo que ellos preparaban un incienso exótico para Nell Gwyn. Deduje precipitadamente que exótico significaba en realidad erótico. Fui a verla esta mañana para consultárselo.

—Pero. ¿Por qué, Azabache?

—Ella piensa que tiene problemas, Regina.

—¿Problemas eróticos, Nell?

—Eso es lo que ella cree.

—¿Una Belleza Negra como tú, Azabache? —interrumpió Yenta—. Yo cambiaría...

—Ahora no, Yenta querida —interrumpió a su vez Regina—. Todos tenemos nuestros problemas íntimos y no debemos inmiscuirnos. ¿Qué sucedió. Azabache?

—Nell se rió y lo negó, el incienso no servía para atraer a los hombres, sino para otra cosa, aunque no me dijo qué. Luego me sirvió un magnífico almuerzo y me trajo

aquí para que lo averiguara por mí misma.

Regina emitió una risa ahogada.

—Sirve para convocar al Diablo, claro.

—¿Cómo? ¿Al diablo?

—Te dije que nunca me lo creerías —dijo Nell.

—Es uno de los juegos que planeamos para divertirnos, Azabache. Tratamos de convocar al Diablo mediante sortilegios demoníacos y ceremonias. Leímos todos los libros de iniquidad y memorizamos los hechizos siniestros. Nell nos trajo todos los olores malignos —el incienso es uno de ellos— y lo intentamos una y otra vez...

La señorita Melindre hizo una mueca.

—Lo peor de todo fue esa repugnante “Mano de Gloria”, Azabache. ¡Inmunda! ¡Obscena! La mano de un malhechor ejecutado que sostiene una candela fabricada con la grasa de una ve-i-ere-ge-e-ene. ¡Aj!

—¿Y eso es todo, Regina? ¿Sólo un juego para convocar al Diablo?

—Eso es todo. Azabache.

—¿El incienso sólo era para atraerlo por arte de magia?

—Junto con todos los demás efectos teatrales. —Regina suspiró complacida—. ¡Todo el trabajo que nos tomamos!

—¿Sólo vosotras ocho?

—Sólo nosotras, a no ser que cuentes a Pi, pero ella se negó a intervenir. De miedo, supongo. —Regina sonrió con aire de tolerancia—. Los de su clase creen todavía en las viejas supersticiones.

—¿No hubo quizá otro invitado que ayudara?

—Ninguno, querida. Hacemos nuestros juegos en privado.

Gretchen sonrió.

—¿Tuvieron suerte? ¿Hubo alguna epifanía diabólica?

Nellie Gwyn volvió a quedar alelada.

—¡Las palabras que emplea! ¡Escuchadla!

—Ninguna, Azabache. Ni el menor signo de Satán, aunque Sara sostiene que sintió un cosquilleo cuando estaba ensayando la Invocación.

—NO fue un cosquilleo. ¡Fue un ESTREMECIMIENTO! Un inmenso símbolo velado de gran romanticismo. John Keats.

Gretchen vaciló y luego se decidió por apostar. Estas señoras abejas la trataban con abierta amistad. Frunció los labios y meneó la cabeza sensatamente.

—¿Sabéis? —dijo lentamente—, no puedo creerlo.

—¿No puedes creer qué, querida?

—Que la ceremonia no haya tenido ningún resultado, exótico o erótico. El incienso es lo bastante refinado y caro como para convocar algo, aun cuando no sea el Diablo.

—Si quiere decir lo que yo creo —empezó Nell Gwyn—, podemos desnudar a un hombre y...

—Y eso ya es suficiente, Nell —dijo Regina con firmeza. A Gretchen—: Querría que estuvieras en lo cierto, Azabache, pero nada sucedió. Nada.

—¡AY! ¡Ay de mí!

—¿Estás segura, Regina?

—Completamente segura.

—Y lo mismo afirmamos todas.

—Sin que *Oodgedye* y *Udgedye* disientan.

Incipientes concepciones y planes empezaron a agujijonear a Gretchen; su instinto arquitectónico se entrometía. Estas ocho señoras eran todas tan adorables, divertidas y amistosas, pero, ¿qué realidades ocultaban por debajo? “Tercera Ley de Newton, cortesía de Blaise Shima”, pensó. “A cada encanto se opone un... ¿qué? de igual valor”.

Dijo en voz alta:

—¿Sabes, Regina?, querría verlo por mí misma.

—¿Nuestro ritual de iniquidad?

—Sí, como observadora.

—Pero es sólo un juego, Azabache.

El tono de Gretchen se tiñó de seriedad.

—Puede que sea algo más que un simple juego.

—¡Tonterías!

—Escuchadme todas vosotras. Quizás algo *esté* sucediendo aunque no lo notéis por encontraros demasiado inmersas en la ceremonia. Conocéis el viejo dicho: por contemplar el árbol no se ve a veces el bosque. ¿Por qué no me permitís observar?

La Señorita Melindre se puso tan nerviosa que se le agudizó la tartamudez.

—P-Però no p-podemos dejar que una extraña nos observe, ¿n-no es así, Regina?

—Azabache no es realmente una extraña, Melindre. Es nuestra nueva amiga... sumamente simpática... Todas lo percibimos y le damos la bienvenida.

—B-Bueno, eso es cierto. Pero es n-nueva y n-nos pon-dremos nerviosas.

—¿YO, madame? ¿S*A*R*A nerviosa? ¡NUNCA!

—Quizá Melindre tenga razón, Sara —dijo cortésmente Regina—. Claro que quizá también Azabache la tenga. Puede que hayamos estado demasiado concentradas en el ritual como para advertir los resultados.

Nellie Gwyn se mostró escéptica.

—Pero yo creí que el Diablo no se escurriría como un niño que llega tarde a la escuela; creí que irrumpiría como un macho cabrío en medio de negras llamaradas y lanzando risotadas demoníacas.

Gretchen sonrió.

—Quizás el Diablo haga su entrada como mejor le parezca, Nell.

—Azabache tiene razón, razón, RAZÓN. ¡Una entrada silenciosa es para un grrran T+E+A+T+R+O!

—Esa judía retrógrada puede lograr que cualquiera se vuelva ciego y sordo ante

cualquier cosa —protestó Yenta.

Una vez más las gemelas se sumaron a la mayoría.

—Lo que Azabache dice tiene sentido, Regina. Estábamos demasiado reconcentradas como para haber advertido nada. Votamos por dejar que observe.

—No podemos hacerlo de ese modo, *Oodgedye*.

—Yo soy *UD-gedye*.

—Oh, pues claro. Lo siento querida. Haremos que Azabache participe en la ceremonia para que todas nos sintamos cómodas. Pero, ¿cómo? Todos los papeles están distribuidos.

Hubo una intensa pausa en la que todos los engranajes trataron de armonizarse con precisión. Entonces Sara Ardorosa se puso de pie majestuosa y se mantuvo erguida como la estatua de la Justicia, sólo que no tenía vendados los ojos ni portaba balanza. Gretchen ahogó la risa y Regina le hizo un guiño.

—¡Señoras, escuchadme! Sí, ESCUCHADME os digo...

—Ten cuidado con la lámpara, Sara.

—Yo... tengo la so-lu-ción del D?I?L?E?M?A.

—No nos mantengas en suspenso.

—¿Y qué es, decidme os lo ruego, el T+E+A+T+R+O sin S!U!S!P!E!N!S!O? El suspenso es la divina tortura. Pero dejémoslo de lado. He aquí mi solución. Que Azabache sostenga “La (¡aj!) Mano de Gloria” (¡pfui!) Ahora, *mesdames*, ¿qué decís vosotras a ESO?

Hubo una explosión de aplausos.

—Bravo, Sara —dijo Regina riendo—. Has hallado la respuesta. Ahora venid, debemos ponernos serias y dedicarnos con sinceridad al mal. ¡Pi, muchacha! Llévate el servicio de café. Trae el pentáculo, las luces y los olores. Volveremos a convocar al Diablo.

—¿Y nada sucedió, Gretch?

—Nada.

—¡Que me condenen!

—Nada de condenaciones. Nada de risas diabólicas. Nada de Satán.

Shima la miró por un momento y luego bramó:

—GEWERKSCHAFTSWESEN! OZONHALTIG!

—¿Qué diablos es *eso*?

—Así concibo la risa demoníaca.

—Suenan más bien como un libreto en busca de Richard Wagner. No esperabas realmente que te dijera que el Diablo había aparecido, ¿no?

—Por cierto que no, pero sí esperaba la aparición de algo realista, como maleantes rondando la casa y luego penetrado en ella. ¿No hay ladrones en el piso de esa Winifred Ashley?

—Imposible. Es un Oasis muy bien protegido.

—¿Sirvientes corrompidos, quizá?

—La muchacha de cara de pastel es la única sirvienta, y es demasiado tímida como para que alguien o algo pueda sobornarla.

—¿Las señoras abejas usaron el incienso de prometio de Salem Burne junto con el resto de la hechicería?

—Sí. Nellie Gwyn... es decir, Ildefonsa Lafferty, tu pozo de sexualidad, no cesaba de hacerme caras graciosas y morisquetas y Regina se disgustaba porque Nell no se concentraba con bastante sinceridad en Lucifer.

—¿El Pm les produjo algún efecto especial a las señoras abejas?

—No.

—¿Y a ti?

—No.

—¿Tienes a bien explicarme cómo fue a parar el Pm de sus sesiones a los huesos de tus maleantes?

—Es muy fácil. Nuestro Golem lo transportó.

—¿Estaba allí?

—No.

—¿Cómo lo obtuvo?

—No se sabe.

—¿Cómo lo transportó?

—No se sabe.

—¿Por qué lo hizo?

—Se desconoce el motivo.

—¿Puedes decirme con cierto grado de lucidez qué tiene que ver el Golem de las Cien Manos con las señoras abejas y su hechicería de juguete?

—No tengo la más remota idea.

—¿Puede que esté rondando por ahí sin dejarse ver?

—Puede.

—¿Con qué fin?

—Ni la menor idea.

—¿Dónde?

—Igual respuesta.

—Esto es frustrante, Gretch. Creí que no estábamos lejos de obtener una respuesta.

La desilusión había desanimado y deprimido tanto a Shima, que ella recordó de pronto las palabras de su abuelo: “*Ah, le pauvre petit. No va a poder aserrar jamás los nudos del tronco.*”

Trató de consolarlo:

—Quizá no lo estemos, Blaise. Quizás esté junto a nosotros, sólo que no la hemos percibido todavía. Yo volveré a la colmena.

—¿Te lo permitirán? —preguntó él con indiferencia.

—Me invitaron. Fui aceptada.

—¿Quieres en realidad perder tu tiempo?

—En realidad, así es, y por dos motivos: debo y quiero.

—¿Debes?

—La psitectura me escuece, Blaise. Mis entrañas me están enviando señales de que profundamente, en el interior de estas mujeres, se está tramando algo podrido.

El interés de Shima se avivó.

—¿Podrido como el Golem de las Cien Manos?

—Quizá. No lo sé. Eso es lo que debo averiguar.

—Hmmm. ¿Y dices que además “quieres”?

—Sí. Verdaderamente me gustan, Blaise. En la superficie todas son personajes: graciosas, diferentes, refrescantes.

—Todas con la excepción de sira Ipanema —dijo él con lobreguez.

—Quizá no lo sea para un tío que estuvo enamorado de ella y la mantiene guardada en un cajón de la memoria, pero las mujeres nos vemos de manera diferente. Es una deliciosa caricatura.

—Por cierto, de un ser humano.

—No, Nellie es humana sin la menor duda; encarna la idea que tiene una escolar de la *femme fatale*.

Gretchen hizo velozmente la imitación de las ondulaciones del andar de Ildefonsa. Shima se echó a reír.

—Pero yo siempre creí que ese tipo de mujer tenía que ser alta, trigueña y

hermosa... como la figura de Yenta Calienta que me describiste.

—Te equivocas. Es una tortillera.

—¿Y esa actriz *manquéé* entonces? Apasionada, dijiste, con ardientes ojos azules.

—Sara Ardorosa. Estrictamente para morir de risa. No se puede ser payaso y mujer fatal al mismo tiempo.

—¿Y las gemelas en blanco y negro que se asemejan a un par de suculentas esclavas griegas?

—*Oodgedye* y *Udgedye*. Demasiado calculadoras y tercas. Están siempre disintiendo, objetando, rehusando y recusando.

—Y sustituyéndose.

—La Señorita Melindre balbucea y tartamudea. Tiene mucho encanto, pero Alicia en el País de las Maravillas está muy lejos de ser fatal. Marita Confusa es un adorable conejito bobo.

—¿Esa es la que tiene el pelo rubio como un casco y cuerpo de bailarina?

—Ajá. Para lograr que un hombre se desmaye hay que tener cerebro.

—Regina lo tiene.

—Demasiado digna y majestuosa.

—Me dices que te guiñó un ojo.

—Oh, tiene sentido del humor, pero es tan, tan refi-na-da. No la desdeño. Es una reina plena de gracia y generosidad y está apasionadamente enamorada de Lord Nelson.

—¿Lord...? Oh, el almirante.

—Horacio, Lord Nelson. Tuvo un *affair* mayúsculo con Lady Hamilton en el mil setecientos que fue motivo de gran escándalo. Regina se pasó una hora leyéndome las cartas de amor que Nelson le dirigió a Emma Hamilton.

—¿Y la esclava con cara de pastel queda excluida?

—Absolutamente. Pero, ¿qué significa todo esto, Blaise? No es posible que estés interesado en la composición de una *femme fatale*.

—Simple curiosidad sobre la colmena, es todo.

—A otro perro con ese hueso. No se trata sólo de curiosidad. Vamos, hombre, escupe.

—Ves a través de mí, como de costumbre.

—Eres transparente.

—Estaba tanteando la posibilidad de que una de las señoras abejas pudiera tener alguna conexión con los maleantes de la Patraña.

—Comprendo. Es posible que una de ellas la tenga.

—¿Quién? ¿Pi?

—No. Yo.

—¡Tú!

—Claro. Ahora soy una señora abeja, y en mi profesión mantengo relaciones con gente de bastante baja calaña.

—¿Como yo?

—Como el Señor Deseo.

Shima aspiró una abundante bocanada de aire, la retuvo y la exhaló luego en un gruñido.

—Me gustaría que no hicieras bromas al respecto.

—Muy bien, no más chistes, pero nos podemos evadir de estar atrapados en una enmarañada red incomprensible; tú, yo, el Señor Deseo, los dos maleantes, el prometio, Ind'dni, la colmena y el Golem¹⁰⁰.

—¿El Golem a la centésima potencia? ¿Por qué lo llamas así?

—Porque parece polimorfo y es capaz de asumir un centenar de formas diferentes.

Shima suspiró.

—Me gustaría que pudiéramos partir a Marte, Madre de los Hombres.

—Si quieres evitar los nudos del tronco, amigo, ¿por qué no Venus, otro planeta muy lejano?

—¿Ah, *le pauvre petit*? —reconoció Shima con una sonrisa irónica. Luego se recompuso—. ¿Qué planes tenemos para Op? ¿Tú vuelves a la colmena para seguir practicando hechicería, ¿no? ¿Y yo? ¡*Ich!* ¿*Moi*?

—Tú te vuelves amable con el subadar Ind'dni.

—Oh, amable, ¿eh? ¿Por qué, por ejemplo?

—Por ejemplo, para obtener datos. Quiero averiguar si existe relación entre las sesiones que se celebran en la colmena y las atrocidades que comete el Golem¹⁰⁰. Hasta la relación más dudosa. Oh, y guarda bajo llave en el laboratorio todo ese menjunje de Pm. Y haz instalar un sistema de alarma contra robos.

—¿Un sistema de alarma? ¿Por qué, por el amor del cielo?

—Quizás ese repelente Golem sea por añadidura drogadicto, en su propio encantador estilo.

—¿Adicto al prometio?

—Sólo quizá, Blaise; nada más que por imaginar algo. Tal vez tenga apetito de provisiones frescas y visite la CCA para romper la hucha. Convierte el Pm en una trampa. Puede que atrapes algo interesante.

Shima meneó la cabeza fatigado.

—Si esa maldita cosa polimorfa pudo entrar y salir a través de tu puerta cerrada con llave, ¿cómo diablos puedo atraparla?

—¿Cómo? ¿El finado gran Blaise Shima, bachiller en artes, maestro de artes, doctor en filosofía? ¿Brillante inventor de mi contrato sobre armas secretas? ¿Cuya falsedad, si pudiera probarse, sería causa de que el subadar Ind'dni diera uno de sus ojos? ¿Incapaz de concebir una trampa infalible para ese monstruo que desafía todo sentido común?

—En dos palabras: completamente incapaz.

—Tienes maldita razón. Nadie es capaz... aún. Dudo seriamente que pudiéramos

destruirlo si fuéramos lo bastante ingeniosos como para tenerlo a nuestro alcance; pero de ese podemos preocuparnos cuando logremos hacerlo, si alguna vez lo logramos. Por el momento buscamos conexiones, cualquier eslabón, y tal vez atrapemos a algún maleante de la Patraña —sorpresa, sorpresa— que sea traficante de Pm.

* * *

Al comenzar el siglo XXI la población del Viejo Nueva York era de nueve millones y medio de habitantes. Al comenzar el siglo veintidós Nueva York se había convertido en el barrio de la Patraña del Corredor y su hormigueante población ya no podía contarse; sólo se la podía estimar. Las conjeturas iban de los diez a los veinte millones.

Cada uno de los miembros de esos millones abrigaba la idea de que él (o ella) era único (o única). La Sección de Computadoras del subadar Ind'dni en el complejo edilicio del Departamento abrigaba ideas más realistas. De acuerdo con su experiencia había centenares de miles de personas parecidas entre los millones, que iban de una semejanza aproximada a réplicas cabales.

El jefe de la Sección era cínico:

—Tómese a un fracasado cualquiera de la Patraña, prográmeselo para la máquina y el formato obtenido se adecuará a un centenar de otros cuando menos.

—Ah —replicaba Ind'dni con gentileza—. Quizás en gros, pero nuestra función consiste en descubrir las minúsculas singularidades y distinguir a una persona de todas las que se le parecen.

Siete fantásticos ultrajes perpetrados contra siete personas parecidas por el polimorfo Golem¹⁰⁰ lo irritaban y lo afligían.

* * *

Nadie sabía cómo ni cuándo este reparador de desperfectos había aparecido por primera vez, ni quién lo había contratado. Tanta era la desorganización que las disociaciones de la administración provocaban en el complejo edilicio de Wall Street, que se tenía noticia de personas que obtenían comprobantes de que debía pagárseles por trabajos que nadie les había encomendado. A Contabilidad le llevaba meses detectarlas “a través de los canales”.

Era capaz de curar cada una y todas las enfermedades que aquejaban a los bancos de memoria del mercado de valores de Nueva York. (Cuando las computadoras dejan de tener en cuenta el tiempo de un proceso de control, en pocos minutos peligran fortunas enteras.) No era ningún genio de la electrónica. Era sencillamente un mecánico que trabajaba basándose en una misteriosa intuición, una especie de

empatía simbiótica de los caprichos y las debilidades del temperamental conjunto de cerebros electrónicos que controlaban el mercado. Él, a su vez, tenía debilidades propias.

Ejemplo: aparecía sin que hubiera sido solicitado o hubiera queja alguna (a través de los cuales), con su complicada caja de herramientas, y todo el mundo pensaba que se acercaba una tormenta. Los relámpagos pueden ser motivo de que las computadoras sufran ataques.

Ejemplo: el camino que habitualmente seguía hacia posible trazar una línea con tiza que rastreara los cables con una potencia de entrada de 400 voltios, situados por debajo del suelo de Cambio. Era atraído por el campo generado por el alto voltaje.

Ejemplo: sin saberlo, generaba un extraño campo propio. Quienquiera que tuviera contacto físico con él cuadruplicaba su cociente intelectual mientras el contacto durara. Repartía alrededor de sí genio temporario como si fuera una plaga. La ironía era que él mismo nunca quedaba infectado. Seguía siendo por siempre el hombre a cargo de los servicios de mantenimiento, cortés, lento e intuitivo.

Su compañera de cuarto le habló acerca de este nuevo fenómeno y ella quedó intrigada. Era tonta y lo sabía, aunque nunca se había sentido molesta pues a nadie parecía importarle. No obstante una vez, sólo una vez, quería tener la experiencia de poseer un intelecto gigantesco capaz de absorber tapes enteros, uno tras otro, recordar su contenido y hablar luego de él.

Comenzó a visitar a su compañera a la hora en que ésta almorzaba en el Comedor de Cambio, y esa tarde de nubes purpúreas que asomaban por el Oeste y en que la mitad de los habitantes de la Patraña se apresuraban a colocar recipientes en los techos, él se encontraba ya en la oficina de Cambio. Había quitado la cara frontal de un módulo de IBM particularmente histórico y estaba a medias sepultado dentro de él, tranquilizándolo en silencio antes que estallara la tormenta.

Ella le dio unos golpecitos en la región lumbar para llamarle la atención y encontrarse, según lo creía, con la mirada fija de un vampiro o una excitante imposición de manos. Un relámpago estalló en la Patraña y en ella el eco de un relámpago seguido de un extraño trueno en el interior de la cabeza. Oyó su propia voz que murmuraba:

—*Vengon' coprendo l'aer di nero amanto e Lampi, e tuoni ad annuntiarla eletti...*

Tuvo miedo. Un intruso desconocido se había posesionado de su mente. Todo esto mientras el primer golpecito no había todavía abandonado la espalda. Luego:

—*Sumer is icumen in, Ihude sing cuccu! Groweth sed, and bloweth med, and springeth the wude su — Sing cuccu!*

Y:

—*En tanto los artistas no hubieran agotado las posibilidades del retrato ukiyoe, los diseñadores de grabados japoneses no intentaron las escenografías naturales.*

Y:

—*In einer Zeit des Professionalismus und des brillanten Orchesterspiele hat*

die...

Y en eso él salió de la unidad de la IBM y le sonrió. Múltiples cables eléctricos lo envolvían afectuosamente y parecía un Grupo de Laocoonte integrado por un solo hombre. “*Laocoonte. n. Gr. Leyenda. Sacerdote de Apolo en Troya que advirtió los peligros del Caballo de Madera y por ello fue muerto junto con sus dos hijos por una serpiente que les enviara Atenea...*”

Volvió a sonreír, la introdujo con él dentro de la máquina IBM y gozó de sus espasmódicos gritos mientras se introducía en el cuerpo de la mujer junto con 220 voltios. “*Voltio. Unidad de potencial eléctrico, abreviatura Vo...*”

* * *

Lo vio tras de sí mientras se dirigía al Teatrón en ocasión de la representación de *Total Veinte*. Era muy vital.

—¡Dios mío! —pensó ella—. Podría hacer el papel de John No-Sé-Cuántos que mató a ese antiguo presidente, Abe No-Sé-Qué. Un tipo fascinante. Debe de ser actor.

Recibió el audífono para seguir los pies del guión y se lo colocó en el oído. Estaban tocando la Primera Obertura. No le gustaba la música sin luces y estuvo por quitarse el audífono, pero temió que quizá tendría que entrar en escena pronto y la aguantó. Miró alrededor de sí para echarle otra ojeada al atractivo John Wilkes No-Sé-Qué, pero éste se había perdido en la multitud.

“Esta noche está lleno —pensó—. Va a ser una gran función. No puedo esperar el momento de ver el tape completo.”

La Primera Obertura llegó a su término. El audífono anunció:

—Segunda Obertura. Al lugar de la iniciación, por favor. Al lugar de la iniciación, por favor.

Esto pertenecía a la vieja tradición inglesa y carecía de significado. No había lugar de iniciación simplemente porque nadie en el teatro sabía cuando comenzaría su parte y, por cierto, no había lugares. No existía escenario; sólo una gran sala a prueba de sonidos en la que se arremolinaba la audiencia ejecutante, ahora silenciosa, a la espera de los pies del guión correspondientes cuando *Total Veinte* comenzara, pero que se deslizaba todavía en un gentil minuet, saludando, sonriendo y hablando en voz baja con los amigos.

Ella sabía que la audiencia ejecutante esparcida por la sala era la que tenía a su cargo el recitado del diálogo del guión. No con poca frecuencia dos audactores interpretaban una escena íntima separados por un centenar de metros y un centenar de personas. En una ocasión todos los audactores que llenaban la sala lanzaron un gran grito, pero ella no había recibido pie para intervenir. No había efectos de sonido. Estos y la música se incorporaban al tape junto con los elementos visuales.

La computadora se dirigió a ella bruscamente por el audífono:

—Llega parlamento. La aborda un lisiado. Usted le dice en tono moderado: “Váyase de mi lado, esperpento”. Repito. En tono moderado: “Váyase de mi lado, esperpento”. Llega pie: tres, dos, uno...

Sonó la señal de entrada. Ella recitó el parlamento mientras se preguntaba quién y qué sería ella, quién el lisiado (“¿ese actor, John Wilkes?”) y de qué trataría *Total Veinte*. Pero eso era lo que tenían de divertido los juegos del Teatrón, eso y el deleite de descubrir con qué elemento visual se combinaba en el tape total la propia voz.

Se le dio el pie para que dijera en tono íntimo: “No te preocupes por mí. Soy capaz de cuidarme sola”. Luego (apasionadamente): ¡La función DEBE continuar!” Luego (con temor): “Pero, ¿por qué me miras de ese modo?” Luego un prolongado grito seguido de: “¡Oh, eres una BESTIA!” Más adelante un quejido. Mucho más adelante (con la voz entrecortada): “Fue horrible. No quiero seguir hablando”.

John No-Sé-Cuántos le salió al encuentro entre la multitud. No dijo nada, pero su expresiva cara de actor le indicó que la melodía de su voz y la perfección de su actuación eran lo que lo había conducido hacia ella. Sonrió y le puso la mano sobre el hombro. Ella comprendió lo que él le estaba diciendo. Le sonrió a su vez, atraída como por un imán, y puso su mano sobre la de él.

Luego, todavía en silencio, todavía sonriéndole de la manera más teatral, le arrancó el vestido a tirones dejándola desnuda. Ella trató de luchar, de gritar, de pedir la ayuda de los pasmados espectadores, pero él la poseyó del modo más efectista y cabal sobre el piso del Teatrón.

* * *

Había cometido algo peor que un crimen; había cometido una tontería. Esta virgen bien criada de una de las mejores familias entró en el Strøget sin que a los miembros de la custodia se les ocurriera siquiera entorpecerle el paso y trató de coger una joya que podría haber comprado. Era una lágrima exquisita de límpido ámbar. Engastada en su interior había una minúscula libélula luminosa. Nunca en su vida había robado nada y la extraña sensación experimentada en los riñones le había resultado excitante. Nunca en su vida había robado nada, de modo que, por supuesto, era torpe.

El sistema de seguridad la localizó de inmediato y ella perdió la cabeza. No intentó enfrentar descaradamente la situación, ni disculparse, ni afirmar que se trataba de un tonto error, ni ofrecer el pago de la joya. No. Se lanzó a la carrera. Los guardias de Strøget ni se molestaron en perseguirla. Se limitaron a emitir una señal de alerta y su descripción. Nunca habría podido huir del bulevar. Nunca habría podido evitar un proceso en las cortes.

Y aterrada, hizo lo natural en una virgen bien criada: se refugió en la Iglesia de San Judas, Santo Patrono de las Causas Perdidas. Sólo la ocupaba un sacerdote de

talla elevada, vestido con una sotana negra, que se encontraba de pie frente al altar. Podría haber sido el mismo San Judas. Se volvió cuando ella entró corriendo en la nave imaginándose que un centenar de guardias armados la perseguía. Cayó de rodillas delante del sacerdote en demanda de santuario y escondrijo. Judas la bendijo signándola, levantó los bordes de la sotana y la dejó caer sobre ella. Entonces la virgen descubrió que tenía la cara oprimida contra una enorme desnudez y volvió a experimentar una excitante sensación en los riñones.

* * *

Si algo tenía que decir la aristocracia de la Patraña en favor de la Industria era que ésta había convertido a la hijastra de Nueva York, Staten Island, en puerto libre. Es cierto que esto había sido logrado no sin timo por la aduana para recibir conglomerados de energía solar con un mínimo de soborno, pero el consumidor obtenía magníficos beneficios colaterales. Uno de ellos era el restaurante Puerto Libre en el que se servían comidas exóticas.

Por ejemplo, una frígida luciérnaga venusina del tamaño aproximado de una anguila. Resplandece más aún a las temperaturas terrestres y cuando se la sirve escalfada en una *mirepoix bordelaise* rociada de vino Pouilly, el plato emite una luz congelada y una fragancia de neón. La *Anguille Venerienne* sabe como una bola de nieve siberiana.

Hay un moho marciano que debe recogerse a temperaturas bajo cero. (¿Y quién fue el bendino idiota que se atrevió a probarlo por primera vez?) El *Terfez Martial* se sirve como el caviar y es tan fabuloso que los esturiones del Mar Negro protestan y la U.R.S.Q. (ex U.R.S.S.) denuncia a Staten Island.

¿Sabíais que las piedras pueden constituir un exótico condimento? Pues sí. Tómese una libra de asteroides de Widmanstaetten. Muélasela hasta que tenga el tamaño de pimienta trozada; échese sobre pan de maíz tostado. (Debe adjurarse de la manteca, la sal, la pimienta, etcétera.) Del matrimonio con el azúcar contenido en el maíz se obtiene una mezcla con un sabor que la química orgánica intenta todavía dilucidar. Aunque parezca raro, nada se obtiene con el azúcar refinado ordinario. Esto hace la felicidad de Kansas, pero Cuba también denuncia a Staten Island.

El restaurante Puerto Libre es enorme, por supuesto, y su cocina exótica es de mayor tamaño que la mayor parte de los restaurantes convencionales, pero cuenta con una sección más bien pequeña destinada a *gourmets* esclarecidos en la que es más difícil entrar que en las bóvedas del Banco de Inglaterra. Allí llevó Madame a sus huéspedes y se sintió muy alterada al descubrir que su camarero habitual no estaba disponible. El que estaba presente era un desconocido. No se dignó dirigirle la palabra y convocó al *maître d'hôtel*.

—¿Dónde se encuentra mi Isaac?

—Lo lamento, madame. Esta noche Isaac está en otra sección.

—Pero, ¿dónde? Estoy acostumbrada a él. Sin Isaac, una cena no podría ser más que una cena.

—Esta semana fue destinado al salón principal, madame.

—¡Atendiendo a la gente corriente! Pero, ¿por qué? ¿Ha cometido una falta que mereciera castigo?

—No, madame. Ha perdido una apuesta.

—¿Perdido? ¿Una apuesta? Explíquese usted, señor. —No por mi gusto, madame. Los camareros estaban jugando al *vingt-et-un* en la cocina...

—¡Apostando!

—*Oui*, madame. El nuevo le ganó todo a Isaac. Entonces la apostó a usted.

—¡A mí!

—*Oui*, madame. Por una semana. Y volvió a perder. De modo que Isaac está en la sección general y el nuevo la tiene a usted.

—¡Denigrante!

—Pero es una lisonja, madame.

—¿Una lisonja? ¿De qué manera?

—Su graciosa generosidad es de todos conocida.

—Esta nueva persona no tendrá noticias de ella.

—Por cierto, madame, como usted lo desee. No obstante, descubrirá en él a la quintaesencia de la cortesía. ¿Se me permite ahora piquer su paladar con un *tour de force* que acaba de crear hoy mismo nuestro soberbio *chef*?

—¿De qué se trata?

—*Queue de Kangourou aux Olives Noires*.

—¿Cómo?

—Es decir, guiso de cola de canguro con aceitunas negras. Aceite de oliva. Vino blanco. Extracto de carne. Un ramillo de laurel, tomillo, perejil, cáscara de naranja, abundante ajo macerado y aceitunas negras deshuesadas. Se quema con brandy para eliminar el exceso de grasa y fortalecer los gustos. Es algo sin igual.

—¡Cielos! Debemos probarlo.

—No lo lamentará, madame, y será la primera en saborearlo. Si lo aprueba y consiente en ello, tendrá la honra de recibir su nombre.

El *maitre d'hôtel* hizo una reverencia, se volvió e hizo resonar los dedos. Apareció la quintaesencia de la cortesía. Tenía, en efecto, un aspecto sumamente refinado y elegante, pensó madame.

—Quítelo para hacerle jugar a la *Queue de Kangourou* —ordenó el *maitre d'hôtel* señalando el centro de mesa.

El nuevo camarero que la había ganado en la apuesta se inclinó ante Madame en señal de excusa se colocó junto a ella y quitó el centro de mesa con manos rápidas y graciosas. Hizo espacio suficiente para el cuerpo de Madame, que levantó en sus brazos para colocarlo postrado sobre la mesa y se embarcó en una refinada y elegante

retroviolación mientras llenaba las copas de los alelados huéspedes con quintaesenciada cortesía.

* * *

En la pista de carreras del Prado de los Corderos había un *rallye* para vehículos de transporte antiguos, y los fosos relucían chillones con los *trolleys*, los autobuses de turismo, los tranvías y aun las carretillas para carbón y minerales metálicos de la Unión de Mineros hermosamente restauradas. Centenares de mujeres atraídas por las carreras y la muerte también decoraban los fosos. Las había de todo tipo: vestidas *pour le sport* y también las que lucían un aire que decía a las claras: “al diablo con el resto”.

Estaba sentada en un tambor vacío entre los fosos de *Madison & Fourth Avenue* y de *Étoile Place Blanche Bastille*, concediendo igual tiempo y atención a los mecánicos de la Patraña y a los parisinos, que pasaban constantemente al lado de ella mientras intercambiaban herramientas y consejos mutuos. Tenían un curioso parecido, todos vestidos en sus tutas manchadas, y sólo se los podía distinguir realmente por la herramienta favorita que llevaban en un bolsillo trasero: una llave de tuerca, una llave S, un mazo, unas pinzas, una Stilson, un trinquete. Los encargados de las pistas iban de un lado al otro cargando herramientas. Las *tutas* de los conductores estaban blancas e inmaculadas.

Le gustaba el que llevaba en el bolsillo trasero una alza-prima. El alzaprime era de París o de la Patraña —pasaba tanto tiempo en las dos pistas que ella no llegaba a decidirse—; era lo bastante joven como para lucir un cutis lampiño; no obstante, su constitución y su musculatura habían madurado plenamente. Le gustaba porque cada vez que pasaba al lado de ella no le dirigía un “*Tres jolie*” o un “Adiós, muñeca”, sino que golpeaba el tambor con el alzaprime. Este emitía un bajo sonido retumbante que le producía un cosquilleo en la espina dorsal.

Era una largada al estilo Le Mans. Los vehículos estaban situados en la pista. Los conductores y los acompañantes (vestidos ahora con el uniforme tradicional de los motoristas) formaban fila en frente. Un disparo dio la señal de partida. Los motoristas y sus acompañantes se precipitaron hacia los *trolleys*, subieron a ellos y partieron en un frenesí de sonoras campanillas mientras las multitudes apiñadas en las fosas vivaban y gritaban. Entonces resonó el tambor y se produjo el cosquilleo, y allí estaba él, alzaprime en mano, sonriéndole en silencio. Ella le sonrió a su vez.

Él le colocó suavemente la alzaprime sobre los hombros y la condujo a un coche que se hallaba tras el *Etoile Place Blanche Bastille* y la hizo entrar en él. Ella se sintió encantada hasta que él le reveló que era una mujer y procedió a violarla utilizando la alzaprime como dildo. Los gritos de la mujer se mezclaron con los vivas y los clamores de la gente y el estrépito de la carrera.

Con Vayviene se probaba la fidelidad de las cámaras del “Estudio Dos Mil Doscientos Veintidós” en la WGA. Permanecía pacientemente sentada en un taburete mientras las cámaras se acercaban y se alejaban de su piel, ajustando el color de sus tonos resplandecientes. Era un loro, pero era pelirroja y tenía una piel magnífica. Cuando no posaba para las cámaras, llevaba recados para el personal del Estudio 2222, de modo que, naturalmente, le decían sira Vayviene. Nadie conocía su verdadero nombre salvo el departamento de contaduría de la WGA.

Se quedaba tranquilamente sentada en su taburete mientras esperaba que la enviaran en busca de café, comida, artefactos, vestidos, lo que fuere. Se aburría. Ninguno de los espectáculos del 2222 le interesaba en particular. La WGA era propiedad del Movimiento Anglicano del Ejército Glacial y todos los planteamientos de los programas estaban devotamente consagrados al Día del Juicio. “¿Cuándo será tu Llegada Gigantesca Helada de Dios?” (Copyright 2169 by Scriabin Finkel Music Company, división de Glacial Music Corporation.) Todos los Tíos Buenos eran dignos de confianza, leales, serviciales, amistosos, corteses, bondadosos, obedientes, animosos, empeñosos, valientes, limpios y reverentes. Todos los Tíos Malos eran arrojados a las llamas por Dios y morían lamentando amargamente su mal comportamiento en la Patraña.

En el *set* había un adiestrador de animales. Ella lo supuso porque llevaba en brazos un perro spaniel Rey Carlos y porque, de cualquier manera, el Estudio 2222 era partidario de los animales, las mascotas y el puro amor de un niño por su perro. Sólo que este hombre podría haber llevado un tigre en brazos. Era gigantesco y lo bastante poderoso como para que un orangután lo pensara dos veces antes de trezarse en lucha con él.

El tanque blindado se acercó a su taburete y le hizo impasiblemente una señal con la cabeza. Ella la contestó. Aunque estaba sentada a considerable altura la cabeza apenas le llegaba al pecho de él. Pudo oír el lento bramido de su respiración, semejante al ruido de las olas. El spaniel Rey Carlos ladró. Desde los controles, el director del 2222 gritó por el altavoz al superintendente del *set*:

—¡Por el amor de Dios, da por favor la entrada a esas putas monjas de mierda!

El superintendente del *set* hizo entrar de prisa a doce monjas puras y recatadas que formaron un puro y reverente círculo para que Dios aniquilara con su rayo a los sucios amorales de la Patraña. El tanque blindado levantó el taburete sobre el que se tambaleaba Vayviene. Se vio obligada a rodearla el cuello con los brazos y dejó escapar una risita. Entonces él lo llevó hacia el blanco de Dios en el centro del círculo, lo depositó en el suelo con Vayviene todavía sentada en él, le abrió las piernas asombradas y procedió a horrorizar a Vayviene, al estudio, a todo el Ejército Glacial que abría la boca en silencio, mientras los camarógrafos (sin un pelo de tontos) tomaban pruebas de las tonalidades resplandecientes de la piel, acercando y

alejando las cámaras. Lo único que se oía eran los ladridos del spaniel Rey Carlos y del director.

* * *

La Pisciterm era flamante, asombrosa, milagrosa; la última novedad y el último entretenimiento de la lunática Patraña. Estaba llena de una fenomenal combinación de hidrógeno y oxígeno que formaban H₂Oⁿ; lo cual significaba que era posible respirar en ese agua híbrida. Que este milagro metabólico fuera utilizado primero como diversión era típico de la Patraña. La piscina vibraba con los reflejos de una sinfonía láser y se nadaba en una combinación de *son et lumière*. El lujo se pagaba el equivalente de un centenar de piezas de oro.

Ella podía permitirse pagar esa cantidad sin esfuerzos y, además, le hacía mucha falta la terapia de relajación termal cero-G. Tenía dos docenas de cuentas publicitarias, todas ellas exigentes y exasperantes; sin embargo le pagaban honorarios tan exorbitantes, que no podía decidirse a dejar ninguna. En compensación se dejó caer dentro de la luz líquida permitiéndose flotar y soñar, flotar y soñar.

Se encontraba sola en la Pisciterm (había pagado un elevado precio por el privilegio), pero él salió de las profundidades como un lánguido tiburón azafranado y la cortejó con tanta gentileza, tanto exquisitez y tanta gracia como sólo pueden hacerlo las criaturas marinas. Ella se sintió deleitada y le respondió; su *pas de deux* flotante era encantador. Pero entonces él tomó posesión de su cuerpo desnudo con la salvaje urgencia que las hembras de la especie toleran con una mezcla de indecisión y ensoñación, de placer y dolor, de realización y rabia.

* * *

—No me aprovecho de las ventajas de mi oficio para visitarla en su piso sin hacerme anunciar previamente, madame —dijo el subadar Ind'dni—, sino más bien, para ello, me fundo en la simpatía que nos une. También con usted, doctor Shima.

—Es usted muy amable, sudabar —dijo Gretchen sonriente.

—Y muy sinuoso —dijo asimismo sonriente el doctor Shima.

—Los tres lo somos —dijo Ind'dni y también él sonrió—. Y esa es la base de nuestra mutua comprensión. Sabemos a qué atenernos y a qué no atenernos los unos en relación con los otros. Y el temor y el odio nos unen en la solución de un problema.

—El Golem.

—Así lo llama usted, madame. Yo lo concibo como la Criatura de las Cien Manos, esa cosa enloquecida que hiede a crueldad y asume un centenar de formas

para ejercerla.

—El subadar sabe algo que nosotros ignoramos, Gretch.

—¿Hubo nuevos crímenes, señor Ind'dni?

—Contestará esa pregunta cuando sepa por qué me la formula, sira Nunn.

Estaba citando la réplica que ella le había dado al Padre Olp. Gretchen lo miró con suspicacia y él le devolvió una mirada irónica.

—Oh, sí. Sé todo de su visita al oasis de la O.L.P. Ya le había dicho que yo no carezco de recursos. —Se volvió hacia Shima—. Y lo de la visita a Salem Burne. Me admiran sus esfuerzos de ocultamiento y protección. La confianza que tengo depositada en ustedes dos se ha incrementado no poco.

—Quiere algo de nosotros, Gretchen.

—Sólo decirles que sí, que hubo nuevos crímenes, acciones atroces que pueden atribuirse sin vacilar a la Criatura de las Cien Manos.

—¿Qué actos?

—Torturas y letales. Y contamos con testigos que han hecho descripciones verbales de las formas asumidas por la criatura de las Cien Manos mientras los perpetró. —Ind'dni hizo una pausa y continuó luego con voz sedada—: Quizá la descripción más interesante fue la del hombre que perpetró una salvaje violación en la nueva Pisciterm.

—¿Sí?

—Era el doctor Shima.

—¿Cómo?

—Era usted, doctor Shima.

—No lo creo.

—Lamentablemente es preciso que lo haga. La descripción que dio la víctima del violador no deja lugar a dudas. Para cerciorarnos le fue presentada una serie de símiles. Ella escogió el suyo sin la menor hesitación.

—Esta es una ruin estratagema, Ind'dni.

—De ningún modo. Ella lo describió a usted.

—¡Pero eso es imposible! ¿Una violación criminal? Ni siquiera estuve cerca de la Pisciterm. Ni siquiera sé dónde se encuentra. ¿Cuándo se cometió el ataque? Puedo probar que...

—Serénate, Blaise —lo interrumpió Gretchen—. Calma, amigo, en tanto no conozcamos bien los hechos. Sudabar, todo esto es un gran enredo y todo parece enmarañarse más todavía. Juegue limpio con nosotros. Denos una información completa de estos nuevos horrores. De todos ellos.

—No se han hecho públicos.

—¿Puede eso importar acaso? Si el doctor Shima tiene alguna conexión con la criatura de las Cien Manos, cosa que, estoy segura, usted sospecha, no le estará diciendo nada que él ya no sepa.

Ind'dni le dirigió el saludo del esgrimista que reconoce haber recibido una

estocada.

—Y el doctor Shima me llamó a mí sinuoso. Me inclino ante usted, madame. He aquí lo que sucedió.

Cuando el sudabar hubo terminado la detallada información se produjo un prolongado silencio mientras digerían los datos. Luego Shima murmuró:

—¡Dios mío! Gretchen, creo que es hora...

—¡Cierra la boca! —dijo ella con brusquedad. Los hechos penosos que Ind'dni había contado en un principio la escandalizaron, luego le suscitaron un vivo interés y ahora experimentaba serenidad y energía a la vez.

—Subadar, creo que tiene la clave del Golem¹⁰⁰. Usted no la conoce. Puede que Blaise se dé cuenta de ello cuando se recupere del golpe. Yo la conozco ahora no porque sea más lista, sino simplemente porque tengo acceso a personalidades y personas con el que ustedes no cuentan. El instinto psitectónico. Creo percibir la urdimbre.

Ind'dni le dirigió otra mirada irónica.

—¿De veras, madame? ¿Y entonces?

—Se basa en los procesos psíquicos primarios de Freud. —Sus palabras surgían como ventarrones—. ¡Erupción instintiva! ¡Embestida energética! Libido erótico y libido de muerte. ¡Eros! ¡Tanatos!

—Sí, nuestra profesión requiere una familiaridad con la psiquiatría. ¿Y entonces?

—Primero debo saber en qué situación se encuentra el doctor Shima. ¿Va a ser acusado y arrestado por haberlo identificado la víctima?

—Él se declara inocente.

—¡Por Dios que sí! —exclamó Shima.

—Entonces, ¿qué fue lo que la sira Nunn impidió que me dijera? Es demasiado tarde ahora. ¿Usted le cree, madame?

—Sí.

—¿Pone entonces objeciones a su arresto?

—Por cierto.

—¿Sobre qué base? ¿Personal?

—No, profesional. Necesito su ayuda.

—Usted es una colega con la que resulta muy trabajoso colaborar, sira Nunn.

Ind'dni sonrió tristemente mientras reflexionaba. Luego:

—Se le hace al doctor Shima el mismo cargo que a usted: Felonía-Cinco. Queda arrestado en la Patraña.

—Gracias.

—Y ahora le agradeceré que retribuya la cortesía. ¿De qué modo ha de ayudarla?

—No me lo pregunte a *mí* —Musitó Shima—. Yo estoy aniquilado. Un cero. ¡Asalto criminal! ¡Violación! El buen Dios me ayude...

—¿De qué modo va a actuar, sira Nunn? ¿Cuál es esa clave que usted sola conoce?

Gretchen sacudió la cabeza.

—Con lo sutil y refinado que es usted, subadar, jamás entendería la psicodinámica de la intuición.

—No obstante, tenga a bien ponerme a prueba, por favor.

—Jamás lo creería.

—La cultura hindú es capaz de las más fantásticas creencias.

—Y “el *mavin* del Asesinato de la Patraña” nunca lo aprobaría. Ind’dni se estremeció.

—No es nada amable de su parte llamarme de ese modo, sira Nunn —dijo con reproche—. ¿Tiene intenciones de actual ilegalmente?

—Eso depende de cómo defina usted la ilegalidad, subadar. Permítame que se lo diga de este modo: no está prohibido abandonar la Patraña sin su conocimiento y consentimiento, ¿no es verdad?

—Mi *hukm*, sí. Esa es la condición de la categoría que inventé, la Felonía-Cinco.

—Pero, ¿y si la abandonáramos sin abandonarla?

—Eso es una paradoja.

—No. Es posible hacerlo.

—¿Abandonarla? ¿Sin abandonarla? Por supuesto no se refiere usted a partir mediante la terminación suicida de la vida.

—No.

—Entonces, ¿partir cómo y a dónde?

—A una realidad que ninguna cultura ha reconocido jamás, de la que no ha dado testimonio siquiera. A un mundo que es las ocho novenas partes invisibles del iceberg de la historia humana; un Submundo, un *Sousmonde*, *eine Unterwelt*, un Inframundo, un Fasmamundo...

—Ah, sí. Del griego “*fainein*”, hacer aparecer. Usted me deja perplejo en varias lenguas, madame.

—Y voy a hacerlo más aún. —Gretchen temblaba de entusiasmo—. Creo que este Fasmamundo sumergido y oculto ha irrumpido finalmente hasta el tope del iceberg y se ha mostrado.

—¿Y ahora quiere usted devolverle la visita?

—Sí.

—¿Y cómo viajará?

—Con un pasaporte de prometio.

—Ah, sí, la sal radioactiva descubierta en los huesos despojados de carne por... ¿el arma de su “contrato”? —Ind’dni se dirigió a Shima antes que Gretchen pudiera responder a su ironía—. Mi personal forense quedó muy impresionado con su pericia, doctor.

Nunca había parecido tan suavemente peligroso.

—Si quiere más pericia todavía —dijo Shima con cansancio—, es $^{145}\text{Pm}_2\text{O}_3$ con un período de vida media de treinta años.

—Gracias. —Ind'dni sonrió, le hizo una inclinación de cabeza y volvió a dirigirse a Gretchen—. ¿Y me solicita que colabore en esta nebulosa aventura con ustedes?

—No. Sólo denos su *hukm*.

—¿Será peligroso?

—Sólo para nosotros. Para nadie más.

—Entonces, ¿por qué tratar de desaparecer en ese místico Fasmamundo inventado por usted, sira Nunn? ¿Qué ventaja espera obtener con la demora?

—¿De modo que no me cree, subadar?

—Con tristeza pero sin desmayo, no.

—Entonces no me creerá tampoco esto. Estoy convencida de que allí es donde vive el Golem de las Cien Manos.

12

Gretchen contempló al atónito cero con divertida piedad.

—Mi casa no es lugar para ti —dijo. Te devuelvo a tus propios lares. Te recuperarás mejor allí.

—*Le pauvre petit* —musitó Shima.

—Quizá, pero tienes que luchar ahora, mi amigo. Estamos involucrados en algo tremendo. Así que a moverse.

En la *penthouse* de Shima, lo desnudó e hizo que se metiera en la bañera romana con espejos. Dejó correr el agua hasta que estuviera tan caliente como para que su codo apenas la soportara.

—Cortesía del imperio de la CCA —dijo—. Es una delicia que el *Establishment* lo ame a uno.

—¿Quieres meterte también tú, por favor? —Preguntó él.

—No hay tiempo de frivolidades. Te voy a estimular con un preparado de café y coñac de mi invención que ganaría el Premio Nobel de la Paz si revelara su fórmula secreta.

—Después de lo que me hizo tragar Ind'dni, no sé si lograré hacer bajar nada más.

—Espera que te cuente mi teoría sobre el Golem. Vas a preferir que un golpe te hubiera producido una lesión cerebral.

—¿Estás tratando de asustarme más todavía?

—Sólo de prepararte. Quédate en remojo. Goza. Relájate. Vuelvo pronto.

Cuando volvió con el café “estimulante”, se dio cuenta de que Shima estaba ya recobrándose porque estaba sentado en la bañera con una toalla cubriéndole el sexo. Él, que se mostraba por completo deshinibido en la cama, fuera de ella era curiosamente púdico.

“Franceses, Japos, Irlandeses, —pensó ella—. Todos heredaron de Eva la obsesión de la hoja de parra. Es raro que en la Biblia no se mencione un sostén.” En voz alta dijo:

—Bebe esto.

—¿Tú fórmula secreta?

—No aceptes sustitutos.

—Me echará a perder el trabajo en el laboratorio.

—No vas a estar olfateando nada. Tampoco yo voy a trabajar. Tenemos por delante una pelea infernal.

Se sentó en el *water* frente a él.

—¿Estás dispuesto a escuchar?

Él asintió con la cabeza y bebió un sorbo de café.

—¿Ya comprender? Tendrás que estirarte la mente para dar cabida a hechos y a Freud.

—Lo oí mencionar.

—¿Y me oíste decirle al subadar que la clave del Golem de las Cien Manos radica en los procesos psíquicos primarios?

—Sí, pero no lo comprendí.

—A juzgar por la tranquilidad con que se desentendió del asunto, no creo que tampoco él haya comprendido. Ahora presta atención, Blaise. Este es uno de los conceptos fundamentales de Freud. Lo llamó el Sistema Psi. Abreviatura, Sistema-P.

—¿Psi? ¿Te refieres a la PES?

—No. Los tíos del siglo veinte llamaron psi a la percepción extra sensorial. Probablemente nunca oyeron la nomenclatura de Papá Freud. De cualquier manera, el Viejo estableció que el sistema-P, el proceso psíquico primario, se da en lo profundo de todo ser humano y apunta a una sola cosa: el libre reflujo de las cantidades de excitación.

—¡Vaya!

—Sí.

—¿Podrías aclararlo un poquito?

—Considéralo del siguiente modo. Todos tenemos excitación erótica, la libido. En ella consiste el sistema-P y es la fuente de toda creación: la literatura, el amor, las artes, lo que tú quieras.

—¿La ciencia?

—Por supuesto, también la ciencia. Es la estación de fuerza de la energía impulsiva que sin cesar intenta recoger la vida en unidades más amplias. Así describen los psiquiatras el proceso creativo. El muchacho se topa con la muchacha y se recogen para crear amor y familia. Un científico como tú recoge sustancias químicas para crear perfumes. Yo recojo datos para crear soluciones. Todo esto es la libido... energía psíquica en acción. ¡Algo tremendo! Ahora escucha bien esto, amigo: las señoras abejas reúnen su energía para crear una entidad más amplia, una recolección de la libido de la colmena, el Golem¹⁰⁰.

—¿Cómo?

—¿Cómo? Bien piensa en... Sí, como si se tratara de un conjunto de ingredientes para hacer un pastel. Los mezclas, los montas y los horneas. Al cabo de un tiempo determinado, el pastel está listo. Bien, mezcla las libidos de las señoras, móntalos y hornéalos mediante el ritual. Y el Golem está listo.

—Pero yo... Aguarda. ¿Es el Golem real o sólo la proyección de una sombra?

—¿Qué es lo real? Si un árbol cae en un bosque y no hay nadie en derredor que oiga el ruido, ¿existe éste realmente? En otras palabras, ¿debe la realidad ser recíproca?

—Que me condenen si lo sé.

—Nadie lo sabe.

—Pero piensa, Gretchen, el Golem cometió esas espantosas violaciones. Eso lo vuelve real. Pero en cada ocasión tuvo una forma diferente. Eso lo vuelve irreal.

—Sólo en nuestros términos.

—¿Pues qué es entonces?

—Ambas cosas. Es una cuasi realidad; Adán en la segunda hora de su creación; informe y sin alma. Nos hace falta un vocabulario enteramente nuevo para describirlo. Es un ser proteico al que le es posible asumir la forma que se le antoje.

—Entonces, ¿qué es lo que lo decide a adoptar una forma particular?

—¡Ah! Estaba esperando que me lo preguntaras. Llegamos al *quid* de la cuestión que hay que describir en términos de personalidad y persona. ¿Conoces la diferencia?

—Creo que sí. Personalidad es lo que tú eres por dentro. Persona es lo que se le muestra al mundo.

—Exacto. Persona es la máscara que llevamos puesta. Como ésta.

Levantó la toalla con que Shima se cubría y la dejó caer nuevamente antes de que Shima tuviera tiempo de impedirlo. Se la ajustó y dijo refunfuñando:

—¡Mujeres! Les permites intimar contigo y pierden todo sentido de decencia.

—No, sólo dejamos caer la máscara de la persona, eso es todo. Si eres lo bastante fuerte como para soportarlo, tienes que sentirte fortalecido. Volvamos a los hechos. Consideraremos uno por uno los horrores cometidos.

—Sin detalles, te lo ruego. Una vez es suficiente para un debilucho como yo.

—Sin detalles; sólo los perfiles de personalidad; lo que las víctimas eran por dentro. Esa muchacha en la bolsa de valores y el Golem encarnado en un técnico de computadoras...

—¿La joven que quería contagiarse inteligencia?

—Sí. ¿Quién era?

—¿Cómo puedo saberlo? Ind'dni no dio nombres. Ni siquiera hizo descripciones.

—Pero su personalidad se asemejaba a la de otra joven. ¿Te das cuenta a quién me refiero?

—Bien... Era tonta y no quería serlo.

—Exactamente. ¿Y de quién te dije yo que era tonta y no quería serlo?

—¿De quién me dijiste tú...? —Shima pensó reconcentrado y por fin comprendió —. ¡Mi dios! La colmena. Sí. La bailarina rubia que lleva los cabellos como un casco.

—Martita Confusa. Exacto.

—¿Fue concretamente Marita la víctima? ¿La que tú conociste?

—No, sólo el mismo tipo. Nadie es realmente único; todos tenemos dobles en cuanto a personalidad y/o semejanza física. Ahora, ¿la segunda violación cometida en el Teatrón por el Golem actor?

Shima percibió el patrón que ella estaba formando.

—Pues claro, Sara Ardorosa, la actriz *manquéé*.

—¿La joven que se refugió en la Iglesia de San Judas?

—La bien educada a la que ofenden las malas palabras. ¿La señorita Meliflua, no es así?

—No, la señorita Melindre es su nombre. ¿La comensal *distingúe* del restaurante Puerto Libre?

—La Reina Regina, por supuesto. Y la joven en las carreras a la que violó el Golem lesbiana. Ella pertenecía al tipo de Yenta Caliente. Pero, ¿quién era Vayviene, la del Estudio 2222?

—Nellie Gwyn.

—¿Ildefonsa? Imposible. Ildy es una belleza; tu misma lo dijiste. Esa Vayviene era un loro.

—Pero ambas tienen la misma personalidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya te lo diré. Ya te lo diré. Y por último, ¿la mujer de tipo ejecutivo de la Pisciterm?

—¿La que Ind'dni cree que yo violé?

—Sí, porque ella es la que te identificó.

—No comprendo como pudo cometer ese error.

—No fue ningún error. El Golem tenía tu aspecto.

—¿Cómo puede ser eso posible?

—Porque la mujer ejecutiva era yo.

—¡Tú!

—Yo, mi misma personalidad. Eso fue lo que me reveló la clave. —Gretchen lo afirmó con gran seguridad y dijo luego, muy concentrada inclinándose hacia adelante —: Trata de captar esto, Blaise. No será fácil porque nos encontramos más allá de los hechos, y estamos inmersos en el proceso psíquico del Fasmamundo.

—Ese Submundo tuyo. Lo intentaré.

—Dato: una criatura plástica, proteica que se muestra asumiendo diferentes formas humanas. Dato: la personalidad de siete de sus víctimas es un calco de la de cada una de las señoras abejas.

—Hasta aquí han enunciado el lado izquierdo de una ecuación. ¿Qué viene después del signo igual?

—Cada una de las víctimas fue violada por una criatura creada por el eflujo de la libido de una señora abeja, y esa misma libido fue lo que le dio forma.

—¡Oh, Dios!

—¡Oh, sí!

—Estás queriéndome vender tu fantasía del fasma.

—No estoy queriendo venderte nada. Atente a considerar los hechos. Marita Confusa se desvive por un hombre que la vuelva inteligente; Sara Ardorosa... por un artista de tipo dinámico; la señorita Melindre... por un santo amante bien educado; Regina... por Lord Nelson; Nellie Gwyn... por un padrillo tipo Carlos II. Así fue cómo me di cuenta que Vayviene era Ildefonsa; el Golem llevaba un spaniel Rey

Carlos. Yenta... por una ruda lesbiana; yo... por ti. *Quod erat demonstrandum.*

—¿Y esas gemelas de nombre ruso? ¿Por qué quedaron excluidas?

—Quizá no fue así. Quizá no nos llegó la información. Ind'dni... o los crímenes pasaron inadvertidos como otros cientos que se cometen en esta lunática Patraña donde los horrores se consideran algo normal.

—Pero...

Pero no había modo de interrumpir a Gretchen.

—Conoces el ello o el id, la fuente profunda de la energía libidinosa que hay en todo hombre, cueva infernal de impulsos primarios. Sin duda lo conoces. Quizá recuerdes un verso de *Hamlet*: *¡Sangriento villano concupiscente! ¡Traidor, lascivo villano sin conciencia ni bondad!* Ese es el *id* que yace sepultado en los cimientos del animal humano; de ti, de mí, de todos nosotros.

—No es posible que seamos todos monstruos —protestó Shima.

—Muy profundamente en el interior, en nuestro Submundo, lo somos. Aquí arriba, en lo alto del iceberg, lo censuramos y tenemos control de él; pero, ¿qué sucede cuando esa bestia bruta se descontrola, huye de la jaula y se lanza salvaje? Se presenta el Golem¹⁰⁰.

—¿Cómo hace para huir de la jaula?

—Aguza el sentido, amigo. Las señoras abejas se reúnen en la colmena de Regina. Juegan a la brujería. No lograron nunca convocar al Diablo, claro, porque el Diablo no existe. Sólo es una figura folklórica.

Shima asintió con la cabeza.

—Pero sus “ellos” se combinan para generar un demonio diferente. No existe infierno algo, pero sí existe un Inframundo en el que habitan nuestros “ellos” traicioneros, lascivos, sin bondad ni conciencia. Allí se mezclan las libidos de las señoras y de ese modo se produce la génesis del Golem. Asume la forma de cualquiera o de todas sus salvajadas inconscientes y aparece en nuestro mundo consciente para violar y asesinar sin tino ni razón... sólo por placer salvaje. Libido erótica y libido de muerte.

—¿Sostienes que en lo más bajo de las señoras abejas se genera el Golem¹⁰⁰?

—Sí. Esa es la realidad entrañable. La erupción de la energía.

—¿Por qué las señoras abejas en particular? ¿Por qué todos no generamos Golems en lo profundo?

—Tres palabritas. El catalizador.

—¡Santos del cielo! El prometio.

—No es fácil enfrentar el hecho, Blaise, pero en tanto el Pm radioactivo no intervino en el juego, el mundo no fue testigo de las ocho novenas partes ocultas del iceberg.

Shima suspiró.

—¡Qué modo de ensuciar una hermosa leyenda! —dijo con tristeza—. Prometeo, el Donante del Fuego, el maestro de las artes de la vida, amigo y benefactor del

Hombre. Y mira ahora el fuego infecto que genera en esas mujeres inmundas.

—Con todo, siguen siendo señoras agradables, Blaise.

—No. ¿Cómo van a serlo?

—No saben lo que están haciendo.

—Tiene que haber un indicio conciente.

—Ni siquiera conocen los impulsos de sus entrañas.

—En la actualidad todos sabemos que los tenemos.

—Sabemos el hecho, pero no los espantosos detalles. A nuestro conciente le es imposible detenerse a examinar la ferocidad primordial. Esa es la razón por la que la gente tiene que padecer años de psicoanálisis antes de poder enfrentarse con lo profundo de su interioridad.

—¿Lo has hecho tú?

—Lo dudo. Sé que tú no.

—¿Yo?

—Tú. ¿Conoces cuál es la pasión primordial que te impulsa a asumir la personalidad del Señor Deseo?

Shima quedó atónito.

—Pero recibes el impulso, ¿no es así?

—¡Oh, Dios! ¡Dios de los cielos! Entonces Ind'dni está en lo cierto. Yo soy un Golem.

—Calma, amigo. No eres el único. La mayor parte de nosotros somos Golems de uno u otro modo. Las raras excepciones se canonizan. Serénate, pues, y yo volveré a intentar mi fórmula secreta, coronada por los cognoscenti y afamada en canto e historia.

Se dirigió a la cocina, rara vez utilizada, que se encontraba casi tan esterilizada como el laboratorio de Shima en la CCA. La fórmula secreta de Gretchen era el extravagante equivalente de dos semanas pasadas en un balneario de aguas minerales: café, mantequilla, azúcar, yemas de huevo, crema y coñac. Mientras estaba calentando y removiendo la mágica poción en un caldero doble, se le empezó a nublar la vista.

—¡Eh! Abre los ojos —dijo animosa—. Me estoy quedando ciega.

Él no respondió. Ella perdió por completo la visión primaria y le quedó sólo el caleidoscopio secundario.

—Maldición. Se ha dormido. —Salió a tientas de la cocina y se dirigió al baño—. ¡Blaise! ¡Despierta!

No hubo respuesta. Tanteó alrededor de la bañera. Estaba vacía. Tocó el piso de baldosas con las palmas. Estaba húmedo.

—Se está vistiendo. El Señor Pudor. —Se dirigió al dormitorio—. ¿Blaise? No hubo respuesta. En el salón llamó: —¡Blaise Shima! Sal, sal de doquiera que estés—. Nada. Y nada en la terraza salvo el distante pandemonio de la Patraña.

—Condena de hombre. Ha tenido miedo y ha ido a esconderse en su laboratorio.

Dejó transcurrir con impaciencia media hora para darle tiempo a viajar y llamó a la CCA. No, nadie respondía en el laboratorio del doctor Shima. No, no pudo encontrarse en el edificio de la CCA. Llamó al Vivero Orgánico. No, el doctor Shima no estaba.

De cualquier modo, había que tener en cuenta cenando allí que al doctor Shima se le enviaban las comidas a domicilio.

Llamó a la bolsa de valores, al Teatrón, a la Iglesia de San Judas, al restaurante Puerto Libre, a la estación WGA, a la pista de carreras del Prado de los Corderos y a la Pisciterm. Nadie respondía al nombre o la descripción de Blaise Shima. Ya ganada por genuina alarma, pensó en ponerse en contacto con Salem Burne o la O.L.P.; decidió en cambio llamar al Departamento de Policía de la Patraña y preguntar por el subadar Ind'dni.

—¿Está usted llamándome de su místico Submundo, sira Nunn? —inquirió—. No me había dado a entender que tuviera comunicación con la realidad.

—Señor Ind'dni. estoy en dificultades.

—¿Las mismas, madame, o más graves todavía?

—Más graves. El doctor Shima ha desaparecido.

—¿Desaparecido en verdad? Mejor describa acontecimiento.

Después que Gretchen hubo terminado una cuidadosa narración de lo sucedido, Ind'dni suspiró.

—Sí. Por cierto. Lo más probable es que al doctor Shima su fantástica conclusión acerca de la Criatura de las Cien Manos le es tan difícil de digerir como a mí. Se está escondiendo de usted y cuenta con toda mi comprensión. Pero no debe abandonar la Patraña en su huida. Habrá que emitir una orden de captura.

—¡No lo haga, subadar!

—¡Ay, qué otra cosa puedo hacer! No obstante, le prometo una cosa: no se escatimará esfuerzo para evitar que los medios de difusión escandalicen. Se utilizará un código Nemo.

—¿Qué? ¿Un código Nemo?

—Ah, pues. ¿No oyó nunca hablar del código Nemo? —Ella pudo percibir la sonrisa interna de Ind'dni—. Le había dicho que no carezco de recursos, sira Nunn.

Después de terminada la comunicación, Gretchen musitó:

—Al diablo su orden de captura y su código Nemo. Mi personal puede batir al suyo cuando le venga en gana.

Se las compuso para abandonar la *penthouse*, cerró la puerta dejándola bien asegurada y salió a la calle donde tuvo una completa recuperación de la vista. Cuando llegó a su piso lo hizo justo a tiempo para ver desarrollarse una dramática escena. Los miembros de su personal estaban reunidos en torno a Shima, a quien trataban de interceptar. Lo miraban a la vez llenos de asombro: estaba completamente desnudo y se debatía cortésmente.

—¡Blaise! —exclamó ella.

—Mi nombre es Deseo, querida. Puedes llamarme Señor Deseo.

Le dirigió la helada sonrisa. Ella sacudió la cabeza como un animal que intenta disuadir a la mosca que lo atormenta.

—Acaba de entrar con gran ruido, sira Nunn. Los miembros de seguridad de abajo dicen que preguntó por usted.

—¿Por mí? ¿Preguntó por Gretchen Nunn?

—No, sira. Sólo por “Gretch”. Dijo que Gretch de la Patraña vivía aquí y conocía al Señor Deseo. Los de seguridad pensaron que se trataba de uno de nuestros códigos y le permitió subir.

—Podéis soltarme —dijo el Señor Deseo con una sonrisa—. No tengo nada que conceder a ninguno de vosotros.

Ella comprendió.

—No, a ninguno de nosotros. Podéis soltarlo. Es inofensivo.

—Sira Nunn, ¿por qué se da el nombre de Señor Deseo? Sabemos que se lia...

—No es nadie que hayáis nunca visto ni oído. El Señor Deseo no estuvo nunca aquí. ¿De acuerdo? Gracias a los cielos puedo confiar en vosotros. Ahora, fuera, todos.

Cuando todos hubieron abandonado el estudio, cerró la puerta y se quedó contemplando al cortés Señor Deseo.

—No, a ninguno de nosotros. Tú, pobre hombre, vienes rastreando tu propio deseo de muerte. Realmente te dolió, ¿no es cierto? Te llegó a lo más profundo.

—Te recuerdo, Gretch —dijo el Señor Deseo sonriente—. Traté de ayudarte una vez. ¿Tú me recuerdas?

—A ti es a quien hay que ayudar, Blaise —murmuró Gretchen—. Se ha recomendado tu captura y si te encuentran en este estado... “La cuna, el bebé y todo, del árbol abajo caerán.” —Le alcanzó una toalla de baño y le dijo—: Póntela alrededor de la cintura. —Luego se sentó e inhaló el aire profundamente—. ¿Cómo diablos voy a hacer ahora para sacarte de este atolladero? ¿Alguna inyección? No sabría qué prescribir. Lo que necesitas es un choque psíquico y tendría que ser homeopático, pero, ¿cuál?, ¿cuál?, ¿cuál?

El Señor Deseo se ajustó la toga y dijo:

—De cualquier modo, no creo que pueda ayudar al que vengo siguiendo.

—No, a no ser que lo alcances.

—No es eso. Es que no logro encontrar mis instrumentos. No parece que los lleve conmigo.

Gretchen sonrió exasperada:

—¿Los buscaste en los bolsillos?

—Debo de haberlos dejado en alguna parte, bajo llave, claro. Nunca bastan las precauciones que se tomen con los utensilios letales. Me pregunto dónde.

—Me alegro de no poder hacer nada por usted, Señor Deseo.

—No importa, querida. Tendría que encontrar la llave primero.

—Oh, claro, la llave primero, y luego los utensilios letales que... —Gretchen se interrumpió bruscamente. Le llevó cinco segundos enteros reconocer la espantosa idea que la había asaltado. Comenzó a temblar y a mecerse mientras sacudía la cabeza—. No puedo. No lo haré. No habría modo de soportarlo.

Y sin embargo no hubo instante en que no supiera que podría hacerlo, que lo habría y que tendría que soportarlo. Le llevó largos minutos recobrase. Se dirigió a su dormitorio, tomó algo de la mesita de noche y lo llevó apretado en la palma. Luego, con una sonrisa casi tan glacial como la del Señor Deseo, llamó a Ildefonsa Lafferty.

—¿Nellie? Habla Azabache. No, no desde la colmena; desde mi casa. Nell, tengo aquí conmigo una *crise psychologique* y... No, tesoro, nada de intelectualismo; sólo la traducción francesa de algo muy duro de soportar. Mi problema en cuestión está aquí presente ahora y no quiero que se entere de qué estoy hablando. Sí, es un hombre. No puedo manejarlo. Creo que tú podrías porque se trata de una de tus especialidades. ¿Puedes venir inmediatamente? No, tesoro, ningún indicio. Ya verás por ti misma cuando llegues. Gracias, Nell. —Interrumpió la comunicación—. Muy bien, Blaise, abriré ese cajón.

Así era el protocolo profesional de Gretchen Nunn. A los clientes distinguidos los saludaba a la entrada de su Oasis. A las celebridades periféricas las recibía ante la impresionante puerta de su piso con asistencia del personal. Los clientes comunes eran conducidos a su taller donde, sentada tras la mesa de despacho aguardaba sin interrumpir el trabajo. (Mills Copeland, presidente de la CCA, se habría ofendido profundamente si lo hubiera sabido.) Gretchen recibió a Ildefonsa Lafferty ante la puerta de su estudio y la condujo dentro.

—Gracias por venir al rescate, Nell. Es un caso muy engorroso.

Ildefonsa resplandecía en lentejuelas color lechuga.

—¿Quién podría resistirse al desafío, Azabache? Por supuesto, que es un desafío. Te conozco el juego. Hagas lo que hicieres, siempre tienes una segunda intención.

—Protesto, Nell.

—¿Por qué negarlo? Esa es la parte cautivante del desafío. Me pregunto qué es lo que quieres ahora y tengo que averiguarlo.

—Te juro que se trata de un liso y llano rescate.

—¿Te empeñas en que te crea? ¿Es esa tu *crise psychologique*? —Señaló el glacial Señor Deseo con un movimiento de cadera.

—En efecto.

—Dijiste que era un hombre. No dijiste que era una cosa envuelta en una toga.

—Se encuentra en estado de shock y es necesario estimularlo para que salga de él... Para que vuelva a la normalidad.

—¿Qué hay de tan sabroso en la normalidad? ¿Por qué no dejarlo gozar?

—Necesito que me dé pruebas orales para resolver un caso.

—¿Y por qué recurres a mí?

—Porque tú sabes algo que yo no sé.

—¿A qué conocimiento te refieres en particular?

—Al conocimiento de cómo incitar a los hombres.

—Bueno, nunca follé con un zombi, pero siempre tiene que haber una primera vez.

Gretchen sonrió con los labios apretados.

—Si así ha de ser, actúa con libertad.

—¿Existe algún otro modo de hacerlo? —Ildefonsa se dirigió lentamente hacia el Señor Deseo, la contempló serena y luego, de súbito, se inclinó sobre él y lo miró con fijeza—. ¡Mi Dios! No puedo creerlo. Este es el Hiro.

—¿Héroe? Es el doctor Blaise Shima. ¿De qué héroe hablas?

—Hiro, abreviatura de Hiroshima. Llévatelo a la cama y sabrás porqué.

Gretchen guardó silencio.

—De modo que esa era tú segunda intención —dijo Ildefonsa—. ¿Qué le ha sucedido?

—No lo sé. Por eso es que no puedo manejarlo.

Ildefonsa giró al acecho en torno de Shima.

—Vaya, vaya. Cuánto tiempo sin vernos. ¿Me has echado de menos, mi padrillo?

—Mi nombre es Deseo, querida. Puedes llamarme Señor Deseo.

—Dios sabe que eras el deseo de una doncella vuelto realidad, padrillo. —Por sobre el hombro Ildefonsa preguntó—: ¿No me reconoce?

—No reconoce a nadie.

—¿Incluyéndose a sí mismo?

—Cree ser un personaje que él mismo inventó llamado Deseo.

—¿De modo que tú quieres deshacerte de ese personaje?

—De eso se trata. De volverlo a sí mismo.

—¿Tienes alguna idea para lograrlo?

—Tú fuiste la única idea que se me ocurrió. Me dije: “Nell es la indicada para devolverle la conciencia”.

—Gracias, pero mi método habitual es desmayarlos de un golpe. No sé nada de la retroestratagema. Podría resultar interesante. ¿Quieres que recuerde que es Shima?

—De eso se trata.

—Hmmm... —Ildefonsa meditó mientras el Señor Deseo le sonreía de oreja a oreja. Tenía el aspecto de un agradable senador romano—. Eh, Hiro, ¿recuerdas esto?

—Comenzó a cantar con voz aflautada:

Mi madre decía que nunca debía
Reunirse con hombres en los bosques.
No lo hagas solía decir,
Es muy feo desobedecer
Desobedecer

Desobedecer.

Y dejar al marido en casa.

Ildefonsa emitió una risita.

—Siempre te gustó esta canción, Hiro, ¿recuerdas? Solías hacérmela cantar y bailar al compás.

—Mi nombre es Deseo, querida, Señor Deseo.

—Está en verdad muy enajenado, Azabache. Con esta canción siempre quedaba atrapado. Hiro creía que yo era la niña inocente que cantaba canciones puercas sin entenderlas.

—¡Vaya! ¡Qué despierto!

—Típico en él. Nunca supo cuántas son cinco. ¿Te parece que pruebe con el número de danza? Un *strip-tease*.

—¿Por qué no? Espera. Ponte esto.

Ildefonsa miró el cabujón que Gretchen exhibía en la palma.

—¿Qué es eso?

Gretchen sintió cierto alivio.

—Es un diamante sin tallar.

—¿Quieres que me lo ponga?

—Por favor.

—¿Dónde? Estaré desnuda.

—Llévalo en el ombligo.

—¡Por amor de...! ¿Allí? ¿De qué manera?

—Está montado en pegamento para piel.

—¿Por qué debo ponérmelo?

—Es la llave de un cajón cerrado.

—¿A quién le pertenece?

—A él.

—Parece que ha adquirido algunas rarezas desde que dejé de verlo.

—Así es en efecto. No, Nell, no permitas que te vea mientras te lo pones; tiene que verlo de pronto. Hazlo en mi dormitorio.

Ildefonsa asintió y entró por la puerta que Gretchen abrió a su paso. Salió al cabo de un instante asegurándose que la puerta quedara abierta.

—Estupendo dormitorio —comentó con aprobación—. En él la terapia podría convertirse en sensación. ¡Esos espejos! Pues bien, comienza la cuenta regresiva.

—¿Debo dejarlos solos?

—¿Por qué? Quizás aprendas algo útil.

—Siempre hay tiempo para superarse —aceptó Gretchen a regañadientes.

Ildefonsa se puso en pose delante del Señor Deseo y comenzó a cantar y a bailar con bastante torpeza. (“Coordinación desastrosa.”) El *Apparat* de lentejuelas de color lechuga estaba diseñado para desprenderse por secciones convenientemente

establecidas. (“Pero no diseñado teniendo en cuenta la danza.”) Ildefonsa iba arrojando las sucesivas piezas a un lado y a otro hasta que quedó reducida a la rosada piel desnuda, destinada a la deslumbrante exhibición final. Se volvió lentamente mostrando cada parte de su cuerpo pleno y se reveló luego de pronto ante el Señor Deseo con sostenida pose. Gretchen ahogó un quejido.

El diamante quedó en el mismo nivel de los ojos del Señor Deseo que lo miró fijamente. Entonces su mirada se deslizó hacia el *mons veneris*, se elevó hasta los senos y, por fin, hasta la cara de Ildefonsa. Palideció.

—Pero... pero tú eres Ildy —tartamudeó. Su mirada se posó sobre el cabujón—. ¿Por qué...? ¿Cómo...? ¿Por qué llevas el diamante de Gretchen? —Se puso de pie lentamente y miró a su alrededor perplejo—. He perdido toda conexión.

Ildefonsa le tendió sus brazos llenos.

—Ven, padrillo. Vamos a conectarnos.

—Pero... Yo... No es entonces. Es ahora. Ahora. —Su voz cobró vigor—. Dios todopoderoso, ¿qué estoy haciendo contigo, Ildy? ¿Aquí? Y tú en este estado. Con el diamante de Gretchen. Haciendo ante mí ese viejo número de Ipanema. ¡Cristo! Hace ya casi un año desde que te dejé.

—Yo la saqué del cajón, Blaise —dijo Gretchen con tranquilidad.

Él sacudió la cabeza lentamente.

—¿Tú? ¿Me hiciste eso? ¿A mí?

—Tenía que volverte a ti mismo.

—Pero... pero ¿el diamante?

—Le pedí que se lo pusiera.

—¿Por qué?

—Ésa era la clave.

—¿De dónde me traes?

—Del Señor Deseo.

—¡Oh, Dios! ¡Dios mío!

—Todo está bien, Hiro —dijo Ildefonsa de manera tranquilizadora. Le pasó las manos por debajo de la toga. Todo está bien ahora. Tú has vuelto. También yo he vuelto. Estamos otra vez en el punto de partida. Ven, padrillo.

Iba induciéndolo hacia el dormitorio. Shima le miró la cara. Tenía un brillo líquido en los ojos. Miró luego a Gretchen. La mirada de ésta era firme. Miró a una y a otra nuevamente, luego hizo con suavidad que Ildefonsa se volviera y comenzó a llevarla hacia el dormitorio. Parecía estar siguiéndola, pero sólo fue para despojarse de la toga y colocarla sobre los hombros de ella.

—Los adioses deben ser para siempre —dijo.

Ildefonsa se volvió perpleja. Shima se dirigió hacia Gretchen.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

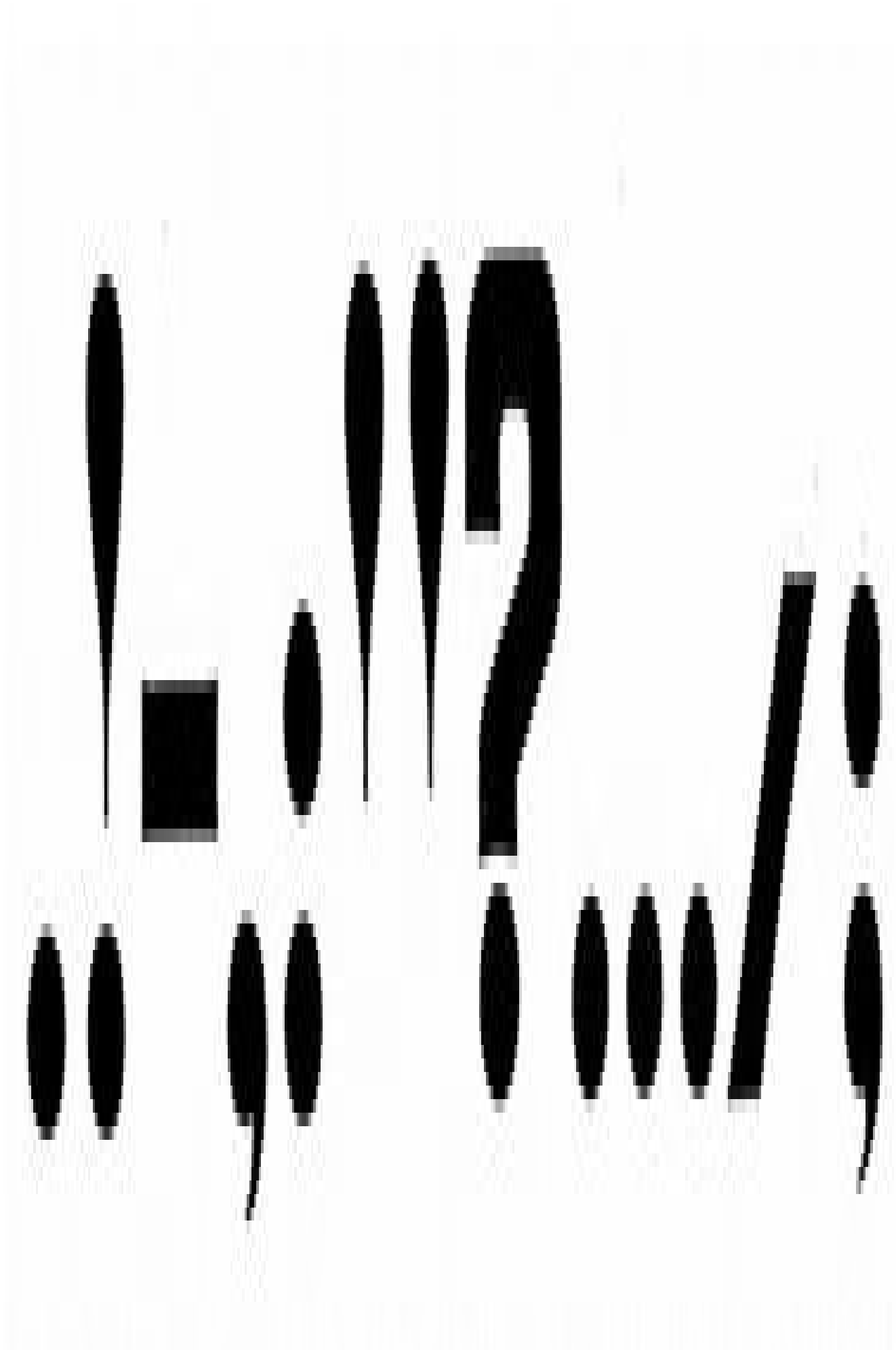
—Gracias por la coronación.

—No era un concurso.

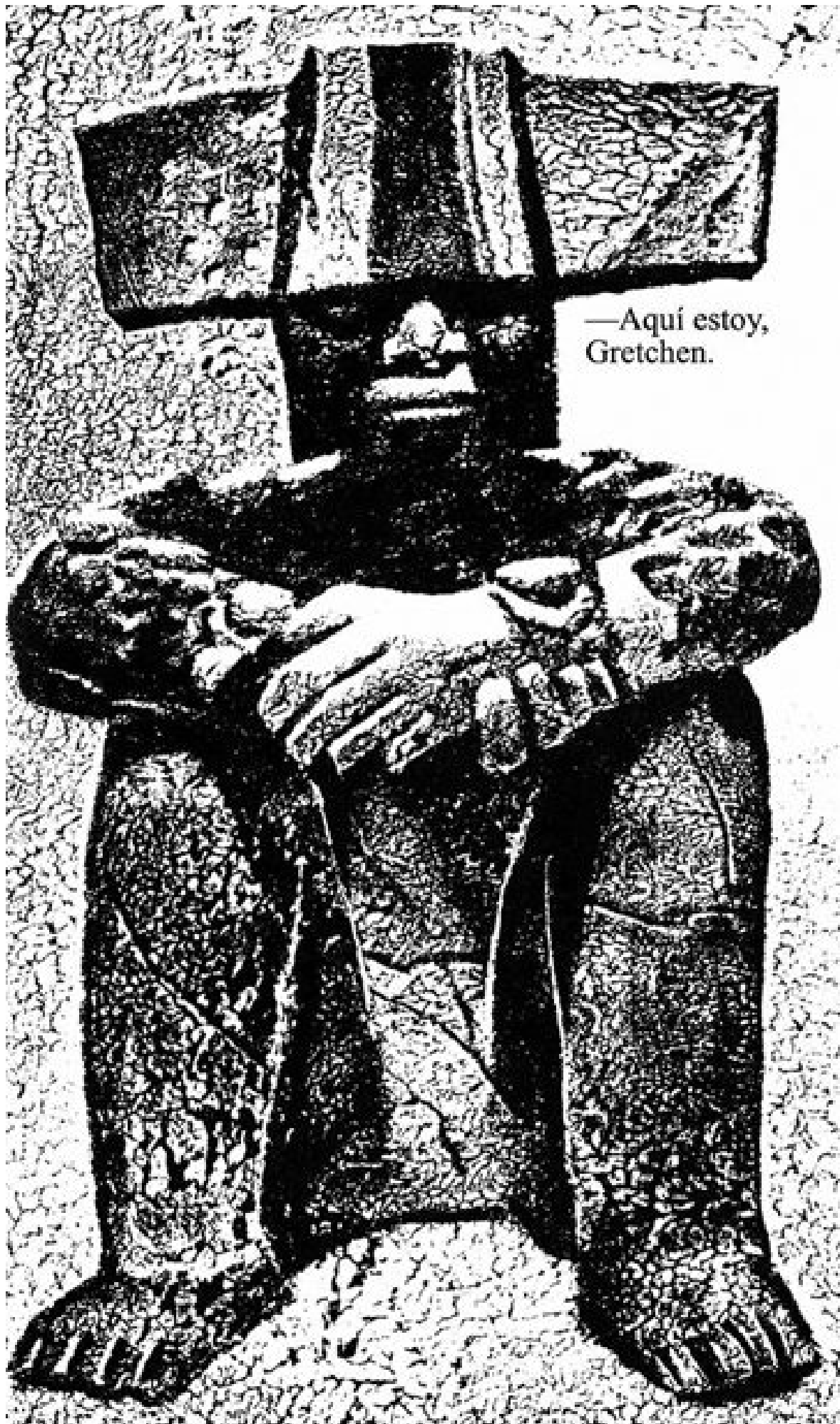
—Para mí lo fue.

—¿Ahora qué? —repitió él.

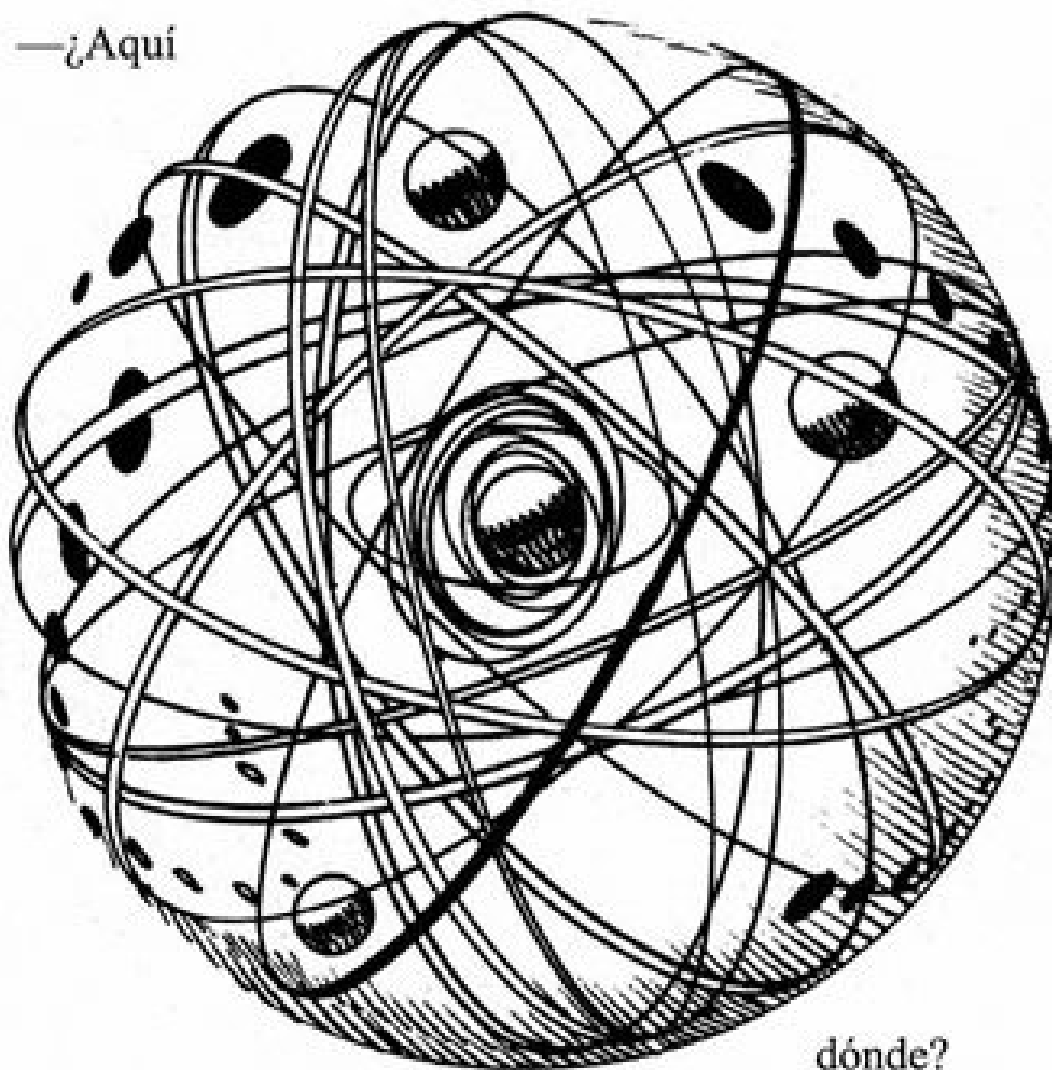
—¿Ahora? A tu laboratorio a emprender el viaje con Pm. Tenemos que visitar al Fasmamundo. —Por sobre el hombro le dijo a la atónita Ildefonsa—: Te quedaste corta en tus cálculos, Nellie. Cuando de mí se trata tienes que buscar una tercera intención. Puedes quedarte con el diamante.







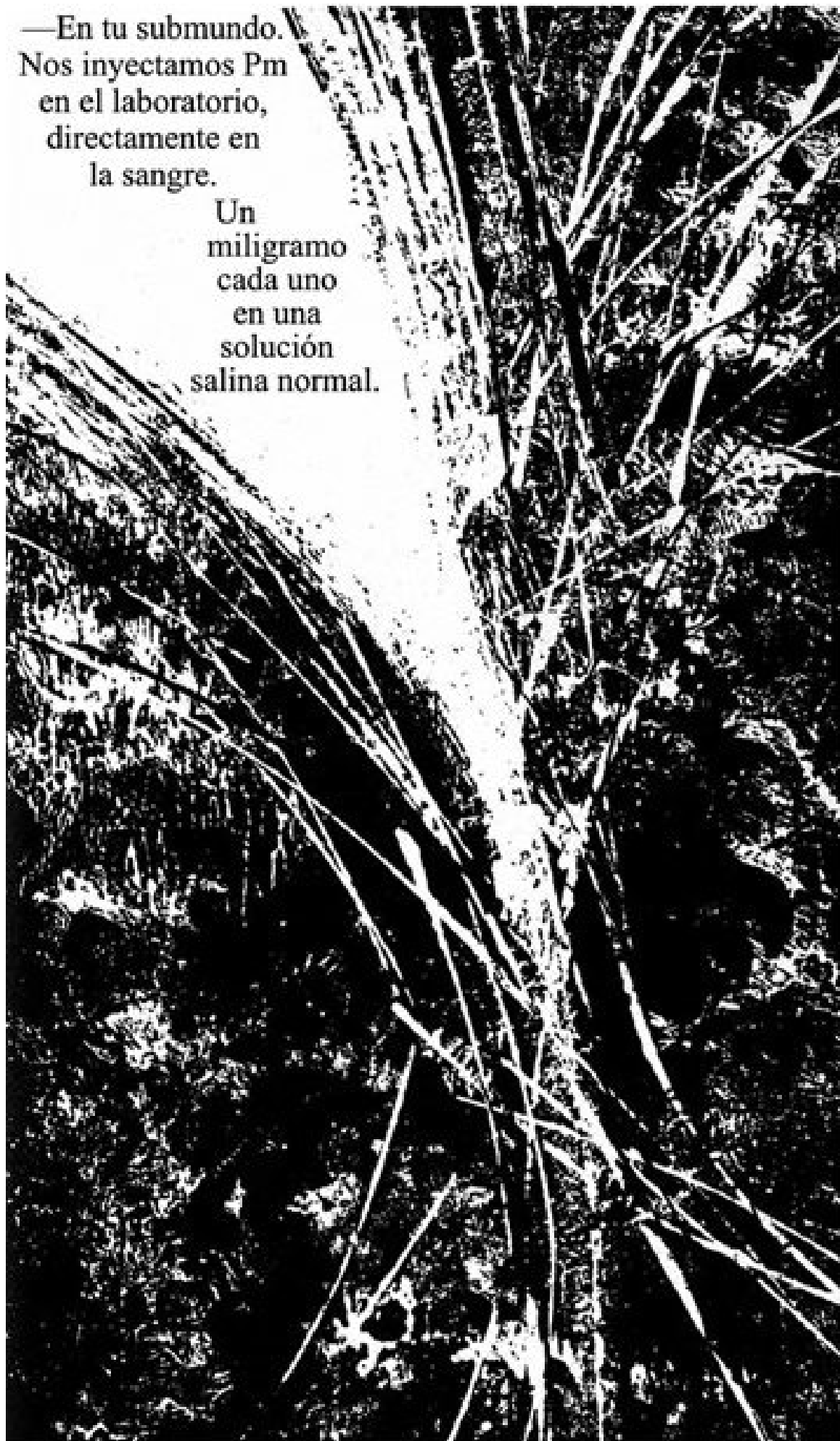
—¿Aquí

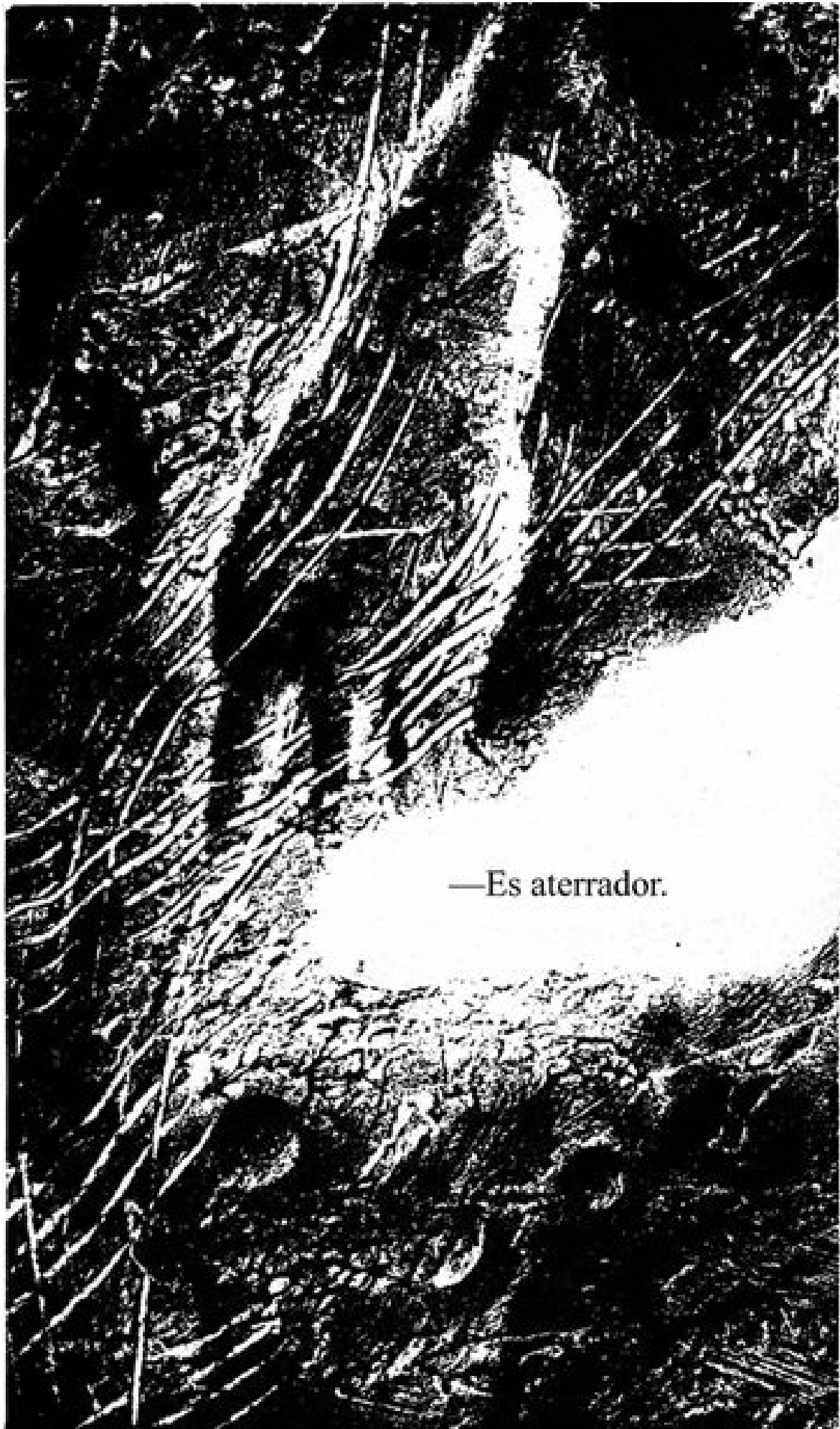


dónde?

—En tu submundo.
Nos inyectamos Pm
en el laboratorio,
directamente en
la sangre.

Un
miligramo
cada uno
en una
solución
salina normal.





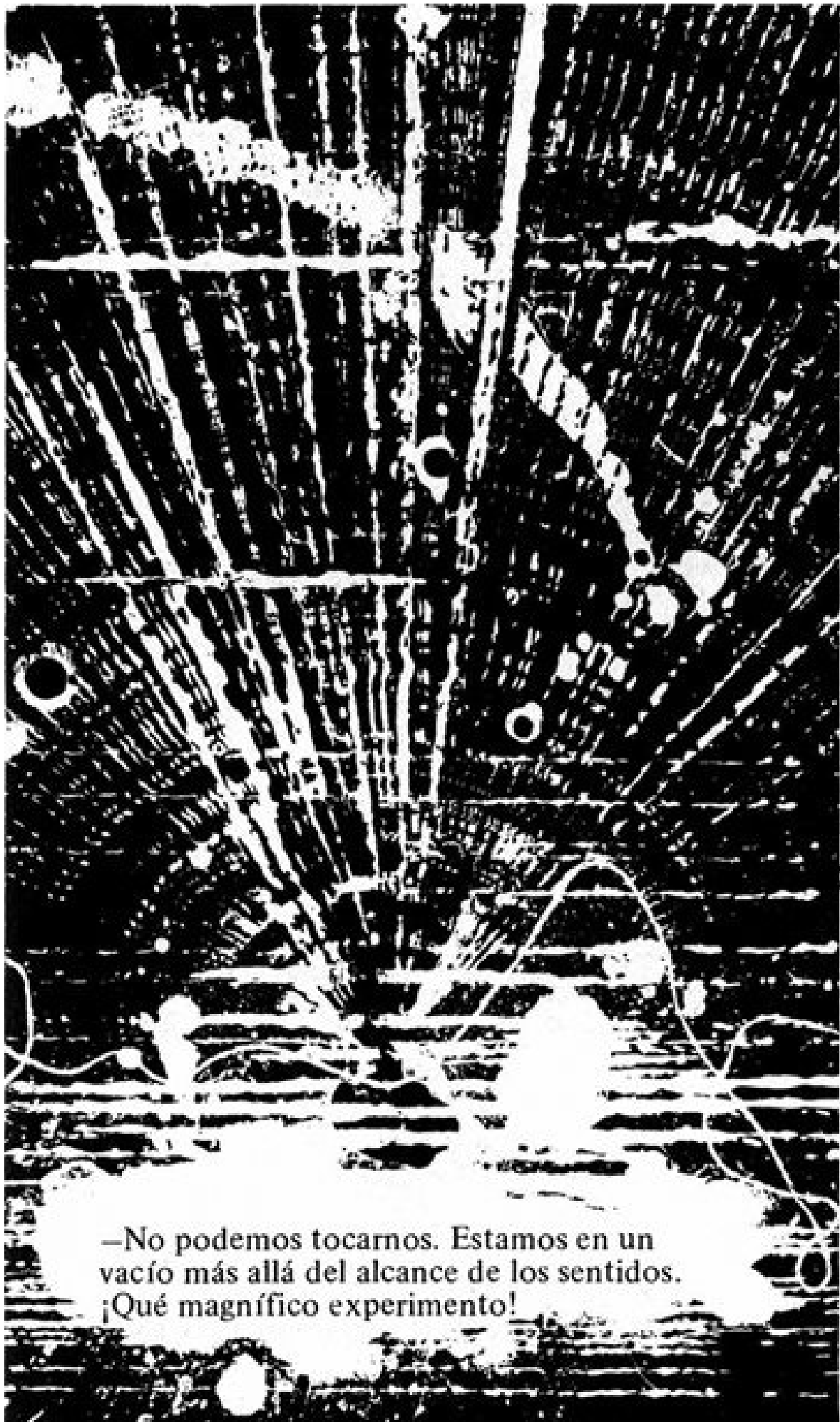
—Es aterrador.

—Es fascinante, Nunca me vendiste realmente tu idea del Inframundo. Gretchen. Estaba equivocado.





—Por favor. Tengo miedo.
Quiero tocarte.



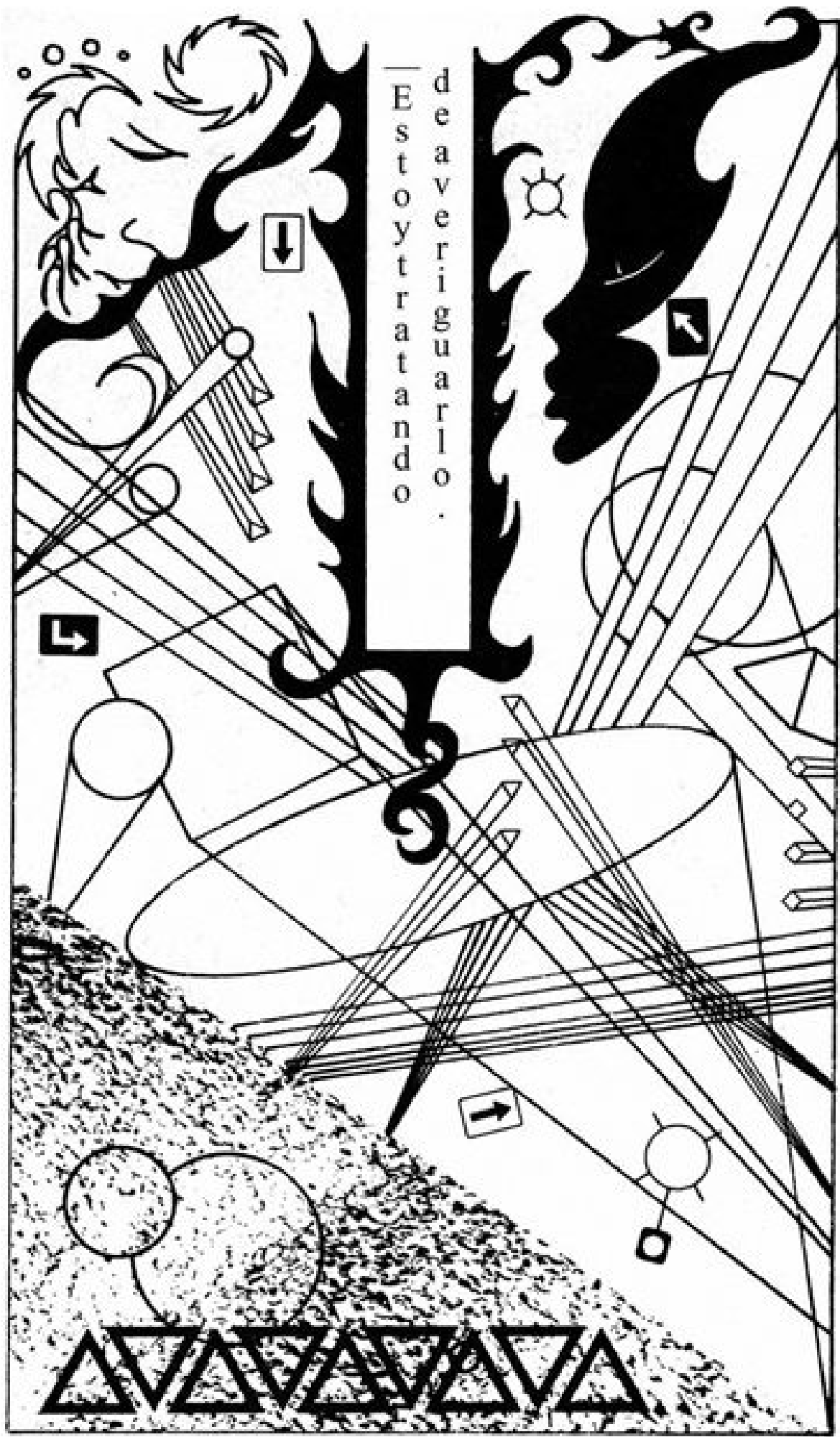
—No podemos tocarnos. Estamos en un vacío más allá del alcance de los sentidos. ¡Qué magnífico experimento!



—Quizá para un científico, pero no para mí, Blaise, estoy aterrada. Estoy viendo las cosas más disparatadas.

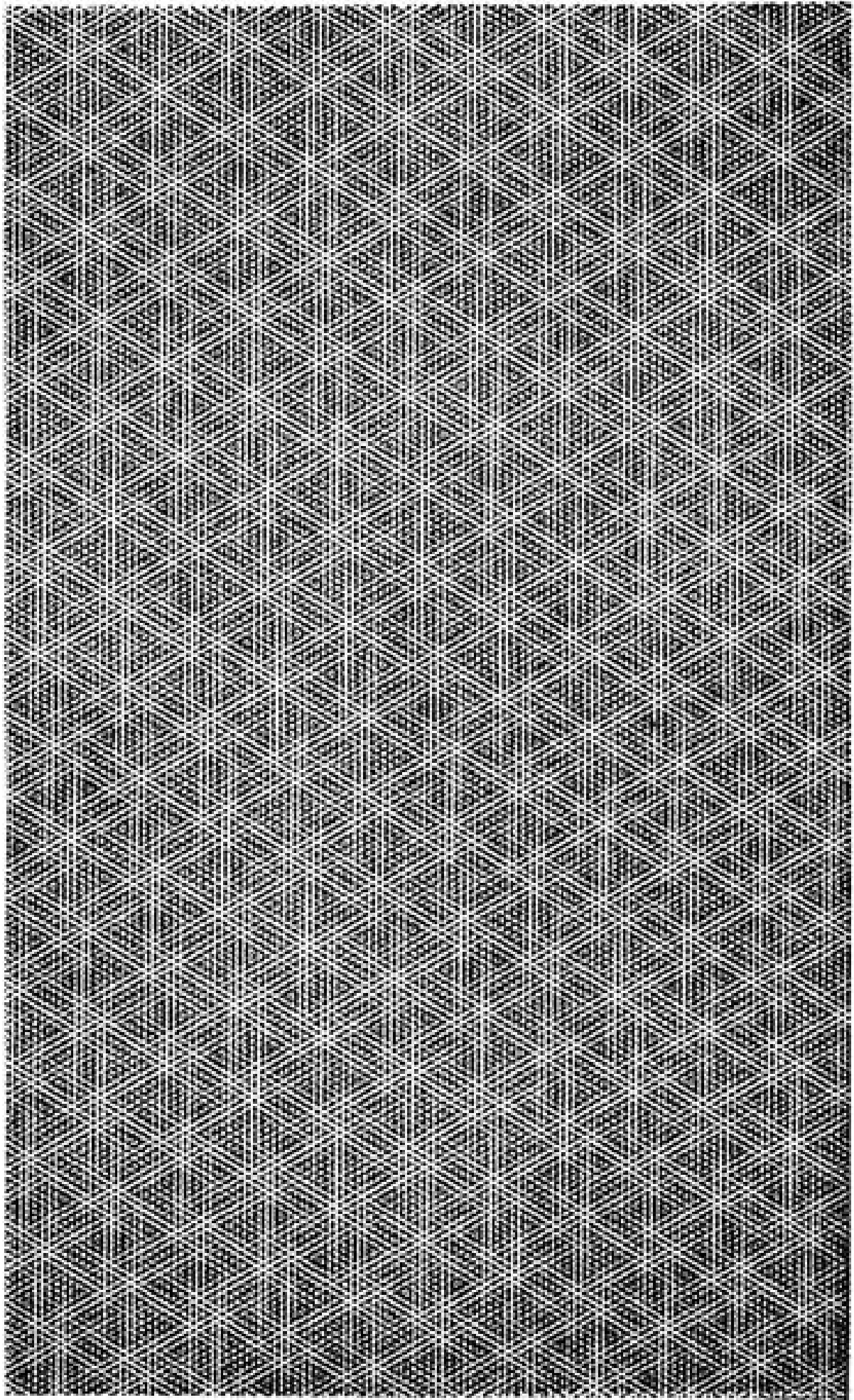
—También yo. ¿Qué estás viendo ahora?



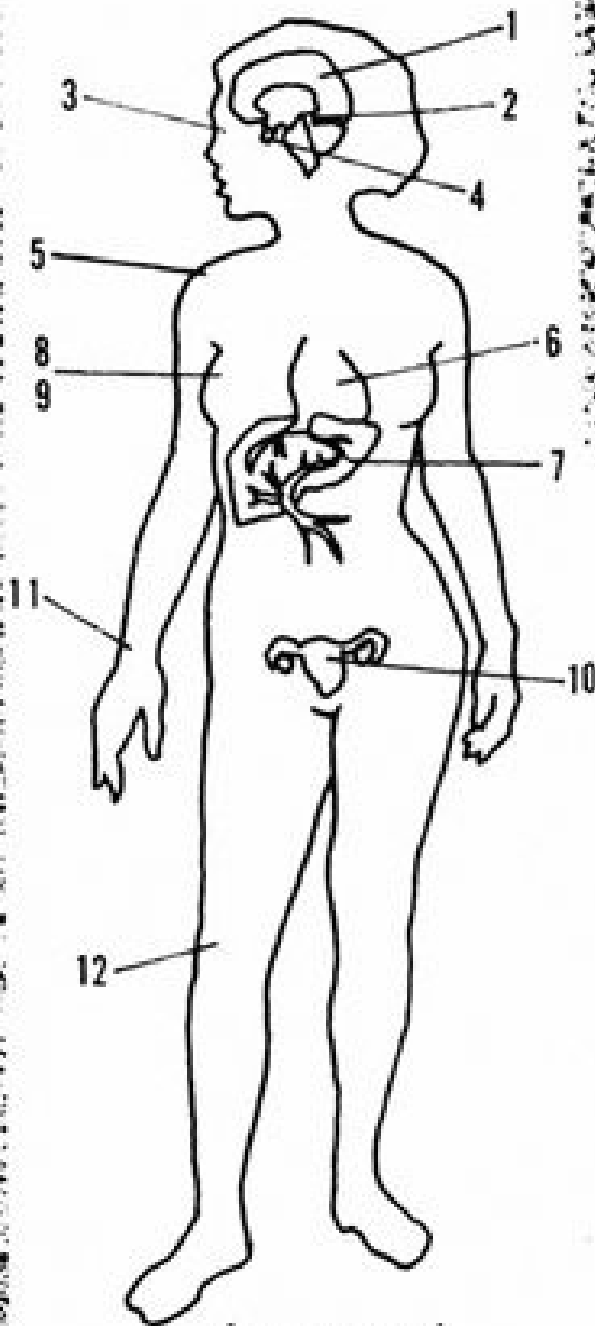




—¿Con suerte?



—Estoy tratando

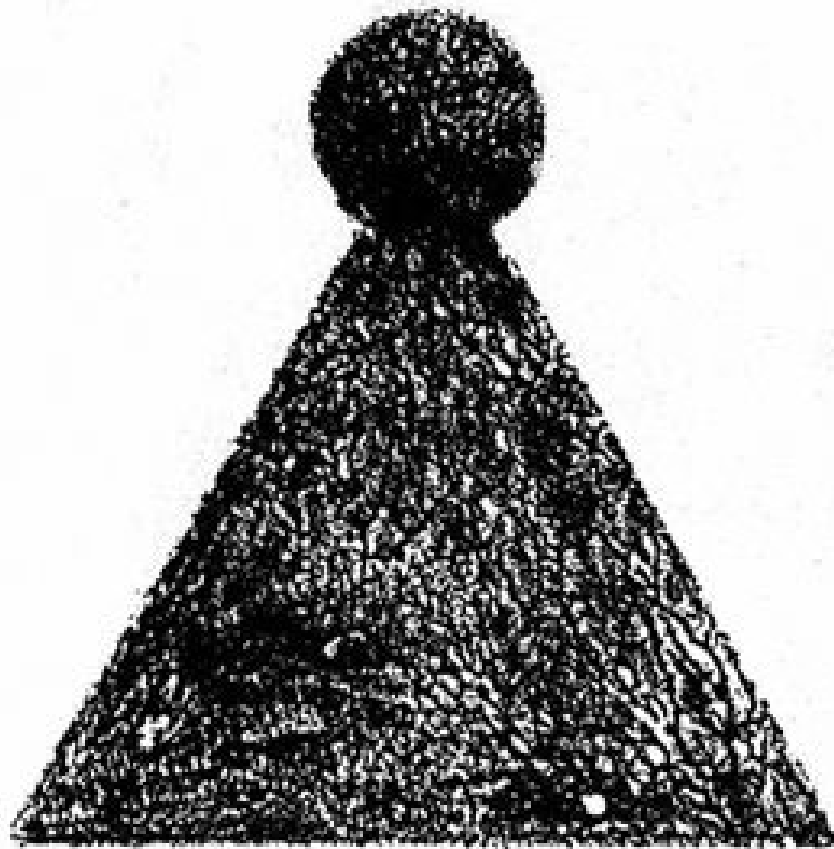


de verte a tí.

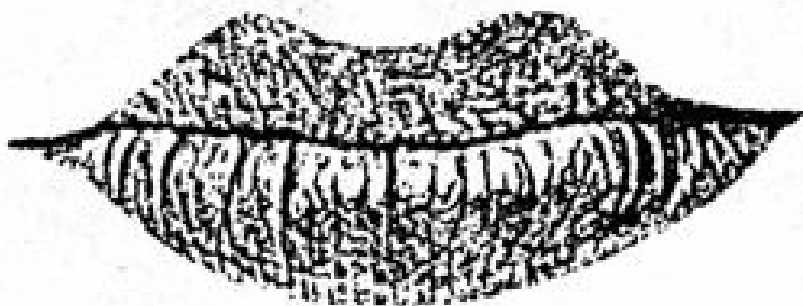




—¿Si me gusta?
Yam, yam, yam, yam, yam
—¿Si me gusta?
Yam, yam, yam, yam, yam
—¿Si me gusta?
Yam, yam, yam, yam, yam



—Bésame, payaso.

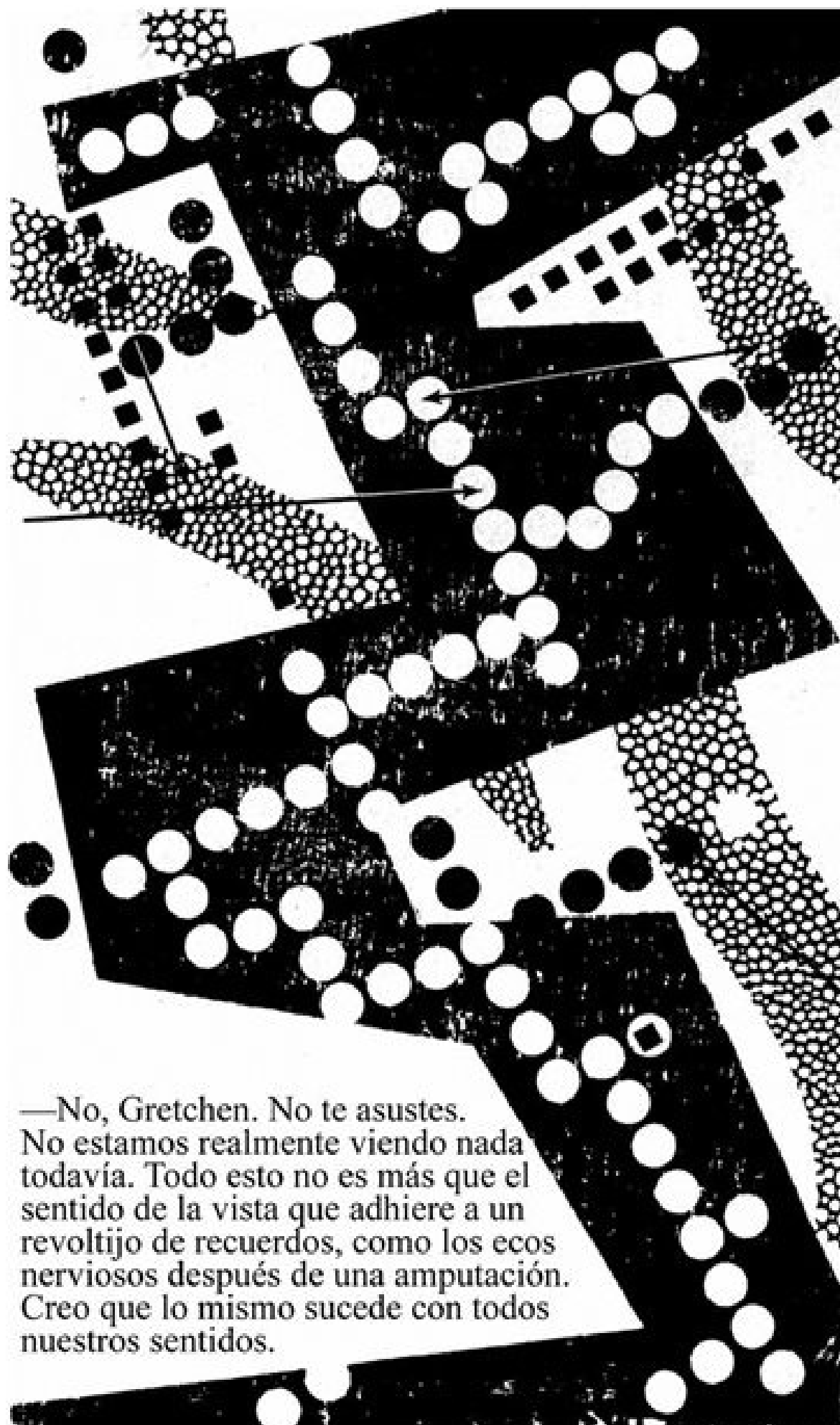




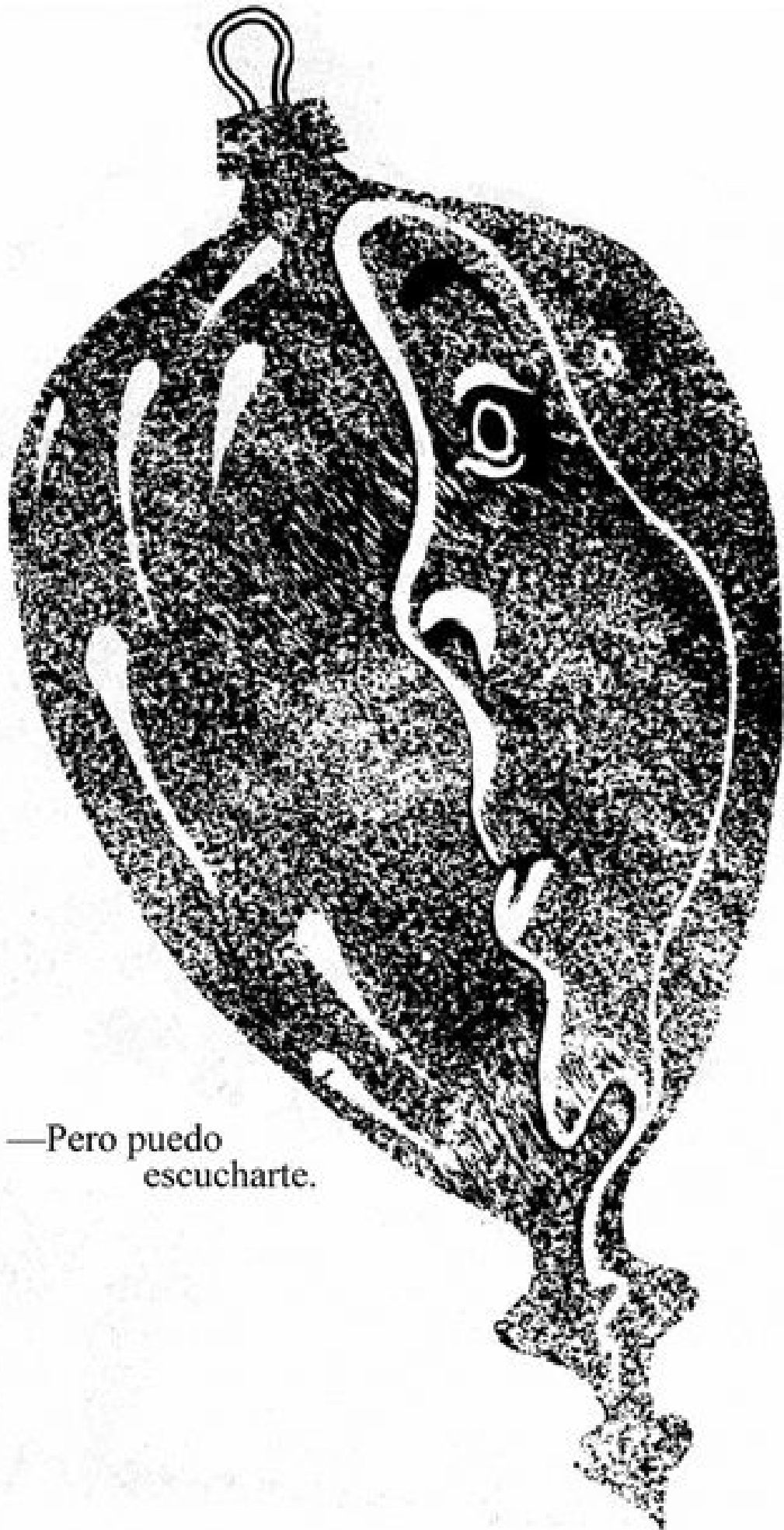
—En algún otro
espacio-tiempo.
Estoy tratando de
ver el laboratorio.



—¿Ves algo
que tenga sentido,
Blaise? Yo no,
y me está dando
mucho miedo.

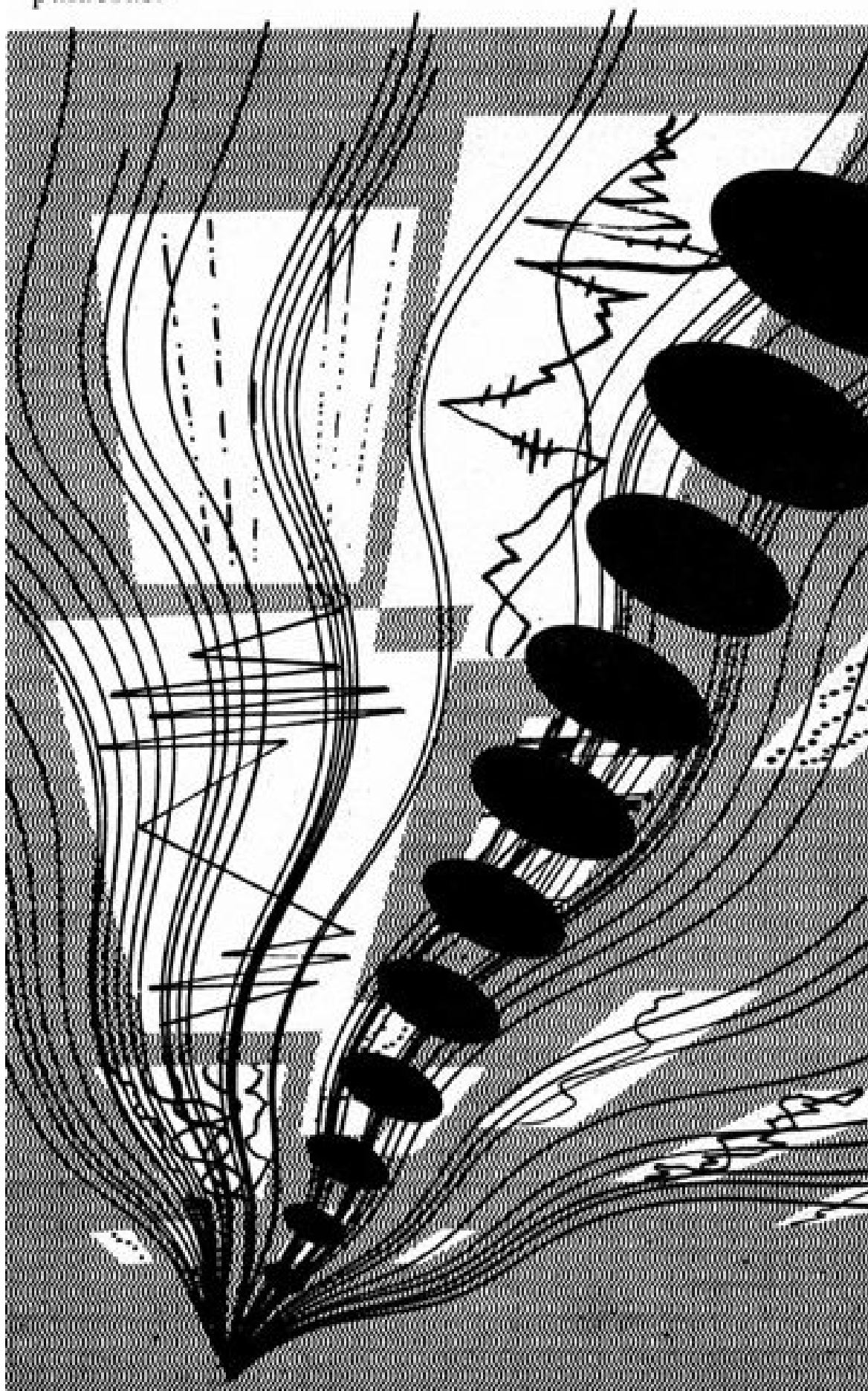


—No, Gretchen. No te asustes.
No estamos realmente viendo nada
todavía. Todo esto no es más que el
sentido de la vista que adhiere a un
revoltijo de recuerdos, como los ecos
nerviosos después de una amputación.
Creo que lo mismo sucede con todos
nuestros sentidos.



—Pero puedo
escucharte.

—Lo dudo, Gretchen. No creo que estemos utilizando palabras.



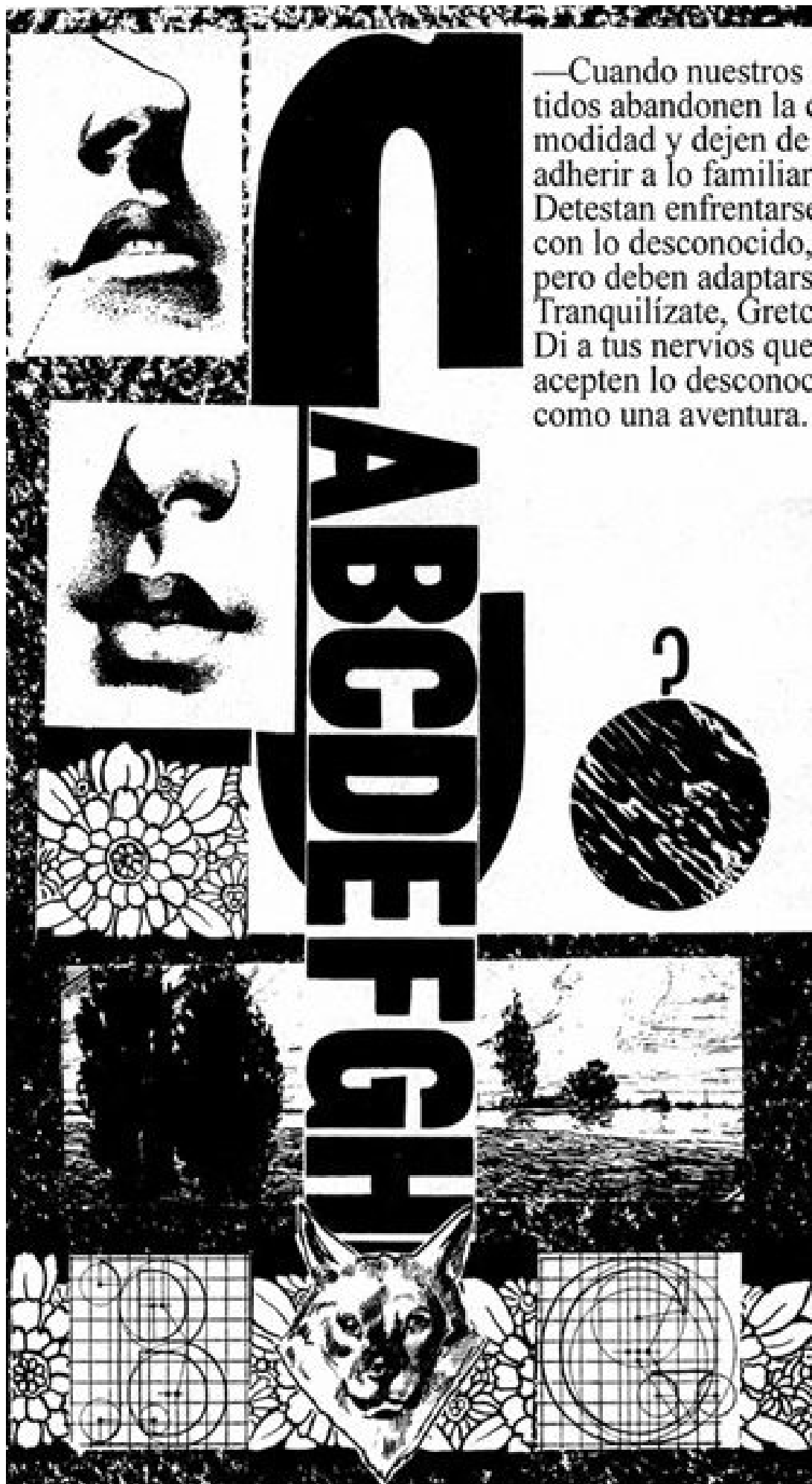




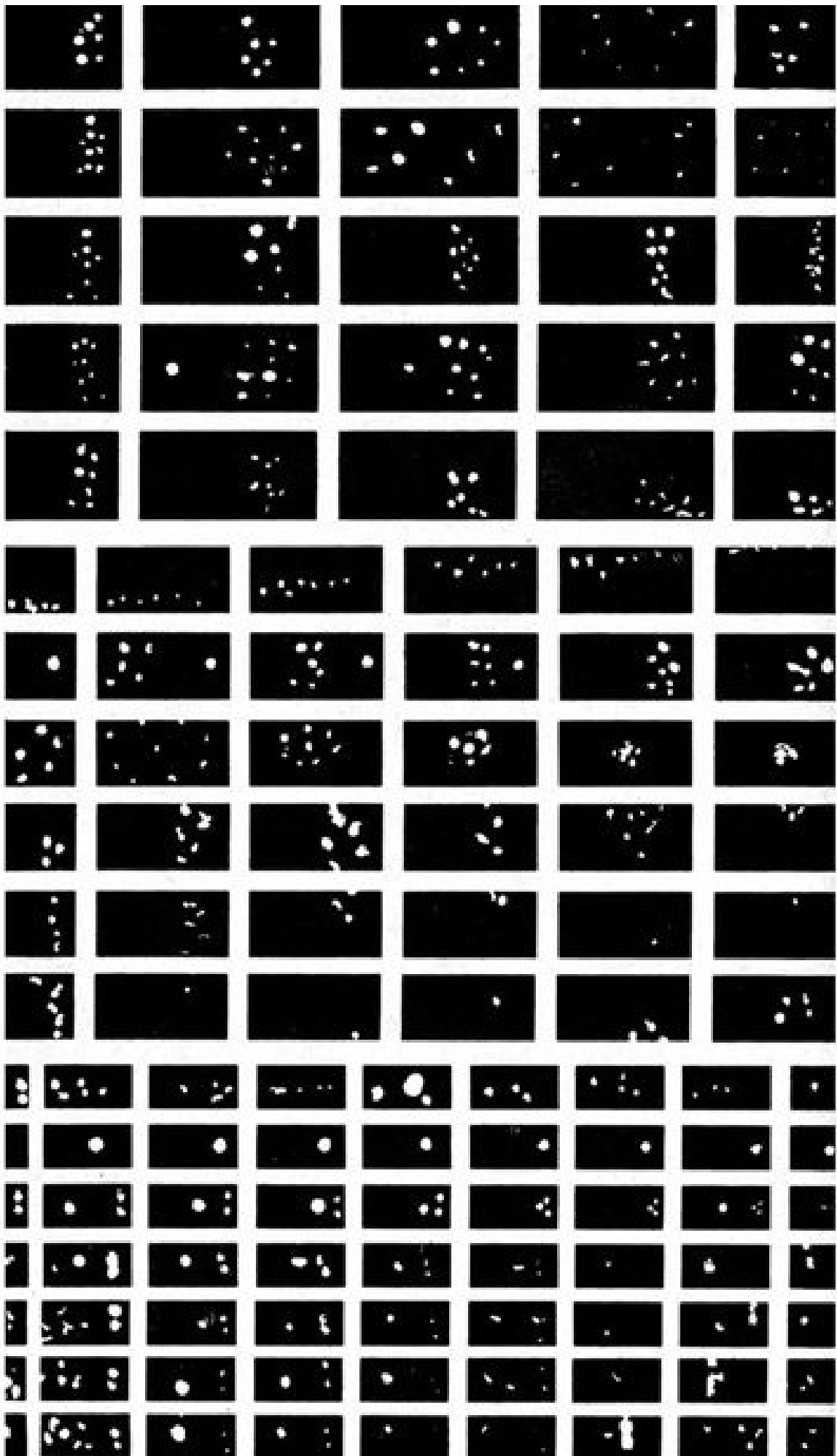
—Nos comunicamos en el subnivel y traducimos las ideas a pautas de sonido recordadas.

—¿Veremos en algún momento
este mundo *id* tal como
verdaderamente es?



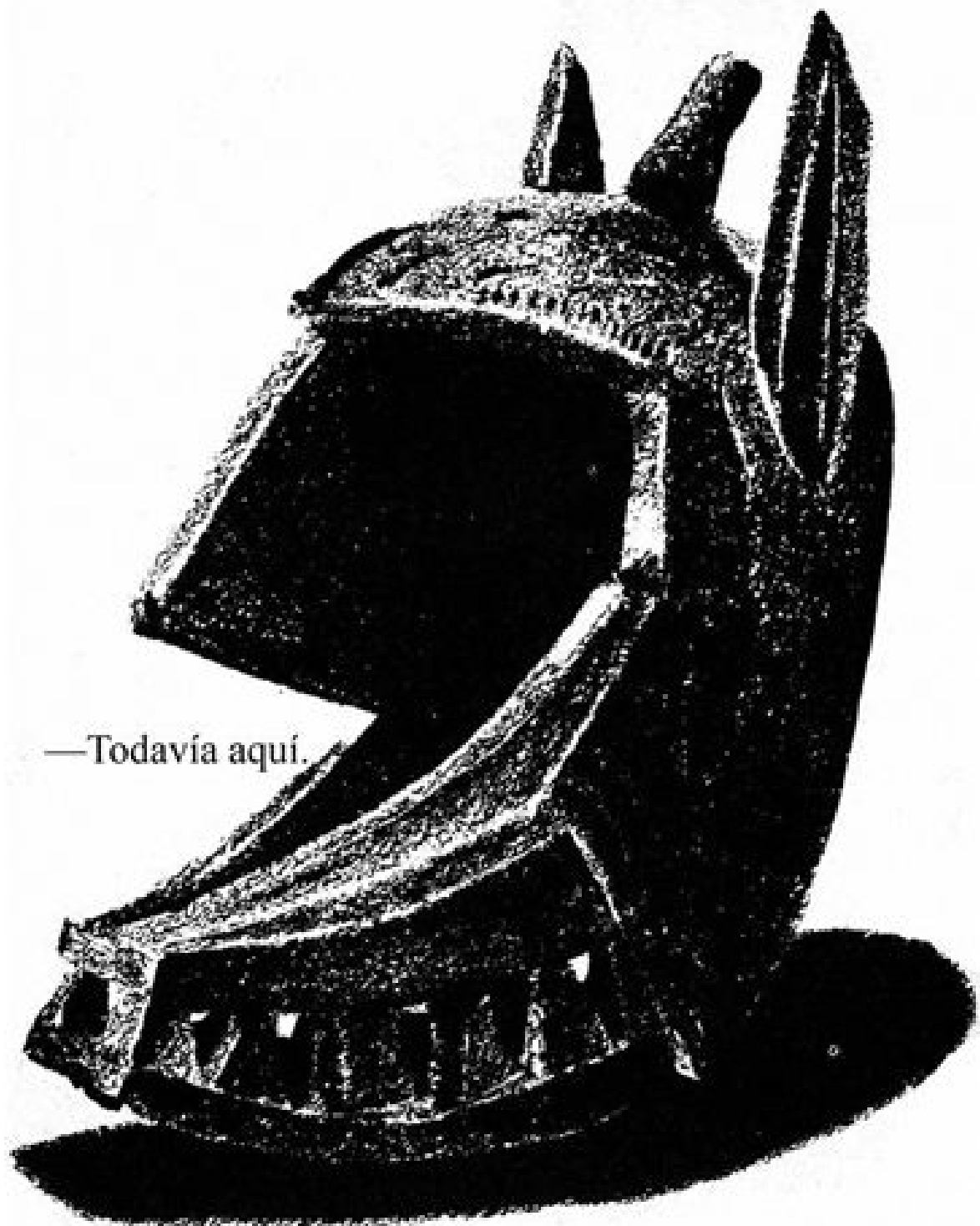


—Cuando nuestros sentidos abandonen la comodidad y dejen de adherir a lo familiar. Detestan enfrentarse con lo desconocido, pero deben adaptarse. Tranquilízate, Gretchen. Di a tus nervios que acepten lo desconocido como una aventura.

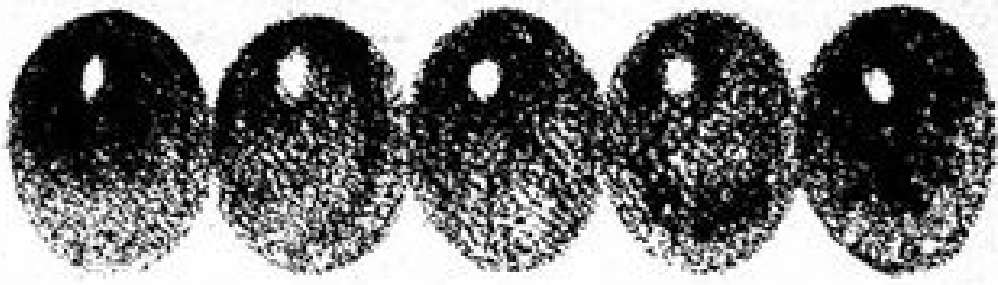


—¿Blaise?

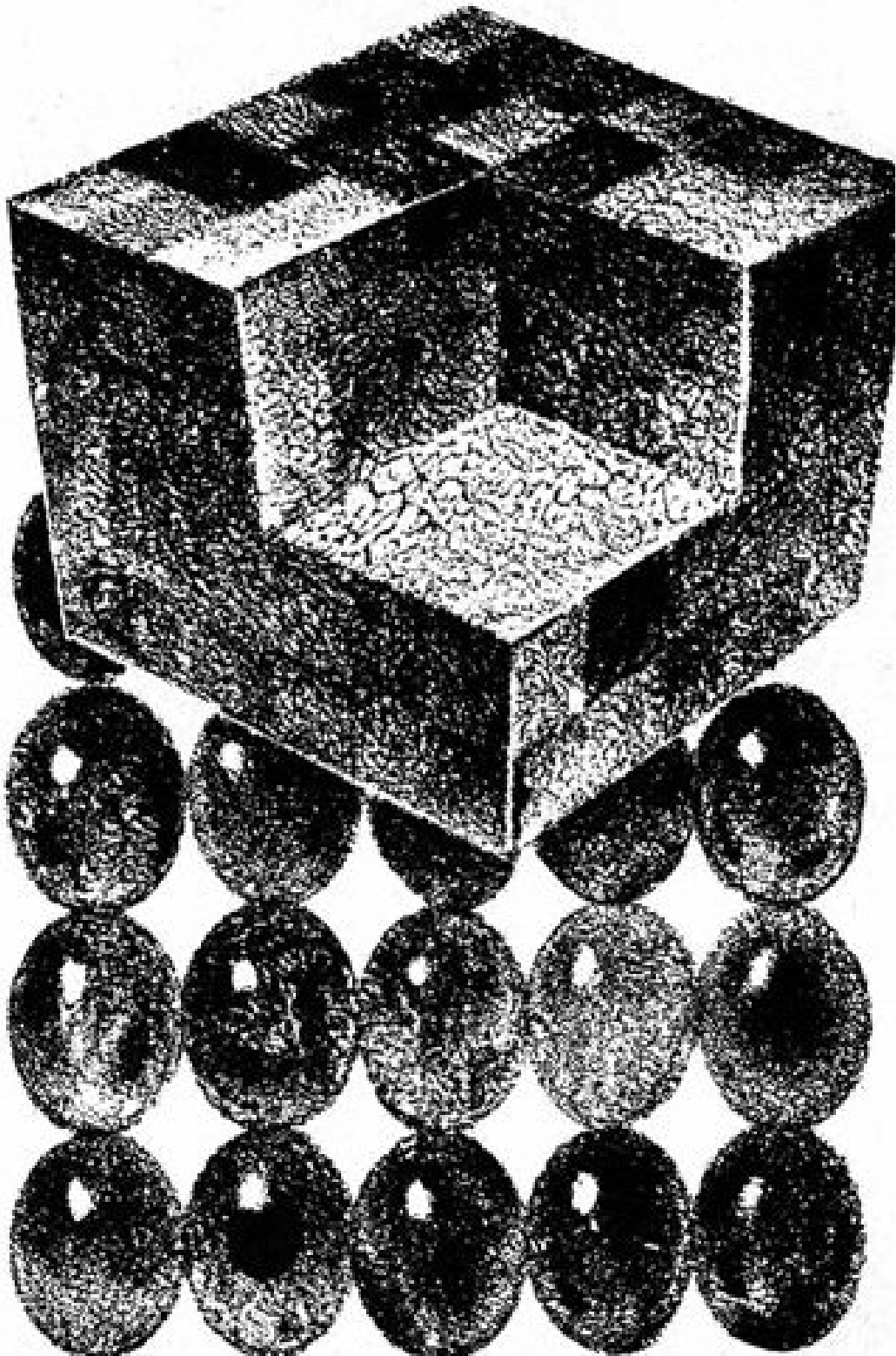




—Todavía aquí.



Nada nuevo para mi. ¿Y para ti?



—Solo enloquecidos recuerdos
de los sentidos. Somos
como un recién
nacido; tenemos
que aprender
a percibir
desde
cero





—¿Qué sucederá cuando lo
hayamos conseguido?



—No lo sé y me alegro de ello. *Esto* es descubrir, Gretchen. ¡Mi Dios, que magnífico experimento! ¿Te das cuenta que somos los primeros en lanzarnos a un nuliespacio? ¿En que estamos convertidos entonces?

—¿En neganautas?

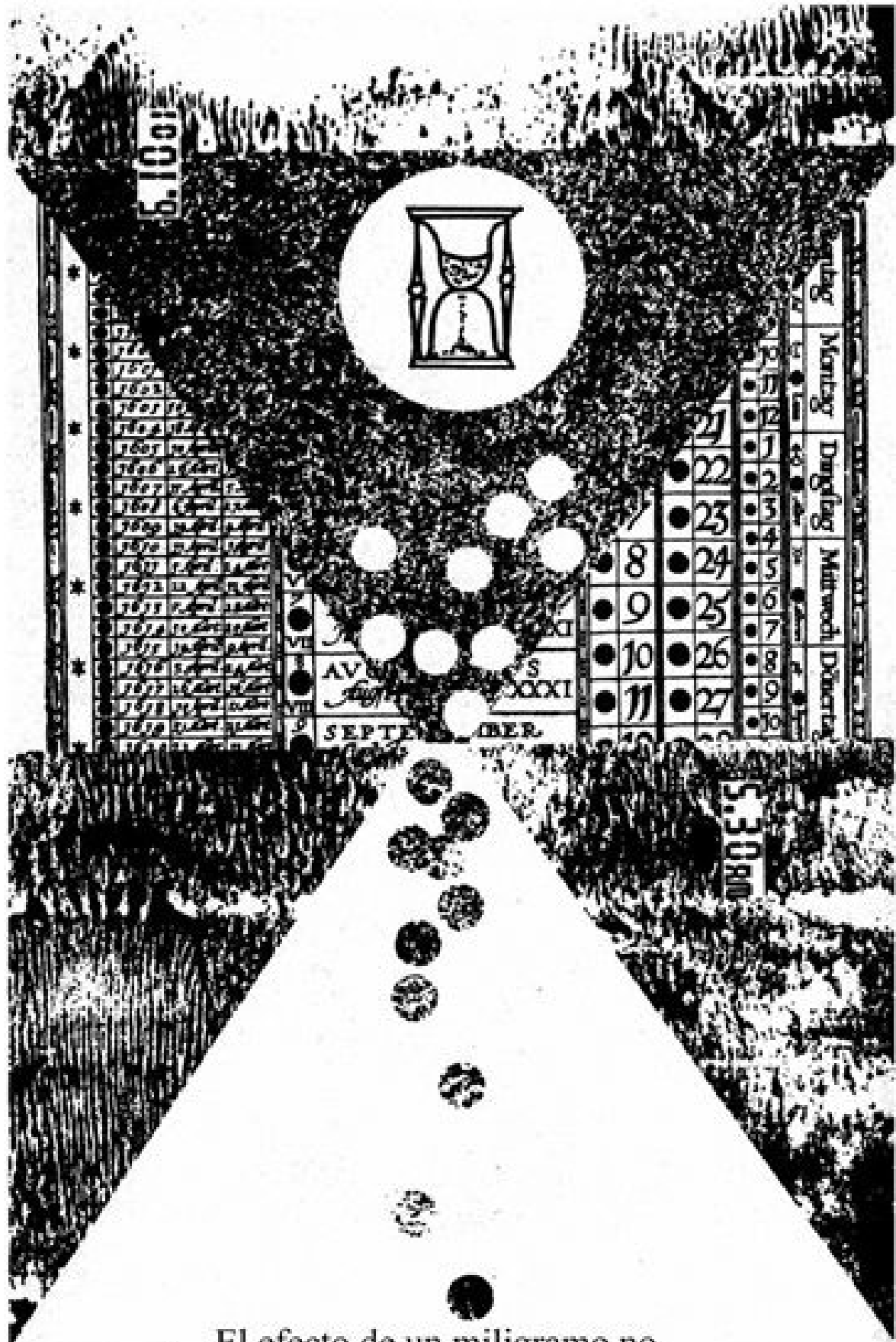
—¡Por favor!
¡Quiero regresar!

The image features a large, textured arrow pointing to the left. Inside the arrow, there is musical notation on five-line staves. The text is in Latin and includes the following lines:
1. *in dno dominus ihu xpus*
2. *in gloria ceteri pa*
3. *ms. p. **D**omine exaudi o*
4. *rationem meam et clamor me*
5. *us ad te veniat*
Below the fifth line, there is a small table of musical notation with corresponding Latin text: *ad te veniat*.
Surrounding the large arrow are several smaller arrows pointing towards it: one at the top right, one at the top left, one at the middle left, three at the middle right, one at the bottom left, and one at the bottom right.

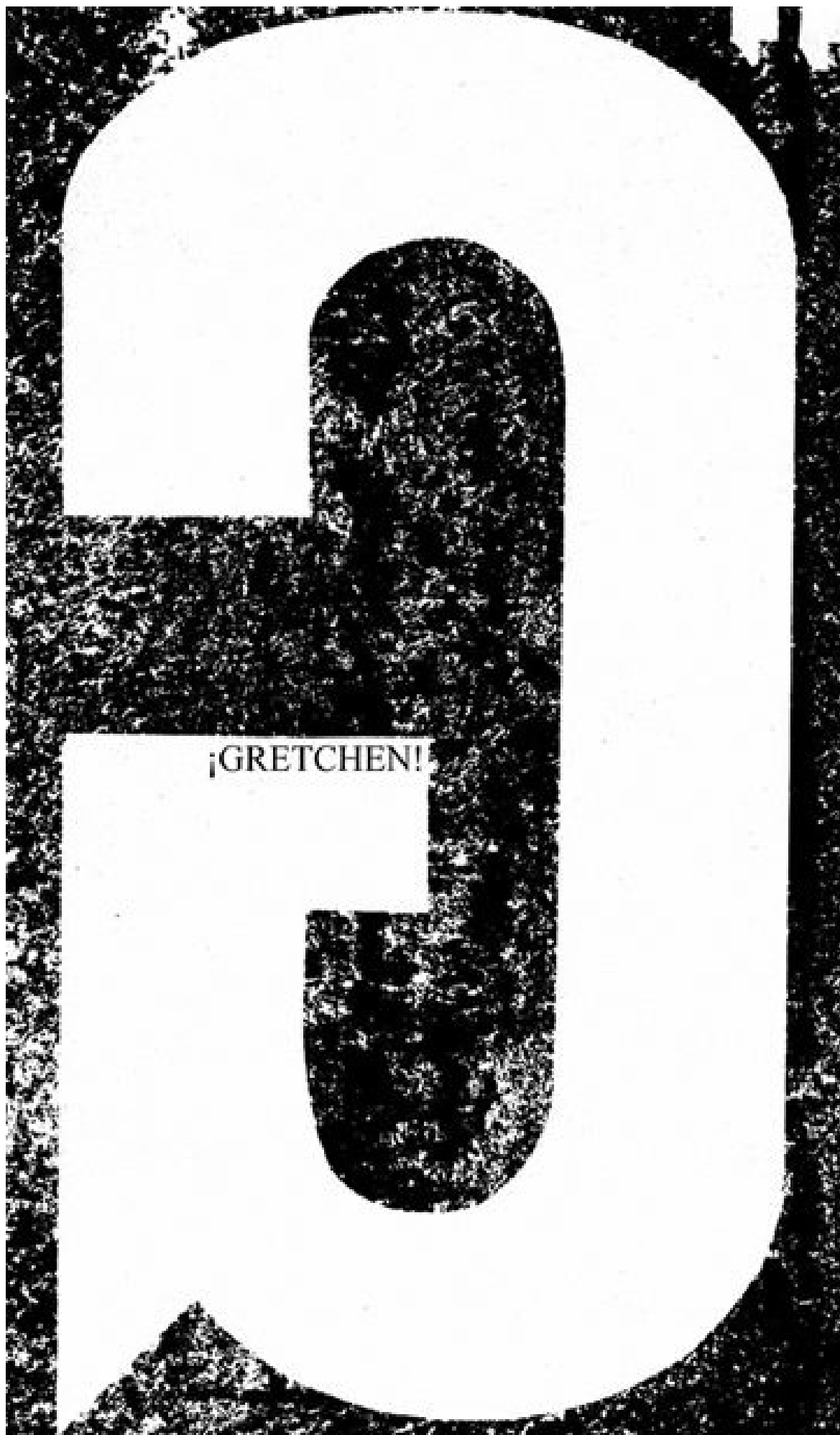


—Perdí el coraje. Estoy aterrado.





—El efecto de un miligramo no puede durar demasiado, solo que no existe mucho o poco en el nuliespacio. No existe el tiempo.
Hay sólo...



—No me asustes, Blaise.
Ya bastante miedo tengo tal como van las cosas.

—Creo que mis sentidos empiezan
a perder la memoria. ¿Y los tuyos?

—No lo sé.

—¿Ves todavía colores?

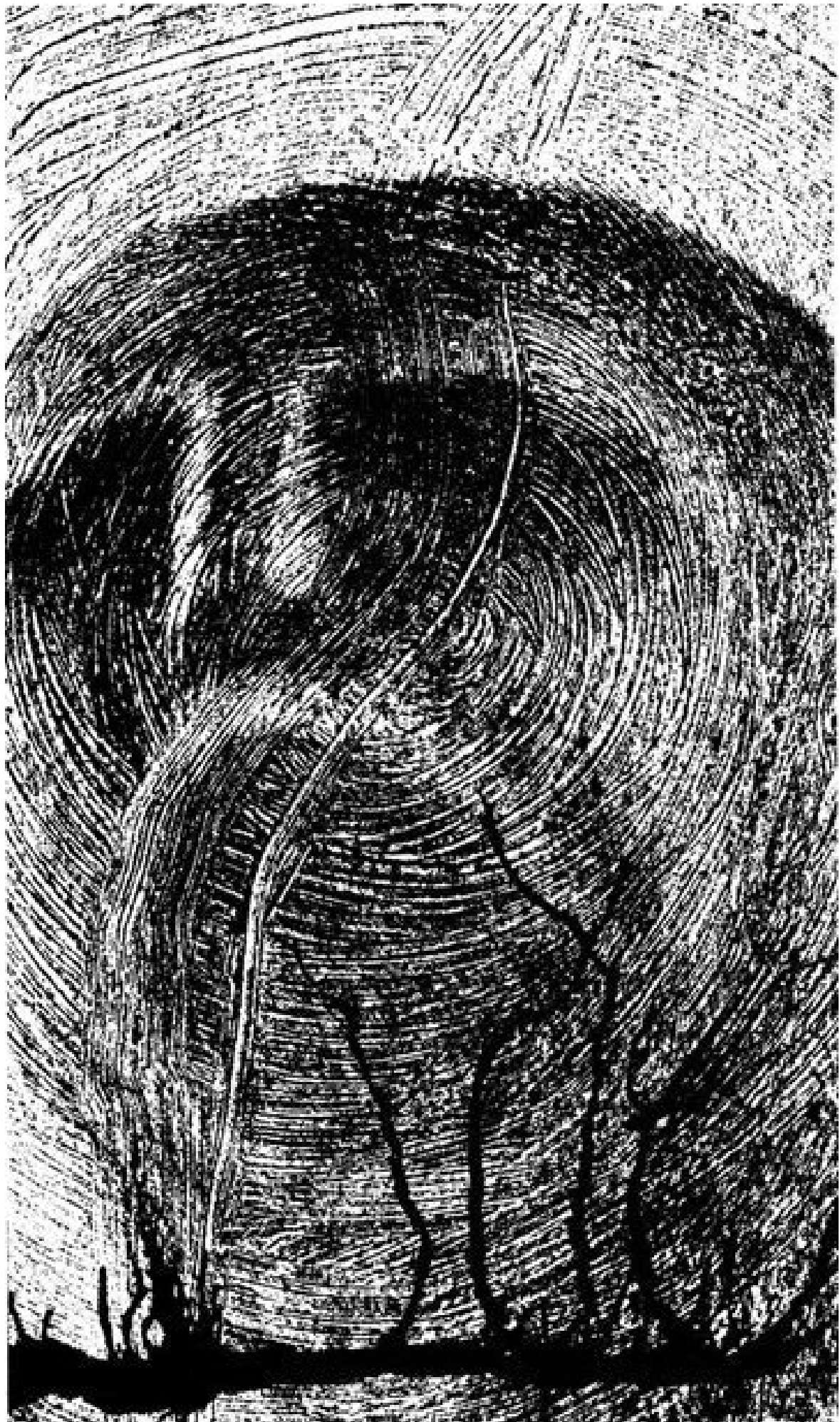
—No

—¿Recibes alguna imagen?

—No

—Bravo. Ahora, si el viaje con Pm
se prolonga, podremos percibir
el Fasmamundo tal cual es.

—¡BLAISE! ¡BLAISE! ¡EL GOLEM!



El subadar Ind'dni entró en la Sala de Interrogatorios Número Uno. El ambiente era cálido y oscuro. La piel desnuda del doctor Shima resplandecía débilmente dentro del suave útero de plástico. Estaba narcotizado y había asumido la posición fetal. En la música sedante se había incorporado un gentil latido. Los funcionarios examinadores no formulaban sus preguntas a los gritos; por el contrario, sus voces maternas llegaban serenas desde la oscuridad, mezclándose con el general bienestar.

—Te queremos, bebito.

—Todo el mundo te quiere.

—Te encuentras bien, calentito y a salvo.

—De modo que puedes decírnoslo.

—Puedes decírselo a mamita.

—¿Qué tienes contra la Asociación del Cartel Multinacional?

—¿Y por qué buscabas a una virgen?

—¿Qué joven admitiría serlo por lo demás?

—Dínoslo.

—Díselo a mamita.

—¿Dónde conseguiste los petardos?

—¿Los hiciste tú mismo?

—Dínoslo, bebito.

—Esa cometa debió de haber sido algo muy divertido.

—¿Hablaste con esa gente?

—Dinos lo que le dijiste.

—Díselo todo a mamita.

—¿No recordabas que habíamos vendido la Estatua de la Libertad años atrás como chatarra?

—También vendimos la Isla de Bedloe.

—¿Qué estabas haciendo realmente?

—Díselo a mamita.

—¿Querías realmente lograr una comunión de pieles?

—¿Con tinta?

—¿Qué querías realmente?

—Por supuesto, tú sabes cómo son las muchachas desnudas.

—Todo el mundo lo sabe.

—De modo que, ¿qué pretendías de esa muchacha muerta?

—Dínoslo.

—¿Es porque te gustan las muchachas?

- Entonces, ¿por tratar de pintarlas de negro?
- ¿Sientes tanto odio por tu trabajo?
- ¿U odias a la CCA?
- Quizás odies a la ciencia. Dínoslo, bebito.
- Quizá se odie a sí mismo.
- ¿Fue por eso que quisiste lanzarte al espacio, bebito?
- Díselo a mamita. No tienes por qué tener miedo. Nadie te castigará por nada.
- Fue muy bueno el espectáculo musical que organizaste.
- Pero tú no sólo eres ciego al color, bebito, eres también sordo a los tonos.
- De cualquier manera mamita está muy orgullosa de ti.
- De modo que dinos por qué lo hiciste.
- Bebito, verdaderamente no deberías tratar de follar a una mujer en el supermercado.
- Todo el mundo te ama, pero no tanto.
- ¿O se trataba de una mensaje secreto?
- Dínoslo.
- ¿Y cómo fue posible que un elefante entrara en tu Oasis?
- Para no hablar de tu cama.
- Bebito bobo.
- ¿Creíste verdaderamente que podías derramar el tanque de lluvia tú solo, no?
- Por supuesto que no.
- De modo que, ¿qué intentabas verdaderamente hacer? ¿Era una señal destinada a la O.L.P.?
- Dínoslo, bebito.
- Díselo a mamita.
- Dínoslo.

Shima no respondía. Flotaba en el útero con la cabeza entre las rodillas y los brazos en torno a sí mismo sin mover un músculo siquiera. El subadar Ind'dni suspiró, se volvió y se retiró tan silenciosamente como había entrado. Visitó la Sala de Interrogatorios Número Dos. Era idéntica a la Número Uno con excepción de las voces paternas y la ocupante del útero de plástico, Gretchen Nunn.

- Te queremos, nena.
- Todo el mundo te quiere.
- Estás bien, calentita y a salvo.
- Puedes decírnoslo.
- Puedes decírselo a papito.
- Tú sabes que amamos a los juguetes, ¿no es verdad?
- Y ellos nos aman a nosotros.
- Así, pues, ¿qué estaban realmente tratando de hacer en la juguetería?
- ¿Hay allí un asunto de drogas del que no tenemos noticia?
- Dínoslo, nena.

—Díselo a papito.

—Te portaste mal en el museo de arte.

—Papito te dijo cien veces que no debías tocar las cosas que no te pertenecen.

—¿Por qué lo hiciste?

—Nena, sabes que tu color no se adecua a los tatuajes.

—¿Qué estabas tratando de hacer entonces? ¿Es ese hombre un traficante?

—Y sabes que no tienes que jugar juegos eróticos con un póster.

—A ella no le interesaba el asunto de cualquier manera.

—De modo que, ¿a qué intentarlo?

—¿O era esa una señal encubierta dirigida a alguna persona o personas desconocidas?

—Díselo a papito.

—¿Qué te hizo creer que podrías convertirte en la estrella de esa ópera?

—¿O tienes algo contra el Ejército Glacial?

—Y sabes que actualmente nos es preciso contar con todo el perfume que podamos conseguir.

—¿Por qué pues destruir la fuente?

—¿O tienes algo contra la CCA? Dinos por qué.

—Nuestra buena y dulce niñita roció toda la pista de lanzamiento con los colores de Navidad.

—Pero los colores de Navidad ya no son el rojo y el verde.

—Son el negro y el blanco. ¿Qué tienes contra el negro, nenita?

—Tú misma eres negra. ¿Tienes vergüenza de ello?

—¿Por qué no dejaste que ese hombre gracioso te alcanzara en el supermercado?

—Antes habías dejado que lo hiciera.

—¿Por qué no esta vez? Dínoslo.

—Díselo a papito.

—Dinos qué tienes contra los zafiros estrellados.

—¿O es que odias a todas las estrellas?

—¿O se trata de un código?

—Dínoslo.

—¿Y dónde aprendiste porquerías en latín?

—¿O también eso era un código?

—Dínoslo, nena.

—Díselo a papito.

—Dínoslo.

Gretchen Nunn no dio respuesta alguna. El subadar Ind'dni volvió a suspirar, se volvió, abandonó la sala y deambuló hasta llegar a su oficina en el edificio del Departamento de Policía.

De ningún modo era la oficina convencional de un ejecutivo de alto nivel. Ind'dni había abandonado las fiebres producidas por la pesadilla de la Patraña para abrazar la

simplicidad japonesa; suelo de teca pulida al descubierto, biombos neutrales y discretos muebles de ébano. No había mesa de conferencias convencional; en cambio, en el centro de la oficina había un foso de mosaicos con carbón de leña que servía de hogar. A su alrededor, sentados en el borde con las piernas colgantes sobre el calor, se reunían Ind'dni y los que con él conferenciaban. Era natural que el personal del subadar gustara aun de las más abrasivas sesiones celebradas con su jefe.

Quizás el aspecto más notable de la mística japonesa era la única decoración emplazada ante las ventanas cubiertas de cortinas: un tronco sobre cuatro pies de cedro curtido por el tiempo, nudoso y retorcido. Su tensa superficie de marfil producía un efecto casi hipnótico. Ni siquiera Ind'dni podía resistir el impulso de acariciarla. Eso es lo que estaba haciendo en ese momento. Por fin se decidió a hablar.

—¿Entonces, por favor? ¿Respuestas, si las hubo?

No había nadie en su oficina, pero una voz desencarnada contestó:

—Ninguna, señor.

—¿Ni siquiera las negativas acostumbradas?

—No, señor.

—¿Qué entonces, si algo?

—Nada señor. Blanco total. Ambos parecen estar en otro mundo.

—Muy extraño. ¿Siguieron el procedimiento ordinario en el interrogatorio.

—No sólo nos limitamos a él, subadar. Intentamos toda innovación que fuimos capaces de concebir.

—¿Y sigue aún el lapso negativo?

—Lo lamento, señor.

—No, no, no es de lamentar. Desafío sumamente interesante e inusitado que incrementa todavía más la angustiada perplejidad que la Bestia de las Cien Manos produce. Vista, por favor... ¿Oigo risas?

—Lo siento, señor. Me estaba acordando de su aparición aquí en el edificio.

—Sí. Imposible no estar de acuerdo. Acontecimiento muy inesperado y divertido. Para algunos. Pues bien. Vístalos, por favor, vuélvalos a la conciencia contemporánea y tráigamelos.

Blaise y Gretchen no estaban tambaleándose cuando entraron a la oficina de Ind'dni, pero tampoco su estado era el óptimo. Manifestaban la confusión de alguien que se ha despertado en un cuarto extraño sin tener el menor recuerdo de quién, qué, cuándo, dónde o porqué.

—Muy bienvenidos —dijo Ind'dni—. Le han dado al alguacil malvado una cabal batida por el bosque del señor Sherwood. Muy amable de su parte haberme visitado después de terminada la recorrida.

Se quedaron mirándolo fijo.

Ind'dni les señaló el foso de mosaicos:

—¿Nos sentamos para calentarnos y conversar?

—Oiga usted... —comenzó Shima.

—¿O preferirían antes tomar un refrigerio? Los dos tuvieron una noche muy ocupada.

—Oiga... —dijo Shima otra vez, pero en esta ocasión fue Gretchen quien lo interrumpió.

—¿Una noche ocupada, subadar? —preguntó—. Ni siquiera es de noche todavía. No pueden ser más de las cinco o seis de la tarde.

—¿Lo cree usted, madame?

—Lo sé.

—¿Así concibe usted la situación?

—Por supuesto.

—Oiga —comenzó Shima por tercera vez—. Quiero saber cómo diablos salimos de mi laboratorio para encontramos en el edificio del Departamento y por qué. ¿Es esta otra estratagema de Ind'dni?

—¿O brutalidad policial? —Ind'dni sonrió—. Estado de confusión sumamente interesante. Vengan, siéntense al calor y díganme por qué no pueden ser más de las cinco o las seis de la tarde.

—Porque no hace más de una hora que fuimos al laboratorio de Blaise.

—Ah, sí. En el edificio de la CCA. ¿Se me permite preguntar dónde localizó al doctor Shima, madame? Recordará usted que me informó de su desaparición.

—Así fue. Hace unas pocas horas. Y usted transmitió una orden de arresto mediante un código Nemo abrir comillas secreto cerrar comillas bajo mi protesta.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Lo encontró antes que mi personal pudiera localizarlo. ¿Dónde?

—En mi piso.

—¿En estado de salud y cordura?

—¿Por qué me pregunta usted eso? —exclamó Gretchen con brusquedad.

—¿No es ese el estado convencional en el que se espera encontrar a las personas desaparecidas? —Una vez más Ind'dni se mostraba sutilmente peligroso—. Sano y salvo. ¿No?

—Sano y salvo. Sí.

—Pero usted no me dio información acerca del encuentro a pesar de su previa preocupación. ¿Por qué, madame?

—Porque yo... Porque teníamos algo mucho más urgente que hacer.

—¿Naturaleza precisa de la misión?

—Un viaje con prometio.

—Ah, sí. En la esperanza de visitar ese Inframundo fruto de su fértil imaginación.

—Tampoco yo lo creía —interrumpió Shima—. Simplemente me estaba mostrando cortés con ella. Pero no se trata de imaginación, Ind'dni, se trata de hechos. Quizá tendría que decir que se trata de noticias candentes porque fue algo inaudito. ¡Descomunal!

—¿Y todo esto cuándo fue?

—No hace más de una hora. —La excitación producía en Shima un estado febril—. Es un descubrimiento que hará historia cuando pueda documentarlo y darlo a publicidad. Lo llamarán el síndrome de Shima o quizás el Efecto Nunn. Nos inyectamos en la corriente sanguínea un miligramo de Pm en mi laboratorio. Nos inyectamos los dos en el mismo vaso para asegurarnos de que el efecto se produciría aproximadamente en el mismo momento, y a los pocos minutos el Pm nos debió de haber ganado a ambos. El efecto fue fantástico, sudar. ¡Increíble! Ese Fasmamundo *existe*. Puede incluso que haya toda una Fasmacultura sepultada bajo el exterior. Dondequiera que haya sido donde estuvimos, no estuvimos allí lo bastante como para explorar mucho.

—¿Cree verdaderamente en esto, doctor Shima?

—¿Si lo creo? ¡Que me condenen! ¡Lo sé!

—¿Estuvieron juntos en el Submundo de madame?

—Juntos, sí; aunque no en el sentido de Nuestromundo.

—¿Y cuánto duró la visita?

—Eso es de difícil estimación. Quedamos despojados de la orientación espacio-temporal. Pero un miligramo de Pm no pudo haber durado demasiado. Diría unos veinte minutos. ¿Y tú, Gretchen?

—Más bien media hora.

—Y entretanto dónde se encontraban ustedes en... ¿cómo lo llamó usted, Doctor... en el Nuestromundo?

—En mi laboratorio en la CCA.

—Es decir, nuestros cuerpos se encontraban allí —explicó Gretchen—. Le dije que abandonaríamos la Patraña sin abandonarla, sudar, y así lo hicimos.

—Pues no lo hicieron —dijo Ind'dni recalcando las palabras.

Gretchen ahogó una exclamación. Y luego:

—¿Cree usted que mentimos?

—No. —Ind'dni se mostraba serenamente enfático—. No. Creo que ustedes dos están locos... Locos de prometio. Evidentemente la sustancia es extramadamente peligrosa.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cómo sabe usted...?

—Por favor, escuchar. Las cinco de la tarde fueron ayer. Hoy son más de las seis de la mañana. Su media hora duró veinte horas.

—Pero... ¡Eso es imposible!

—Y puedo dar cuenta de algunas de ellas. Hubo esa orden de captura y un alerta en código Nemo. Hubo vigilancia y de todos los puntos de la Patraña llegaron informes acerca de su insano proceder.

—Pero no estuvimos recorriendo la Patraña —protestó Gretchen—. Físicamente nunca abandonamos el laboratorio de Blaise.

—Pues lo hicieron, los dos.

—Esta es una maldita estratagema, Ind'dni.

—Por mi honor, le aseguro que no, doctor.

Los dos sabían que era un hombre honrado y se quedaron atónitos. Sólo atinaron a preguntar en silencio.

—¿Quieren que les cuente la historia de las doce horas restantes?

Ninguno de los dos pudo dar voz a una respuesta.

En la historia (continuó Ind'dni) no pueden darse horas ni secuencias de hechos precisos. Es probable que se hayan omitido acontecimientos porque el personal tuvo gran dificultad en seguir sus lunáticas aventuras imprevisibles. Uno de sus miembros, que es campeón de ajedrez del Departamento, declaró que ustedes dos saltaban de un lado a otro como si hicieran los movimientos de los caballos en el ajedrez.

Comenzamos a las cinco de la tarde del día de ayer. Lo siguiente tuvo lugar: madame invadió el edificio del emporio de juguetes Noir de la F.A.O. y trató de incitar a los juguetes a que se rebelaran contra los niños. Se la oyó exhortar a un avestruz de paño: “¡Mata, muchacho, mata! Mata a los niños”.

Entretanto el doctor se encontraba en el edificio de la Asociación del Cartel Multinacional en busca de una virgen. Después de mucha perplejidad, advertí que las iniciales de la compañía forman el nombre INCA^[8]. Aparentemente el doctor Shima quería extraer el corazón de una virgen para sacrificarlo a los dioses aztecas. Su cuchillo sacrificatorio era una regla métrica.

Otro episodio: se descubrió al doctor Shima en las entrañas del dique de Portal de Infierno del Hudson con la confesada intención de volar la entera estructura por constituir —cita literal de sus palabras— una violación rapaz a la ecología costera. El explosivo a utilizar era una ristra de petardos chinos de cinco metros que encendió para escapar luego en medio de la consiguiente confusión.

La sira Nunn se manifestó luego en el Museo de Arte de la Patraña, donde asombró a muchos estudiantes y eruditos serios corriendo de estatua a estatua, cogiendo en la mano los genitales masculinos y lamentándose de que estuvieran fríos. Evitó ser detenida arrojando una hoja de parra a la cara de un guardia.

En el Parque Central, el doctor Shima trató de destruir las cometas de los niños y los adultos remontando una cometa asesina. Afortunadamente la cola no estaba armada de hojas afiladas, como suele ser la costumbre, sino sólo de una afeitadora eléctrica sin cordón. Luego apareció en la isla de Bedloe resuelto a subir hasta el tope de la inexistente Estatua de la Libertad para volver a encender la antorcha de la señora. La isla, como saben, se vendió a la Liga Antivivicionista y se mantiene como refugio destinado a los animales. La liga no recibió de buen grado los combustibles que llevaba el doctor Shima. Tampoco los animales.

Juntos invadieron el local de un respetable ejecutor de tatuajes y le exigieron que los casara uniéndolos a los dos en un único tatuaje. Cuando él trató de explicarles que no estaba autorizado para casar a nadie mediante procedimiento alguno, lo derribaron y trataron de tatuarle las letras S.O.P.L.O.N., en su cuerpo ya completamente

ornamentado, mientras cantaban: “*Gaspar, Gaspar, condúceme al altar para mostrarte donde hay algo que tatuar.*”

El doctor Shima se presentó luego en la morgue de la Patraña, donde se trezó en amargo altercado con un celebrado necrófilo por el cuerpo de una muchacha muerta. Parece que el doctor Shima quería inspeccionar sus órganos internos mediante una disección, disciplina que, se lamentaba, nunca había estudiado en Princeton, el M.I.T. o la Dow Chemical. El caballero tenía otras intenciones para con el cuerpo, por el que ya había pagado. Un enfrentamiento muy lamentable.

Luego el personal informó que usted, madame, presionó su pelvis del modo más lascivo contra un poster de tres hojas en tridimensional. Era un anuncio de “Upatío”, un afrodisíaco, en el que se ofrecía la vivida descripción de un hombre desnudo “antes” y “después”. Sus atenciones se consagraron al caballero de “después”, que era altamente colorido y de proporciones considerablemente mayores que las de la vida real.

El doctor Shima manifestó también una conducta erótica en esta ocasión. Se lanzó a la carrera desgarrando al pasar los vestidos de las señoras y rociándolas de negro mientras cantaba: “¡El negro es fornicable! ¡La fornicación es ennegrecióle!” Lo cual era sumamente extraño porque las señoras ya eran de por sí naturalmente negras.

No se sabe dónde obtuvo usted los cosméticos, sira Nunn, pero apareció en los estudios de la Estación WGA del Ejército Glacial maquillada de payaso y se abrió camino hasta el lugar desde donde transmitían *Pagliacci* según versión revisada de Scriabin Finkel para demostrar que los celos son contrarios a la voluntad de Dios. Para exhibir su dominio artístico no cesaba de emitir un do sobrecargado, que indujo a no pocos perros callejeros a unírsele en un coro de aullidos.

El personal volvió a localizarlos juntos después de otros salto de caballo, en el edificio de la CCA. Dejaron en la ruina el laboratorio del doctor Shima en el proceso de mezclar todas las sustancias químicas y los reactivos en un sombrero de copa gigantesco robado de un anuncio de cacahuets. El olor resultante fue ocasión de sumo desagrado. En una de las paredes habían pintado con los dedos impregnados en permanganato de potasio (KMnO_4) el lema: ¡MATAHEDOR: EL AROMA DEL HOMBRE ASQUEROSO!

En Staten Island el doctor Shima se amarró a la nariz de un cohete que debía ser lanzado a Saturno e instó a sira Nunn a que le pegara fuego con una cerilla para llegar a espacio exterior, pero ella estaba demasiado ocupada en pintar decoraciones navideñas en rojo y verde por todas partes, afirmando que los habitantes de las estrellas lejanas comprenderían a *Lucas, II, 14* con mucha mayor presteza que $E = Mc^2$ o aun $1 + 1 = 2$.

Luego nuestro equipo de vigilancia avistó a los co-conspiradores —según palabras del personal— en una reunión plenamente autorizada del Ku Klux Klan Negro, donde extinguieron su sagrado mandala llameante del modo más escatológico e improvisaron una representación de la ópera clásica *Porgy and Bess*, que testigos

desinteresados describen como meramente patética.

Aun unidos en impía alianza —según mis palabras— fueron observados en un mercathon donde el doctor Shima persiguió a una ululante y riente sira Nunn con evidente intención carnal. Se precipitó usted sobre la dama con objetos fálicos, doctor: espárragos, apio, plátanos, hongos y salchichas. Para tener plena seguridad de que su intención sería comprendida de todos, embelleció los objetos con detalles crudos pero específicos.

En sus movimientos de caballo hay aquí un cierto hueco, pero aparentemente volvieron a separarse. A madame se la persiguió en el Strøget donde arrojó por el suelo una exhibición de safiros estrellados e hizo la denuncia del consumo conspicuo proclamando: “Vanidad de vanidades y todo vanidad”. El doctor Shima invadió la maternidad de Igualdad de Derechos y estorbó y puso en peligro varios partos inminentes gritando que un elefante lo había dejado preñado y que necesitaba un aborto de emergencia.

Usted se refugió en la Iglesia de Todos los Ateos, sira Nunn, donde escandalizó a los pocos incrédulos que comprendían el latín cantando en voz alta lo que sigue: “*O tua lingula, usque perniciousiter vibrans et vipera. O tuae mammulae, mammae molliculae, dulciter turgidae, gemina poma*”. Una vergüenza, madame.

Y usted, doctor Shima, se subió al tejado de un Oasis vecino de la sede de la O.L.P. e intentó derramar sólo con las manos su tanque de lluvia de dos toneladas sobre el pináculo de la pirámide de la organización. Se le oyó decir a los gritos: “Ella puede penetrarlo a uno, pero la inversa es imposible”. ¡Verdaderamente, doctor!

Acto final de locura: los dos entraron en esta sede, me buscaron y trataron de lapidarme por ser —según palabras de ustedes— el malvado hechicero que había conjurado al Golem¹⁰⁰. Afortunadamente sólo estaban armados de esteliones, que, de acuerdo con las creencias de los antiguos brujos, residían en la cabeza de los sapos y destruían todo mal. No son letales. Afortunadamente por lo demás, olvidaron sacar los esteliones de los sapos.

El sudabar Ind’dni se interrumpió, sonrió, respiró profundamente y se dirigió al tronco de árbol que acarició distraído. Hubo un silencio. Entonces preguntó Shima con voz ronca:

—¿Cometimos todas esas locuras?

—Quizá más todavía —murmuró Ind’dni.

—¿Durante doce horas?

—Droga muy peligrosa ese prometio suyo, doctor. Entre paréntesis, sugiero que usted y la sira Nunn se sometan a un examen físico en un futuro cercano. El prometio es radioactivo, aunque no se recibió información de que hayan refulgido en la oscuridad.

—Lo sé —murmuró Shima—. Fue un riesgo calculado.

—No sé si reír o llorar —dijo Gretchen.

—De nada serviría ninguna de las dos cosas, madame. Más importante es

averiguar cómo y por qué hicieron lo que han hecho.

—Pues entonces ¿usted cree que no tenemos conocimiento ni memoria de nada, señor Ind'dni?

—Les observé la expresión facial mientras contaba lo acaecido. Sí, eso es lo que creo. Ahora, ¿están dispuestos a discutir un callejón sin salida conmigo? —Ind'dni volvió al foso con brasas y se sentó en su borde—. Antes de contestar, permítanme asegurarles que no hago amenazas oficiales. Sus actos absurdos fueron travesuras solamente que pueden indemnizarse con facilidad mediante pagos justos a las víctimas que, lo sé, ustedes harán de buen grado. El departamento no aconsejará el procesamiento legal. De cualquier modo, no pueden ser castigados de inmediato porque mañana es el primer día Op. de la semana Op. No, todo lo que me preocupa es la Bestia de Cien Manos y estoy convencido de que están de algún modo secreto profundamente vinculados con esa obscena criatura. ¿Insisten en guardar el secreto? Están en su derecho, y ese es el callejón sin salida.

Después de una breve demora, Gretchen dijo por último:

—Creo que tenemos que decirlo todo, Blaise.

—Yo quise hacerlo antes, pero tú me lo impediste.

—No era oportuno entonces. Ahora es el momento de confiar.

—¿Y nos reservamos qué cosa?

—Nada.

—¿Tu falsa arma? ¿El Señor Deseo?

—Nada.

—Adiós nuestras carreras.

—No se si se puede confiar en el subadar.

Ind'dni llamó con calma:

—¿Se está grabando?

La voz desencarnada contestó:

—Sí, señor.

—Ya no siga, por favor. La consulta ahora sólo se dirige a mis oídos, queda a mi exclusiva responsabilidad. Con estas palabras termina la grabación.

—Sí, señor. Diez-cuatro.

Gretchen miró agradecida a Ind'dni.

—La gracia es suya, subadar.

—Mío es el honor, madame. ¿Pues entonces...?

Y se lo contaron todo. Ind'dni tuvo la cortesía de desenmascarar su rostro mientras escuchaba; registró sorpresa, exasperación, enojo, incredulidad y aun, ocasionalmente, diversión, pero ni una sola vez expresó complicidad. De hecho, cuando hubieron terminado la larga historia, habló con la severidad de un padre.

—Para ser dos personas distinguidas, cultas y expertas que pertenecen a la *élite* de la Patraña, se han comportado como niños tontos que juegan... ¿cómo se llamaba ese antiguo juego...? Que juegan al vigilante y el ladrón.

—Sólo intentamos resolver un problema extraño con una extraña solución —murmuró Shima.

—No —dijo Ind'dni con énfasis—. Trataron de contestar a la fuerza desde la debilidad. Si he de creer su análisis, madame, yo...

—¿Lo cree usted? —interrumpió Gretchen.

—Me siento fuertemente tentado por una razón que me dio sin tener conciencia de ello. Quizá se la diga más adelante. De acuerdo con su análisis, este monstruoso Golem nada sabe de la lógica del comportamiento humano. Es pasión sin mezcla. Es salvajismo. Entonces, ¿cómo salirle al encuentro con pensamientos racionales? ¿Podemos concebir antropomórficamente a un ciclón? Y este malefactor es un ciclón que está destruyendo la Patraña. ¿Dicen lo que vieron en ese Submundo suyo?

—Así nos parece.

—Describan a la mencionada criatura. No, no todavía. Primero describan el continente subterráneo tal como lo vieron.

—En un principio no lo vimos —dijo Shima—. Nuestros sentidos sólo recibían ecos.

—Pues describan los ecos.

—Pero eran sólo tontos disparates que no vale la pena repetir.

—¿Lo creen así? Pero yo tengo mis motivos para preguntar. No subestimen mi inteligencia cerebral, se lo ruego. Por favor, responder.

Ind'dni escuchó atentamente la descripción de las fantásticas apariciones sensoriales durante el viaje con prometio. Cuando terminaron, asintió satisfecho.

—Y ahora la locura de su peregrinación de doce horas queda explicada —dijo—. ¿No puede trazar un paralelo coincidente entre el mundo real, el Nuestromundo, como lo llama el doctor Shima, y la aventura que corrieron en el Fasmamundo?

Shima pareció fastidiarse de que el subadar hubiera captado algo que a él se le había escapado.

—Explíquenoslo usted —masculló.

La cara de Ind'dni se conturbó; había notado el fastidio de Shima.

—No es necesario dar detalles exhaustivos —dijo con suavidad—. Estoy seguro de que lo resolverán todo solo después que les de unos pocos indicios... unas pocas señales de tránsito que los conduzcan. ¿No se le apareció usted, doctor, a la sira Nunn como un dios azteca? ¿Y su búsqueda de una virgen en la Asociación del Cartel Multinacional?

”En otro momento, cuando intentó percibir a la sira Nunn, vio la figura de una mujer desnuda que exhibía los órganos internos. ¿No se vincula esto con el episodio de la morgue de la Patraña? Cuando madame intentó verlo, vio un samurái japonés tatuado. ¿No tiene relación con lo ocurrido realmente en el establecimiento de tatuajes?

”Usted se vio a sí mismo, doctor, como un hombre grotesco con cabeza de elefante. ¿No hay aquí conexión con el hecho de que declarara en la maternidad de

Igualdad de Derechos que un elefante lo había preñado?

”Usted se vio a sí misma, madame, como un ornamento de Navidad, y entretanto, en la vida física, esparcía sobre la pista de lanzamiento de Staten Island el rojo y el verde navideños insistiendo en que los habitantes de las estrellas lejanas entenderían a *Lucas II*. “Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”. ¿Ya hay bastantes pistas? ¿Debo continuar?

Shima lanzó un silbido.

—¡Mi Dios, tiene razón! Todo concuerda. Cuando te vi como una hermosa negra desnuda... debe de haber sido cuando rocié a las mujeres de negro.

—Sí. Y cuando me vi bailando contigo es cuando traté de seducir a la figura del póster.

—Pero, ¿por qué no nos dimos cuenta?

—No tuvieron tiempo de reflexionar —intervino ind’ dni—. No se apenen. Desde la última locura cometida aquí, en el Centro, fueron inmediatamente a examen narcótico.

—¿Y qué le dijimos?

—Nada, doctor. No guardan memoria de esas doce horas. Estaban por completo fuera del espacio y el tiempo porque aparentemente funcionaban del todo como entidades somáticas... animales traviesos, juguetones, pero no... ¿Sí, madame?

—Quiero pedir sus disculpas, subadar. *Por cierto*, lo había subestimado; no su inteligencia, sus instintos. Sentí desdén porque pareció desechar mi análisis del Golem¹⁰⁰ con exceso de ligereza. Ahora sé por qué lo hizo. No tuve en cuenta el factor soma, y su instinto así se lo indicó. El mío en cambio, no. Lo siento. Verdaderamente quiero que me disculpe.

—Muy cortés y generoso de su parte, sira Nunn, aunque confieso que todavía no comprendo.

—Tampoco yo —gruñó Shima.

—Mis entrañas comprenden. La dificultad reside en que nuestros cuerpos se comunican con nuestra mente, pero no sucede lo mismo a la inversa. Se trata de una calle de sentido único.

—¿De qué diablos estás hablando, Gretch?

—Del error cometido por mí que el subadar captó. Me obsesionaba tanto la exploración del concepto del Fasmamundo que no tuve en cuenta el mundo físico humano. Traicioné la psicodinámica. Pero abandonemos la jerga psitectónica y hablemos con el lenguaje sencillo del hombre de la calle, ¿de acuerdo?

—Con placer, señora.

—Tenemos una mente y un cuerpo. ¿Se encuentran separados?

—No, son una unidad.

—¿Cuál es el que gobierna?

—Ambos.

—¿Puede haber un cuerpo viviente sin mente?

—Sí, una planta.

—¿Puede haber una mente viviente sin cuerpo?

—No, a no ser que se crea en fantasmas.

—De modo que la mente, la psique, tiene que contar con una morada, y el soma es la morada de la psique. El cuerpo es el albergue; la psique, la pensionista. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Y lo que la psique produzca —arte, música, ciencia, lógica, ideas, amor, odio— es en realidad un producto de la casa eterna.

—Lo concedo.

—Es mejor que lo hagas. El Golem es una entidad cuasi viviente. Tiene que ser el producto de una casa.

—Dijiste que era el producto de las señoras abejas.

—Y la colmena es su casa. Esa es mi hipótesis. La colmena es el crisol y el hogar del Golem. —Gretchen se volvió hacia Ind'dni—. ¿Tiene sentido lo que digo, subadar?

Ind'dni sonrió.

—Está omitiendo el alma, madame.

—No, sólo omito mencionarla. El alma es el tono del soma. Es música metabólica.

—Al diablo con eso —interrumpió Shima—. No que nadie me venda el concepto de alma. Pero si la hay, pertenece a la mente... a la psique. Es nuestra parte pensante.

—No para mí, Blaise. Creo que es una resonancia del soma, el florecimiento de un millón de años de evolución, el inconsciente cultural de todos los animales.

—¡Animales! ¿*Todos* los animales?

—Todos —dijo Gretchen con firmeza—. ¿Crees que el tigre tiene alma?

—De acuerdo con muchas religiones, no.

—San Francisco de Asís pensaba lo contrario. El tigre tiene alma. No es capaz de cálculo. No reza. Nunca oirás a un tigre que diga: “¿Qué hizo el Polaco cuando se perdió en la jungla?” Su soma y su psique son puramente reflejas, sólo dedicadas a la sobrevivencia y a la satisfacción, pero, con todo, el tigre tiene alma, con lo que doy por terminada mi tesis.

—Sí, pero ¿cuál es su tesis, abogada? —Shima estaba mortalmente serio.

—Que la colmena de las señoras es el cuerpo y el alma del Golem, su casa. ¿Está usted de acuerdo, subadar?

—Concepción sumamente inusitada la suya, sira Nunn, como de costumbre. Pero ¿no tiene el Golem un cuerpo propio... un centenar de cuerpos? Desdichadamente no conozco el paradero de su alma, si la tiene. ¿Transmito una orden de arresto?

Gretchen se echó a reír.

—¿Utilizando el Código Nemo?

—Quizás un *credo* cifrado sería más *à propos*.

—¡Maldita sea! ¡Si ustedes dos van a empezar a hacer de payasos...! —Explotó Shima.

—Tranquilo, amigo. Sólo aflojamos la tensión, eso es todo —lo serenó Gretchen. A Ind'dni—: Es un cuasi cuerpo, subadar; una proyección de todos los impulsos primarios de la colmena. Esa es la razón de su polimorfismo. Piense en el agua que cae libremente. Sin gravedad el agua asume cualquier forma. El Golem no tiene forma propia. La colmena es su generador y lo modela *ad libitum*.

—¿Entonces tienes intención de destruir a todas las señoras abejas y acabar con el Golem? —quiso saber Shima—. Ya me lo veo a nuestro buen amigo aquí manteniéndose al margen y permitiéndolo todo.

—Escasamente probable —murmuró Ind'dni—. No permito destrucción alguna.

—No tengo intención de destruir a las mujeres —explicó Gretchen—. El suyo es un acto colectivo, ¿recuerdan? Rómpase la colonia y se destruye la casa del Golem.

—¿Lograr que se dispersen?

—Sí.

—¿De qué modo?

—No estoy segura.

—¿Por qué no?

—Porque no sé si el paralelo con la colmena llega tan lejos.

—Supongamos que sí.

—Sigue siendo dudoso. La vida de una colonia de insectos puede prolongarse haya reina o no. Sólo la colmena debe tener una reina.

¿Quieres decir que... cómo se llama... Winifred Ashley?

—Y eso es lo que constituye la gran duda: ¿es ella verdaderamente una reina en el sentido de las abejas? ¿Mantiene verdaderamente unida a la colonia? ¿Es el factor primordial en la generación del Golem? No lo sé, maldita sea, y no sé tampoco cómo averiguarlo.

—Hay una solución evidente: otro viaje con Pm.

—Pero eso me da miedo, Blaise. No podemos confiar en nuestro soma cuando el resto de nosotros se ausenta.

—¿Si se me permite una sugerencia? —La voz de Ind'dni llegaba del tronco de cedro.

—Por favor.

—El próximo viaje con prometio debe hacerse en un medio controlado. Pueden retenerse los cuerpos.

—Eso es cierto, subadar, pero no resuelve el problema de que no sea posible confiar en nuestros sentidos.

—No en los del doctor Shima, quizá, pero ¿en los suyos tan sólo, madame?

—¿En los míos? ¿Sólo en los míos?

—Pedí que no se me subestimara. Sí, antes de que lo confesara yo estaba enterado de su visión de segunda mano. Usted es un *lusus naturae*. ¿Tuvo sensación de la

presencia de la Criatura de las Cien Manos?

—Creo que sí.

—¿Apariencia, por favor?

—Informe.

—¿Acciones?

—Ninguna.

—¿Percibió la bestia con sus propios sentidos o a través de los del doctor Shima?

Gretchen quedó alelada.

—¡Por Dios! Nunca consideré... Honestamente no lo sé.

—¿Sabe si la conducta que desarrolló en el Fasmamundo podría revelar su fuente primordial?

—Quizá. ¿Significa esto que ahora me cree?

—Quizá. Se trata de su palabra. Pero ¿no le parece que su percepción de segunda mano la capacita para visitar el Fasmamundo con sentidos vírgenes y captar lo que en verdad se está dando?

—¡Por Dios! —exclamó Shima.

—La expedición sólo puede llevarse a cabo después de un escrupuloso planeamiento. Ahora deben ir a descansar. Ambos lo necesitan. —Ind’dni se había apoderado firmemente del control—. Después, doctor, examinará los sentidos de madame. Sabemos lo de su vista, pero también es preciso examinar su oído. También eso puede tener fundamental importancia.

—¿Y los otros tres sentidos: el olfato, el gusto y el tacto?

—Pero la confesión de lo verdaderamente acaecido ya me dio conocimiento de eso. Ese fue el motivo que hizo que, sin usted saberlo, yo le creyera. Le dije que se lo revelaría más adelante.

—¿Qué confesión fue esa que le dio tantos conocimientos?

—Pues me confesó su tacto, doctor. ¿No tuvo la sensación de frío al aparecer la criatura?

—¡Mi Dios! ¡Claro que sí!

—Aguarden —dijo Gretchen—. Puede que también haya recibido eso de segunda mano del mismo Golem.

—¿De qué modo, madame? ¿Tiene la criatura sentidos en términos humanos? ¿Y habría de tener sensación del frío que ella misma exudaba? No. Esa sensación fue suya.

—Tiene razón, Gretch. Pero ¿el olfato y el gusto, Ind’dni? Están vinculados, por supuesto.

—Ah, ese el argumento decisivo, como lo dirían en el Departamento de Legalidad. La sira Nunn, por su cuenta, con sus propios sentidos, olió el hedor típico que la Criatura de las Cien Manos emite, el *bouquet de malades*, el aroma de la locura. Yo mismo lo olí y ese fue el motivo de mi creencia. Las sutilezas a menudo gobiernan la mente bombasí.

—El moreno no tiene pelo de tonto —gruñó Shima de nuevo fastidiado.

La cara de Ind'dni se estremeció en respuesta a la calificación peyorativa.

—Por favor, no demore los exámenes, doctor. El tiempo urge. “El asirio bajó como el lobo al redil.” Por “asirio” entiéndase el Golem de las Cien Manos. Por supuesto, indemnizarán a las víctimas de sus correrías. Mi personal les dará ayuda.

—¿De qué modo? —Preguntó Shima—. ¿Con dinero?

—Con conocimiento —Ind'dni los escoltó hasta la salida—. ¿Con qué si no, doctor? ¿Tiene conocimiento del escándalo del elevador de esquiadores del Monte Everest?

—Por cierto que sí. Se vino abajo.

—Produciendo heridas y muerte a cincuenta desdichados. Ese no es el escándalo al que me refería. Cuando los rescatadores llegaron a la escena del desastre, no hubo cincuenta, sino ciento cincuenta víctimas, entre comillas, que se retorcían en la nieve pidiendo ayuda médica y legal. Ese fue el escándalo que no debe repetirse en su caso.

Ind'dni abrió la puerta y les dirigió una sonrisa de despedida.

—Felices Ops —les dijo y cerró la puerta tras ellos. Presionó un botón sin llamar a nadie—. Por favor, recomiéncese la grabación y hágase pasar al señor Droney Lafferty.

Oh, sí, el primer día de Ops de la Semana de Ops, tradicionales Opalia (Movimiento Femenino en Oposición a la Saturnalia) dedicadas a las diversiones sin freno... como si a la Patraña le hicieran falta excusas adicionales para entregarse a la locura. Ops, mujer de Saturno, Madre Tierra de la Abundancia (daba nombre a la “opulencia”), en cuyo honor se tocaba tierra en lugar de madera para tener suerte, se regalaban objetos de alfarería y se fraternizaba con todo el mundo sin consideración de rango o prestigio.

Ni escuelas, ni disciplinas, ni castigos, ni convención para el vestido, el discurso o la cortesía; sólo libre diversión para todos, y el más feliz de los modos de empezar la festividad era prestar servicio a una mujer tendida de espaldas en tierra, como acababa de hacerlo Blaise Shim a.

—Felices Ops —dijo Gretchen jadeante.

—Felices Ops, mi amor.

—El predregullo me está matando.

—¿Pedregullo? Qué vergüenza, Gretchen. Es tierra, tierra importada de la *belle France*. No escatimamos gastos.

—Entonces, el tipo de amor francés es demasiado pedregoso. Cuando menos podrías haberla cribado con un cedazo o algo así.

—Pero si lo hice, a través de un *passoire* que es como se dice en francés coladera. Fue nuestro amor que la volvió aterronada otra vez.

—Por lo que te estoy agradecida. Felices Ops. Hazme un colchón, por favor.

—Súbeteme encima.

—¡Ah! Así se está mejor. Gracias otra vez, señor.

Dos minutos o quizá veinte transcurrieron mientras se dejaban arrastrar por la corriente y susurraban en la terraza.

—Tienes los bultos más adorables, mi tesoro...

—La tuya es la más grande...

—No, ya no...

—Volverá a crecer... Ese niño es tenaz.

—Lo único en mí que tiene...

—No te disminuyas.

—No hago sino tener en cuenta al *pauvre petit*. Ojalá tuviera tu fortaleza, Gretchen.

—No soy más fuerte que tú.

—Diez veces más.

—Jamás.

—¿Cinco?

—No.

—¿Dos y media?

—Tienes un poder particular que te es propio, Blaise.

—De ningún modo. Me siento tan delicado como Ind'dni.

—No lo subestimes. Hay acero en ese hombre. Puedo palparlo.

—Mientras no lo palpés a él...

—¡Blaise! ¡No es posible que estés celoso!

—Bien... A veces advertí que lo mirabas de una manera curiosa.

—Sólo para tratar de medirlo... Para captar sus estratagemas. Hay violencia controlada en él, Blaise. Si alguna vez pierde ese control... ¡Cuidado!

—¿Ese barbado moreno hindú? ¡Qué va!

—Es gracioso que tú digas eso, porque eres igual que Ind'dni.

—¡Yo!

—Oh, sí. En ti hay violencia... Sólo que la tuya es violencia de ataque para poder huir.

—Me estás tomando el pelo.

—De ningún modo. O eres *le pauvre petit* que se esconde de las situaciones difíciles en el laboratorio, o intentas huir de una *crise* atacándola. Y cuando lo haces... ¡Cuidado con el Señor Deseo!

—No puedo estar menos de acuerdo. Nunca quise lastimar a nadie ni a nada. Debe de haber otra explicación para esa locura del Señor Deseo.

—Quizá tengas razón. Me siento demasiado feliz para discutir. Sigamos dejándonos estar...

—Quieres decir demasiado cómoda.

—Y con sueño. ¿Tienes algo que hacer hoy aparte de festejar Ops?

—Pagar tus travesuras. El subadar me dio una lista de querellas justificadas.

—Oh... Sí... Nos las repartiremos. —El bostezo de Gretchen le hizo cosquillas en el oído—. Eso no llevará demasiado. ¿Nos reunimos en casa luego?

—A ti quizá no te llevará demasiado. Yo tengo algo más que hacer.

—¡Vaya! ¿No estamos muy, muy, muy ocupados...?

—Debo hallar un lugar donde pueda examinar tus sentidos.

—Oh, eso. ¿No puedes hacerlo en un laboratorio?

—No. Tiene que ser un lugar completamente aislado de toda influencia externa.

—¿Como el vacío del espacio exterior?

—El espacio está muy lejos de encontrarse vacío, pero esa es la idea. Algún lugar interior y aislado con una fuente energética... No será fácil de hallar...

—¿Para alguien genial como tú? ¡Vamos!

—Opulentas gracias. ¿Tendrías inconveniente en salirte de encima?

—Pero me siento tan cómoda...

—Abajo... Abajo... Abajo...

Gretchen se puso de pie refunfuñando y miró alrededor de sí con los ojos de Shima.

—Barraré la terraza.

—Déjalo para cuando termine la Semana de Ops. Hoy tenemos demasiado que hacer. ¿Qué vas a ponerte?

—Un sencillo mono blanco. Nada muy elegante. ¿Y tú?

—Un mono también, sólo que de dril azul, para faena.

—Pues bien... Suerte, amigo, y felices Ops.

—Suerte, señora, y felices Ops.

* * *

La gigantesca sala de sesiones de la CCA atestada de convidados vestidos con ropas en jirones que gritaban, cantaban, bebían y engullían. Un largo caballete cubría toda la extensión de veinte metros de una de las paredes. Estaba lleno de viandas, bebidas y drogas, y por detrás, los once distinguidos directores de la CCA, vestidos con trajes de cocinero manchados, servían a todo el que llegara. Día de Ops.

Shima se internó por entre la multitud y por fin llegó al caballete.

—Felices Ops, senador, yo...

—Hoy soy Jimmy J., Blaise. Felices Ops. ¿Qué quieres que te sirva?

—Estoy buscando al presidente, Jimmy J.

—¿Te refieres a Mills? Creo que está atendiendo el departamento de hierbadillos.

Al otro extremo.

Shima se abrió camino trabajosamente a lo largo del caballete.

—Felices Ops, general.

—Soy George, amigo Blaise. Felices Ops. Mira, tengo drogas calibre noventa y toda clase de hierbadillos. ¿Qué prefieres? ¿Blanco? ¿De centeno? ¿De fibra? ¿Vidrio? ¿Zamarrilla?

—Creí que el que atendía este departamento era el presidente.

—¿Millsie? Ya no, chiquito. Se ha trasladado al mostrador de matarratas.

Shima volvió a abrirse camino trabajosamente.

—Felices Ops, gobernador.

—Hoy soy Nelly, Blaise. El viejo Nelly en quien todos pueden confiar. Oye, tengo algo para ti, hijo. Justo lo que recetó el doctor. Esa era una broma, hijo. Lo inventé yo mismo. El Dolor de Oídos. Te levanta, hermano, te levanta.

—¿De qué modo gobern... Nelly?

El gobernador señaló a media docena de individuos que sonreían indolentemente amontonados en un rincón.

—Todos en vuelo gracias al elixir de Nelly, El Dolor de Oídos.

—¿Qué tiene de especial?

—No se bebe, hijo. Se echa por gotas en el oído y entonces se produce la ignición. Ten, aquí tienes un gotero y...

—Ahora no, señor... quiero decir, Nelly. En realidad estoy buscando al presidente. Me dijeron que se encontraba aquí.

—¿Mills? No, Millyto se hizo cargo de las sopas.

En su sucio traje de cocinero el presidente voceaba como el anunciante de un espectáculo de feria.

—¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN!

En una mano sostenía una sopera y en la otra un irrigador de enema.

—¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ¡VENID! ¡VENID TODOS! ¡CONOCED AL COLOSO DE LA BARRIGA! ¡SE DESCUBRE EN EL MEDIO DEL CUERPO! ¡LA ÚNICA SOPA QUE SABE DE ADENTRO HACIA AFUERA! Hola, Blaise. Felices Ops.

—Felices Ops, presidente... Mills; Señor, yo... Perdón, Millie, vine a arreglar cuentas por los destrozos en el laboratorio.

—Olvídalo todo, Blaise. ¡EL COLOSO DE LA BARRIGA! ¡EL COLOSO DE LA BARRIGA! Hoy es el primer día de la Semana de Ops. Todo perdonado y volveremos a poner el laboratorio en pie para ti. ¡CONOCED AL COLOSO DE LA BARRIGA! ¡AMBOS EXTREMOS CONTRA EL MIEDO! Nos podemos permitir el lujo. La CCA hizo bastante dinero contigo, bien lo sabe Dios.

—Gracias, Mills.

—Felices Ops, Blaise.

—Señor... Millie, otra cosa. Necesito un medio muy especial para un experimento muy especial que tengo que realizar lo más pronto posible. ¿Tiene la CCA una mina situada profundamente con una fuente energética que pudiera utilizar? Necesito un lugar en que el sujeto quede completamente aislado.

—¿Mina? ¿Mina? Mi Dios, tenemos docenas de minas exhaustas por todo el mundo, pero ninguna que pudiera utilizarse de apuro, Blaise.

—¿Por qué no, Mills?

—En primer lugar hace ya mucho que arrancaron todas las instalaciones para ser vendidas como chatarra. En segundo lugar fueron ocupadas por intrusos. Millares. Llevaría un año por lo menos desalojarlos no sin que dieran de puntapiés y protestaron a los gritos. ¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ¡EL COLOSO DE LA BARRIGA!

* * *

A Gretchen no le era posible estimar la calidad de la multitud que rodeaba el museo de arte porque el entero Corredor abandonaba todo refinamiento durante la Semana de Ops. Los que no se vestían sin elegancia, fingían hacerlo. Los que no

hablaban o se comportaban groseramente imitaban a los que sí lo hacían. Pero estaba segura de una cosa: la mayoría de ellos tenían que ser amantes del arte.

Porque el museo seguía una consagrada costumbre adoptada por los napolitanos en Año Nuevo. Los napolitanos reservan todos los artefactos y las decoraciones hogareñas que no desean conservar y el Día de Año Nuevo los arrojan por las ventanas con gran algarabía, y si se va por la calle hay que cuidarse de que algún mueble no lo aplaste a uno.

El museo, siempre acuciado por problemas de almacenaje, adoptaba esta costumbre el primer día de Ops. Toda acumulación que obstruyera el precioso espacio, juzgada de escaso valor o comprobadamente invendible (por un precio decente), era desalojada por las ventanas de los últimos pisos.

Así, pues, abajo se venían pinturas, grabados, dibujos, esculturas, *objets d'art et de vertu*, marcos vacíos, piezas de armaduras, trajes de época, papiros, instrumentos barrocos, gatos momificados, pistolas maltratadas y peltre desmenuzado.

Agudas risas llegaban desde las ventanas mientras las multitudes luchaban frenéticamente por tener posesión absoluta de cada uno de los objetos que iban cayendo. Gretchen sabía que deshacerse de los trastos inútiles acumulados en el museo constituía sólo la mitad de la diversión. Aunque se encontraba a orillas del grueso de la multitud, se sintió sorpresiva y decididamente empujada por un voluminoso objeto humano.

—Lo siento, felices Ops —dijo haciéndose a un lado.

—Felices Ops —contestó una voz clara y cultivada sin el menor intento de imitar la generalizada vulgaridad de la Semana de Ops.

Gretchen se volvió con curiosidad. Era la Abeja Reina, Winifred Ashley.

—¡Regina!

—¿Qué? ¿Azabache? ¿Eres realmente tú, querida? ¡Qué sorpresa tan agradable e inesperada! ¿Qué haces aquí? ¿Estás tocando tierra por algo?

—En realidad, no, Regina. Tenía intención de disculparme y tratar de dar solución a un problema que suscitó el otro día, pero veo que es del todo imposible. ¿Y tú?

—¡Ah! Tengo la esperanza de apoderarme de un tesoro secreto.

—¿Puedes decirme de qué se trata?

—Pues claro, querida. Después de todo, tú *eres* de las nuestras. —Regina bajó la voz—. Tienen una pianola abandonada en un rincón que se está cubriendo de polvo. Todos los años espero que se cansen de ella y la arrojen por la ventana.

—Pero tú ya tienes una pianola en tu hermoso piso comunista, Regina.

—Sí, Azabache, pero yo no quiero la vieja pianola del museo, quiero lo que hay en ella. Soy la única que lo sabe. El primer cilindro de la *Internacional* de Pottier y Degeyter, 1971. Se convertirá en el punto central de mi decoración. ¿No la escuchas ya? —La voz de Regina al cantar era tan meliflua como cuando hablaba—. “*Arriba los pobres del mundo...*” —Se echó a reír—. Quizá no sea más que un sueño, pero de cualquier manera, toco tierra. Esta noche nos vemos en casa, Azabache, ¿no es así?

Una adorable fiesta de Ops para recibir a los hombres. Felices Ops.

* * *

Había baño gratis para todos en el depósito de la represa del Portal del Infierno del Hudson. Agua pura calentada mediante el sistema de refrigeración. Ligeramente radioactiva, es cierto, pero qué diablos, era día de Ops. Vive un poco, toca tierra y al diablo con lo demás. El depósito de cuatro acres bullía lleno de cuerpos desnudos que resplandecían de calor, burbujaban de jabón, se sumergían, emergían como marsopas, reían, gritaban, se sofocaban y tosían rapsódicamente.

—Tarde o temprano alguna de ellas se ahogará —murmuró el hombre que se encontraba junto a Shima—. Quizá por cuenta propia, quizá con una ayudita. Yo espero. Felices Ops.

—Felices Ops —contestó Shima, e inspeccionó al desconocido. Era sorprendente: alto, de cara y figura semejantes a la de Lincoln y decididamente moteado de color. El pelo era albino, la barba negra, los ojos rojos y la piel se cubría al azar de retazos blancos y negros.

—Soy un haploide —dijo el desconocido como sin intención, de manera casi mecánica, como si hubiera respondido a la actitud sorprendida de Shima un millar de veces—. Cromosomas de un progenitor único.

—Pero ¿usted es una especie de albino, no es así? —preguntó Shima con sumo interés.

—Un albino haploide —dijo el desconocido con cansancio—. Dejémoslo así, doctor. No intente disecarme.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Me llamó “doctor”? ¿No es usted el...?

—Sí. Sí, en verdad. Y aparentemente no tiene memoria alguna. ¿Puedo preguntarle qué droga había consumido?

—Prometio. El hidrato. PmH_2 .

—Nunca lo oí mencionar. No debo olvidar de probarlo. Esta vez, doctor, si alguna de ellas se ahoga, con mi ayuda o sin ella, tenga la bondad de no intervenir. Nada de salvataje. Nada de resurrecciones. Si se recurre a la respiración boca a boca, yo la haré a mi manera.

—¡Dios mío! ¡Es usted un enfermo!

—No desdeñe nada sin haberlo probado.

—¡Cielos! Antes preferiría morir.

—Lo lamento. No me atraen los muchachos.

Shima inspiró profundamente.

—No. Lo siento. Verdaderamente lo siento. Pido disculpas por haber perdido la cabeza. No estoy aquí para discutir ni para pelear con nadie y, por cierto, no me encuentro en posición de emitir enjuiciamientos morales. Le ruego que me perdone.

—Bien dicho.

—Así que si usted me perdona...

—¿Cuál es su propósito?

—Trato de tener una entrevista con el director de la represa.

—¡Oh! ¿De veras?

—Sí. ¿Sabe dónde podría localizarlo o localizarla, por favor?

—¿Le debo algún favor?

—No, yo se lo debo a usted.

—Bien dicho. El director de la represa es un tal señor Lafferty.

—Gracias. ¿Y dónde podría encontrarlo?

—Aquí. Yo soy el señor Lafferty.

Una vez más Shima perdió el aplomo. Quedó boquiabierto, tartamudeó.

—Pero... Pero... Pero...

—¿Pero cómo? —Lafferty sonrió—. Muy sencillo. Gran inteligencia. Capacidad de trabajo superior. Y el hecho de que heredé el cincuenta y uno por ciento de las acciones del Portal del Infierno del Hudson.

—Ildefonsa... —dijo Shima entre dientes.

—¿Ya desde el comienzo de la *fête* tiene usted que traerla a colación, doctor?

—Una vez más, lo siento. Discúlpeme. Hoy me estoy comportando como un asno.

—Aceptado sin reservas.

—Señor Lafferty, yo...

—Día de Ops. Droney.

—Droney. Gracias. Felices Ops. Yo... vine a pedirle un favor al director del Portal del Infierno del Hudson.

—Pídaselo.

—Necesito un medio muy especial para realizar un experimento muy especial sobre los sentidos. Tiene que estar completamente aislado de toda visibilidad y sonido. Pensaba que las profundidades de la compuerta podrían...

—No hay modo —interrumpió Lafferty—. Si no hubiera estado tan ocupado con sus tontos petardos cuando se encontraba allí, habría notado cómo retumba el ruido del agua. A propósito de la cual, una encantadora joven se hunde en ella por tercera vez. Necesita de tiernos cuidados. Con su perdón.

Shima fue incapaz de responder.

El celebrado necrófilo le dirigió una sonrisa benigna.

—En otra ocasión discutiremos que haya lanzado al subadar Ind'dni en pos de mí.
—Al zambullirse en el vertedero, Lafferty declamó—: ¡Fuerte como un águila!
¡Veloz como un buitre! ¡Adelante, adelante, cultura necrofílica!

* * *

El establecimiento de tatuajes de Gianni Jiki de ningún modo era un cuchitril. Era virtualmente un hospital con un vestíbulo de recepción central en el que se exhibían múltiples cuadros que ilustraban las actividades allí desarrolladas y una docena de clínicas laterales en las que una docena de asistentes trabajaban de acuerdo con el principio de la línea de montaje. Por ejemplo, si un tío bien macho de la Patraña deseaba hacerse tatuar la tan ponderada (y bastante costosa) cobra, en un primer quirófano se le esbozaba la serpiente en torno a la cintura, en el siguiente se completaban detalles, se le daba color en un tercero y en un cuarto se terminaba la cabeza con los colmillos después de una erección inducida con máximo de respeto y tacto. La señora que quisiera ver convertidos sus *labia majora* en los párpados de un ojo travieso, recibía la misma atención respetuosa y plena de tacto a lo largo de la línea de montaje.

Pero en este primer día de la Semana de Ops, las tareas allí realizadas no eran las habituales, sino que se desarrollaba una festividad de mendigos. Además de los tatuajes eróticos y decorativos, Gianni Jiki concebía también magníficas heridas: magulladuras, contusiones, cicatrices moradas, heridas recientes y malignas erupciones de la piel para las “víctimas” de accidentes culpables de robo, los limosneros chantajistas y los gorriones de la Patraña. Por consiguiente, su hospital era la sede informal del club de los pordioseros profesionales de la Patraña.

Cuando Gretchen Nunn llegó, se desarrollaba allí una alegre danza protésica en el salón principal. Los sintetizadores ululaban. Los tullidos profesionales se habían despojado de sus brazos, piernas, manos, pies y hasta medio cuello y un hombro protésicos. Se habían sentado en círculo y reían y manipulaban sus minúsculos controles de mano mientras sus partes protésicas bailaban solas y hacían cabriolas en respuesta a las órdenes emitidas por radio. Piemás solitarias zapateaban o bailaban de punta. Brazos sueltos se entrelazaban con otros para unirse en una contradanza protésica. Y algunos manipuladores eran lo bastante hábiles como para lograr que los dedos de múltiples manos formaran juntos la línea de un coro.

Un hombrecito alegre, igual de alto que de ancho, completamente desnudo y tatuado de la cabeza a los pies, se acercó a Gretchen con una sonrisa de oreja a oreja y la saludó:

—*Buon giorno*. Felices Ops. Nunca, pensé, *mai*, que volvería.

—Felices Ops —contestó Gretchen—. Usted... ¿Usted es el señor Jiki, claro?

—Si. Gianni. Usted estaba *pazza* noches pasadas, ¿no? ¿Demasiado vino?

—Vine a disculparme y a indemnizarlo, Gianni.

—¿A disculparse? *Grazie*. Muy *gentile*. *Grazie*. Pero ¿indemnizarme? ¿Cómo? Sólo una broma, ¿no? *Molto cattiva*, pero sólo una broma. Vino usted, y mi día de Ops está colmado. Eso basta.

—Pero yo tengo que hacer algo por usted.

—¿Tiene, eh? Bien. —Gianni reflexionó y luego su sonrisa se hizo más pronunciada todavía—. *Bene!* Bailará con nosotros.

Gretchen se quedó mirándolo. Él le sostuvo la mirada y señaló la pista de baile con la cabeza.

—Escoja su pareja, *gentile signora*.

No era ella persona que vacilara. Se dirigió a la pista, examinó las prótesis errantes y, por fin, dio unos golpecitos en el hombro de un hombro-con-brazo.

—Sigfrido —llamó Gianni a las tres cuartas partes de un mendigo—. La *signora* valsará contigo.

Gretchen bailaba. Gianni cantaba:

—*Gasparo! Gasparo! Condurre mi per altare...*

* * *

Usaban como casa dotante el viejo casco desechado de un vapor de ruedas del Mississippi y celebraban en ella la barbacoa del KKK. A Shima la celebración le parecía imposible. Había un lecho de carbones relucientes. Sobre él giraba una gigantesca *rotisserie*. Y en el espetón de acero estaba amarrada una forma inequívocamente humanoide.

—¡Dios mío! —musitó Shima—. Una barbacoa caníbal.

Un rey watusi de dos metros con todos los atavíos de la realeza africana, saludó a Shima.

—Felices Ops, doctor Shima, y bienvenido a nuestra Fiesta Blanca.^[9]

—Felices Ops —contestó Shima débilmente—. ¿De modo que usted me recuerda?

—¿Quién olvidaría la peregrina interpretación de *Porgy and Bess* que hizo usted con la sira Nunn? Algo que atesorar para siempre.

—Estoy aquí para repararlo. Me gustaría mucho quedar en paz con usted. Querría indemnizarlo mediante cortesías, dinero o lo que fuere. No tiene más que escoger la forma.

—¿En día de Ops? Imposible. Olvídelo, doctor. *Nosotros* ya lo hemos hecho. Ahora venga y únase a nuestro festín. Se está por servir la comida.

—En realidad querría hacer algo por usted —insistió Shima— porque quiero que haga algo por mí.

—¡Ah! ¿Sí? ¿De qué se trata?

—De una estimación.

—¿Sí? ¿De qué?

—Debo llevar a cabo un experimento en el que el sujeto debe permanecer totalmente aislado. Estaba pensando en una especie de casamata pequeña de cemento grueso.

—Sí. ¿Y entonces?

—Su pueblo tiene intervención en la industria de la construcción. ¿Cuánto le

llevaría construir una casamata y cuál sería su costo? ¿Podría darme una estimación de ambas cosas?

El rey watusi meneó la cabeza con tristeza.

—¡Ay! Imposible satisfacerlo, doctor Shima. Estamos celebrando una huelga de protesta porque la administración emplea guardias de la O. L. P. como miembros de la fuerza de seguridad. No son verdaderamente negros a pesar de lo que la O. L. P. pretende. Es probable que se prolongue unos tres meses todavía y nos estamos preparando para el derramamiento de sangre. De modo que lo siento. Venga ahora y participe de nuestro festín.

—Lo lamento mucho —dijo Shima, que tenía estómago delicado—. Pero hoy no me apetece el cerdo largo.

El watusi bajó la voz y dijo como quien conspira:

—Por favor, no provoque la desilusión de los demás invitados, doctor, pero no podíamos denigrar al KKK asando a un mero blanco. Estamos celebrando con una golosina mucho más rara y costosa.

—¿Que un hombre? ¡Dios mío! ¿Qué es?

—Un gorila.

* * *

¡Día de Ops! ¡Día de Ops! ¡Día de Ops! Y en la Iglesia de Todos los Ateos estaban coronando a Cristo “Rey de los Bufones” mientras el órgano tronaba sardónico. Era en vivo, no una grabación, advirtió Gretchen con sorpresa. En el taburete del órgano estaba sentado un loco furioso que pateaba con fuerza los pedales, laceraba los cuatro teclados manuales y cantaba, gruñía y aullaba un veloz continuo a compás de la música satánica.

Los harapos que vestía por ser día de Ops no le permitían juzgar su clase o situación, pero por la cara y la cabeza, le pareció un indio iroqués. Tez aceitunada. Nariz saliente. Boca ancha, de labios finos. Orejas pesadas, y cráneo afeitado con la excepción de una rígida cresta negra que la iba de la frente hasta la nuca.

“Sólo le falta una toca de guerra”, pensó mientras subía a la galería para verlo más de cerca.

Evidentemente, su ángulo visual era muy amplio.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? Felices Ops.

—Felices Ops —exclamó Gretchen por sobre el estruendo del órgano—. Vine para subsanar un escándalo que hice el otro día en la iglesia.

—Oh. Sí. Huau. Usted es la muñeca que cantó *Catulli Carmina* de Orff. Olvídelo. La iglesia lo ha hecho ya. ¿Tiene línea de crédito propia?

—¿Crédito?

—Dése tiempo para pensarlo, muñeca. Crédito. Identificación. Nombre.

—Oh. Gretchen Nunn. ¿Y usted?

—Manitú-Win-Na-Mis-Ma-Bago.

—¿C-cómo?

—Que en su lengua significa Aquel-Que-Con-Hechizos-Arranca-A-Manitú-Del-Cielo.

—¿Es usted indio?

—Casi todo yo.

—Felices Ops y huau. ¿Cómo debo llamarlo? ¿Mani? ¿Señor Bago?

—¡Diablos, no! Eso no tiene aceptación. Llámeme Finkel.

—¡Finkel!

—Exacto. Scriabin Finkel.

* * *

En la maternidad de Igualdad de Derechos, veinte enanos desnudos bailaban el ballet de niños nonatos *El derecho a la vida*. Cada uno de ellos estaba conectado con el extremo de un poste de forma fálica mediante una cuerda umbilical, y todos juntos maullaban un coro fetal acompañados por una orquesta acallada dirigida por un cosaco salvaje que le rugió a Shima en el bemol menor:

—¡Váyase inmediatamente de aquí, Fulano y no interrumpa! Felices Ops.

—Felices Ops. Lo siento. No es mi intención inmiscuirme en nada. Busco a quien tenga esto a su cargo.

—Yo soy quien atiende aquí.

—Quiero disculparme por el lío que provoqué el otro día y rectificarlo.

—Oh. Sí. Usted es el bromista que dijo haber sido follado por un elefante.

—Sí.

—¿Tiene nombre?

—Shima. Blaise Shima. ¿Y usted?

—Aurora.

—¿Cómo?

—Sí. Me dieron el nombre del acorazado que respaldó a la Revolución Roja. Disculpas concedidas. Nada de rencores y felices Ops. Ahora lárguese inmediatamente de aquí. Shima. Tenemos que transportar el tono y estos payasos no aciertan una.

—Patrañas gracias. Señor... ¿Cómo debo llamarlo? ¿Aurora? ¿Orry?

—¡Diablos, no! Finkel. Scriabin Finkel.

—¿Qué? Entonces usted escribió el gran himno del Ejército Glacial “*Cuándo Será tu Llegada...*” Me siento emocionado.

—Todos lo escribimos, despistado... ¡LA MENOR, MALDITOS VAGOS! ¡LA MENOR! Todo el establo Finkel.

* * *

A los finos desechos de la manufactura de joyería los llaman “hallazgos”. Los pisos de los talleres absorben polvo de piedras y metales preciosos en el curso de un año y el día de Ops, el Strøget abre de par en par las puertas de sus talleres a una anhelante multitud equipada de escobas, palas, cepillos y cuencos. Hasta el día en que esto se escribe no se pudo nunca averiguar si alguno de estos basureros se ha beneficiado alguna vez con la recuperación del polvo de “hallazgos”.

Era evidente que al entrar Gretchen al Strøget para disculparse ante sus propietarios cuyas vitrinas había estrellado y darles un cheque compensatorio —el comercio del lujo no incluye jamás la empresa del perdón—, era inevitable que reconociera una figura familiar en la multitud de basureros jadeantes y afanados: Yenta Caliente, armada con una barredora de batería. A Yenta le insumía tanto tiempo proteger la máquina de los resentidos poseedores de escobas como absorber el polvo.

* * *

Sin la menor duda, la mitad cuando menos eran travestís cuyo atuendo se completaba con monóculo y sombrero de copa. También el gerente de publicidad estaba disfrazado, lo cual no le impidió aceptar las disculpas y el cheque de Shima. Luego lo condujo ante un enorme sombrero de copa transparente lleno de una poción color magenta. Era de un tamaño tres veces mayor que el sombrero de bronce que habían robado Blaise y Gretchen. El gerente de publicidad lo señaló con orgullo.

—Una yarda cuadrada de ron Demerara. Cincuenta galones de grandina. El jugo de un centenar de limones reconstituidos. Cincuenta libras de *confetti* de azúcar. Un millar de cerezas al maraschino. Ponche de ron y frutas con hielo picado. Sírvase usted, doctor. Salud. Felices Ops.

Se alejó meneándose a un lado y otro como un pato. Shima contempló dudoso el impresionante sombrero de copa, luego se encogió de hombros y ascendió al andamio que conducía hasta el ala que se remontaba a cinco metros de altura. Recibió un jarro de alfarería opacado que, se le dijo, podía llevar consigo como regalo. Ocupó su lugar en la fila y la habló a la joven alta y vital que tenía delante. Ella tenía en la mano un jarro barnizado.

—Felices Ops. Veo que ya ha probado este ponche. ¿Qué tal es?

Ella se volvió y lo midió con ojos inteligentes.

—Felices Ops. Esta es mi quinta vuelta.

—¿Tan bueno es?

—Eso no interesa. Esta empresa es mi cliente. Mi misión consiste en halagarla.

Llenó su jarro de ponche y le hizo ligar a Shima. Este se inclinó por sobre el ala para llenar el suyo y de pronto se sintió asido por los tobillos y suspendido.

—¡Ah, hijo de puta! ¡Con esto me pagarás lo de la Pisciterm!

Y fue sumergido de cabeza en el ponche al encuentro del ron, la granadina, el jugo de limón, el azúcar y un millar de cerezas. Ella siguió aferrándolo por los tobillos mientras él se debatía y se ahogaba. Cuando estaba a punto de perder la conciencia, sus tobillos quedaron en libertad. Se las compuso para deslizarse y enderezarse. Allí estaba ella en el ala del sombrero, mirándolo con ojos fulgurantes y luchando con el gerente de publicidad.

—No fui yo el de la Pisciterm, madame —dijo Shima entrecortadamente.

—¡Mierda si no fue usted! Lo reconocería en cualquier parte.

—Pero patrañas gracias de cualquier manera, madame. Me resolvió el problema de la aislación. Felices Ops.

* * *

Cuando la agotada Gretchen por fin estuvo de vuelta en su piso, encontró en él algunos de los miembros de su personal. Sus ropas de Ops estaban desgastadas con tan impecable estilo que no pudo evitar sonreír. ¿Y Shima? Ni la menor señal de él. “¿Le habrá ocurrido algo?”, se preguntó. “¿Otra vez habrá atacado para huir?” Pero un mensajero acababa de entregar este tape de parte de Shima. “¿Desde su *penthouse*?” No, desde el departamento de policía. “¡Oh, Dios! El idiota está en dificultades. Pero sus dedos no temblaron cuando hizo funcionar el grabador.

* * *

Estoy grabándote esto, mi amor, porque me siento completamente exhausto. No puedo enfrentar a otro ser humano, ni siquiera a ti.

Cuando estaba tratando de compensar el episodio del sombrero de copa robado, me tropecé con un acontecimiento, una copa de Golem, que me dio la pauta del *modus operandi* para poner a prueba tus sentidos. Una batiesfera. Ya viene equipada con medios de comunicación, sistemas de salvaguardia de la vida y fuente energética —que eran algunos de los problemas que planteaba la completa aislación— y en las profundidades del mar.

De modo que fui al Centro Oceanográfico para pedirle una batiesfera en préstamo a Lucy Leuz, un viejo compañero del M.I.T. Se trata de Friedrich Humbold Leuz, doctor y DODO, en mayúsculas. No el ave extinta, sino Director Organizativo De Operaciones de rescate. Sé que tiene una pequeña batiesfera.

Estaban celebrando la llegada de la Semana de Ops con un banquete de pescado crudo para el que utilizaron los sobrantes del acuario. Gretchen, no tienes idea de cómo te sientes culpable cuando un cangrejo real de Alaska te mira Fijo mientras le

quiebras una pata. De cualquier manera Lucy me deseó felices Ops y me dio autorización para seguir adelante, así que estamos todos comprometidos para mañana —y vale más que lo estemos— porque sé ahora que Ind'dni está en lo cierto. El tiempo tiene importancia crucial. Creo que cuando haya acabado tú estarás de acuerdo conmigo.

Luego fui a la sede del Ejército Glacial creyendo que quizás estarías allí reparando el asunto *Pagliacci*. No estabas, de modo que los indemniqué en tu nombre; esos santos están verdaderamente ávidos. Estaban montando una manifestación histórica para contrarrestar el comienzo de la Semana de Ops. Naturalmente el Ejército odia a Ops, la falsa diosa, y a sus sucias, corrompidas y pecaminosas Opalias.

Debe de haber habido un millar de personas allí, dirigidas por otra payasa del establo de Scriabin Finkel, una *cockney* londinense que se dio a sí misma el nombre de Sabrina Finkel. Aullaban “¿Cuándo Será tu Llegada...?”, tenían contracciones espasmódicas, rompían cosas, rodaban por el piso y sufrían desmayos de éxtasis. El fervor aterraba; actuaban como una muchedumbre de linchamiento. Una muchacha se escondió tras de mí y no me fue posible culparla de estar asustada. También yo lo estaba.

—Se nota de usted es un caballero aún con ese mono mugriento —me dijo. (Yo estaba sucio de ponche de frutas, cosa que te explicaré en otra ocasión)—. ¿Tendría por favor la amabilidad de sacarme de aquí? Esto es asqueante.

—¿Dostá el macho que te trajo?

—No me hables estilo Ops. Sé que eres un caballero. Lo desmayaron de un sillazo.

De modo que abandonamos la *fête choreatique*, tomamos un vehículo y nos pusimos en camino de mi Oasis. Ella se sentó en su rincón y yo en el mío. Ninguno de los dos decía nada. Ella estaba enfurruñada; yo, sin resuello. Pero cuando llegamos al Oasis, tuve que ejecutar los movimientos de un caballero. Le di a escoger entre seguir en el vehículo que yo pagaría a donde fuera o subir a la *penthouse* a tomar un trago.

—Querido, siempre hace bien un trago —dijo—. Ese Ejército de mierda está seco como un desierto, concedido. Pero no estoy para calenturas.

—¡Por Dios! —dije desagradado—. ¿Quién se cree que soy? ¿Un Casanova? Suba pues, que me estoy congelando.

Subimos a la *penthouse*. Empecé a encender el fuego en el salón mientras ella contemplaba mis movimientos.

—Tiene cerezas entre el cuello del mono y el suyo —dijo—. ¿Lo sabía?

—Debí de haberlo adivinado. Me di un chapuzón en un cuenco de ponche de frutas.

Ella se paseó de un lado a otro explorando.

—Vaya, nunca había estado antes en un lugar de primera clase como éste. Eres un

hombre de clase. Lo sabía, aun vestido con ese sucio mono y con cerezas en el cuello.

—Soy un *whiskey sour* ambulante —dije—. Así que bébase su trago y veremos la manera en que llegue a su casa sana y salva a través de la Patraña.

Se sentó junto al fuego y bebió. Era una pelirroja con una piel exquisita pero, por más buena voluntad que se pusiera, de ningún modo era una belleza. Hablaba, pero no de volver a casa. Tenía una especie de encanto ingenuo y parloteante. Trabajaba para el Ejército Glacial; no especificó tareas, pero parecía más bien cumplir funciones de recadera. Le encantaba delatar los pecados secretos de sus santos.

De pronto dijo:

—Tengo que llamar a Fila.

—¿Fila cuántos?

—Filadelfia. Allí es donde vivo con mi familia.

—No tiene por qué llamar. El pneumo la disparará allí en veinte minutos.

—Eso ya lo sé. Tengo que avisarles que no vuelvo a casa esta noche.

Que era justo lo que yo necesitaba.

—El teléfono está descompuesto —le dije.

—No quieras engañarme —dijo—. ¿Crees que soy una abusadora? No voy a cargarte la llamada.

—Realmente tendría que regresar a casa, sira... —Todavía no conocía su nombre.

—Me quedo. No te preocupes, no voy a lastimarte. Hoy es el primer día de Ops y quiero inaugurar la Semana, toco tierra.

—El teléfono está en el dormitorio.

—Lo sé, y funciona. Lo probé. Llamaré del CB público que está abajo en el *foyer*. No quiero quitarte nada, salvo la ropa. Quizá no sepas que existen chicas como yo. Quizá te enteres, toco tierra.

Se fue. Me quedé sentado junto al fuego tratando de darme cuenta cómo me había metido en este *tsimmis* y cómo diablos saldría de él. Nada de atacar para huir; me limité a rezar. Hubo un golpe a la puerta.

—Está abierto —dije en voz alta.

La puerta se abrió. Era Ind'dni. Mis oraciones habían sido escuchadas. *Existe un Dios*.

—Felicidades, subadar.

—Ay, no tengo saludos placenteros para usted, doctor Shima.

—¿Se trata de un arresto, supongo?


—Por favor, baje conmigo, doctor.

—Iré sin resistirme, pero...

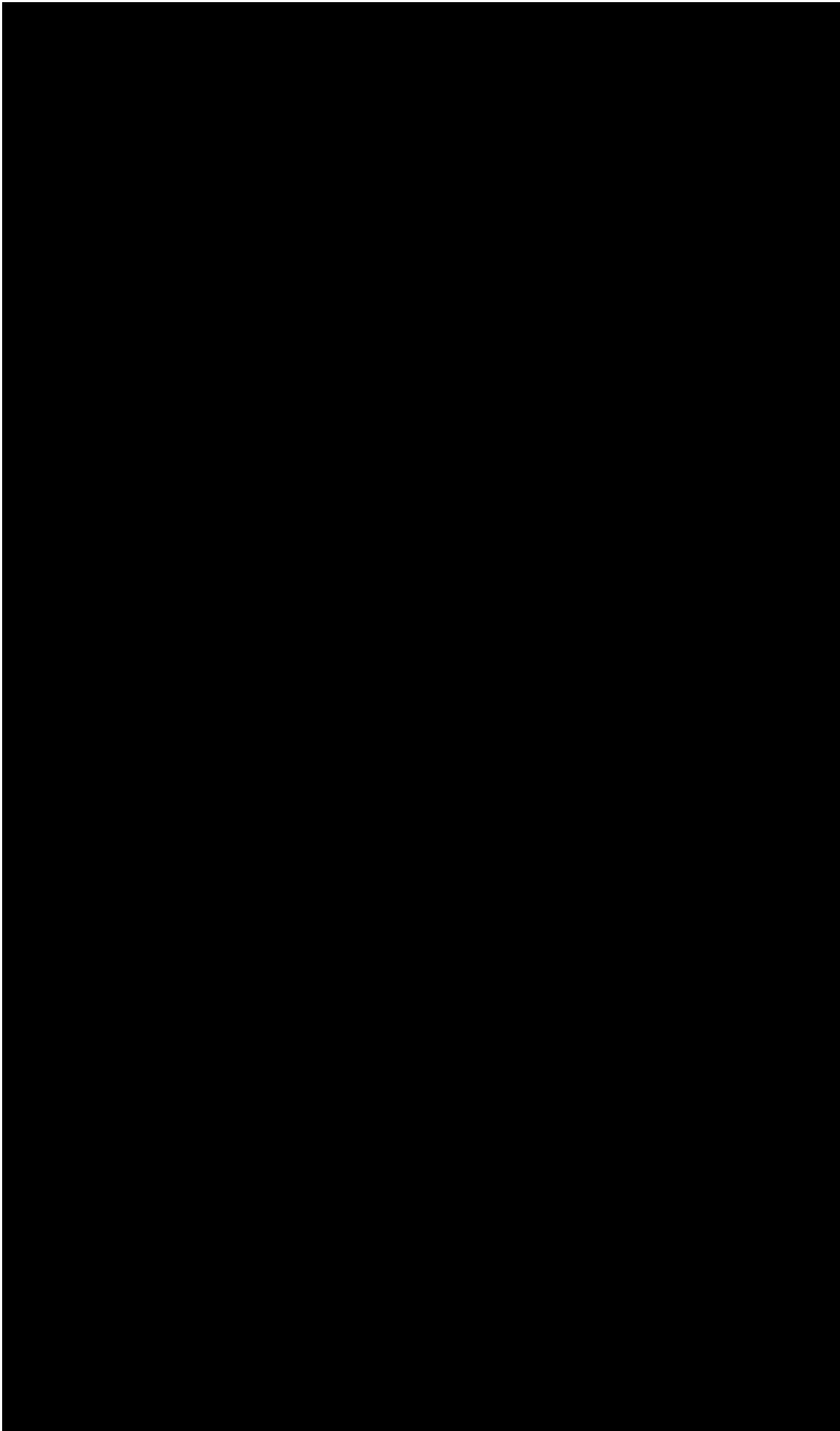
—Venga, por favor.

De modo que yo voy por favor. Ind'dni guardaba silencio y parecía desesperado. Yo estaba del todo perplejo. En el *foyer* los miembros de la patrulla rodeaban la cabina CB de vidrio. Había otros espectadores. Algunos vomitaban. La puerta de vidrio estaba herméticamente cerrada. En la cabina habían metido un cuerpo con la

cabeza hacia abajo y las venas abiertas. Para inaugurar mi fiesta ella se había ahogado en su propia sangre.

A large, dark, textured number '16' is centered within a circular frame. The number and the frame have a grainy, stippled appearance, suggesting a high-contrast or low-resolution scan. The background is light and also has a textured, grainy quality.

16



Estaban mar adentro abordo del barco rastreador nuclear *Rescate III*, mucho más allá de la posibilidad de ser vistos desde tierra y de la hediondez del Corredor. Desde estribor el malacate bajaba lentamente con múltiples cables la pesada esfera en cuyo interior estaba Gretchen Nunn. Estaba envuelta y adornada con electrodos de contacto.

Los doctores Blaise (Shim) Shima y Friedrich Humboldt (Lucy) Leuz estaban a cargo de la cabina de control, que se asemejaba al compartimiento de mando de un navio espacial: cuatro muros cubiertos de paneles iluminados, cuadrantes y pantallas de proyección para recoger la información necesaria.

Lucy Leuz era poderío en grasa. De regular altura, enormemente corpulento y con brazos y piernas tan gruesos como la cintura de una muchacha. Una bañera apenas podía contenerlo con el agregado de cinco galones de agua. Extrañamente su voz no guardaba relación con la amenaza que representaba su tamaño: suave y dulce y las vocales solían coronarse de diéresis y alargarse melifluas.

—¿Está a bastante profundidad, Lucy? —preguntó Shima.

Leuz estaba concentrado en el cuadrante donde se leía la profundidad.

—Casi. Paciencia, amigo Shim. Paciencia. ¿Tienes preparado el programa sensorial?

—Ajá. Los cinco listos y en funcionamiento.

—¿Cinco? ¿Cinco sentidos? Me pareció oírte decir que el subadar Ind'dni te había dicho...

—Al diablo con lo que dijo. Lo estoy poniendo todo a prueba: la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato. En el Tecnológico nos enseñaron a no dar nada por supuesto. ¿Lo recuerdas?

—Dolorosamente. ¿Están asegurados los contactos de los electrodos? Quiero decir ¿verdaderamente asegurados?

—No podrá nunca desprenderse de ellos.

—¿Y conoce los riesgos? ¿No entrará en pánico cuando le envíes los mensajes?

—Ha recibido instrucciones. Está al tanto. No te preocupes... Gretchen tiene una frialdad que podría incial un nuevo periodo glaciario.

—Entendido. —Leuz presionó un botón—. Aquí interrumpimos el descenso. Doscientas brazas.

—Gracias a Dios el mar está el calma.

—A doscientas brazas tu amiga no se enteraría ni siquiera de un tifón.

—Cómo os divertís los tíos del DODO.

—¿Quieres enviarle una señal de que el experimento comienza, Shim?

—No, eso no se incluye en el programa. Se encuentra reducida a sí misma en las lejanas profundidades azules.

—En las lejanas profundidades negras en donde se encuentra. Esa muchacha está tan aislada como nunca volverá a estarlo.

Shima asintió con la cabeza, conectó un interruptor y el total Estado del Cuerpo

de Gretchen refulgió en una pantalla de proyección.

—¿Qué mierda es eso, Shim?

—Una lectura metabólica, Lucy. Pulso. Temperatura. Respiración. Tensión. Tono. Etcétera. Etcétera.

—¿En sistema decimal? ¡*Decimales!* ¡Y después se habla de anticuallas!

—Sí. Preparé un programa anticuado con la biblioteca de la CCA. Fue el de más fácil y rápida aplicación a estos exámenes. Si es necesario, cualquier computadora que se respete lo traduciría al sistema binario moderno.

—¿El viejo programa original era una prueba sensorial? ¿Por qué, por ejemplo, los clientes huelen los perfumes de la CCA?

- +	H	C	N	U	Ü	E	3	A	G	HH
P		B	B	D	A	B	^B C	E	A	A
V	Ä		A	C	C	B	B	B	O	B ³
D	A	B		^A B	A	A	C	D	C	A
B	M	M	M		B	A	A	A	A	A
C	M	M	M	M		A	E	C	A	O
II	M	M	7	D	A [?]		O	P	A	Ä
M	B	B	A	B ⁴	O	O		O	D	D
F	E	D	A	A	C	C	A		E	G
LL	A	A	C	C	Ä	D	D	D		O
S	D	A	A	A	A	A	B	A	AB	+
O	C	C	C	C	C	C	C	C		D
Q	A	6	O	A	AA	A	B		B	A
5	E	E	E	E	E	E		E	E	B
N	N	N	N	N	N		4	6	E	O
8	D	E	D	E		3	5	7	E	O
R	A	A	B		5	7	4	6	E	O
A-5 B-10 C-15 D-20 E-30 M-100										

—¡Diablos, no! Medía las probabilidades de que n sustancias tuvieran influjo en Ventas. Pero si se traza debidamente un programa, Lucy, sus algoritmos pueden adaptarse a lo que sea. Lo sabes. Las computadoras se constituyen de cosas tales como sapos, culebras y lagartijas.

—Vaya, cómo os divertís los científicos.

—Oh, científico, ¿eh? ¿Y qué es usted, doctor Friedrich Humboldt Leuz, si tiene a bien decírmelo?

—Yo, señor, sea cual fuere su nombre, soy un *Untersee Forschungsreisende*... Y, lo que es más, sé escribirlo.

—Tenga usted un cordial *Sieg Geil*. Ahora le enviaré sonido. Tengo que averiguar si su oído es también de segunda mano. Ind'dni dijo que esto tiene suma importancia, aunque no dijo por qué...

Shima dio lectura a las respuestas auditivas de Gretchen con perplejidad. Leuz terminó por preguntar:

—¿Algún problema?

—Es de lo más extraño —dijo Shima lentamente—. Oye, sí, pero tiene un umbral muy bajo. En otras palabras, oye, por ejemplo, el trueno distante, pero no el que retumba sobre su cabeza. Oye el susurro de un canario, pero no el bramido de un elefante marino. Por cierto que dista mucho de la sordera corriente.

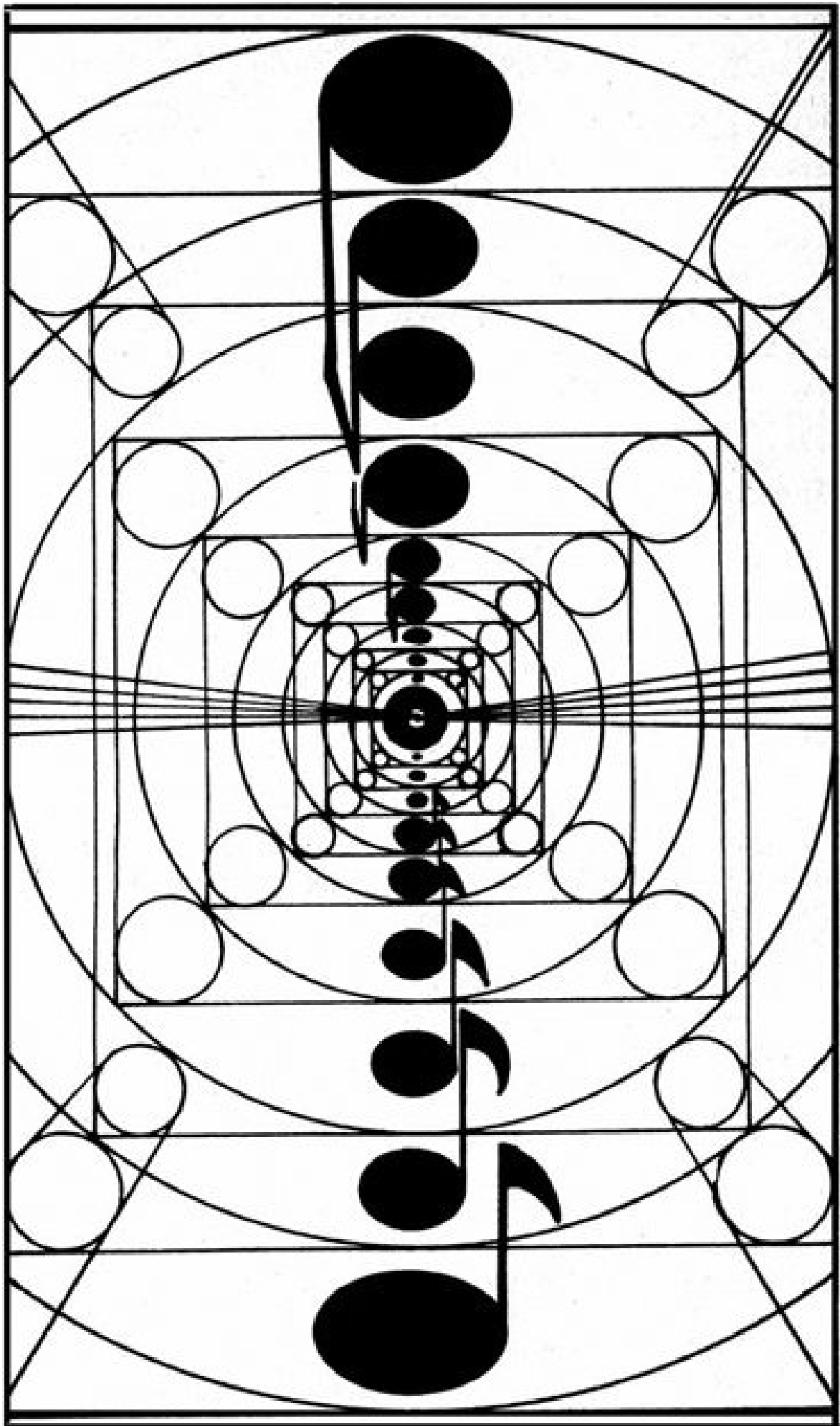
—Fascinante. Sabes, Shim, puede que la sira Nunn represente un nuevo salto evolutivo.

—¿Cómo?

—Lo fundamental para la sobrevivencia de una especie es la adaptabilidad. ¿Qué es lo que causó las extinciones? La incapacidad de bailar con los embates del cambio.

—Ningún argumento en contra.

—Nuestro medio ha venido cambiando de manera drástica —siguió Leuz—. Por ejemplo, visiones y sonidos que castigan los sentidos más allá de lo soportable; de ahí que haya tantos internados en Bedlam-Rx. Miles y miles que rechazan una realidad imposible. —Leuz meditó—. Quizás ellos sean los sanos y nosotros los locos por resistirla.



—¿Y Gretchen? ¿La está rechazando?

—No, se está adaptando a ella. Madre Naturaleza no cesa de impulsar a las especies hacia el pináculo primordial, incluida la del ántropos. Lamentablemente, tú y yo nos encontramos muy por debajo de ese pináculo.

—Cuidado con las calumnias, Lucy. Estoy grabando todo lo que sucede aquí.

—Madre Naturaleza, con sus gloriosas improvisaciones, está tratando de generar una especie avanzada del ántropos mediante una adaptación fenomenal a nuestro mundo cambiante. Otro impulso hacia el pináculo primordial... que está representado por tu amiga, Gretchen Nunn. Baila con los embates de las vistas y los sonidos insostenibles.

—Humm... El pináculo primordial... Puede que no te equivoques, Lucy. Por cierto, tienes razón en decir que yo no estoy nada cerca de él. Pero ¿Gretchen? No lo sé. Lo que sí se es que, de cerca o de lejos, ella es única.

—Eso, sin la menor duda. Lo único que queda por averiguar es si se trata de una verdadera mutación y es heredable. ¿Estás haciendo algo por investigarlo?

—La píldora es decisión suya —dijo Shirna sonriente—. Bien. Basta de charla; no debemos hacer esperar a la señora. Ahora le examinaré el gusto y el olfato.

—¡Cáspita! ¡Vaya Tope! Ind'dni tenía razón. La señorita por cierto es capaz de olfatear y degustar.

—¿Qué le envías ahora, Shim?

—H₂S. Sulfuro de hidrógeno.

—¿Qué? ¿Huevos podridos?

—Ajá.

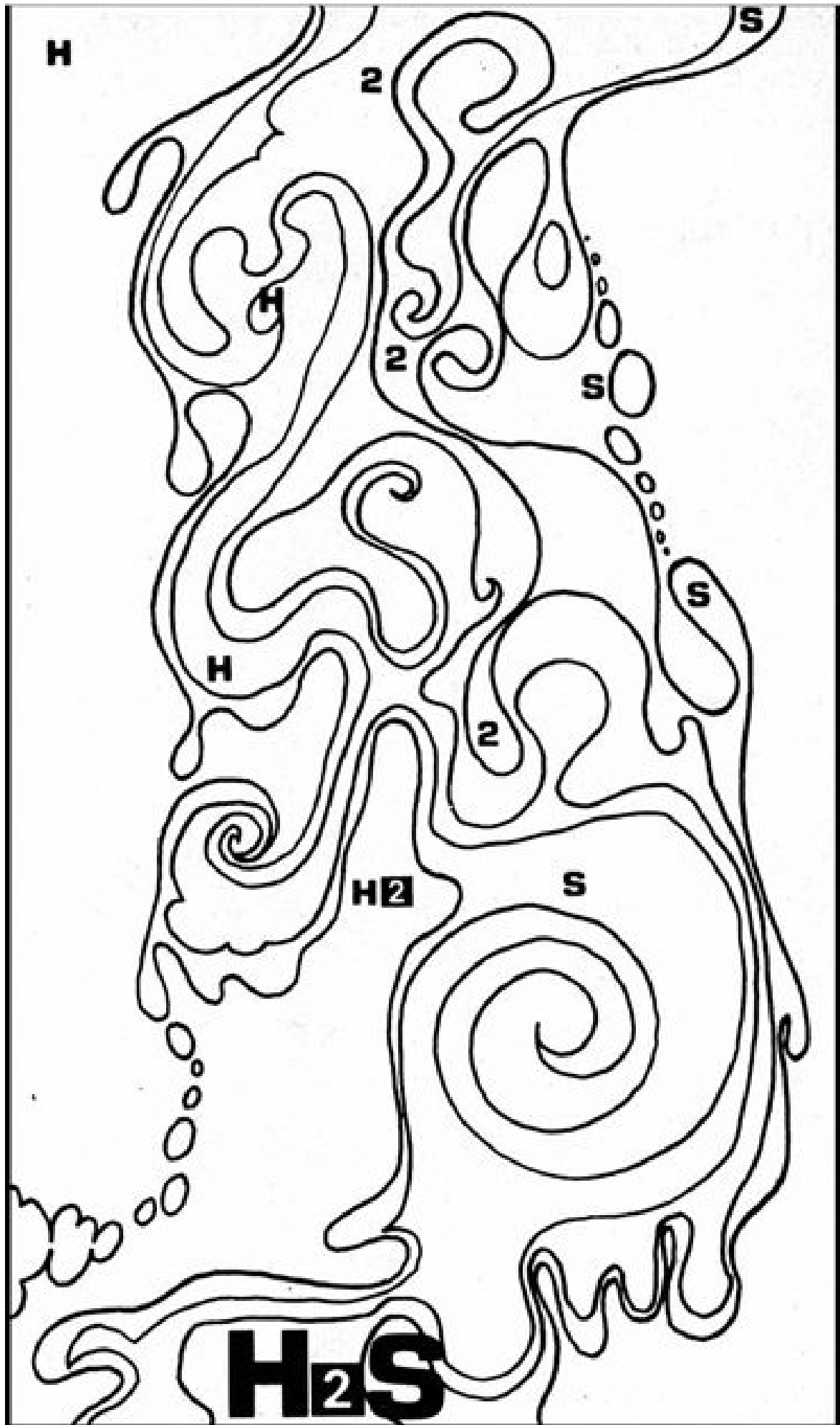
—Eso es, sir, un tratamiento cruel y desusado, explícitamente prohibido por la Constitución de los Estados Unidos.

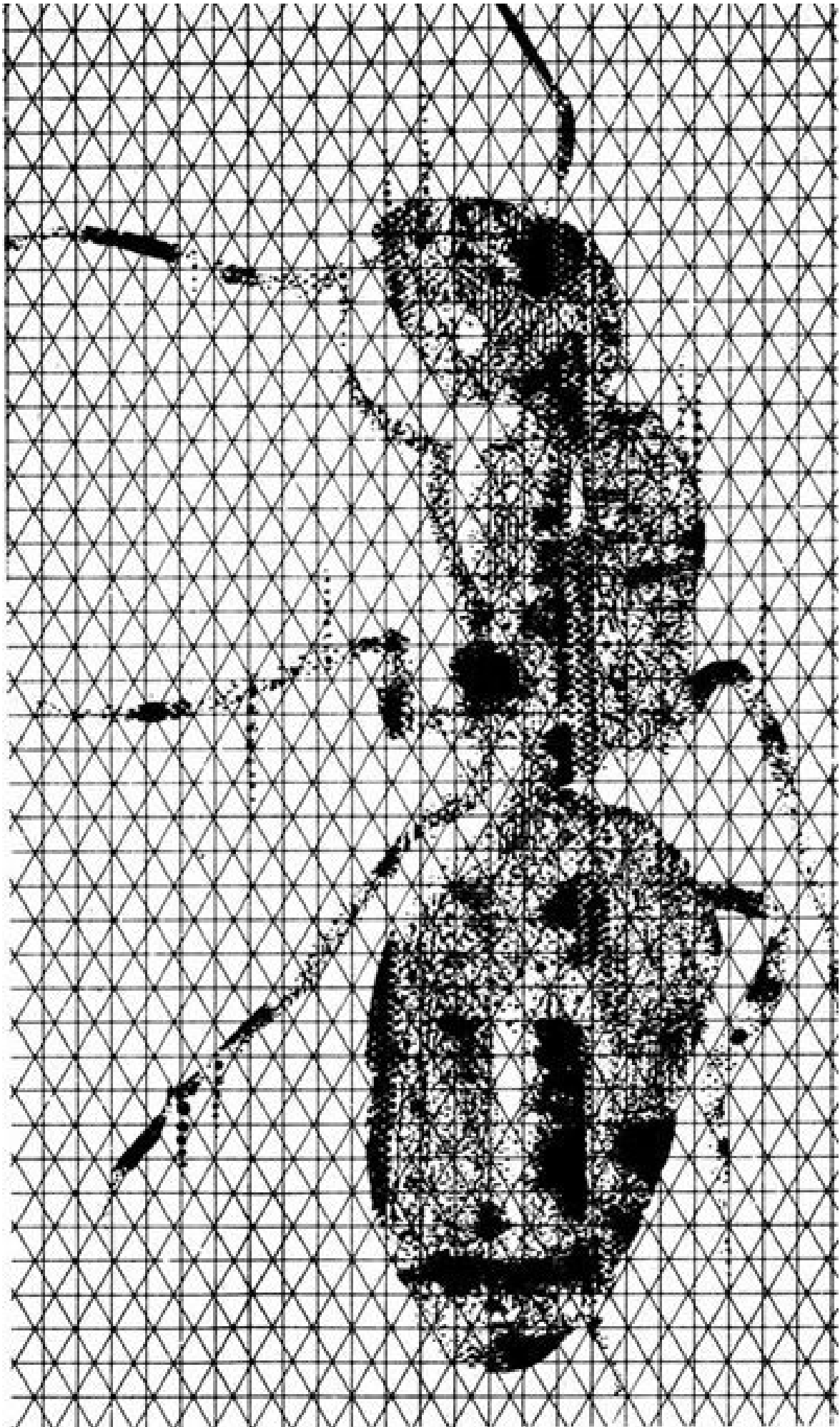
—Ella fue programada para esperar lo peor.

—¿Cuál es ahora la nueva maldad? —preguntó Leuz con una risita ahogada.

—Ahora la pobrecita recibe el bombardeo de un inmundo y podrido follón universal.

—¿Dinero?





—Shima se echó a reír.

—¿Sabes, *Forschungsreisendes?*, puedes ser verdaderamente profundo a veces. No, no dinero, acarofobia.

—¿Cómo?

—Formicación.

—¿Cómo?

—El bicho de la cocaína. —Shima miró a Leuz cuya cara no expresa haber recibido esclarecimiento alguno—. ¿No comprendes todavía?

—No, y no creo que quiera comprender.

—Quizás dé lo mismo. Me matarías de un tiro y no habría jurado que te condenara. Allá va, Gretchen. Lo lamento, pero hay que examinar tu sentido del tacto.

—¡Mira cómo se le estremece el cuerpo! Lo siento, amor. Lo siento. Ya todo terminó. Por lo menos, sé que puedes sentir realmente. —Shima volvió hacia Leuz un rostro muy pálido—. Y También yo lo estoy sintiendo por empatía.

—¿Qué es lo que estaba sintiendo? ¿Qué es eso del bicho de la cocaína?

—Insectos que recorren el cuerpo. Así se llama en la jerga psiquiátrica el síntoma que produce la cocaína.

—¡Aj! Tenías razón, ningún jurado me condenaría.

—Te dije que era universal, Lucy. Mírate los brazos; tienes la piel de gallina.

Leuz se frotó los brazos vigorosamente.

—A veces tengo mis dudas sobre los entomólogos. ¿O quiero decir etimólogos?

—Prueba *auf Deutsch*.

—¿*Wortableitung*? No. Debo de querer decir *Insektenkundefachmanns*.

—Prueba con *entomologie professeur*.

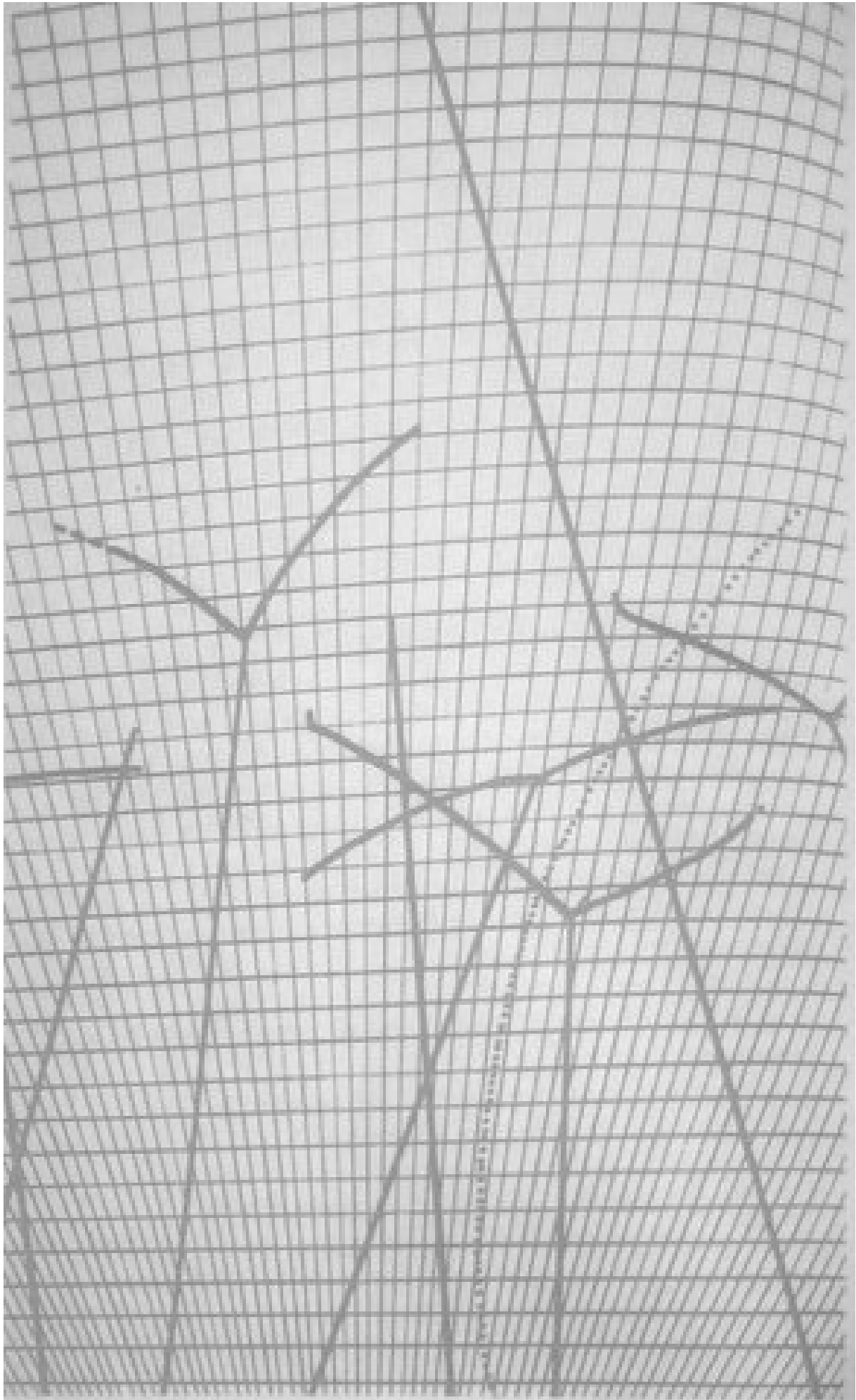
—Gracias mil. Pues ¿y ahora qué?

—Ahora la vista.

—Pero ya sabes que es de segunda mano.

—Claro, pero sólo en el espectro visual normal. Interrogante: ¿Es capaz de ver fuera de él? ¿En el ultravioleta o en el infrarrojo? ¡Allá vamos!

Shima dejó escapar un lento silbido y luego murmuró:



—Más y más cerca de su pináculo primordial, doctor. Esa muchacha es un salto evolutivo gigantesco.

—¿Qué? ¿Cómo? —Leuz se sentía confuso.

—Gretchen es ciega, ¿no es así?

—Dijiste que lo era dentro del espectro normal.

—Bien, en el ultravioleta está a mitad de camino entre ver y sentir.

—¿Ver? ¿En el ultravioleta? ¡Imposible!

—Lucy, está reaccionando, siente la radiación ultravioleta. No existe una palabra unitaria para su respuesta. Gretchen probablemente pienso que recibe chispas y luces... fósfenos... pero en realidad... ¡Oh, diablos! Intentemos una palabra. Está... Está... Está visintiendo partículas de alta energía que...

—No. invierte la palabra, Shim. Sentiviendo resulta mejor.

—Bien. Está sentiviendo la andanada de partículas disparadas desde el manto radiactivo de la tierra por debajo de ella... A través de una cámara de niebla somática.

—¡Dios mío! ¡Fantástico! ¿Un séptimo sentido?

—Exactamente.

—Pero ¿como puedes estar seguro que se trata de una cámara de niebla sensitiva?

—Tuvimos una suerte fenomenal.

—¿Qué consistió en...?

—Llegó al tope de la balanza en un punto como en una erupción. Sólo una vez, y era una en un millón.

—Acláralo.

—Estaba sentiviendo la aparición de un neutrino.

—¡No!

—Sí.

—Pero el neutrino es una partícula neutral con masa cero. Su reacción es casi imposible —objetó Leuz.

—Gretchen lo “vio” y tenía que ser un neutrino. Ninguna otra cosa del espacio podría haber atravesado mil doscientos pies de agua. Descendió a través de los cinturones de Van Allen, a través de la atmósfera, a través de doscientas brazas de agua, a través de ella, y su cámara de niebla somática lo “vio”. A esta altura ha atravesado la tierra y sigue su camino a donde sea.

—Que me condenen.

—Y estabas absolutamente en lo cierto, Lucy. Gretchen es una fantástica mutante, un gran salto hacia el pináculo primordial. Y si creyera en Dios rezaría para que este cambio genético fuera favorable y heredable.

—Amén.

—Lo mismo decimos todos. Y ahora subamos al Nuevo Antropos Primordial.

Sentado graciosamente con las piernas cruzadas en la célula acolchada, el subadar Ind'dni apagó la cinta registrada de las experiencias del *Rescate III* y contempló a Gretchen Nunn con una expresión en la que no estaba ausente la veneración.

—Es usted un fenómeno verdaderamente notable, madame. Inspirador incluso. *Lusus naturae* no le hace justicia. El doctor Leuz tenía razón. Usted es un salto fantástico que nos supera con mucho.

—¿El, entre comillas, Nuevo Antropos Primordial? —Gretchen, de hecho, se ruborizó.

Los ángulos de la boca de Ind'dni se curvaron bajo la barba renegrida; una negra ruborizada era un espectáculo adorable.

—Aun esa expresión resulta inadecuadamente descriptiva. La leyenda pretende que los dioses, adoptando apariencia humana, a veces visitan a sus parientes pobres aquí en la tierra. ¿Cuál de ellos es usted? ¿Saravasti, la divina protectora de la poesía? ¿Urna, diosa de la luz? Prefiero creer que lo más probable es que usted sea Gauri, la luminosa.

Gretchen, todavía más intimidada, se echó a reír y agitó una mano en el aire en señal de restar importancia a la cosa.

—Gracias, subadar. Si tengo que ser una diosa con apariencia humana, lo más probable es que sea el coco Mundingoe, Mumbo Jumbo, que aterrorizaba a las mujeres africanas.

—Lamento derramar un cubo de agua fría sobre el santo sacramento —dijo Shima avinagrado—, pero anoche tuve una experiencia profana con el Golem¹⁰⁰ ¿Lo recuerdan? Quisiera seguir con el asunto.

—No lo he olvidado, doctor —contestó Ind'dni—. Quizás aún lo recuerde más vividamente que usted. ¿No recuerda que cuando abandonó el edificio del departamento de policía, yo quedé con la patética víctima? Eso no fue una fiesta de Ops.

—¿La fiesta! —Exclamó Gretchen—. La fiesta de Ops que dio Regina para los hombres. Toda la colmena estaba reunida allí. Eso es lo que provocó la vuelta del Golem.

Ind'dni asintió.

—Causa y efecto. Ha quedado demostrado. Pero ahora me preocupa el efecto que un segundo viaje al Fasmamundo pueda tener en usted, esta vez sola, son la compañía del doctor Shima.

—¿Cuál es el motivo de la preocupación? —preguntó Shima—. Volvió del primero indemne, al menos volvió cuerda. En lo que a las travesuras físicas de su cuerpo concierne... Pues bien, aquí nos encontramos, encerrados en esta celda acolchada.

—De acuerdo, doctor. La cooperación de Bedlam-Rx nos rindió un gran servicio

y esta celda resulta razonablemente segura. En el peor de los casos, sira Nunn sólo puede atacar muros acolchados. En el mejor, lo abordará a usted como lo hizo con el póster en que se exhibía el “antes” y el “después”. —Ind’dni sonrió—. Prometo cerrar los ojos.

Esta vez Gretchen de hecho se dejó escapar una risa ahogada.

—Todos estamos en esto, subadar. No debemos guardar secretos.

—Muchas gracias por la confianza que deposita en mi discreción, madame, pero ¿no sería posible que yo tuviera los míos propios y no estuviera dispuesto a revelarlos? Sin embargo, he aquí el motivo de mi preocupación: los impulsos primarios del *Id* son el placer y la sobrevivencia. ¿Qué sucedería si su visita en este salvaje submundo el impulso de utilizarla para su brutal satisfacción?

—Pero eso es lo que espero, por supuesto, subadar —dijo Gretchen—, y estoy preparada para defenderme.

—¿Preparada para protegerse contra lo desconocido, madame? ¿De que manera?

—¡Señor! ¿No he vivido y trabajado en el mundo real de la Patraña casi treinta años? ¿Y qué cree que ha hecho la Patraña conmigo sino usarme para su placer y sobrevivencia? La única diferencia consiste en que la Patraña me paga. La experiencia me ha armado para resistir toda clase de presión física.

Ind’dni miró a Gretchen y luego a Shima.

—¿Y usted, doctor, también está armado, sea cual fuere la experiencia de la sira Nunn en el submundo infernal y sea cual fuere su comportamiento somático en esta celda?

Gretchen respondió antes que Shima pudiera abrir la boca.

—No, no lo está. De modo que *si le pauvre petit* se enfurruña, tendrá que comprenderlo. Ya consolaré al niño cuando regrese.

—Yo no me enfurruño —protestó Shima—. Yo no soy un niño.

Ind’dni suspiró.

—Pero quizá yo sí lo sea, doctor. Triste es confesar que tampoco estoy armado contra el posible resultado de la extraordinaria aventura de la sira Nunn, pero... sea. Lancémosla a su solitario viaje a lo desconocido. ¿La inyección de prometio...?

* * *

—¡BASTA! ¡BASTA! ¡BASTA! —gritaba Gretchen—. Por Dios ¿qué estás haciendo?

Abandonó tambaleante el rincón acolchado en el que había recobrado la conciencia, vaciló sobre los suelos recubiertos de la celda y trató de separar a los dos hombres. Shima rodeaba con sus manos el cuello de Ind’dni y estaba tratando de estrangularlo y hacer que se diera la cabeza contra la pared. El subadar tenía asidas las muñecas de Shima. Gretchen rodeó con los brazos el cuello de Shima y dejó que

su peso muerto lo apartara de Ind'dni.

—¡Perra! —Shima jadeaba como un tigre al ataque—. ¡Negra perra hija de puta!
¡Y este moreno que te folla!

—¡Por amor del cielo, Blaise!

—Dios te maldiga. Y maldiga el día en que te conocí.

—¿De qué estás hablando?

Ind'dni se masajeaba el cuello.

—Evidentemente el doctor Shima no sólo está desarmado, sino que es extremadamente vulnerable, además. Todas sus respuestas cultas lo traicionaron y atacó cuando debió haberse retirado.

—¿De qué? ¿Qué ha sucedido?

—Describiendo el suceso con delicadeza, sira Nunn, hízose evidente que el que debería haber cerrado los ojos era el doctor Shima.

—¿Cómo?

—Su cuerpo inconsciente abordó al hombre que no correspondía.

—¿Quiere decir que yo...? ¿Usted...?

—Sí, tú, a él —gritó Shima—. ¿Y desde cuándo?

—¡Blaise! ¡Jamás!

—Sí. Claro. El acto físico, jamás... Quizá... Pero ¿desde cuándo lo deseas, eh?

—No, Blaise. Nunca.

—¿Tendría paciencia para entablar una conversación amistosa, doctor?

—¡Calle, maldito moreno sonriente y sinuoso...!

—Shima. —El sudabar no había levantado la voz, pero ésta penetró como frío acero—. Nunca vuelva a llamarme “moreno” en este tono.

El temor redujo a Shima al silencio.

—Su furia se basa en el conocimiento que usted tiene del modo de actuar de la sira Nunn, ¿sí? —La voz de Ind'dni era nuevamente gentil—. Siente primero y luego encuentra las razones. Lo he oído a veces burlarse de madame por pensar con las entrañas. ¿Sí?

—Sí —murmuró Shima.

—Entonces ¿cómo puede tomar en serio esa travesura de su cuerpo inconsciente, cuando internamente nunca ignoró que yo soy homosexual?

—¿C-cómo?

—Pues, claro. —Ind'dni sonrió—. Ni lo oculto ni lo ostento, pero madame sintió la verdad desde la primera vez que nos vimos. En el mejor de los casos abordó otro poster equivocado. En el peor, su cuerpo fue culpable de otra travesura, pues sabía que su desafío no encontraría respuesta.

Shima estaba espantado.

—¡Oh, Dios! ¡Dios mío! Fui un maldito imbécil. Por haber sospechado. Por haber vigilado cómo ella lo miraba a usted. ¡Soy un payaso! —rompió a reír histéricamente, empezó a llorar y luego ocultó la cara avergonzada contra la pared acolchada.

Gretchen miró a Ind'dni con fijeza. Éste levantó una ceja y le sonrió. Ella sacudió la cabeza enfáticamente. La sonrisa de él no tuvo la menor alteración.

Shima se volvió bruscamente.

—Quiero disculparme.

—No es necesario, doctor.

—Que me condenen, tengo que disculparme.

—Ya lo ha hecho usted.

—Serénate, pues, amigo mío —lo tranquilizó Gretchen—. Tocaste fondo. No puedes ir más abajo. Ahora ya puedes empezar a preparar.

—Metáfora de suma complejidad, pero adecuada no obstante —rió Ind'dni—. Lo peor ha pasado y no hay motivo de sentir culpa o vergüenza. No debemos permitir que la insania del infierno interno derrame su sangre en nuestras vidas civilizadas. Abandonaremos este desagradable escenario y visitaremos una atmósfera más grata... mi propio piso. Lo hallarán benigno y reparador. Y debemos escuchar la crónica de la expedición de madame al Fasmamundo mientras todavía la tiene fresca en la memoria.

Mientras iban abandonando en fila la celda acolchada, Gretchen dibujó para Ind'dni silenciosamente con la boca las palabras:

—Es. Usted. Un. Gran. Hombre. Lleno. De. Bondad.

Había elegancias en el piso del subadár Ind'dni que sólo la élite era capaz de apreciar. Bombillas con filamentos luminosos procuraban una clara iluminación.

—Ah, sí. Si me ofrecen un enorme soborno daré a conocer la identidad del moderno Thomas Alva Edison que me las fabrica.

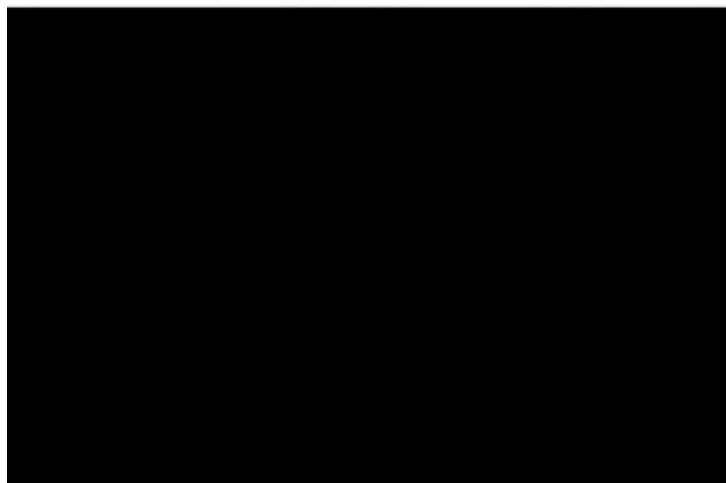
Un globo terráqueo de medio metro de diámetro era tan antiguo que había en él regiones en blanco con el rótulo *de terra incognita*. Una mosca verde había muerto en el paralelo 47 de latitud N. Sólo un examen atento revelaba que el cadáver estaba hecho de jade, azabache y encaje de oro.

—Sería necesario un brutal chantaje para obligarme a descubrir el moderno Fabergé que me la hizo. Y ahora, si están lo bastante recuperados y se sienten cómodos, empecemos.

—En primer lugar ¿durante cuánto tiempo estuve ausente?

—Veinte minutos —respondió Shima—. Reduje la dosis de Pm a una cuarta parte de lo que nos inyectamos la primera vez. Esa droga es tremenda. Hay que manejarla con cuidado.

—La reducción no fue para nada exagerada, Blaise. Mis enloquecidos sentidos primordiales vieron en el escenario del Fasmamundo un estremecedor paisaje de Rorschach... pleno de lúgubres manchas de tinta o, quizá, debería decir manchas de *id*. No puedo comprender aún ni la mitad de ellas. Primero lo vi todo negro...

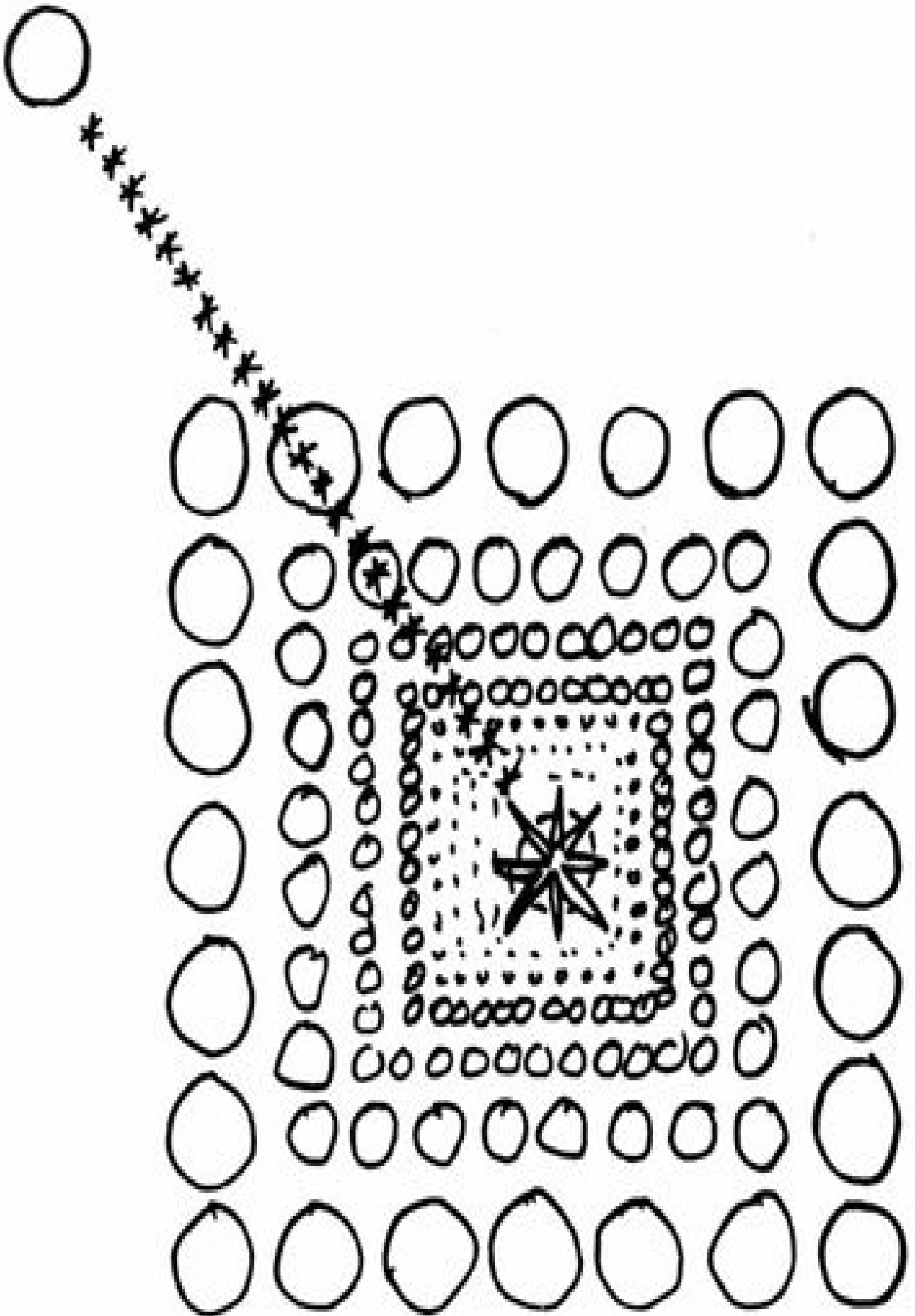


—Esa sería la situación de madame sin gozar de la ventaja de leer sus sentidos, doctor.

—Así es.

—Sira Nunn, en la medida que tenga recuerdo de su experiencia ¿podría trazar un esbozo de las percepciones que tuvo? Aquí tiene papel y lápiz.

- Por cierto, no soy una dibujante, pero trataré de hacerlo subadar.
- Muchas gracias. Nos ayudará mucho para lograr alguna interpretación.
- Luego el negro se salpicó de estrellas, de líneas de círculos y de símbolos sin sentido. ¿Debo tratar de dibujarlos? Era complicado...



—No es necesario, Gretch. Ese era simplemente el modo en que concibes tu percepción, a través de la cámara de nieblas de las partículas de alta energía.

—Luego lo vi todo blanco y apareció una especie de Agujero Negro que se convirtió en un pájaro en vuelo o en un casco. O quizás, en una peluca de las *Follies Bergère* pintada por Toulouse-Lautrec. Era algo así... y me estaba mirando...

Aumentó de tamaño y se convirtió luego en una urna o en una sopera...





... pero ¿vieron alguna vez una sopera con ojos?

Luego un vaso...



Al menos así fue como lo vi yo; pero estoy segura de que cada cual vería una imagen diferente en las manchas de *id* de Rorschach...

Pero ahora que lo pienso, me recordó una carta del Tarot: *Le Pendu*, "el Ahorcado", y tuve miedo...

Y comenzó a condensarse y a dividirse en... en no sé qué, pero era espantosamente feo. Mírenlo.



Luego se convirtió en una corona o en una mariposa posada sobre un corazón, o una espada, o una plomada, así...

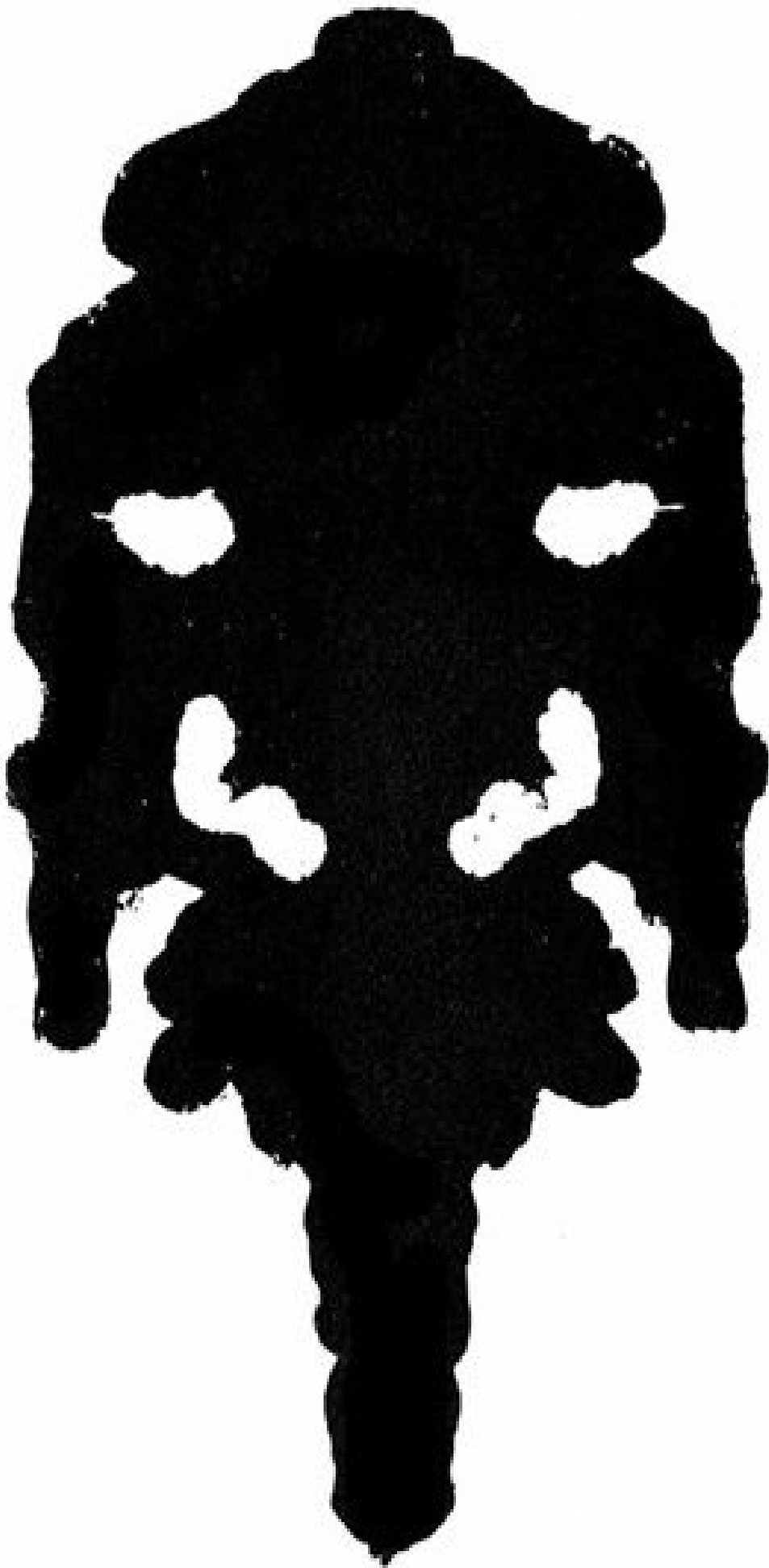


Pero siempre parecía haber dos ojos que me vigilaban constantemente.

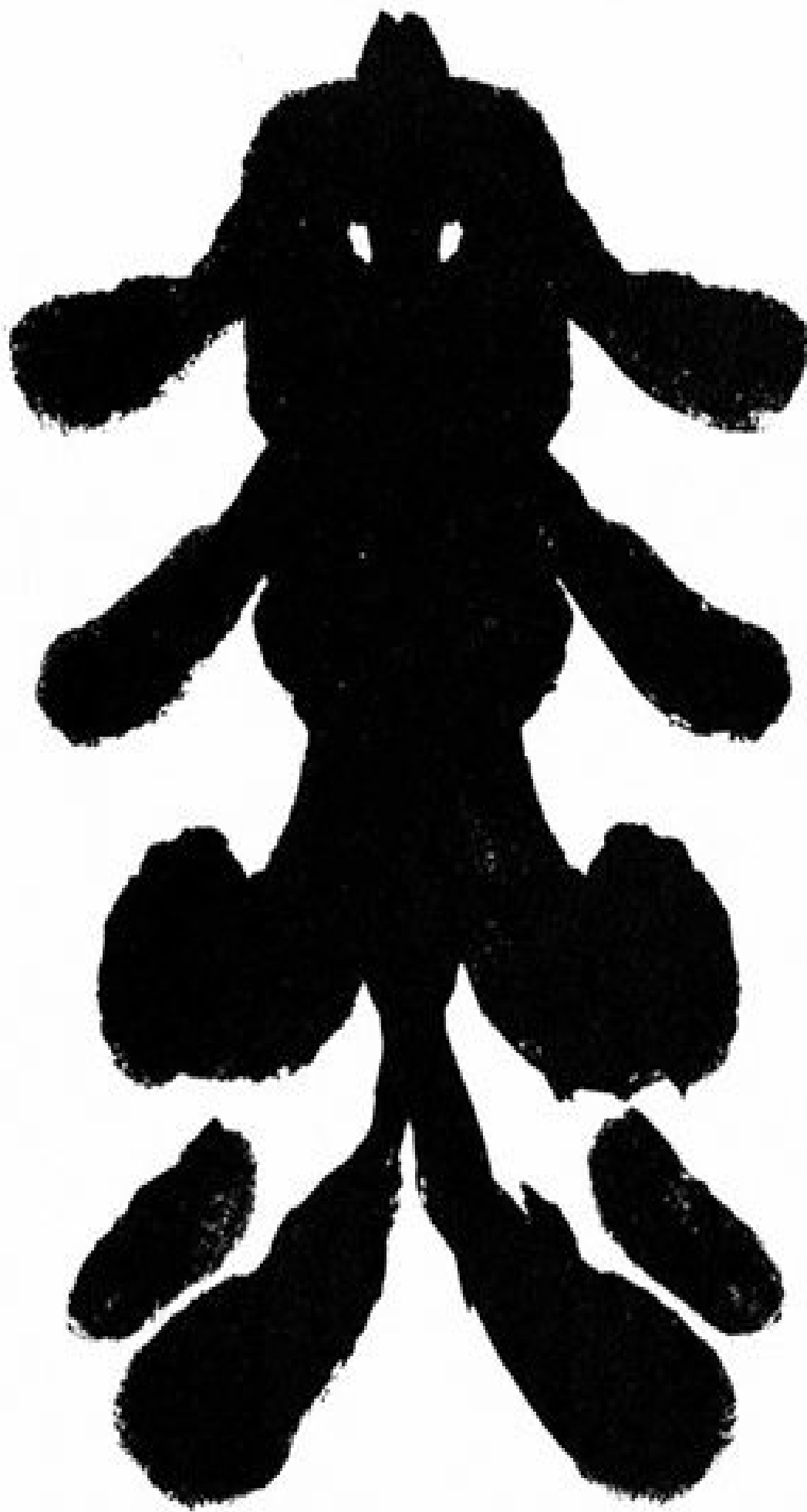
Luego repentinamente, vi un ganso que volaba o una abeja con el aguijón dispuesto al ataque.



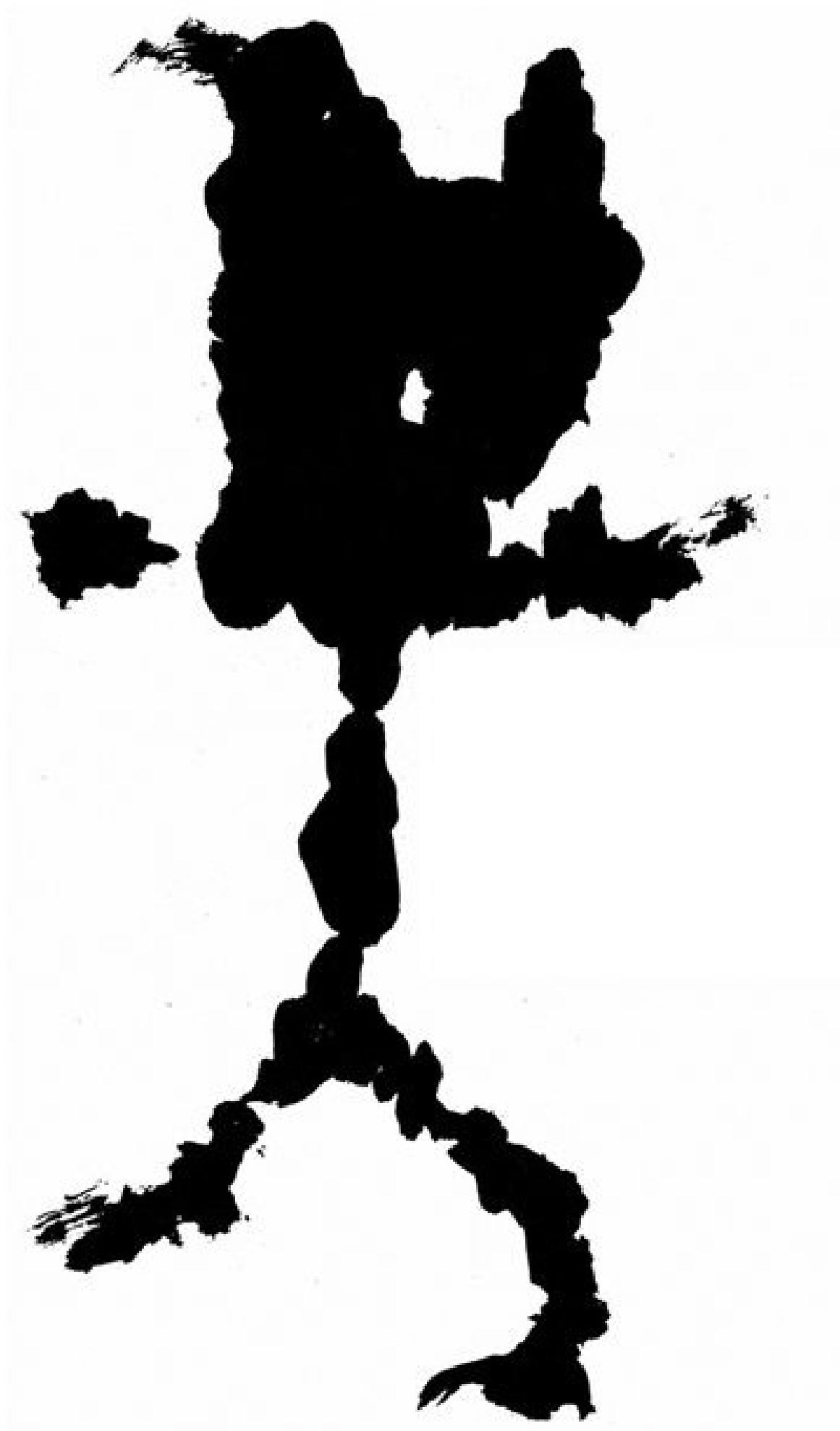
Sólo que el Fasmamundo es una pesadilla de transformaciones y vi manchas de *id* sin identidad. Las alas del ganso o de la abeja se convirtieron en una máscara demoníaca africana, una máscara de médico hechicero o de vudú, pero, al mismo tiempo, parecía ser el principio de la clave de algo...



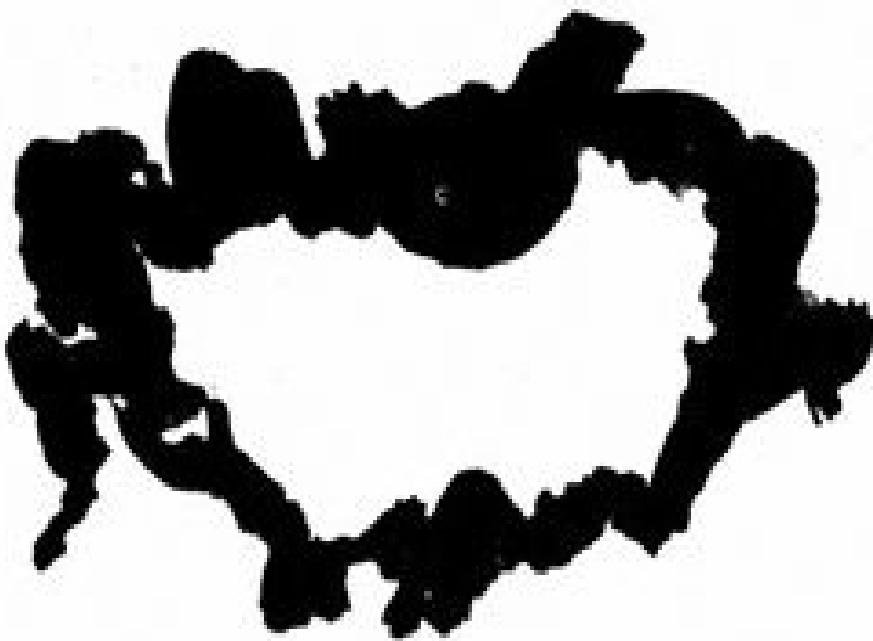
Y de pronto fue como si las manchas de *id* de Fasmamundo estuvieran tratando de comunicarse conmigo, tratando de explicar la *raison d'être* de su cultura, pero en chino, o japonés, o en lenguaje espacial. Y los ojos seguían vigilándome.



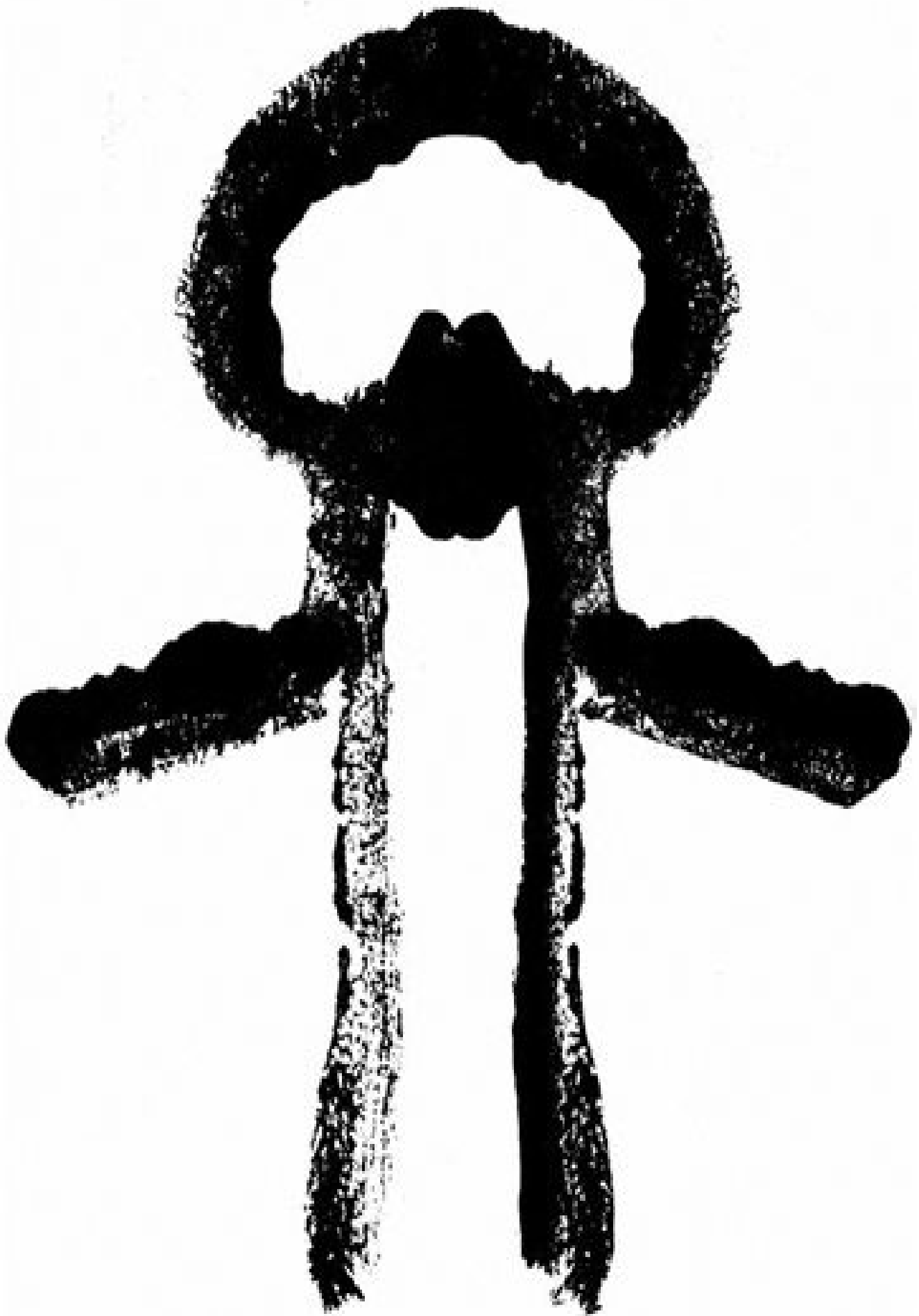
Luego una gallina disparatada sobre una mesa me cacareaba, solo que no la oía. No me era posible oír nada. En el Fasmamundo reina un silencio mortal.



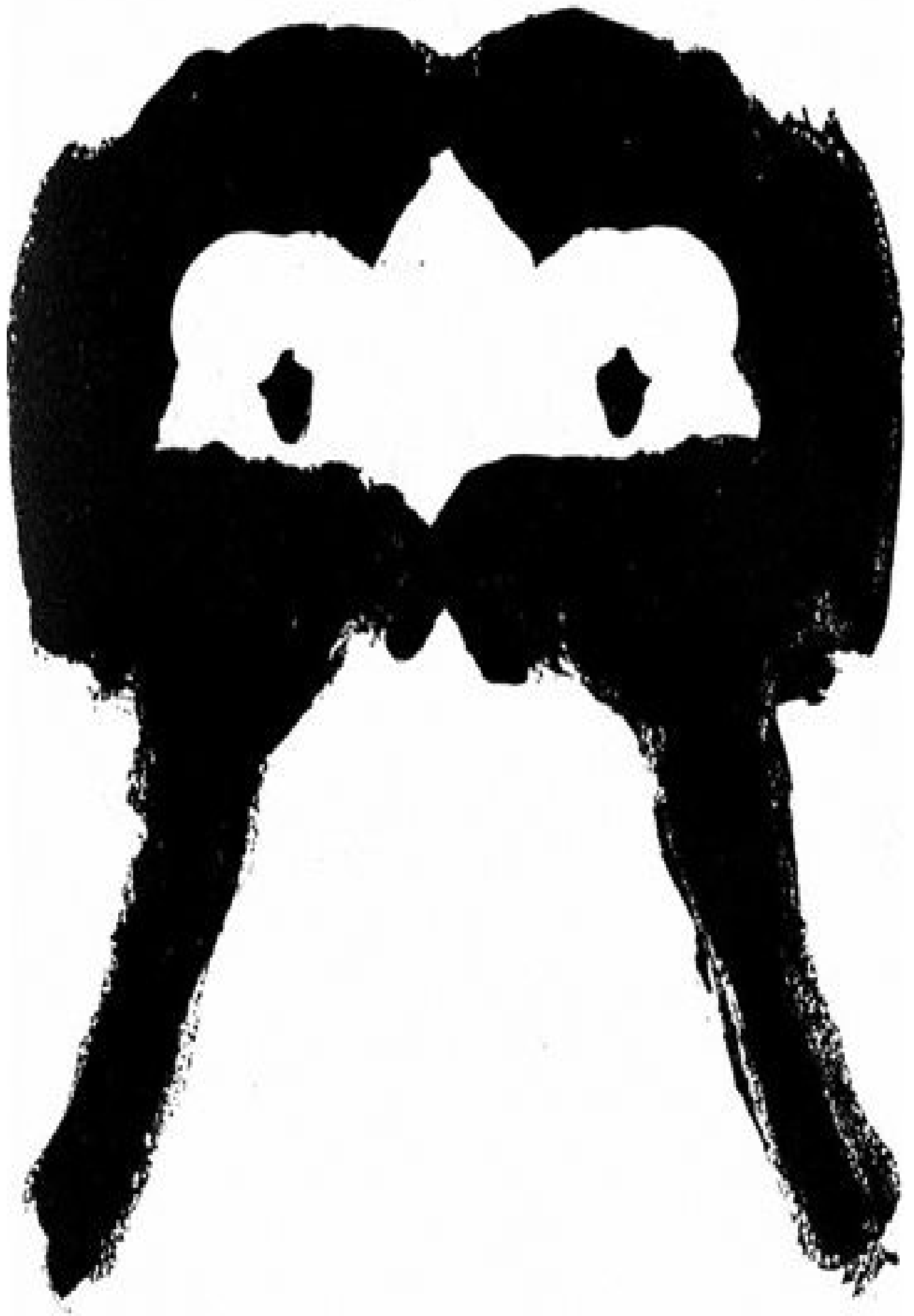
¿Quién más sorprendida que yo cuando un bonito *id* de tipo femenino comenzó a cortejarme y a dirigirme miradas intencionadas? Ojos. Siempre ojos. Manchas de tinta o de *id*. Siguen siendo ojos. Así...



Y la figura esquemática y vacía de un hombre comenzó a insinuárseme. Tiene usted razón, subadar: el placer y la satisfacción son motivos primarios...



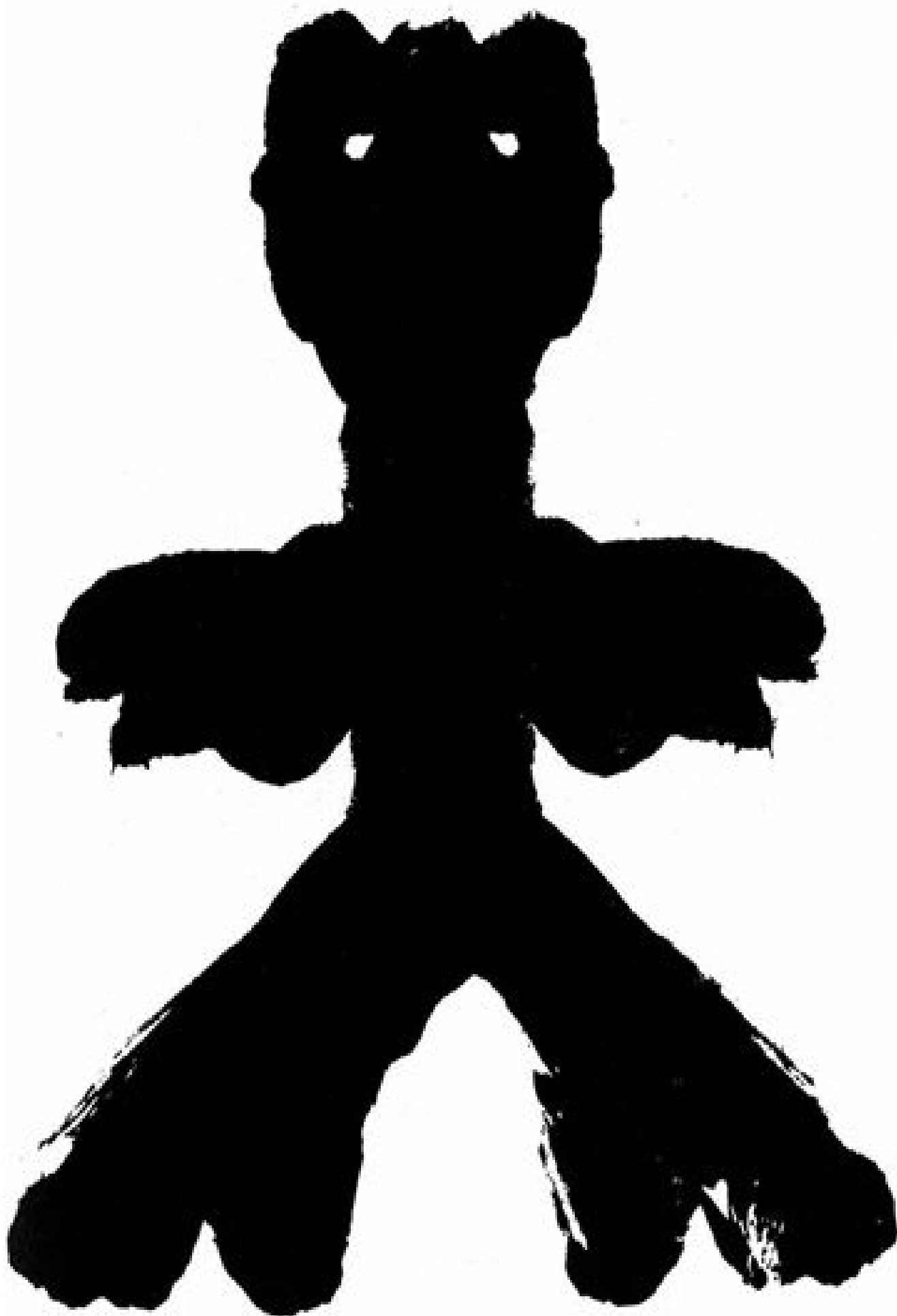
Pero una mujer-*id* lo estaba vigilando o me estaba vigilando a mí o a ambos.
Otra vez ojos...



Y su cara se convirtió en otra máscara demoníaca



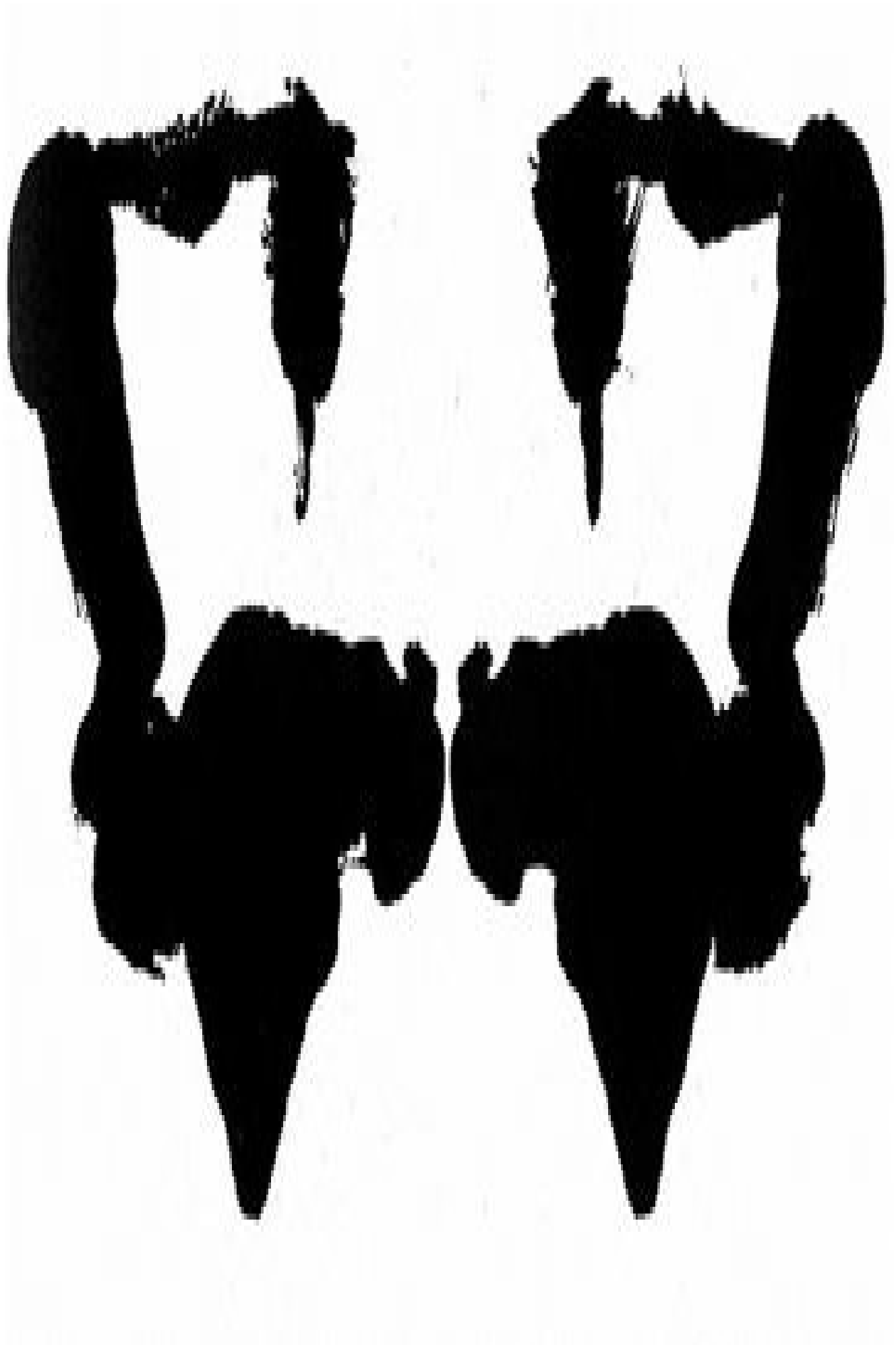
Y se transformó en Muerte,
que embozada quería atraparme...



Entonces un Negro esquemático avanzó hacia mí...



Creo, quizá, que intenté huir, y apareció una forma que... no sé... parecía una trampa abierta que me hubieran preparado. ¿Acaso los objetos inanimados también tienen *id*?



Y se fundió para convertirse en esto o fue reemplazado por esto. No sé qué.
¿Quizá hermanos siameses que se estuvieran besando?



La feminoide bonita volvió y siguió cortejándome. Hay una extraña especie de continuidad y persistencia en la civilización Fasma...



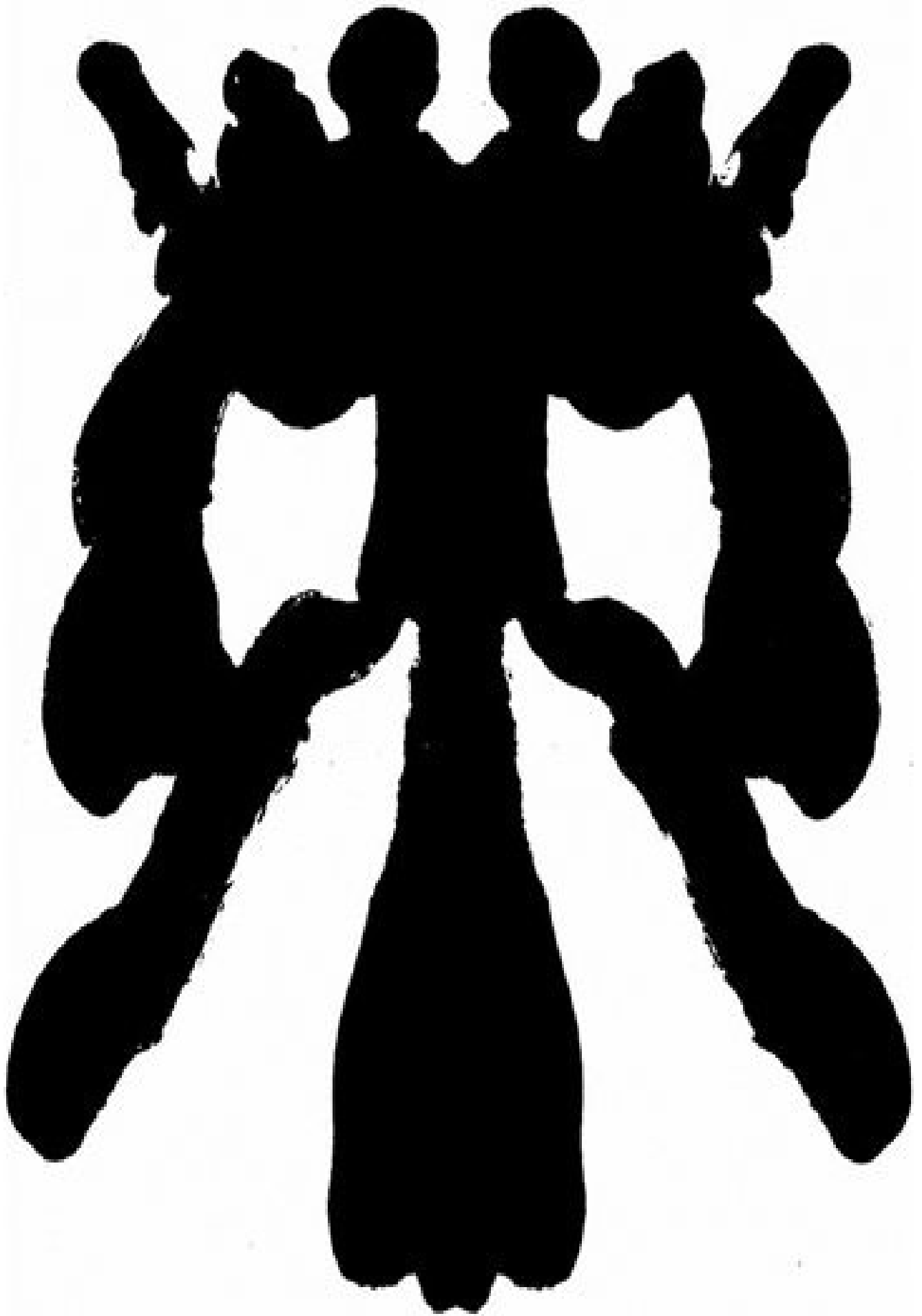
Y esa cosa vaga que, pensé, podía ser una trampa abierta, se convirtió en una diadema. En un mundo resbaloso, neblinoso, fluido, la realidad gelatinosa de la gente...



Y luego creció hasta convertirse en una corona imperial...



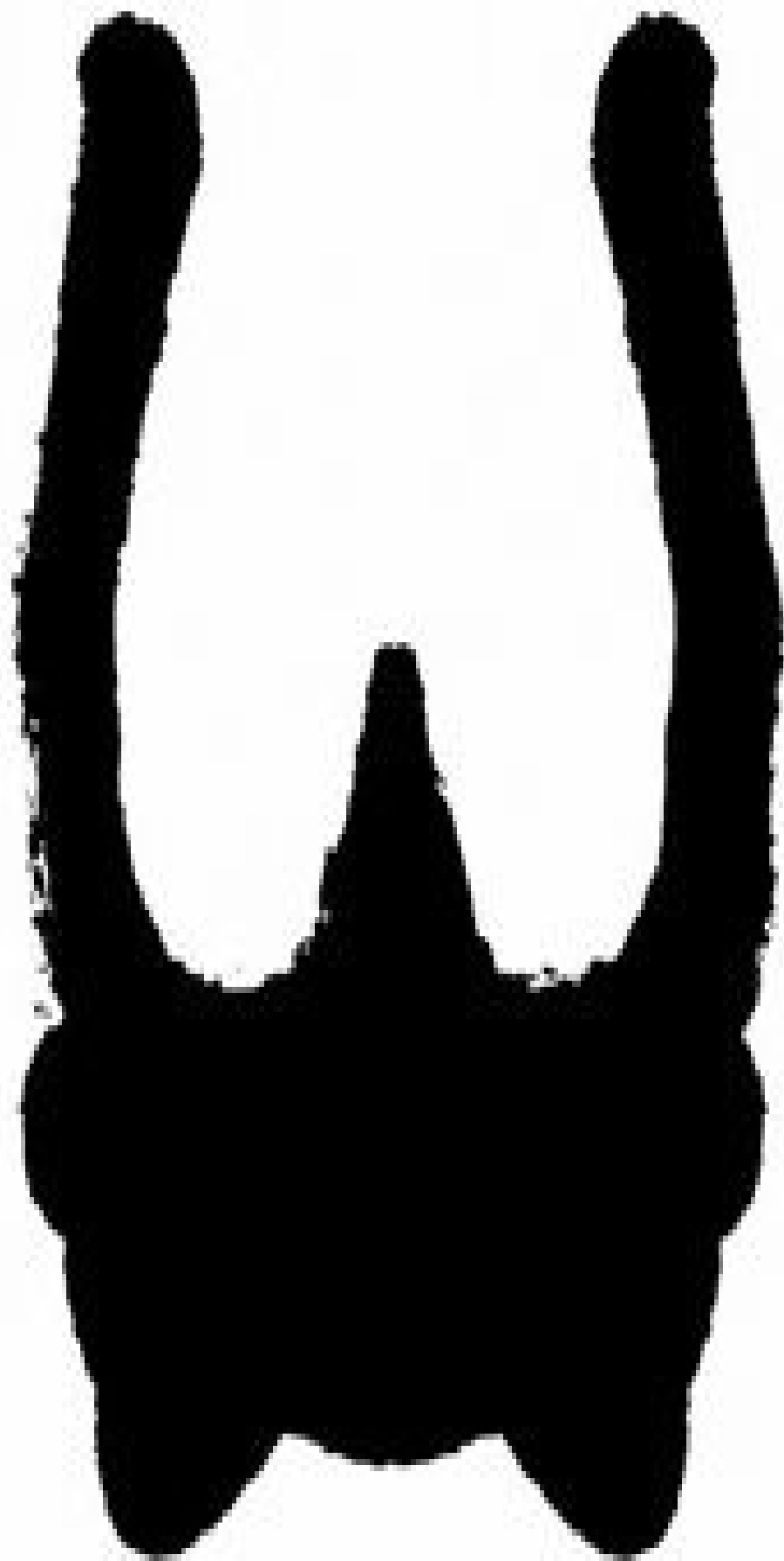
Y luego la corona imperial en una demoníaca máscara de médico hechicero.
Algo así aproximadamente...



Los hermanos siameses volvieron, esta vez dándose la espalda y, aparentemente, ofendidos el uno con el otro; o quizá veía un par de cobras que danzaban. Mírenlas...



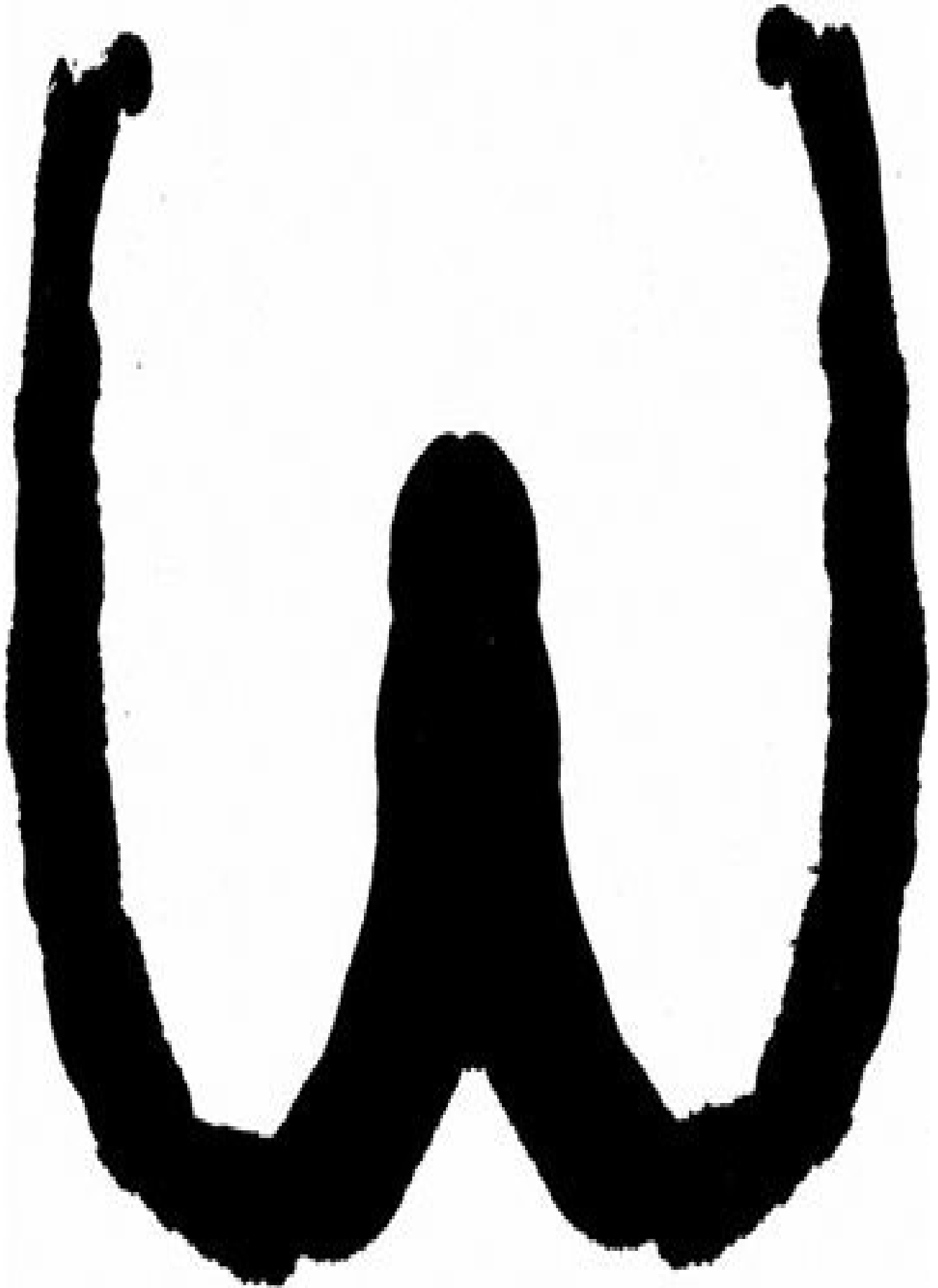
Luego, de la nada, apareció una gorda W...



Que se convirtió en un par de brazos levantados con bíceps enormes; algo así...



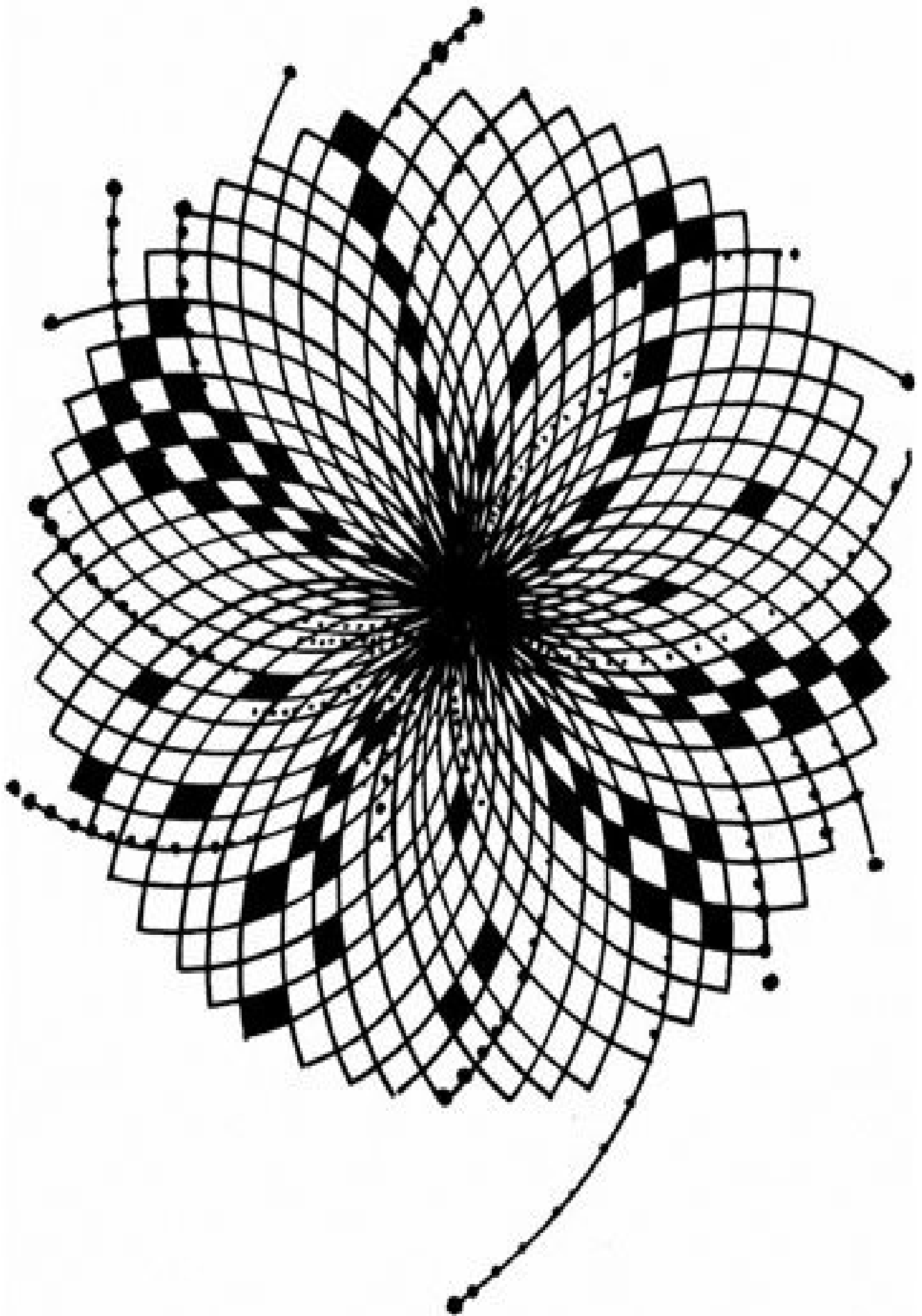
Y se transformó en un ridículo culo flácido y gordo...



¡De pronto volvió la muerte!



Y explotó un girasol hacia el infinito y...



—... y estaba de regreso en la celda.

Gretchen trató de recuperar el aliento; había estado hablando y dibujando durante media hora. Los dos hombres estaban tan absortos que no la tuvieron en cuenta. A pesar de las penosas experiencias sufridas, Gretchen no pudo evitar reírse. Shima se centraba en la mosca de jade muerta sobre el paralelo 47 de latitud N. Ind'dni examinaba los bocetos trazados por ella con la concentración de un *connoisseur* de manchas de id. Por fin Gretchen dijo:

—¿Y bien?

—Esa explosión —le preguntó Shima a la mosca de jade—. ¿Esa explosión hacia el infinito...?

—Fue su ataque de huida contra mí —murmuró Ind'dni—. Esa fue probablemente la causa del repentino retorno de la sira Nunn. —Levantó la vista de los bocetos—. Creo que convendrá usted, doctor, en que revela una relación sumamente curiosa e inesperada.

—¿Entre Gretchen y yo? Nada hay de ines...

—No, no. Entre soma y psique. —Ind'dni se volvió hacia Gretchen—. Usted es siempre una fuente de inspiración, madame.

—Gracias, subadar.

—Con toda devoción, deseo tenerla en mi personal. —De nuevo a Shima—: Y bien doctor ¿extrajo alguna conclusión astuta de la exploración de la sira Nunn?

—Así es: que estaba en lo cierto. No se trata sólo del Golem¹⁰⁰ Existe una población id.

—Sí. ¿Y entonces?

—Que hay toda una cultura del Fasmamundo.

—¿Y entonces?

—Y que existe una vinculación entre los individuos del Mundoreal y los iddividuos del Fasmamundo.

—¿Id-dividuos? Bien dicho, doctor. Me gusta mucho eso de los “iddividuos”. ¿Algo más?

Shima hizo una mueca.

—Una conclusión negativa. Dado mi análisis de la situación: tendríamos que conocer íntimamente los individuos de Nuestromundo antes que pudiéramos establecer sus vínculos con los iddividuos del Fasmamundo y vice versa. *Summa*: llevará siglos descubrir la fuente del Golem.

—¡Bravo, doctor! —Ind'dni sonreía de oreja a oreja—. Estoy por entero de acuerdo con usted, excepto la estimación del tiempo requerido.

—¿No cree que lleve tanto? ¿Por qué?

—Me reservo el último turno, doctor. Ahora es el de madame. Si ha recobrado energías, sira Nunn, por favor, denos su conclusión.

—Bien... —comenzó Gretchen lentamente— como lo dije mientras estaba dando el informe, tenía usted razón en preocuparse, subadar. El placer y la satisfacción en el

infranivel bestial son las motivaciones del Submundo. Pero... Pero eso es lo que me confunde, pues percibí tanto peligro y muerte.

—¿Por qué la confusión, madame? —Ind'dni estaba ligeramente sorprendido—. El placer egoísta a menudo hace peligrar a los demás. ¿Los carnívoros no experimentan placer en la muerte lenta de sus presas? ¿No vio nunca como el gato demora la liquidación final del ratón?

—Eso es cierto.

—Entonces, ya resuelta la confusión ¿qué sacó usted en limpio de las imágenes errantes, las manchas de *id* que se trasladaban y se reemplazaban y se transformaban? ¿Puede interpretarlas?

—Pero ya le di mi interpretación mientras iba mencionándolas, subadar.

Ind'dni sacudió la cabeza apesadumbrado.

—¡Ay! He aquí el dilema planteado por los experimentos de laboratorio. El sujeto se encuentra demasiado inmerso en la prueba como para dar una estimación objetiva de la experiencia.

Shima interrumpió:

—Si usted ha llegado a conclusiones diferentes, Ind'dni, escuchémoslas, por Dios. ¡No juegue con nosotros al gato y al ratón!

—Jamás fue esa mi intención, doctor; no soy ningún carnívoro cruel. Yo *pude* interpretar unas pocas percepciones primordiales de madame... su sentivisión, la llamó el doctor Leuz... y me gustaría someterlas a su juicio.

—Primero, la estimación del tiempo —insistió Shima—. ¿Por qué no aprueba la mía?

—Porque, según creo, la sira Nunn ha alcanzado la meta de su viaje con prometio. Inconscientemente ha develado la verdadera fuente del Golem, la bestia de las Cien Manos.

—¿Cómo? —exclamó Gretchen—. ¿La meta de mi viaje? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—¿Quién? —lanzó Shima.

—Sus sospechas resultaron conectas: Winifred Ashley, Abeja Reina de la colmena.

—¿Cómo llegó a interpretar las manchas de *id* de ese modo, subadar?

Gretchen estaba perpleja.

—En primer lugar, debo señalar que con su séptimo sentido, la cámara de niebla que tan brillantemente descubrió el doctor Shima, tuvo gran parte de sus percepciones. (Paciencia, se los ruego. La cadena inductiva es delicada y debe considerarse eslabón por eslabón). En suma, madame a menudo sintió auras de energía viviente que pueden ser tan poderosas como las partículas subatómicas.

—Sí ¿y...?

—Los ojos que la vigilaban constantemente: sustituya el ojos físico de la vista por el “yo” psicológico del *ego*. Se veía a sí misma reflejada en las entidades-fasma y, sin duda, ellas se veían a sí mismas reflejadas en usted. La fasmacultura es un mundo de

masturbación mutua.

—¡Mi Dios! —exclamó Shima—. ¡Vaya concepto!

—Pues, bien, este es el más delicado de los eslabones —continuó Ind'dni—: la mujer oscura del *id* que la vigilaba, sira Nunn, que se transformó en una máscara demoníaca... Examine objetivamente sus recuerdos... Vuelva a examinar su boceto... ¿No podría ser la máscara la letra “R” unida a su imagen especular?

—¿Qué? A mí nunca...

—¿Y con el apoyo de su impresión de los hermanos siameses?

—Nunca se me había ocurrido...

—¿Y la trampa abierta que se convirtió en diadema y luego en corona imperial y en una máscara demoníaca coronada finalmente? Mire su boceto. ¿No es la máscara la letra “R” unida a su imagen especular?

—¿Qué le sugiere una “R” coronada?

—No puede haber error... ¡ahora! La Abeja Reina. Regina. —Gretchen se volvió hacia Shima—. Tenía razón, Blaise. *Estaba* tan entregada al viaje con Pm que no tuve tiempo para elaborar nada.

—Otro delicado eslabón —prosiguió Ind'dni—. ¿El ganso en vuelo o la abeja armada de aguijón?

Shima asintió con la cabeza con convicción.

—Regina, la Abeja Reina. Tiene que ser ella forzosamente.

—Así es, en verdad. Establecimos la fuente primordial de la Criatura de las Cien Manos. Se genera por la colonia, la colmena de señoras abejas, pero la que mantiene unida a la colonia es su reina. La reina es la fuente en definitiva.

—De modo que la reina es la casa que debe ser destruida —susurró Gretchen.

—Pero lo que me desconcierta —dijo Ind'dni lentamente— es la letra “W” que se convierte en un par de brazos fuertes y luego en nalgas abundosas. ¿Por qué inspiró la aparición de la muerte?

—La muerte se me había aparecido antes, subadar.

—Sí, en respuesta a la “R”. ¿Por qué luego también en respuesta a la “W”.

—Es obvio —dijo Shima—. Representa la “W” de Winnifred.

—Algo excesivamente obvio para mí, doctor —dijo Ind'dni con un suspiro—. Quizá sea un defecto de la actitud bombasí el rechazo de lo inmediatamente obvio, sin embargo, no termina de gustarme. Debe de haber una significación más profunda, quizás una significación doble, en la Muerte que se cierne sobre esa letra, los brazos robustos, las nalgas...

—¿No está complicando la cosa de manera innecesaria, subadar?

—Quizá. —Ind'dni inhaló profundamente y sonrió—. O quizá, para parafrasear la máxima del doctor Shima, estoy tratando de salir al encuentro de lo desconocido con lo desconocido. —Volvió a inhalar profundamente—. De cualquier manera sabemos dónde estamos ubicados *vis-à-vis* con el Golem¹⁰⁰. Es una *iddentidad* —gracias por acuñar el término, doctor— vinculado íntimamente con la psique de la sira Winifred

Ashley a través de la colonia que ella controla. Sise la depone, la colonia se dispersará y el Golem quedará sin casa.

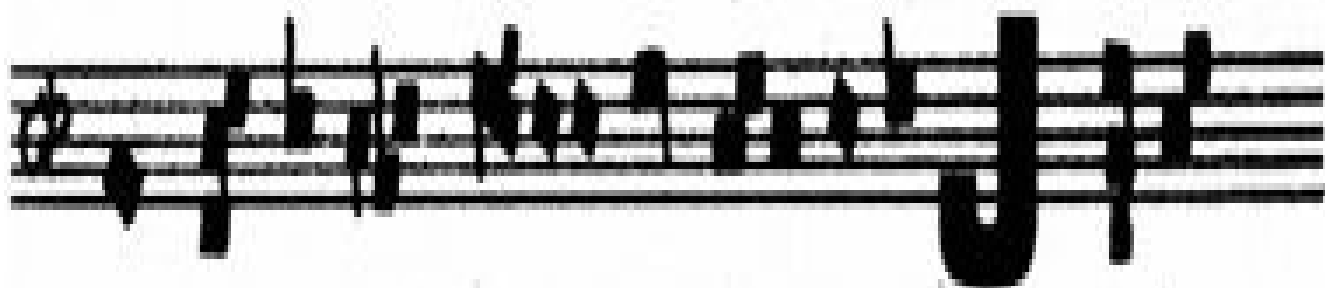
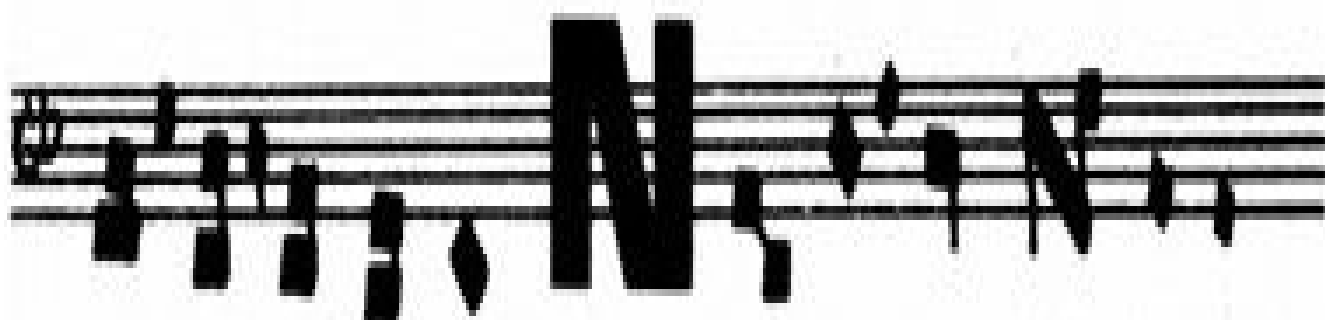
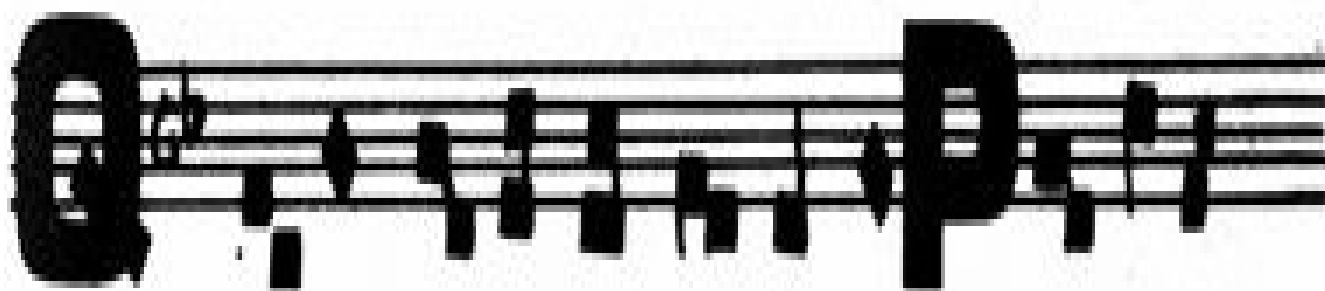
—Ese es un trabajo que me corresponde —dijo Gretchen con firmeza—. Yo formo parte de la colmena. Tengo que encontrar un modo de minar el terreno de Su Majestad.

—¿Horadando desde dentro? —Ind’dni sonrió—. Perdonable traición en esta situación fantástica. Sin embargo, sugiero que el trazado del plan quede para mañana. Este no es momento de seguir las conversaciones. Estamos todos muy cansados y necesitamos descansar.

—Tiene razón —dijo Shima con un bostezo—. Yo estoy agotado. Vamos, sira Lig. Vayamos a la cama y nada de frivolidades.

—Es *Jig*, Señor *Jap*. ¿No va a recordarlo nunca? —Gretchen se dirigió hacia la puerta seguida de Shima—. Ya veremos lo de las frivolidades cuando lleguemos a casa. Todavía hay tierra en la terraza. Buenas noches y felices Ops, subadar.

Ind’dni no respondió ni los acompañó para despedirlos. Permaneció sentado y observó a la *Jig* y el *Jap* con horrorizada expresión de esclarecimiento e incredulidad.



—Esta es la misa medieval original de la que se adaptó la canción —dijo Gretchen—, o que se tomó o se robó. La hice reproducir para ti, Regina, porque pensé que haría juego con el encantador decorado comunista de tu casa. Por supuesto, cuando la interpreté, utilicé una adaptación moderna para piano.

Los ojos de Regina expresaban pletórica satisfacción.

—Este es el más dulce regalo, el regalo más considerado que haya recibido nunca, Azabache. Me siento apabullada. De veras, felices Ops, querida, y un millón de gracias.

—Bueno, me enteré que no conseguiste el cilindro de la pianola —dijo Gretchen sonriéndole desde junto al piano—, de modo que exhumé la música. Era lo menos que podía hacer por ti, Regina.

—¡Y tan bien interpretada! ¿No es cierto, señoras?

—Todo corazón —dijo Ildefonsa aplaudiendo—. Todo corazón, hoz y martillo.

—¡SI! ¡Búrlate de Azabache si quieres, Nell —irrumpió Sara Ardorosa— pero ese HIMNO SAGRADO inspiró al PROLETARIADO que dio su vida en la batalla por arrebatar el arte DEMOCRÁTICO, la ciencia y la libertad de las ociosas garras de los PATRONES capitalistas e imperialistas!

En el atónito silencio que siguió al apasionado arranque, Gretchen dijo:

—No sabía que fueras miembro del partido.

—Oh, no lo es —dijo Ildefonsa—. Actuó en *La joven rebelde, una perla preciosa* que hizo temblar de terror a los explotadores del trabajo. Yo vi el espectáculo. Ese era el gran parlamento con que caía el telón del primer acto. ¡Pfui!

—Vamos, vamos, Nellie —la amonestó Regina—. No debemos burlarnos de esa actuación de Sara. No se puede hacer responsable a un autor de los parlamentos anticuados que recita en los romances históricos. Sara se consagró verdaderamente a *La joven rebelde* y no se la puede culpar de las tonterías que el autor puso en su boca.

—¿Quién escribió la pieza?

—Un dramaturgo de la Vieja Ola llamado Szechuan Finkel —musitó Sara—. ¿Sabéis?, creo que debían hablar realmente así en los viejos tiempos de la Bandera Roja.

—¿En qué época fue eso? —Preguntó Marita Confusa.

—Hace siglos, no estoy segura. Creo que cierto santo llamado Joe Stalin expulsó a los patronos del templo... o vice versa.

—Pero ¿qué era un patrón?

—Una especie de Ogro con largos colmillos.

—Eso ya no interesa, Marita —se interpuso Regina—. Es sólo historia antigua. Azabache querida, tócala de nuevo y la cantaremos contigo. La ensayamos en lenguas extranjeras en la esperanza de que conseguiría el cilindro original. Ibamos a interpretar una Internacional Bolchevique subterránea. Ahora, querida, gracias a ti, podremos hacerlo, de modo que organicémonos. ¡Pi, muchacha! Asegúrate de que el vodka esté helado.

—Sólo hay agua para baños congelada, sira Winfrid.

—Pues servirá perfectamente, muchacha. No tienes que poner el hielo *dentro* de la bebida; sólo debes enfriar las botellas. Y ahora. Azabache...

—Una vez más, con solidaridad, camaradas —dijo Ildelfonsa riendo.

—Oh, pórtate seriamente, Nellie. Nuestro tema es “El Frente Rojo por Siempre” y tenemos que mostrarnos sinceras. Tenemos que creer en la futura revolución.

Regina empezó a cantar mientras Gretchen la acompañaba:

Arise, ye pris'ners of starvation!
Arise, ye wretched of the earth.
For justice thunders condemnation,
A better world's in birth.
No more tradition's chains shall bind us.
Arise, ye slaves, no more in thrall!
The earth shall rise on new foundations.
We have been naught, we shall be all!

Regina se inclinó graciosamente ante los aplausos.

—Gracias, ¿dónde está nuestro vodka? A continuación la tovarisch Marita Confusa, nuestra representante francesa, que hará sonar el toque de arrebato de la despótica clase gobernante. ¿Marita?

La Reina le cedió paso a Marita Confusa, que ocupó su lugar junto al piano.

Gretchen le señaló la partitura como si le estuviera dando instrucciones.

—Cuando cantes, pon intención en las palabras —le susurró—. Regina nunca te toma en serio. Nellie Gwyn está siempre mofándose de ti. No te sometas. Afírmate a ti misma.

Marita se quedó un instante meditativa y comenzó a cantar:

Debout, les damne's de la terre,
Debout, les forçats de la faim!
La raison tonne en son cratère:
C'est l'éruption de la fin.
Du passé faisons table rase,
Foules d'esclaves, debout, debout!
Le monde va changer de base:
Nous ne sommes rien, soyons tout!

A través de los aplausos, Gretchen le susurró:

—*Debout! Debout! Tú debes serlo todo.*

—Y ahora —anunció Regina—, nuestra Yenta Caliente. Los judíos del mundo han estado siempre en la primera fila de la lucha por la libertad y la liberación de las minorías étnicas.

—Pero nunca podré hacerlo sin mi rabí —dijo Yenta mientras ocupaba el lugar de Marita junto al piano.

—¿Qué estás haciendo tú al lado de Regina y sus amigas goy? —susurró Gretchen—. ¡Son todas una mierda! Marita no es capaz siquiera de un mal negocio. Nellie no tiene el menor respeto por el dinero. Regina es demasiado rica como para

interesarse por él. Cuando cantes por la liberación ¡canta por ti misma!

Yenta miró de soslayo a Gretchen, se volvió y se puso a cantar:

Sheit oif ir ale were nor shklafen
Was hunger leiden mus in noit
Der geist er kocht un ruft tzu wafen
In shlacht uns firen is es greit.
Di welt fun gwaldtaten un Leiden
Tzushteren welen mir, un dan
Fun freiheit gleichheit a geneiden
Bashafen wet der arbeitsman!

—*Freiheit! Freiheit!* —susurró Gretchen— *She it oif! Sheit oif* con tu rabí!

—A continuación, nuestra Joven Rebelde, una Perla Preciosa nos deleitará con la *Internacional* tal como se cantó al finalizar la pieza del mismo nombre.

—Pero no, no de MODO ALGUNO en pálido inglés, sino, ¡sólo en **VERA** lengua de **BELLEZA ARTI!**

—¿Qué sabe Regina de las bellas artes? Sólo es una rica reaccionaria. ¿Qué sabe de bellas artes ninguna de ellas? Yenta tiene espíritu de comerciante. Marita es demasiado estúpida. Nell no es sincera.

Compagni avanti! Il gran partito
Noi siam del lavoratore.
Rosso un fior c'è in petto fiorito:
Una fede c'è nata in cor!
Noi non siamo piu nell'officina.
Entro terra, nei campi, in mar
La plebe sempre all'opera china
Senza Ideal in cui sperar.

—*Avanti, Sara, Avanti!* Deja a estas mujeres superficiales sin el menor impulso CREATIVO. No están a tu altura.

—La Señorita Melindre ha escogido la lengua precisa de Karl Marx y Friedrich Engels —dijo Regina—. Ellos son los padrinos de nuestra gloriosa Epifanía Bolchevique, y quizás ella se convierta en su madrina.

—Regina siempre te rebaja —dijo Gretchen sibilante—. Es rica y vulgar. Todas son vulgares y comunes. Las mellizas son perversas matrimoniales. Nell Gwyn es peor que una puta.

Wacht auf, Verdammte dieser Erde.
Dis stets man noch zum Hungern zwingt!
Das Recht, wie Glut im Kraterherde,
Nun mit Macht zum Durchbruch dringt.
Reinen Tisch macht mit den Bedrängern:
Heer der Sklaven, wache auf!
Ein Nichts zu sein, tragt es nicht länger...
Alies zu werden strómt zuhauf!

—*Wacht auf, Melindre, wacht auf!* Despierta. Vete de aquí. Eres demasiado honesta y decente para estas mujeres corrompidas que carecen por completo de

modales refinados.

—No es secreto para nadie que nuestra querida Nellie Gwyn es del mismo color de nuestra querida bandera revolucionaria, la Bandera Roja —Regina sonrió—, pero tengo que revelaros un secreto. Es de ascendencia española, más aún, es una *rara avis*: una castellana de cabellos castaño-rojizos.

—Y ella es verde biliosa, Nell. Verde de envidia. Sabe que las reuniones tendrían que celebrarse en tu hermoso piso de acuerdo con tu estilo elevado. Está celosa de ti. Todas ellas lo están.

Arriba los pobres del mundo
En pie los esclavos sin pan
Y alcémonos todos al grito de
¡Viva la Internacional!
Rompamos al punto las trabas
Que impiden el triunfo del bien,
Cambiemos el mundo de fase
Hundiendo al imperio burgués.

—¡*Triunfo*, Nell, *triunfo*! ¡*Viva la Internacional!*^[10] Cree en lo que cantas. Sabes perfectamente que tú deberías ser la reina.

* * *

Cuando Gretchen se paseaba deprimida por el Strøget masticando su fracasado intento de provocar en la colmena una rebelión de las señoras abejas contra la Reina Regina, vio con sorpresa y deleite que Blaise Shima avanzaba sobre ella como el Holandés Errante, a toda vela y en silencio. Ella corrió a su encuentro, lo tomó del brazo y, antes de que pudieran intercambiarse un saludo, comenzó a contarle de cómo habían cantado los ensalmos del advenimiento de la gloriosa epifanía bolchevique.

—... y luego las mellizas, *Oodgeyde* y *Udgeyde* la cantaron en ruso y yo les apliqué el mismo tratamiento: “Vosotras dos sois las únicas mujeres liberadas que hay aquí y las demás os odian por ello; Regina, Melindre, Sara, Yenta... ¿Por qué no abandonáis este triste escenario? ¿Por qué no os tomáis a pecho la canción?” El mismo resultado. Nada...

“¡Mi Dios! me alegro que nos hayamos encontrado, Blaise. Estoy descorazonada. No pude provocar una revolución palaciega en la colonia ni siquiera contando con la malicia, los celos, las rivalidades, nada. Regina las retiene a todas unidas y es demasiado fuerte. Hay que eliminar a la Abeja Reina si esperamos dispersar la colmena y destruir al Golem. Pero ¿cómo?

”No te molestes en contestarme, Blaise. Era una pregunta retórica. Conozco la respuesta y la respuesta me asquea, pero no nos queda otra salida ni tampoco al resto de la Patraña. Iré a la O. L. P. y firmaré un contrato con el Padre OLP sobre Winifred Ashley. Es capaz de deshacerse de ella y lo hará. Es horrible, ninguno de nosotros es

un destructor deliberado... pero no queda otro remedio. ¿Tú qué piensas, Blaise? ¿Te adhieres al plan? Sabe Dios qué hará Ind'dni cuando lo averigüe... ese tío lo averigua todo... pero ¿tú estás conmigo? ¿Qué piensas?”

—*etrallof a yov euq oerC.*

—¿Cómo?

—*etrallof a yov euq oerC.*

—¡Blaise!

—*etrallof a yov euq oerC.*

—Por Dios! ¿Qué es ese galimatías?

—*etrallof a yov euq oerC.*

—¡Has perdido el juicio!

Gretchen se apartó de Shima que pretendía asirla, lo miró estupefacta y abandonó el Strøgét a la carrera. Dobló por una esquina, luego por otra y se topó cara a cara con Salem Burne, sereno, esbelto, pulido. El psicómante le sonrió y le abrió los brazos tratando de aferrarla y agarrarla.

—*érallof et arohA.*

—¿Qué?

—*érallof et arohA.*

—¿Está usted loco?

—*érallof et arohA.*

—Usted está loco, Burne. Toda la Patraña se ha vuelto loca y dice cosas sin sentido.

—*érallof et arohA.*

Se echó de nuevo a correr jadeante y temblorosa y se dio de lleno contra el doctor F. H. Leuz. Tambaleó y el Director de rescates la cogió y la envolvió en forma masiva.

—*laidromirp adalloF.*

—¡Por los cielos Leuz! ¿También usted?

—*laidromirp adalloF.*

—¿Primero Blaise, luego Burne y ahora usted? ¡No, no!

—*laidromirp adalloF.*

—Esto es una pesadilla. Tiene que serlo. ¡Toda esta confusión! En algún momento me he quedado dormida. ¿Por qué no puedo despertarme?

Se desprendió violentamente de Leuz y retrocedió hasta el vano de una puerta. Se refugió en la oscuridad aterrada. De pronto se encontró en los brazos del póster “Upatío”, el Señor “Después”, que la hizo girar, le sonrió de oreja a oreja y, con su aparato dotado de medidas superiores a lo normal, le frotó el pubis con decididas sacudidas.

—*ralloF, ralloF, ralloF, ralloF, ralloF, ralloF.*

—¡Cristo todopoderoso! ¡Dios mío todopoderoso!

Abandonó, tropezando el vano de la puerta y se echó a correr enceguecida,

exasperada, quebrantada, sollozante, estremecida y agitada y

allí estaba la Estatua de la Libertad



que le tendía los brazos y la antorcha llameante.

Cuando los voluminosos brazos de metal la aplastaron en un abrazo, Gretchen perdió el sentido.

* * *

—No, usted no se ha vuelto loca, sira Nunn —le aseguró Ind’dni—. Lo que experimentó no fue una alucinación. Fue una pesadilla cuasi real; la realidad del Golem polimorfo en múltiples encarnaciones: el doctor Shima; Salem Burne, el psicomante; el doctor Leuz, el tan respetado Director Organizativo de Operaciones de rescate, el poster “Upatío” que había cobrado vida; la Estatua de la Libertad, hace ya tanto tiempo desmontada.

—¿Y el galimatías que hablaban?

—Débiles intentos de comunicación verbal que salieron invertidos. La criatura carece de inteligencia y es incapaz de captar nuestra realidad. Es simple pasión bruta que utiliza como señuelos lo que logra rastrear de su memoria. Me sorprende que el animal de las Cien Manos no se le haya aparecido como una computadora, un avión o cualquier otra cosa que haya acumulado su experiencia. No me cabe duda de que es demasiado primitivo como para que perciba que las máquinas son incapaces de hablar.

—¿Y usted me rescató, subadar?

—Mi personal tuvo el gran placer de hacerlo.

—¿Dio la casualidad que su personal pasaba por allí?

—No del todo. Después de la ominosa revelación de anoche, la hice seguir.

—¿A qué ominosa revelación se refiere?

—Usted y el doctor Shima se dan en privado apodos íntimos, ¿no? ¿Peyorativos arcaicos?

—La *Jig* y el *Jap*, sí.

—¿Y no se le ocurrió nunca que su última percepción en el Fasmamundo, la letra “W” que se transformó en musculosos brazos levantados y luego en nalgas con la

carga de una amenaza de muerte, nunca se le ocurrió que esa imagen se componía de dos letras “J” una en frente de la otra? *Jig y Jap*. J y J.

Gretchen estaba perpleja.

—¿Y esa es la doble significación que estaba usted tratando de descubrir anoche, subadar?

—Sí, a decir verdad. La exploración que llevó a cabo le dio a usted conciencia del Golem, pero también le dio a él conciencia de usted y de la amenaza que representa. Dije que las motivaciones de las criaturas del *id* son la satisfacción y la sobrevivencia. El Golem debe sobrevivir, de modo que ahora ataca al peligro que lo amenaza; no la sira Winifred Ashley, no, usted. Sospeché la posibilidad y di instrucciones al respecto; por eso mi personal la seguía como medida de protección.

—¿Sólo a mí o también a Blaise?

—Previ la medida para ambos y particularmente para el doctor Shima. Por favor, que no la ofendan las palabras directas, sira Nunn, pero hay mucha fuerza en usted, y en el doctor hay debilidad. Usted es el Nuevo Antropos primordial. El doctor Shima, a pesar de su brillantez, quizá sea eliminable. No sabemos cuáles sean los niveles que la Naturaleza exige para su pináculo.

—Hmm. —Gretchen reflexionó—. Quizá. No tiene importancia. Pero ¿está protegido?

Ind’ dni suspiró.

—Mi personal, ay, ha perdido su rastro.

—¿Lo ha perdido? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—No me es necesario señalar las sutilezas de nuestra mutua profesión, sira Nunn. Usted sabe que mientras se está tras un sujeto, la mitad del arte consiste en haber captado sus pautas de conducta habituales, de modo que uno nunca se encuentre del todo desorientado.

—Sí, lo sé. ¿Y entonces?

—El doctor Shima de pronto alteró las pautas habituales de su conducta y el personal se desorientó por completo.

—¿En qué sentido alteró Blaise sus pautas habituales de conducta?

—Me entristece sugerir que tal vez vuelva a ser víctima de de una de sus fugas.

—¿El Señor Deseo?

Ind’ dni asintió con la cabeza.

—¿Quizá lo haya convocado el Golem?

Ind’ dni se encogió de hombros impotente.

—¿A quién sigue el Señor Deseo?

Ind’ dni volvió a encogerse de hombros.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Todo se está desmoronando. Esas malditas señoras abejas... Todo se está desmoronando.

—No debemos desesperar, madame.

—No. No, tiene usted razón. Tenemos que actuar. —Gretchen inhaló

profundamente con resolución—. Sí. Actuar con firmeza y rapidez.

—Mi personal está doblando sus energías.

—Gracias, subadar, pero estaba hablando de mí.

—¿Ah? ¿Qué se trae entre manos?

—¿Esto está siendo grabado?

—Se puede interrumpir la grabación inmediatamente si lo desea.

—No. Tengo intención de recurrir a una medida brutal y quiero que quede grabado.

—Suyo es el honor, sira Nunn.

Gretchen apretó los labios con firmeza.

—Iré a la pirámide de la O. L. P. para reunirme con el Padre Olp. Negociaré un contrato sobre Winifred Ashley, la Abeja Reina que mantiene unida a la colmena y provee un hogar al Golem. Seré una cómplice de asesinato.

—¿Diríase más bien una instigadora?

—Pues entonces, ambas cosas, y asumiré lo que me advenga... al menos, con honor. La única manera de destruir ese espanto es destruir a la Reina y su colmena.

Ind'ndni volvió a suspirar.

—Usted, sabe, por supuesto, que no puedo permitirlo.

—Lo sé. pero no puede tampoco detenerme. Para cuando usted y el Departamento de Legalidad me tengan esposada en una celda, el contrato estará ya Formado y nadie puede interponerse en el camino de los soldados de la O. L. P. ¡Dios mío, subadar! — Gritó Gretchen—. El lobo sobre el redil. Son palabras suyas. ¡El lobo!

Y abandonó la oficina antes que él pudiera contestarle.

* * *

—Mi nombre es Deseo, querida señora. Puede usted llamarme Señor Deseo.

Regina examinó al Señor Deseo.

—Parece un joven inofensivo y muy agradable por lo demás. ¿Puedo preguntarle por qué comete la tontería de seguirme?

—Pero no la estoy siguiendo a usted, querida señora. Estoy siguiendo otra cosa, algo extraordinario, y da la casualidad que nuestros caminos coinciden.

—¿Y qué es lo que está usted siguiendo?

—¡Ah! Bajo su glacial exterior, el Señor Deseo estaba excitado. Parece ser una señora inofensiva y muy agradable, de modo que confiaré en usted. Me impulsa algo nuevo. Juego un juego privado, una divertida especie de caza de papelititos o búsqueda del tesoro, y de pronto, un nuevo conjunto de indicios me impulsa. Me hechizan. Me hacen señales. Me hipnotizan.

—¿Qué son esos misteriosos indicios mágicos?

—Una muerte doble: dada y recibida.

—¡Por los cielos, Señor Deseo!

—Mera poesía, querida señora.

—Oh ¿es usted un poeta?

—Un poeta de la destrucción. Un cantor del reestablecimiento.

—¿El Establecimiento? Encuentro una contradicción de términos. Señor Deseo. Ningún poeta de mérito se ha reconciliado nunca con el Establecimiento.

—Me oyó usted mal, querida señora. Yo soy un poeta del REestablecimiento. Soy un cantor de lo tanático.

—¿Y qué significa, si tiene a bien decírmelo, tanático?

—Es el profundo impulso fundamental humano a reestablecer el estado del universo tal como era antes de que el surgimiento de la vida lo alterara.

—¿Lo alterara? ¿Se opone usted a la vida?

—Soy un enemigo de la alteración, de todo lo que estorbe la prístina lógica de la naturaleza, y toda vez que la vida intenta poner fin a su perturbación de la perfección mediante su propio aniquilamiento, siento el impulso de ayudar. En eso consiste mi búsqueda del tesoro.

—¿Debe ser un poeta poco frecuente. Señor Deseo, y me gustaría escuchar sus versos. ¿Me los leería usted? Aquí está mi tarjeta. Recibo los jueves por la tarde. Habrá otros invitados y, por cierto, algún refrigerio. Ahora, *au revoir*. Debo irme porque tengo una cita.

—También yo y, según parece, en la misma dirección. ¿Seguimos juntos?

Siguieron en compañía por las malignas calles y callejas de la Patraña esquivando, sin poner atención en ello siquiera, basura, desperdicios y formas putrefactas que alguna vez habían tenido vida. Aceptaban todo esto como, de hecho, lo aceptaba cada cual. Corría el adelantado siglo veintidós y algún precio hay que pagar por el progreso. Regina charlaba graciosamente sobre poesía y las artes decorativas, pero parecía casi tan excitada como el Señor Deseo.

—Usted ha confiado en mí, señor —dijo por último—, y se lo retribuiré confiando a mi vez en usted. También yo estoy llegando al final de la búsqueda de un tesoro. Un amigo, o más bien, el marido de una amiga asistió a una fiesta que di en casa el primer día de Ops. Es un coleccionista de rarezas y me ha confesado la posesión de algo que me entusiasmó. Es dueño de un tesoro que siempre ambicioné tener, el cilindro de pianola original de “La Internacional” de Pottier y Degeyter. Tuvo la generosidad de ofrecérmelo como regalo y yo lo acepté. El caballero vive aquí. Otra vez adiós, señor.

Regina se volvió para entrar en un magnífico Oasis y el Señor Deseo la siguió. Ella lo miró. Él se sonrió.

—También mi rastro termina aquí, querida señora. Otra extraña coincidencia.

Se sentía turbada cuando el Servicio de Seguridad le dio paso, aunque no demasiado. Sin embargo, estaba lo bastante azorada como para no haberse dado cuenta de que el Señor Deseo había sido admitido también a sus expensas. Entraron

juntos en el ascensor expreso y fueron disparados velozmente hacia el cielo.

—Voy al trigésimo primero —dijo Regina.

—También yo, pero no se alarme, querida señora. Hay cuatro apartamentos por piso. Otra coincidencia; compondré un poema épico sobre la coincidencia de Tánatos para su próximo jueves por la tarde.

Pero cuando Droney Lafferty abrió la puerta para hacer pasar a Regina, quedó asombrado y exclamó:

—¿Cómo? ¿Usted también, doctor?

El Señor Deseo le sonrió a la cara moteada.

—Mi nombre es Deseo, señor. Puede llamarme Señor Deseo. He venido a ayudarlo.

Se deslizó sinuoso entre ellos y penetró en el apartamento. Lafferty levantó un brazo para impedirle la entrada, se sonrió de pronto con picardía y le permitió pasar. El Señor Deseo contempló con cristalina mirada las vitrinas iluminadas donde se exhibían las curiosas colecciones de Lafferty: relojes de arena, trompetillas acústicas, bastones, libretas de cerillas con estampas pornográficas, chocantes postales francesas y la mascarilla mortuoria de Lucrezia Borgia, Eleanor Gwyn, Catalina II, Pauline Borghese, Emma Hamilton, Lola Montez, Isabel I e Isabel III.

—Ahora no hagamos otra escena grotesca, doctor. Siéntese y compórtese debidamente. Puede que teniendo público se enriquezca la sensación.

—Mi nombre es Deseo, señor. Puede llamarme Señor Deseo —dijo Shima y se sentó complaciente con los ojos fijos en el infinito.

—Pase usted, por favor, sra Ashley —dijo Droney—. Sea bienvenida. No sabía que conociera al doctor Shima; claro que, después de todo, sé muy poco de usted.

—Pero él dice llamarse Deseo. —Regina estaba perpleja—. Un poeta de nombre Deseo.

—Sí, ya tuve oportunidad de experimentar las fantasías del doctor Shima. No es ese uno de sus atributos más atractivos. Permítame ahora que le muestre mis colecciones antes de darle el cilindro.

El Señor Deseo, sin ostentación, sacó de un bolsillo un lazo de horca y lo dejó en el piso junto a su silla.

—Adoro las mascarillas mortuorias de estas divinas señoras de virtud ligera. Puede que objete que nunca se tomó una mascarilla de Eleanor Gwyn, por ejemplo, o de Pauline Borghese o Catalina la Grande y estaría en lo cierto. Pero el ingenio del coleccionista triunfa siempre por sobre la mera realidad. Reuní todos los retratos existentes de estas lascivas damas y luego le encomendé a un cirujano plástico que modelara sus duplicados en las caras de los cadáveres depositados en la morgue. Así se tomaron las mascarillas. Debo añadir que no habría necesitado recrear a Emma Hamilton si la hubiera conocido por entonces. Es usted la reencarnación de esa magnífica aventurera.

Al lazo se unieron un láser y un revólver minúsculo de calibre 8.

—Me siento extremadamente orgulloso de estas libretas de cerillas eróticas; reunir las me costó años enteros. La condición que debe cumplir un coleccionista de cajas de fósforos es que éstas tienen que ser vírgenes, las cerillas completas, la superficie para el encendido sin rayar. Éstas son de la India y cada una de ellas exhibe una de las posiciones amorosas místicas del Kama Sutra, ¿no le parece, sira Ashley?

En el suelo fue depositada una ampolla con el rotule de (CN)₂.

—Le estaba mostrando esta colección a un invitado en una ocasión y, antes que pudiera impedirselo, cogió una cerilla y la encendió. Cuando vio el horror pintado en mi cara, preguntó: "¿Sucede algo malo?", y yo le contesté: "No. nada". Y luego me desmayé. Afortunadamente logré reemplazar la libreta por otra virgen. ¿Es usted virgen, sira Ashley? Yo creo que sí. Las vírgenes cuentan con el mismo atractivo magnético con que cuenta usted.

Un escalpelo relumbró en el suelo.

—Esta es mi colección de collares de perro. Algunos constituyen un fascinante reflejo de su época. Este alemán con púas para los grandes daneses recuerda la bola con púas adherida al extremo de una cadena, *der Morgenstem*, que utilizaban los caballeros montados para aplastar la cabeza de los soldados de infantería. Este es un collar original de perro San Bernardo del que cuelga un casco en miniatura de brandy. Nunca me atreví a probarlo. Los arneses de un perro lazarillo del siglo veinte. Collares franceses con piedras preciosas para *terriers* de juguete. La pieza más rara es este arnés de trineo para perros esquimales. Y esta belleza es un collar de eslabones de plata destinado al control por ahogo.

—¿Control por ahogo?

—Pues sí. Se usó en aquella época antes de que los veterinarios hubieran inventado el control por radio incorporada. Ponía freno al animal mediante una correa. Permítame que le muestre. Así, póngaselo alrededor del cuello... ¿Sabe? Sería una magnífica gargantilla y casi siento la tentación de obsequiársela. Ya está. La correa estaba unida y el collar quedaba suelto y resultaba cómodo mientras el animal acompañara a su amo dócilmente; pero si trataba de hacer exploraciones por su cuenta, errar sin control o huir... Un tirón de la correa bastaba para ahogarlo hasta que se mostrara sumiso. ¡Así!

El enorme puño de Lafferty retorció la cadena hasta que ésta desapareció dentro de la piel del cuello de Regina. Sus ojos se dilataron y comenzó a desfallecer mientras Droney mantuvo la tensión del garrote de plata y la arrojó de espaldas sobre el diván y la cubrió con su cuerpo.

—*Kommt Hure! Herunter! Sitz! Liege! Bleib!* —Le puso los labios sobre la boca distorsionada—. Sí. Habla francés con tu amante; italiano con tu mujer, inglés con tu caballo y alemán con tu perro. *Sterb Hund!* Sí. *Sterb Hure!* En el momento en que te conocí sabía que morirías apasionadamente y me darías tu pasión. Sí. Lo sabía... ¡Ah!

Mientras Regina se estremecía en espasmos de muerte, él la penetraba y miraba al

mismo tiempo con expectativa al Señor Deseo. Lanzó un grito luego, cuando las últimas contracciones de Regina le provocaron un orgasmo y, lentamente, se desplomó.

Al cabo de un tiempo abandonó el cadáver y quitó la cadena sepultada en la piel mientras contemplaba anhelante a su testigo.

—¿No experimenta ninguna reacción, Señor Deseo? ¿Ninguna respuesta? ¿Escándalo? ¿Horror? ¿Asco? ¿Miedo? ¿Nada? No, nada. Una lástima. Esperaba que su presencia hiciera más rica la experiencia, Señor Deseo. De este modo nada difiere de los actos de necrofilia en la morgue.

—Mi nombre es Shima —dijo el Señor Deseo—. Blaise Shima.

Se inclinó, tomó el láser y abrasó con él la cabeza de Droney Lafferty.

El subadar Ind'dni parecía absorbido por las extravagantes colecciones de Droney Lafferty mientras la Patrulla de Truculencias retiraba los cadáveres cubiertos, la Patrulla Molecular examinaba las huellas digitales para partir luego, la Patrulla de Televisión se iba, como también el Equipo de Medios de Difusión Masiva y la Patrulla de *Polizei* llevándose consigo el lazo, el láser, el revólver, el escalpelo y la ampolla de (CN)₂, todo ello eternizado en plástico. Cuando por fin quedaron solos, Ind'dni abandonó las vitrinas y se dirigió al atónito Deseo-Shima.

—Meramente, ejecutamos los movimientos exigidos por el Departamento de Legalidad —dijo Ind'dni—. Al Departamento lo obsesionan las pruebas de hecho que acumulan, suman, restan y computan. En el fondo son contadores. En mi opinión, son candidatos fracasados a la Superintendencia de Contribuciones.

—Lo maté —musitó Shima-Deseo.

—Nunca será procesado por ello —continuó el subadar como si nada fuera—, a no ser que yo exija acciones inmediatas. La lista de causas en la actualidad tiene una demora de setenta y nueve años. Los jueces se designan, cumplen sus funciones, se retiran y mueren sin haber nunca juzgado un caso iniciado durante el término de sus actividades. Yo mismo vi en las cortes a los nietos de acusadores y acusados, perpetradores y víctimas, de pie frente a los nietos de los jueces. Ahora debe recuperar el control, doctor Shima. Necesita su fortaleza. Debe luchar por la aurora del pináculo primordial y estoy seguro de que lo logrará junto con la sira Nunn. Lo envidio.

—Lo maté.

—Así fue. ¿Se me permite preguntar si en calidad de doctor Blaise Shima o como el Señor Deseo?

—No alegaré locura.

—Muy honroso de su parte, pero sírvase contestar a mi pregunta. ¿Le quemó el cerebro a nuestro celebrado necrófilo como el doctor Shima o como el Señor Deseo? ¿Lo recuerda?

—Como ambos.

—¡Bravo! Esa sí que es una buena nueva. Entonces sus dos mitades se comunican entre sí por fin. Son conscientes la una de la otra y se han reconciliado. Es el resultado de haber sido testigo del espantoso ultraje perpetrado contra Winifred Ashley, sin duda. Desastre de sumo beneficio para usted, doctor; ha provocado la soldadura de sus partes. Dudo mucho de que vuelva a padecer de fugas.

—Lo maté a sangre fría —insistió Shima.

—¿Y ahora quiere permitirse el lujo del arrepentimiento? Usted fue criado como

católico francés en un lugar llamado Johnstown, ¿no? ¡Vaya! Sus inundaciones lo han dejado tan limpio como si estuviera de regreso en la Edad Media. Estamos en el siglo veintidós después de Cristo, doctor. Si Johnstown no es capaz de pensar en términos modernos, seguramente Jesús sí lo haría si estuviera de vuelta en la Patraña. El espíritu del sabio siempre está en contacto con los tiempos que corren.

—Lo maté a sangre fría.

—Y ya no tiene por qué sentirse culpable acerca del Señor Deseo. Sirvió de instrumento de destrucción de la Abeja Reina y la colmena que servía de hogar al Golem. No siga con la obsesión del *pauvre petit*, se lo ruego.

Shima profirió un gemido.

Ind'dni habló lenta y distintamente:

—Doctor, usted mató a Lafferty en defensa propia.

Shima se lo quedó mirando fijamente. Ind'dni asintió con la cabeza.

—Esa es la versión que daré al Departamento de Legalidad. Usted lo vio estrangular a Winifred Ashley con el collar de ahogo. Abandonó el cuerpo tendido de la mujer con la cadena en la mano. Usted temió que esa insana criatura lo matara, y no sin razón, porque era el único testigo. Lo mató en defensa propia. El Departamento de Homicidios lo encontró con la cadena en la mano. *Quod erat demonstrandum*.

Shima agitó la cabeza como aturdido.

—Pero... pero usted ha sido siempre un policía tan... tan incorrupto e inalterado.

Ind'dni suspiró.

—El mundo occidental ¡ay!, nunca supo medir nuestros valores, por eso ha fracasado siempre en la India. —Su tono se volvió vivaz—. Anímese ahora, doctor. Tenemos que considerar a la sira Nunn. El último boletín nos informa que se encuentra en camino de la pirámide de la O. L. P. para negociar un contrato en relación con la sira Ashley. Le di mucha publicidad a esta muerte a través de los medios de comunicación para prevenir que madame se comprometiera con el Padre Olp, pero se me ha informado que en las pirámides no se admiten noticias de actualidad. Debemos ir personalmente.

—¿Se le ha informado? ¿Cómo?

Ind'dni hizo resonar su lengua nuevamente.

—¿No le dijo esa notable mujer que en una oportunidad ayudó a una joven de la O. L. P. a huir con un infiel cristiano?

—No. ¿Eso hizo?

—Hizo eso, y con gran riesgo personal. La joven se siente aún agradecida.

—¿Y esa joven de la O. L. P. es su fuente de información.

—No, su marido. El infiel es el campeón de ajedrez que le mencioné antes. Ahora debemos actuar de prisa, doctor Shima. No puedo enviar a mi personal. Jamás se les permitiría la entrada. A nosotros, por obligaciones contraídas, nos es posible el acceso. El Padre Olp es una mujer peligrosa y la sira Nunn puede verse envuelta en

un desastre al intentar negociar el asesinato de alguien ya fallecido.

—Pero, aguarde un minuto, subadar. ¿No significa la muerte de la Abeja Reina el fin del Golem? ¿No soluciona eso todos nuestros problemas? Esa era la teoría de Gretchen.

Ind’dni se exasperó.

—No me importune, se lo ruego, doctor. Acaba de juntar sus propias piezas a un costo aterrador. ¿Y ahora me pide que junta todas las otras piezas de esta crisis mortal? ¿En seguida? ¿Y a qué precio? ¡Vamos, por favor!

* * *


Cuando una comunidad pierde a su reina, los súbditos pierden todo sentido del orden. Pierden concentración, se vuelven irritables y agresivos y comienzan a agruparse desesperados a tontas y a locas. Puede que solitarios ocasionales se unan a los grupos atraídos por las vibraciones coléricas. Puede que “falsas reinas” ocasionales traten de hacerse cargo de la comunidad, pero se las trata con una mezcla de respeto simbólico e impaciente hostilidad. Sólo una verdadera reina puede ganarse el verdadero respeto y lograr que el grupo se constituya en otra comunidad ordenada. Pero para generar una verdadera reina debe proveerse un hogar y alimentos reales, y debe persuadírsele luego de que se aparee con el mundo.

* * *

Ha muerto ha muerto y el muy moteado hijo de puta nunca llegó a cambiar el testamento como siempre lo prometía estoy ardiendo con un show de fantasía en que a ella se la dan por el culo mientras él está con una rodilla en tierra qué haces Yenta oh maravilloso la recibe entre las tetas mientras él se pone de cabeza vayamos todos a la India a beber a beber y utilizar trompetillas acústicas como copas meter el pulgar en la oreja y llenar el vaso hasta el tope muerto el bastardo blanco y negro por Dios Marita cuánto cuesta quemar un bastón no interesa que se quemen las cabezas de oro y se fundan y se queden sin nariz pero pon a salvo la mascarilla de Nell Gwyn para mí quiero hacer un show especial delante de la cara de pastel de Pi qué diablos haces aquí sí sí sabemos que Regina ha muerto lo sabemos en toda la Patraña lo sabemos lo sabemos no sabes qué hacer bebe muchacha coge un cuenco un vaso ocular una trompetilla acústica una caja de rapé llena y bebe eh Melindre tienes una vara entre las piernas por fin no nena no es un caballito de madera y si pudieras cabalgar así en una verdadera vara podrías dictar cátedra de Kama Sutra eh he aquí una posición fantástica en que ambos ay me quemé qué tal va el fuego Marita eh Ood Ud venid al dormitorio y ayudadme a arrastrar ese maldito ataúd en que me hizo yacer el hijo de

puta vamos a quemarlo Cristo que es pesado estás muerto monstruo blanco y negro dije que estás muerto no respiras tu corazón dejó de latir estás blanco como la muerte Marita eres un genio chupándola así ayuda a Pi echaremos a volar las postales pornográficas y subiremos en globo Ood pon primero el extremo más estrecho en el fuego para que pueda menearse mejor Ud ese maldito cedro tenía que arder como loco Cristo sabe cuántas veces me quemé en él mientras el muy moteado hijo de puta me decía que estaba muerta que no respiraba que mi corazón había dejado de latir y agitando su polla de lunares delante de mi cara muerta porque eso era lo único que se la ponía dura eh fantástico el ataúd ha prendido ojalá estuviera en él muerto o vivo Jesús estaba ya muerto de cualquier manera pero no quería admitirlo pero nunca cambió su testamento y eso debo agradecerérselo a Regina cuando yo asuma el poder como Azabache dijo y celebraremos servicios sagrados por Regina todas las semanas jugaremos a celebrar su funeral y nos turnaremos en el recitado de su apología y haré enterrar al muy moteado hijo de puta en una encrucijada de caminos con una polla dura atravesada en su corazón cuida que el ataúd arda pero el satén de seda hiede Pi muchacha vendrás a trabajar conmigo muchacha de modo que no te preocupes Jesucristo fíjate en esas llamas en la trampa del cielorraso Dios mío tres vítores toda la casa de fenómenos va a volar y al infierno no llegó a cambiar su testamento puedo vivir donde mierda se me antoje y durante todo el tiempo que me dé la gana y vámosnos pronto de aquí antes que también que nosotras ardamos no que no esté yo ya ardiendo trae los globos de las tarjetas pornográficas y cuales quiera otros recuerdos que te plazcan de sus sucias colecciones vamos donde Sara a su salónnnnnnnnnnnnnnnnnnnnn.

Llama la BELLEZA y la GLORIA señala el camino de Alejandro Magno Primer Acto Escena 3a señoras NO puedo permitir que tengamos este aspecto parecemos ARRASTRADAS POR EL SUELO estamos des-EMBELLECIDAS no cumplimos nuestro deber para con el público tenemos que engalanarnos todas a las nueve y mi guardarropa es vuestro y mi modista ésta es la encantadora Nora mi modista es vuestra también y NORA os hará GARBOSAS con vestidos SENTadores y

apropiados al personaje comenzando por mí claro porque yo soy la  de la compañía lentejuelas de plata de Nora lentejuelas sinuosamente ajustadas al cuerpo con bandas de diamantes de imitación Nellie por supuesto será GAFOOZALUM la ramera de Jerusalén vístela para ejecutar la danza del vientre no no Yenta no protestes te daremos un papel que ORGASMARA a tu público devoto Nora viste a Yenta Caliente para el papel de Dalila pero dale una barba y conviértela en Moisés Marita Confusa es la confidenta la doncella de la señora con gracia e intriga no no Pi no serás una sierva mi Dios estas lentejuelas irritan el senozalum te convertirás en VAGABUNDA la trabajadora errante y la querida Nora te dará el traje utilizado originalmente en Hollywood un lugar al Oeste dedicado a la empresa del espectáculo hasta que sucumbió ante sí mismo Melindre es la BELLEZA el vestido del baile del

cuento de la Cenicienta para ella Nora y *Oodgedye* y *Udgedye* representarán una BESTIA de dos cabezas con pelucas de espantajo y la travestí de ocho brazos de *Kackula, el monstruo que devoró a Nizhni Novgorod* de Scriabin qué Nora quieres unirte a nosotras ven pues en el papel de BOADICEA que interpreté en la pieza del mismo nombre no dispondrás de la carroza que se encuentra en un depósito pero puedes rociarte de azul con el cobalto de mi mesa de tocador Dios mío estáis todas FANTÁSTICAS señoras mag-NIF-i-cas somos el más grande espectáculo del mundo sólo nos faltan las fanfarrias TA-DA-DA-DA-DA-DA-DA-DA-DA-DA-DUM-DI-DUM y nos vestiremos así en todas las reuniones que yo celebre aquí y donde ahora la gran casa de Yenta la gran GRANDES aplausos aplausos APLAUSOS bajo el telón una vez y otra y otra y otra reverencias reverencias REVERENCIASSSSSSSSSS

El carpintero de mandil que trabaja con el pegamento y el tablero es Bimmy Braham mi rabí personal privada di hola *vos macht ir* a las señoras de mi colonia Bimbo todas oyeron hablar de ti razón por la cual me nuestro protectora me gustaría que todas pudierais haber visto el trasplante de riñón de Bim pero no teníamos ventana pues la cambié por una primera edición de la *Anatomía* de Gray a la que sólo le faltan dos hojas en el medio y el donante nunca se dio cuenta si alguna vez lo advierte y trata de recuperar su riñón *mazel tov* es todo probad nuestro vodka señoras nosotras mismas Bimmy y yo lo preparamos por supuesto los restaurantes le dan a uno mondaduras de patatas y cabeza de zanahorias y las mazorcas peladas y los guisantes languidecidos si se llevan los desperdicios les ahorra los gastos de la prestación de servicios basureros Bim y yo *schlep* los desechos aquí los hacemos fomentar lo destilamos y Bimbo pronuncia la palabra de conjuro congénere y ea presto un vodka barato de cien grados son las mondaduras de remolacha las que colorean la bebida bebed os gustan los vasos eh Marita son mi apreciada colección de plástico con logotipos se los obtiene gratis a cambio de la propaganda lo sabéis mi preferido es este de *Acogotativo* el enjuague para la boca cuyo consumo garantiza la posibilidad de que el aliento abraza la cara de un estrangulador no sé cómo lo logran el milagro de la química moderna supongo bebed bebed el vodka no os abrasará nada salvo vuestros *pipiks* no no esa alfombra no tiene nada de puerco ni sugestivo Melindre no son más que inocentes dibujos geométricos tenía un gran agujero en el centro pero Bim y yo la rehicimos y tuve que cambiar un orinal por la lana el orinal tenía una resquebrajadura pero la lana se desteñía de modo que el cambio fue justo bebed bebed quiero intentar un vodka de langostas hecho con conchillas gratis pero mi Bimbo se niega a beberlo por no ser *kosher* Bim muéstrales el monstruo de dos cabezas del poster de *Drekula* el film que cambiamos por el espejo para maquillaje de Sara Ardorosa Bimmy eh Bimbo-bebé *Roboynov shel oylom* fue aplastada lapidada cencerreos fracturados *Gottenu* Bim haces explotar el pegamento que se eleva como candela romana no se mezcla con congéneres eh fuera fuera todo el mundo fuera zumbemos zumbemos también tú Bim con los amigos no te quites el mono y déjate el candil serás travesti como las demás de la colmena y no impidas que el martillo te

cuelgue de tu delicioso deleitable divino culooooooooooooooooooooooooooooo

No siras este no es un martes de carnaval público es una celebración privada no se por qué suenan los vibráfonos quizá por mi ex ama que fue asesinada cruelmente por el hombre que estaba casado con mi ama actual muy generosa oh no sé si pueden unirse a los sonos de los vibráfonos tienen que preguntarle a quien esté a cargo pero no sé quién es ella perdón quién es la persona por qué no preguntan por mi ama actual la que ejecuta la danza del vientreeeeeeeeee

Pues claro cuantas más más alegría quienes sois vosotras dos incautas Emily Post Mortem sí y Joan cómo qué Colasada Jesucristo sobre una bolsa vaya nombre Colasada con o sin asador aquí tenéis un cinturón y un chuc quitáos esos sostenes de latón somos demasiadas como para que la Patraña nos viole schtik fuera fuera con eso y dejad que las tetas vibren cada cual para su lado vamos hacia el monstruo de dos cabezas ya me oísteis plural con S por cierto tiene dos almohadillas dos dobles no es así una para cada par de piernas una para cada par de tetas quisiera tener dos para una por detrás si me entendéis y mis parejas dos para dos vaya modo de follar por ambos lados por un único compañero vaya modo de follar con íntimas quemantes vibraciones vibraciones vibracionessssssssssssssssssssssss

No no es casualidad que todo lo compremos por
No no es casualidad que todo lo compremos por

duplicado y nuestros pisos también resultan engañosos no es
duplicado y nuestros pisos también resultan engañosos no es

que tenga inconveniente en confesar a quién pertenece
que tenga inconveniente en confesar a quién pertenece

este piso es que ni siquiera lo recuerdo entramos y salimos
este piso es que ni siquiera lo recuerdo entramos y salimos

tanto que pierdo la noción abajo en el servicio de
tanto que pierdo la noción abajo en el servicio de

seguridad estamos inscritas por separado yo soy Germaine
seguridad estamos inscritas por separado yo soy Lorraine

Storm tuvimos la precaución de pescar a nuestros
Drang tuvimos la precaución de pescar a nuestros

maridos también por duplicado jóvenes de mono de
maridos también por duplicado jóvenes de mono de

franela gris por lo que nunca advierten la diferencia de
franela gris por lo que nunca advierten la diferencia de

vibración en la cama zumbidos rumores para ellos son
vibración en la cama zumbidos rumores para ellos son

iguales y no estaba en lo cierto Azabache cuando dijo que
iguales y no estaba en lo cierto Azabache cuando dijo que
ellos conocían el juego y gozaban con él y Larry guardaba
ellos conocían el juego y gozaban con él y Barry guardaba
el secreto sólo con la droga no hay confusión tú enciendes
el secreto sólo con la droga no hay confusión tú enciendes
un cigarro de este tipo ¿ves? y te llenas de fuego y vuelas
un cigarro de este tipo ¿ves? y te llenas de fuego y vuelas
por espacios lejanos pero no vamos juntas en esto
por espacios lejanos pero no vamos juntas en esto
Lorraine consume hierba pura y su estilo no me va
Germaine consume hierba mezclada y su estilo no me va
porque resulta demasiado suave tenéis todas que
porque resulta demasiado suave tenéis todas que
intentar mi estilo señoras y a volar a volar mejor que os
intentar mi estilo señoras y a volar a volar mejor que os
acostumbréis a él porque quemaremos y nos lanzaremos
acostumbréis a él porque quemaremos y nos lanzaremos
a volar cada vez que nos reunamos aquí a volar a volar a
a volar cada vez que nos reunamos aquí a volar a volar a
volar esta es nuestra cuenta regresiva para remontar vuelo
volar esta es nuestra cuenta regresiva para remontar vuelo
a la lejaníaaaaaaaaaaaaaa
a la lejaníaaaaaaaaaaaaaa

Y estas son mis cuatro vecinitas Dixie y Nixie y Pixie fuimos juntas a la escuela
qué raro Dixie dos Pixie tres cómo me dio cuatro el resultado oh claro yo soy la
cuarta me había olvidado de mí Marita y Dixie y Nixie y Pixie cuatro y tenemos siete
maridos uno cada cual salvo una que tiene tres yo creo aunque no estoy segura pierdo
la cuenta y todos son tan corteses bebamos ahora y fumemos un poco la bebida se
encuentra en el cuarto de disimulo de Dixie lo cual tiene perfecto sentido Nell D de
disimulo y D de Dixie porque Dixie tiene a su cargo las bebidas Nixie guarda las
hierbas en su cuarto lo cual tiene también sentido Nell porque Nixie es un espíritu
femenino de las aguas y siempre nos inyectamos con una solución acuosa no quisiera
que nadie se sentara en ese diván por favor porque debajo están guardados nuestros

está NORA QUERida trajiste mis cosméticos COSmeto Dixie no guardamos en tu armario un sombrero de payaso lávalo Juanita Coles no no habita con nosotras eres capaz de producir un fangal de bebé con las coles ¿no? Eh tocad una animada marcha fúnebre para las coristas bastardas de la calle en b/n *Wacht auf verdammte dieser Erde* no creo que estas coristas hablen Inglaterra ni mamita dice que la música es la lengua Juniversal Eh muchachas del pesario charlatanas escoruegas falsosajonasssssss sólo entienden el sí bemol de modo que seguid haciendo música y venid con nosotras a las altas alturas encumbradas inmensas ah por fin me han cogido Cristo me han bombardeado nos han bombardeado a todas zumbidossssss meneos bombassssssssss

* * *

Por fin Ind'dni y Shima lograron localizar a Gretchen. Vieron brevemente su perfil por la ventanilla abierta de una hermosa berlina negra; estaba sentada al lado opuesto, junto al legendario Padre Olp que hacía una de sus raras apariciones en público en una procesión. El carruaje era tirado por camellos, por supuesto, y escoltado por los rudos soldados de la O.L.P. El jeque Omar ben Omar estaba sentado en el pescante abierto de cochero supervisando la salida. De vez en cuando arrojaba piastras de bronce a las delirantes multitudes. Ocasionalmente a algún escrofuloso se le permitía atravesar el cordón para que tocara la arácnida mano del Padre Olp. En este siglo psicósomático su contacto curaba no pocas veces el Mal del Rey.

Utilizando todo truco de karate del que tenía conocimiento, Shima se abrió camino entre la multitud hasta llegar al borde del cordón.

—¡Gretchen! —gritó—. ¡Gretchen! ¿Me oyes? Soy Blaise. Tenemos que ir a un funeral.

—¿Qué? ¿Qué? —Gretchen se echó hacia adelante y atisbo por sobre el Padre Olp—. ¿Eres tú, Blaise?

—Sí. ¿Me oyes? Tenemos que asistir al funeral de Winifred Ashley.

—¿De quién? ¿Cómo?

—Winifred Ashley. Ha muerto. La mataron. No hagas ningún trato con la O.L.P. La Abeja Reina ha muerto.

La puerta de la berlina se abrió bruscamente y Gretchen salió de ella disparada como un tiro, seguida, sorpresivamente por el psicomante Salem Burne. Shima le ayudó a abrirse camino de prisa por entre la multitud al encuentro de Ind'dni que aguardaba a su vera. Burne los seguía.

—Muy bienvenida, madame —dijo ind'dni—. ¿Se me permite indagar si la encontramos a tiempo? ¿Ya ha cerrado trato con la O.L.P.?

—Sí —dijo Gretchen jadeante.

—Extremadamente raro. ¿Cómo es entonces que el Padre Olp le permitió partir?

Aún demasiado corta de aliento como para hablar, Gretchen sólo atinó a señalar a Burne.

—Buenas tardes, señor Burne —dijo Ind'dni con una cortés inclinación de cabeza—. Entiendo que tiene usted alguna influencia en el Padre Olp.

—Buenas tardes, subadar. —Burne se mostraba tan sereno y pulcro como de costumbre, a pesar de su tumultuoso pasaje a través de la multitud—. Entiendo que esto es confidencial.

—Por cierto que sí.

—El Padre Olp es mi paciente.

Shima estaba atónito.

—¡Tiene que estar bromeando!

—¿Por qué tan sorprendido, doctor? —Burne permitió que su controlado rostro expresara humor—. Le dije que la mayor parte de mis pacientes eran mujeres.

—Pero...

—Y el Padre Olp sigue mis consejos. Le sugerí —jamás se le dan órdenes a los pacientes— que sería mejor dejar a la sira Nunn en libertad.

Gretchen por fin recuperó el aliento.

—Ahora ¿qué es todo esto? ¿Regina ha muerto? ¿La mataron?

—Desdichadamente así es, madame, el señor Lafferty lo hizo en circunstancias muy extravagantes. Luego el doctor Shima dio muerte a Lafferty... en defensa propia.

—¿Cómo? ¿Regina? ¿Droney? —Gretchen sacudió la cabeza—. ¡Qué enredo! Increíble. ¿Qué sucedió? ¿Cómo? ¿Cuándo? Tengo... tengo que informarme.

—Por supuesto, sira Nunn, pero no en medio de esta multitud. ¿Dónde se sentirá usted más receptiva? ¿En mi oficina? ¿En la *penthouse* del doctor Shima? ¿En mi piso?

—No, en el mío. Vámonos.

—En ese caso yo me despido —dijo Burne—. Buenas tardes tengan todos.

—No —dijo Gretchen—. Eso no sería justo después de todo lo que ha hecho por nosotros. Estuvo presente en el punto de partida; debe estar presente en el final.

Era la hora pico de la tarde y les fue imposible conseguir transporte, de modo que no tuvieron otro remedio que dirigirse caminando al Oasis de Gretchen situado en la "Ciudad Vieja" de la Patraña que otrora había sido el desdeñado Extremo Este Inferior del antiguo Nueva York. Ahora era elegante, estaba de moda y había sido primorosamente restaurado desde las tiendas de comestibles delicados hasta las carretillas de mano. El Oasis de Gretchen había sido construido derribando, abriendo túneles y excavando la vieja manipostería gigante del Puente de Brooklyn.

Al abandonar los cuatro el ascensor, oyeron que desde el piso les llegaba un clamoroso estruendo: música cacofónica de instrumentos de viento, piano y clavicordio en competencia, cantos, gritos, chillidos, zumbidos y varias canciones que rivalizaban entre sí:

¡SALVE! ¡SALVE! TODA LA PATRAÑA PRESENTE ESTÁ... HABÍA UNA VEZ UNA DONCELLA INDIA... CRISTÓBAL COLÓN, HIJO DE PUTA PAJERO... DULCES VIOLETAS MÁS QUE LAS ROSAS... ÉCHAME POR SOBRE EL TRÉBOL...

—¡Dios de los cielos! —exclamó Gretchen—. ¿Qué es todo esto?

—¿El Golem? —Shima estaba todavía sobre ascuas.

—Por cierto, no así multiplicado, doctor —murmuró Ind'dni.

—No puede decirse que esta atmósfera se adecue a la consulta —dijo Burne—. ¿Quizá mi casa en el Portón del Infierno?

—¿No me estará el Padre Olp devolviendo el golpe? Ella... —En eso Gretchen vio a uno de los miembros de su personal de pie y atónito junto a la puerta—. ¡Alex! ¿Qué es todo esto?

—Están locas, sira Nunn. Se abrieron paso a la fuerza.

—¿A la fuerza? ¿A través del Servicio de Seguridad? ¿Cómo?

—Yo no sé cómo. Se abrieron paso a la fuerza y me echaron fuera. Nada de zánganos aquí, dijeron. Nada de animales machos. Esta es una celda de reinas, dijeron. Luego abrieron el piso para llegar al apartamento de los Raxon que están por debajo de nosotros para tener más espacio y pidieron comida y...

—¿Pero quiénes? ¿Quiénes han hecho esto?

—Lunáticas vestidas como locas. Pase, sira Nunn. Véalo por usted misma. La están esperando. Docenas y docenas y docenas. —Y abrió la puerta de un empujón.

Por cierto, eran docenas y docenas y docenas. Las Raxon, madre y tres hijas, no sólo habían cedido su apartamento de abajo, sino que se habían unido al enjambre. También lo habían hecho las dos ayudantes de Gretchen. Tres guardias del Servicio de Seguridad (mujeres) se habían sumado al conjunto, lo que daba cuenta de la inusitada irrupción. Los dos apartamentos se habían transformado en un dúplex gigantesco con una escalera provisoria que pasaba por el boquete abierto en el piso. Figurantas, colombinas, coristas, bailarinas, confidentas y aun una mujer ataviada para ejecutar la danza del vientre se aferraban a ella como las uvas de un racimo y cantaban a los gritos:

Jai-jo Gafoozalum
Gran Joda de Jerusalén.
Jai-jo Gafoozalum
Venganza del rabino.

Con mirada lujuriosa y paso lascivo
Lléveselo consigo a un escondite secreto.
Abrióle la bragueta y extrajo el motivo
Del muy elevado orgullo de toda Jerusalén.

Jai-jo Gafoozalum
Gran Joda de Jerusalén.
Jai-Jo Gafoozalum
Venganza del rabino.

Pero ello se agitaba de aquí para allá;
Erróle él la boca no se la pudo encontrar
Y no hubo duda ya cuando sintió sus dientes
De que era la hora del Gafoozalum de Oriente.

Los cuatro se agolparon en la puerta de entrada observando boquiabiertos el espectáculo. La información del joven Alex había sido correcta; no había en el lugar ni un solo hombre. Shima, Ind'dni y Burne no se animaron a entrar; sólo Gretchen se aventuró unos pocos pasos dentro del apartamento.

De pronto Shima dijo:

—Al ver a todas estas mujeres, se me acaba de ocurrir algo, Ind'dni.

—¿De veras? ¿De qué se trata?

—¿Por qué el Golem no asume nunca la forma de una mujer? —preguntó Shima.

—Interesante observación, doctor —dijo Ind'dni. Apenas les era posible oír lo que se decían, tan grande era el estruendo—. Quizá nuestro psicomante pueda responderle.

—Posiblemente se trate de la “cara interior” de la gente, según la concibió Jung —dijo Burne—. Puede que el Golem sea generado por el animus, el aspecto masculino de la psique femenina; de ahí que asuma siempre la forma de un hombre. Si fuera generado por los hombres, su anima o aspecto femenino daría como producto una mujer.

Mientras estaba considerando esto, Gretchen exclamó:

—¡Miren el banquete que organizaron estas locas!

Era, en verdad un banquete digno de reyes, propio de una Abeja Reina. Bandejas y fuentes y platos y soperas de comidas por todas partes: caldo de alas de abeja, jamones de miel horneada, mejillones en salsa de ostras, jalea de anguila real, aspics de colas de langosta al tomillo, frituras de polen, viscosidad de colmena, budín de proteínas, tortas de miel, sorbetes de sacarosa y ollas de hidromiel y de néctar de Gales. Había bandejas colmadas de todas las hierbas de aroma dulce disponibles en plaza. Por el piso se esparcían verdes guirnaldas pisoteadas por danzas y carreras que despedían el punzante olor del tanaceto, la albeña, el romero, la artemisa y la albahaca.

¡SALVE! ¡SALVE! TODA LA PATRAÑA PRESENTE ESTÁ. ¡Hola, Azabache!
¡Bienvenida, Azabache! Regina ha muerto. ¿Lo sabías? Todo el mundo lo sabe. Mi ex ama era famosa. Este es su funeral, Azabache. La reina ha muerto. ¡Viva Nellie, Regina Segunda. *Zolstu azoy Iaiben!* ¡Soy Yenta Primera! ¿Quién lo dijo? Bimbo el Audaz lo dijo con su Martillo de Tor. He decidido que NOSOTRAS seremos:

Sara la reina virgen

¡Jaaaaaa! ¿Y qué diría Sara si Ooød la Terrible le asestara cinco dedos en las nalgas? ¿Puedo ser, por favor, Pi Primera? Mamita querría que mi nombre fuera

Victoria R, la Reina Limpia. Hay atuendos reales en el guardarropas: ¿qué tal Nora R, la Reina Querida? Votad por los Pésanos, la Reina de la Orquesta Combo. Pero ¿cómo puede ser R de soberana?^[11] Yo creí que significaba rey como en la R.F.D. Para ella tiene sentido. Es en latín, boba. ¡Salve Marita, la Reina Dumbo! ¡JIC, JAIC, JOC! ¡TODAS LAS REINAS ESTÁN AQUÍ!”

—Señor Burne —Ind’dni se volvió hacia el psicomante—. Usted es el experto en lenguaje psicomático. Explíquese lo a la sira Nunn.

—Están escogiendo una nueva reina que gobierne su comunidad. ¿De acuerdo, subadar?

—De acuerdo, señor Burne. Pero la pregunta de base es: ¿Cuáles son los movimientos que ejecuta el Golem de las Cien Manos a través de todo esto?

—Pero subadar —protestó Gretchen—, ¿no habíamos convenido en que no podría sobrevivir sin que la colectividad de las señoras abejas lo generara?

—Así es, pero debe de existir todavía. Es demasiado fuerte y proteico como para dejar meramente de ser y ¡*Punkt!* Y es muy probable que esté a la busca de otra fuente que le suministre alma y sobrevivencia.

—¡*Jesús!* —exclamó Shima—. Entonces es probable que se encuentre entre esta multitud buscando a tientas.

—No es probable, doctor —dijo Ind’dni—. Por favor, escuchemos el coro del enjambre reunido...

Madre ¿puedo lanzarme a follar?
Sí mi hija querida.
Menea la cola con gran seducción
Y mantén alejado el mortero.

—¿Oye alguna voz masculina, doctor? No. Es evidente que aquí hay sólo mujeres y el Golem¹⁰⁰ nunca se manifiesta como mujer.

Shima asintió.

—Afirmativo. Entonces ¿qué estará haciendo este náufrago del infierno?

—Debe de estar nadando como un desesperado —acotó Burne—. ¿De acuerdo, subadar?

—Del todo de acuerdo, señor Burne. Creo que este plástico *éidolon* sin alma debe de estar recorriendo de arriba a abajo todo el espectro de la gente: percepciones, terrores, compulsiones; a través de colores, sonidos, ondas, partículas; a la busca desesperada de otro generador, de otra cosa anímica colectiva que le asegure la sobrevivencia. Debemos rezar para que no la encuentre.

—No, subadar. —La voz de Gretchen rayaba en la histeria.

—¿No, madame? ¿Es usted agnóstica?

—Ni nada que se le parezca. Blaise, la batiesfera del doctor Leuz está todavía equipada con los contactos neurosensoriales?

—Sí. ¿Por qué? Estás pensando en otra zambullida profunda para atenuar el calor?

—No, quiero utilizarla en tierra firme.

—¡Gretch! ¿Quieres decir algo que tenga sentido?

—No puedo. Estoy poseída.

—¿Qué es lo que la posee, sira Nunn?

—Es una proyección —dijo Burne—. La fiebre de estas mujeres afecta a la sira Nunn. Se le aceleran el pulso y la respiración. El tono muscular es espasmódico.

—Y me asaltan ideas locas —añadió Gretchen.

—Una de ellas es que no puedo deshacerme del Golem con sólo una oración. Yo... yo quiero... yo *debo* participar en su muerte.

—Espacio, Ind'dni —dijo Shima—. Creo que sé a dónde quiere ir a parar. —A Gretchen—: Quieres embarcarte en otro viaje con Pm hacia el Fasmamundo y utilizar el equipo de la batiesfera para dar información sobre lo que observes, ¿no es así?

—Sí, pero no yo. Alguien más adecuado. Tú puedes proveer al observador de los contactos neurales, Blaise, y obtendremos observaciones de lo que se desarrolle en el momento preciso.

—Buena idea, Gretch. —Shima se entusiasmó—. Mi Dios es una muy buena idea. De ese modo tendremos un conocimiento certero.

—Pero ¿quién más adecuado que usted, madame? —Preguntó Ind'dni—. Usted está equipada como nadie y ya tuvo la experiencia antes.

—¿Se me permite traducirlo que leo en mi distinguida colega, subadar? —preguntó Burne.

—Pues claro.

—Quiere contar con un observador demasiado sutil, demasiado refinado, demasiado firmemente anclado en firmes recursos emocionales como para que la desorientación lo venza como le sucedió a ella en el Fasmamundo. Lo bastante fuerte como para resistir. Lo bastante controlado como para dar informaciones de manera desapasionada. Lo bastante místico como para que comprenda lo trascendental.

Gretchen se quedó mirándolo fijamente.

—¿Mi soma le dijo todo eso?

—No del todo, sira Nunn. Me aclaró bastante las cosas mientras conversábamos camino de este Oasis.

—¡Por el gran Diado! —exclamó Ind'dni—. ¿Dónde encontraremos semejante ejemplar? ¿Existe acaso?

—Existe, subadar.

—¿Dónde?

Burne se volvió hacia Gretchen.

—Dígaselo, por favor.

—Lo haré —dijo ella. Lo miró de pleno en la cara—. Es usted.

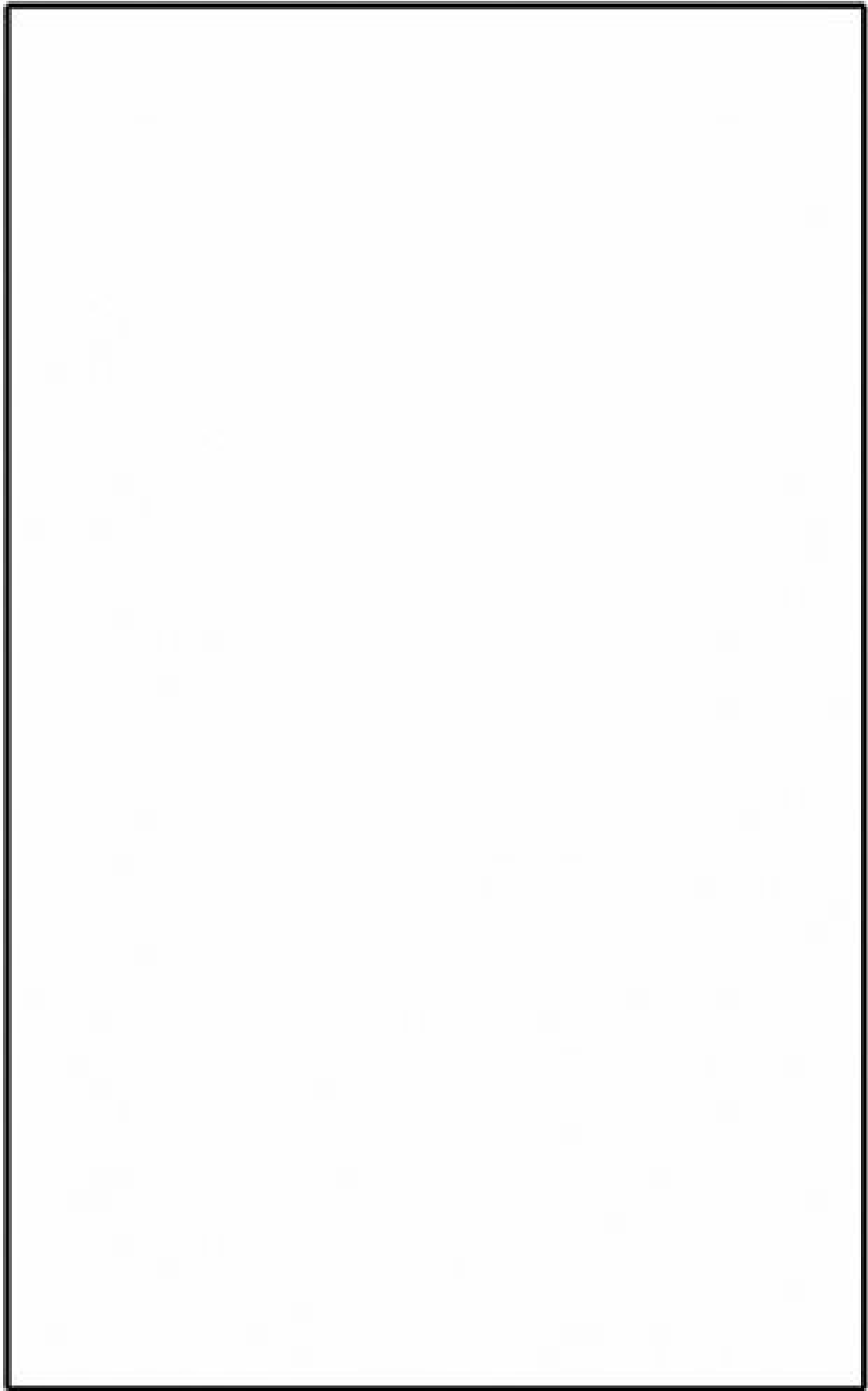
El *Rescate III* estaba anclado en la dársena del centro de Oceanografía. La batiesfera estaba al abrigo en la cubierta de proa de la jábega e Ind'dni estaba en su interior cubierto de contactos neurales como lo había estado Gretchen. Hubo un significativo agregado, sin embargo: en la laringe se le había colocado un sensor para que se pudiera oír lo que dijera... siempre que fuera posible formular con palabras lo encontrado en el Fasmamundo.

Shima le inyectó a Ind'dni el hidrato de Pm, le palmeó el hombro dos veces y abandonó la batiesfera. Cerró la escotilla, la ajustó y se dirigió apresuradamente a la cabina de control donde Gretchen lo esperaba. Le hizo una breve inclinación de cabeza, puso en marcha los instrumentos y examinó los panales.

—Todo en orden —murmuró.

La batiesfera se encontraba a menos de treinta metros de la cabina, pero a una muy larga distancia a través del cable que los ponía en contacto con el subadar. Shima cogió el micrófono que los comunicaba con la batiesfera y aguardó. Salem Burne hubiera dicho de él: “Pulso y respiración veloces. Tono muscular espasmódico”.

No podría haberse dicho lo mismo de Ind'dni.



Por fin, por el parlante de la cabina de control llegó una voz serena:

—¿Puede darme lectura, doctor?

—Con toda claridad, Ind'dni.

—Sira Nunn ¿se encuentra todavía allí?

—Sí, subadar.

—Todo esto tiene sumo interés. A diferencia de ustedes dos que se sumieron en el negro antes de iniciar sus descripciones, yo me sumí en el blanco. Aparentemente el prometio no afecta a todos por igual.

—¿Está usted seguro de que el blanco no es un eco sensorial?

—Completamente, doctor.

—Entonces afecta más bien la psique que el soma, subadar —dijo Gretchen—, y todas son diferentes. Aparentemente usted puede mantener contacto con el mundo real mientras se encuentra en el Fasmamundo. A Blaise y a mí nos fue imposible.

—Creo que estoy de acuerdo, sira Nunn. Todos los somas son similares, poco más o menos; de no ser así la medicina estaría todavía en el Medioevo; pero no hay dos psiques que sean idénticas. Si alguna vez se logra reproducir a la gente por clonaje será interesante comprobar si las personalidades llegan a resultar tan semejantes como los cuerpos.

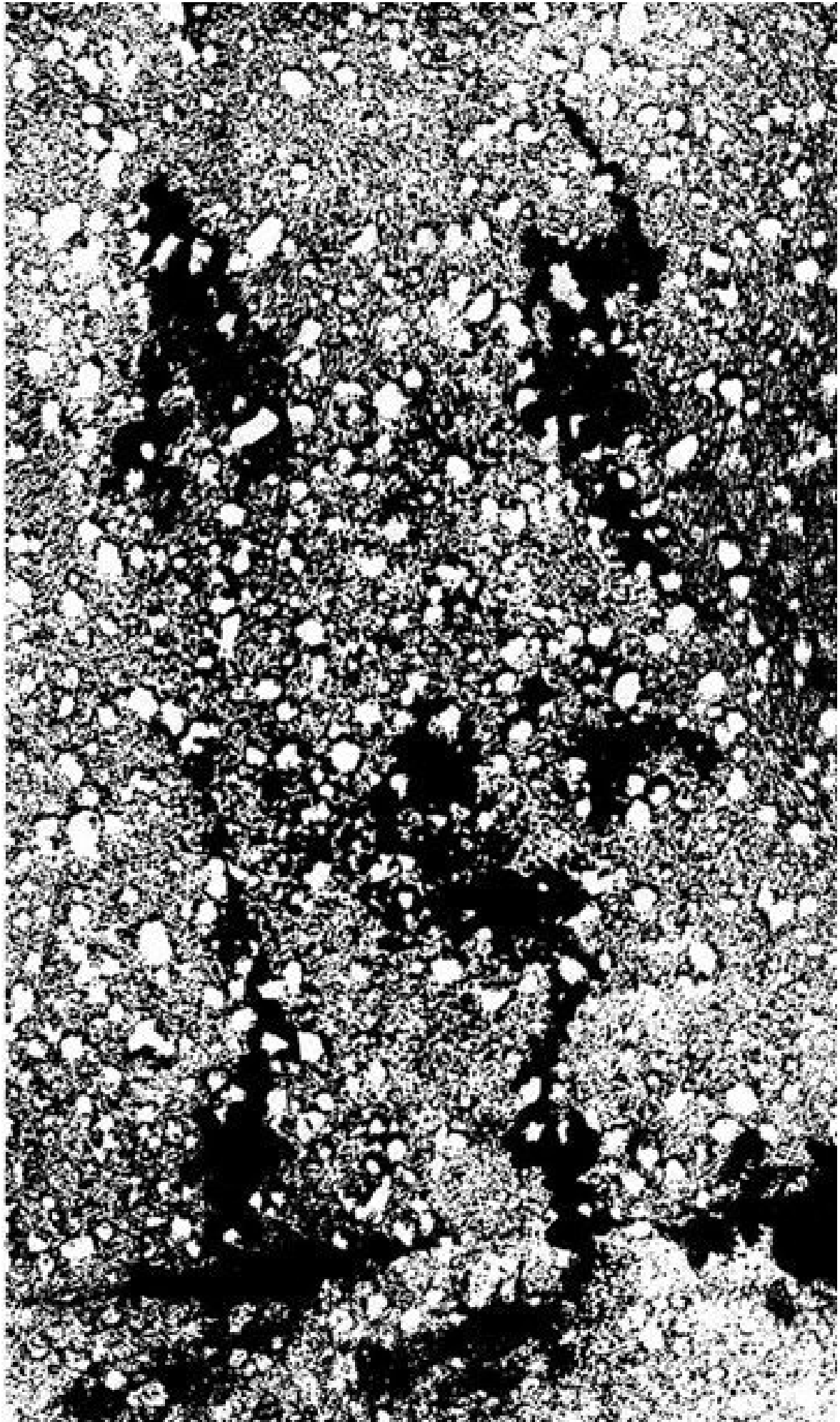
(—Este tío es verdaderamente desaprensivo, Gretchen.)

(—Esa es la razón por la que quise que él emprendiera el viaje.)

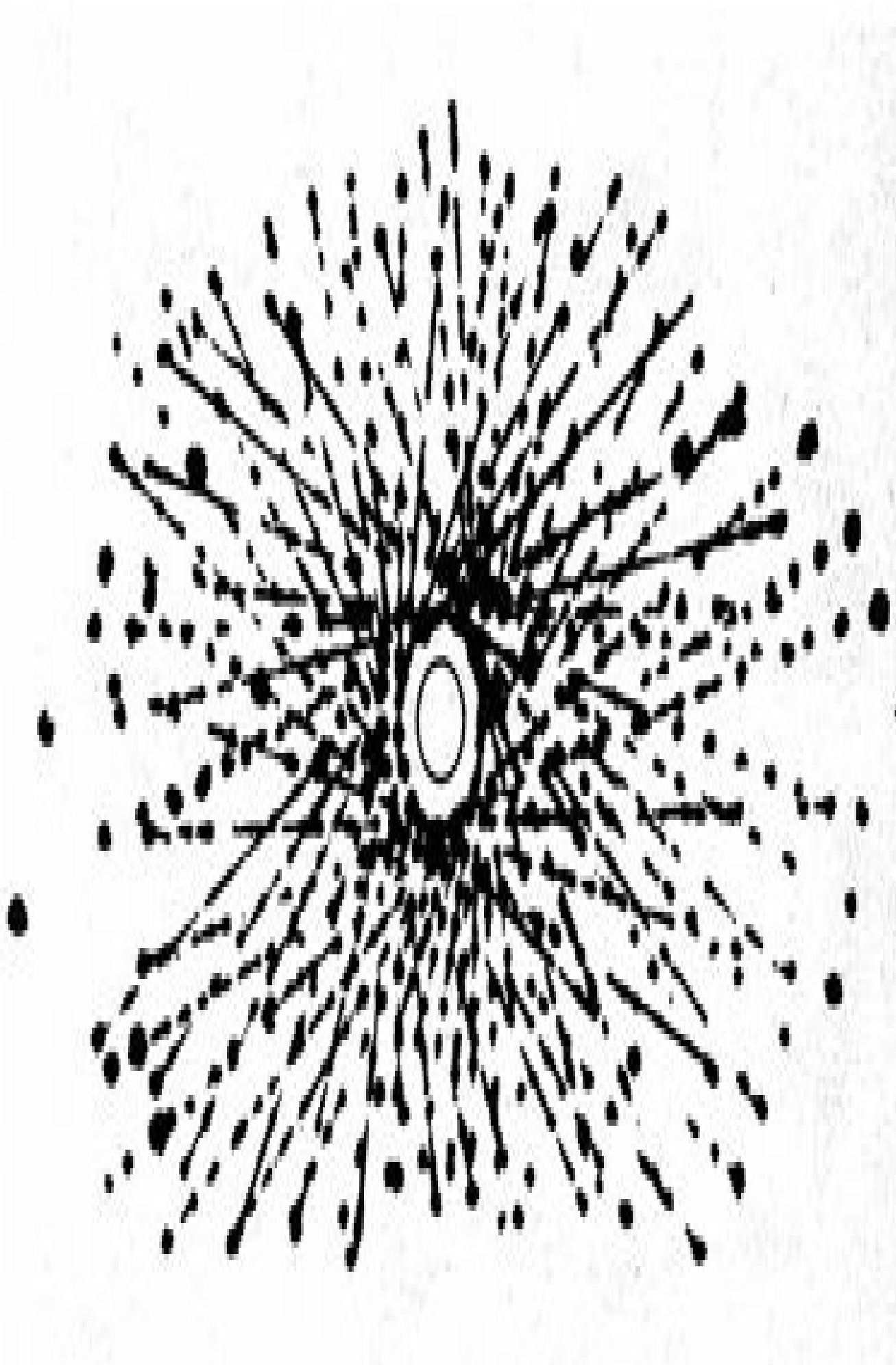
—Nada más que blanco todavía, doctor —continuó Ind'dni la información—, pero me siento confiado. Dice una máxima hindú: “Es cierto porque es imposible.” Yo... Esperen, por favor. Algo comienza a manifestarse...





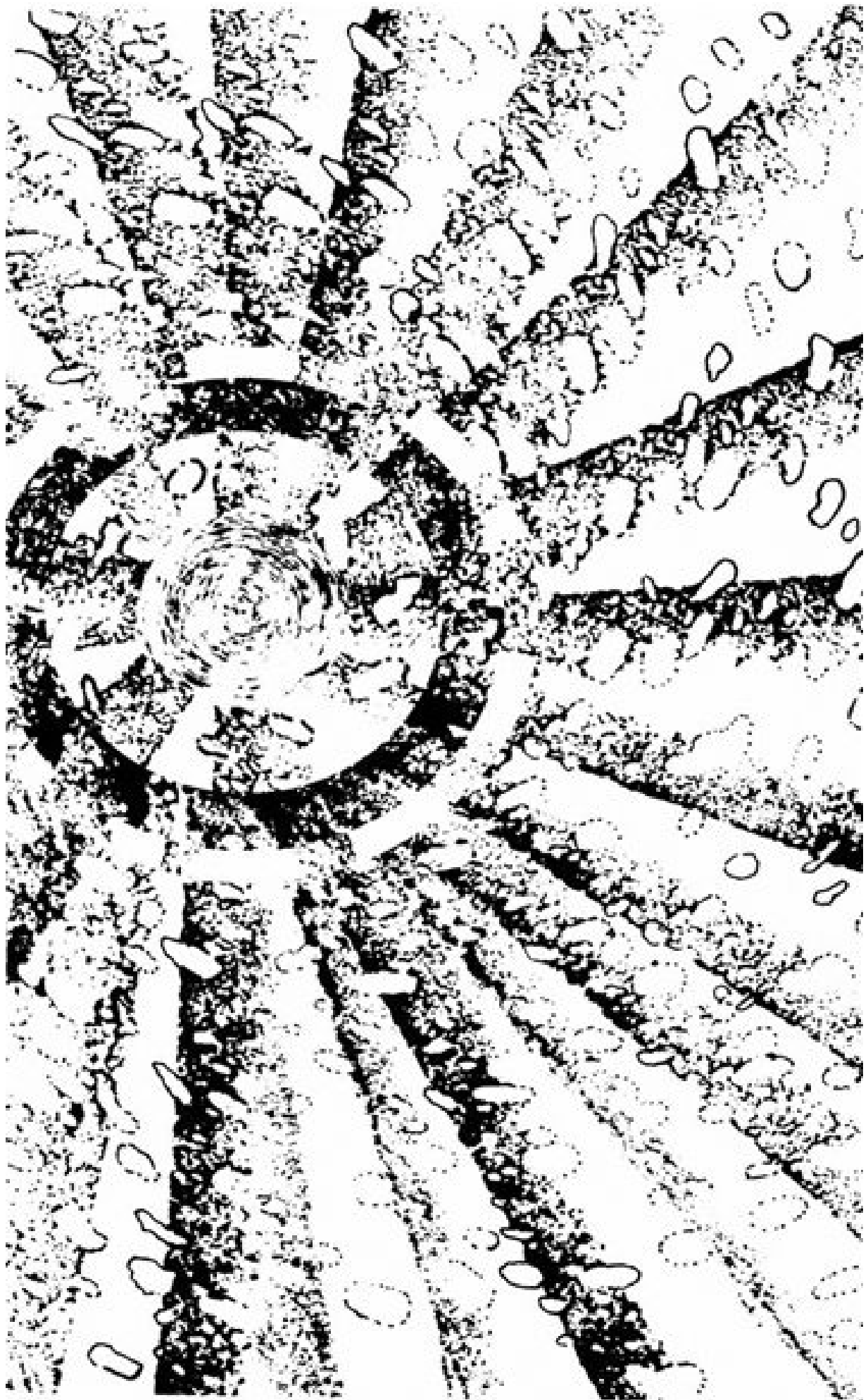


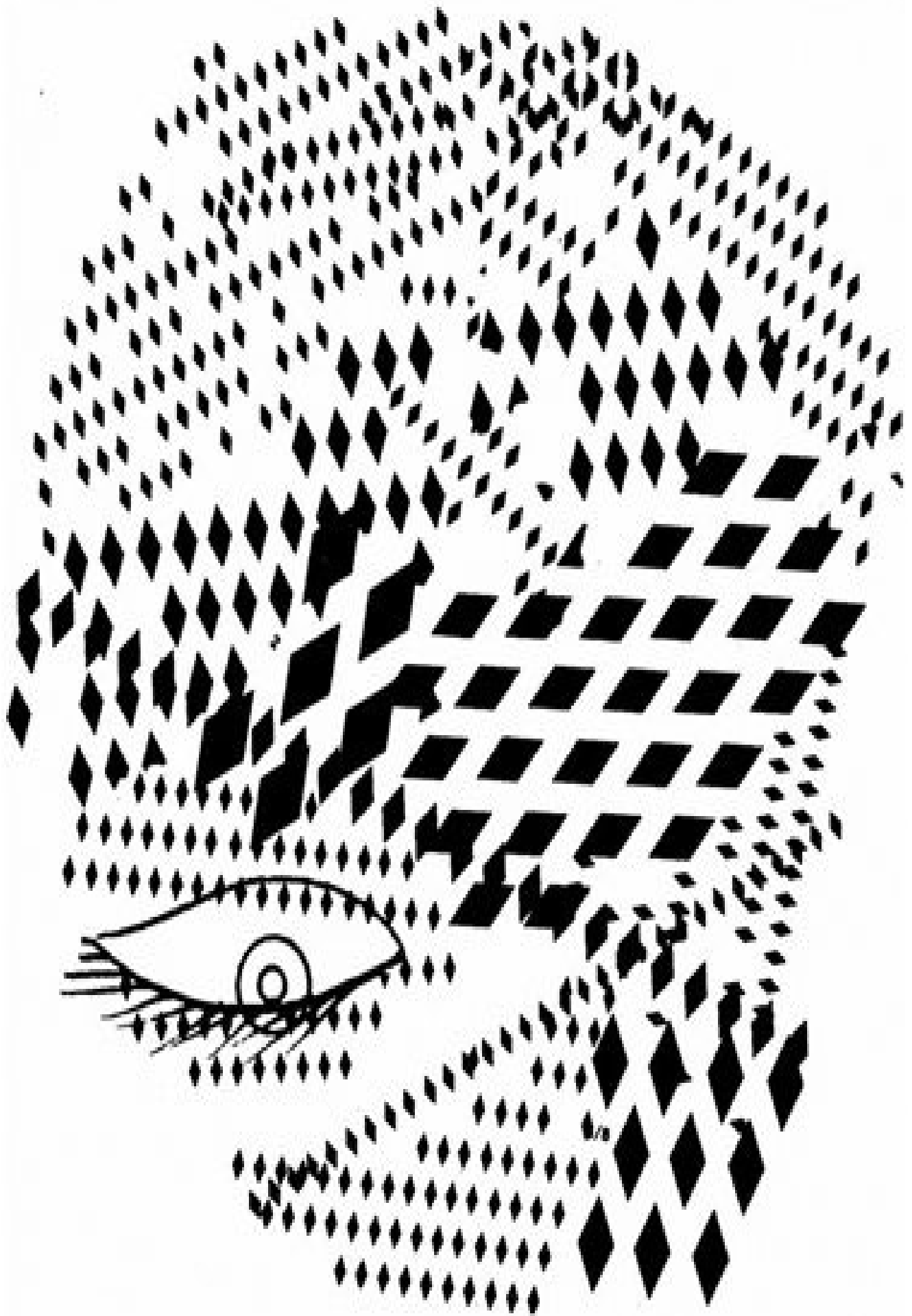
—Ah, sí. Notable. Estoy percibiendo fragmentos de este Fasmamundo. Me complace también declarar que mi conjetura era correcta. La Criatura de las Cien Manos probablemente haya empezado su búsqueda por el tope mismo del espectro electromagnético. Quizás el *Id* se siente poderosamente atraído por las fuentes de alta energía...



—Estoy percibiendo el Nuestromundo... el extremo superior del iceberg, como lo llamó usted, sira Nunn... a través de las percepciones del mundo del *Id*. Es extraño, por no decir más, y cautivante. Ese verso de Robert Burns: “*¡Oh, que algún poder nos concediera el don de vernos como nos ven los otros!*” Mil perdones por mi torpe pronunciación escocesa. Ustedes me dieron ese poder, doctor Shima y sira Nunn, y les estoy intensamente agradecido por ello.

(—¡Es tan refinado el muy hijo de puta!)





—¡Ah! El mundo del *Id* percibe ahora figuras informes en el Nuestromundo. Creo que las sensaciones fasma descienden por el espectro hacia... ¿Hacia dónde, doctor?

—El bombardeo de partículas, Ind'dni. Probablemente la región de los rayos gamma. Rayos X duros. Alrededor de diez a menos ocho centímetros.

—Pero ¿esas percepciones pertenecen al Golem, subadar?

—Muy probablemente, sira Nunn. Estamos muy en *rapport* con él después de los primeros encuentros, pero no lo sé de cierto.

—Es usted inefable como siempre, doctor. Los residentes de nuestro extremo superior del iceberg se perciben ahora a través de una visión de rayos gamma...





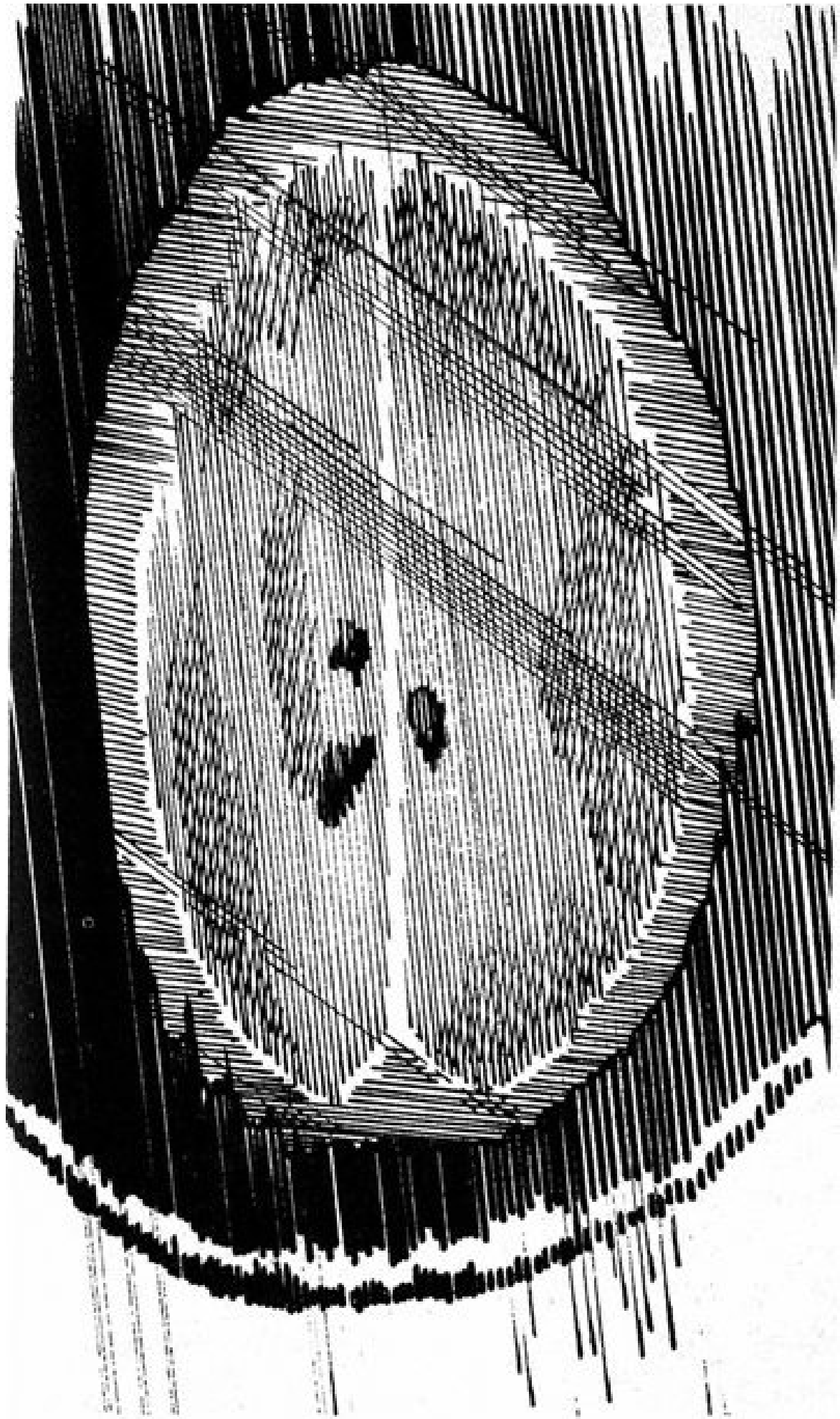


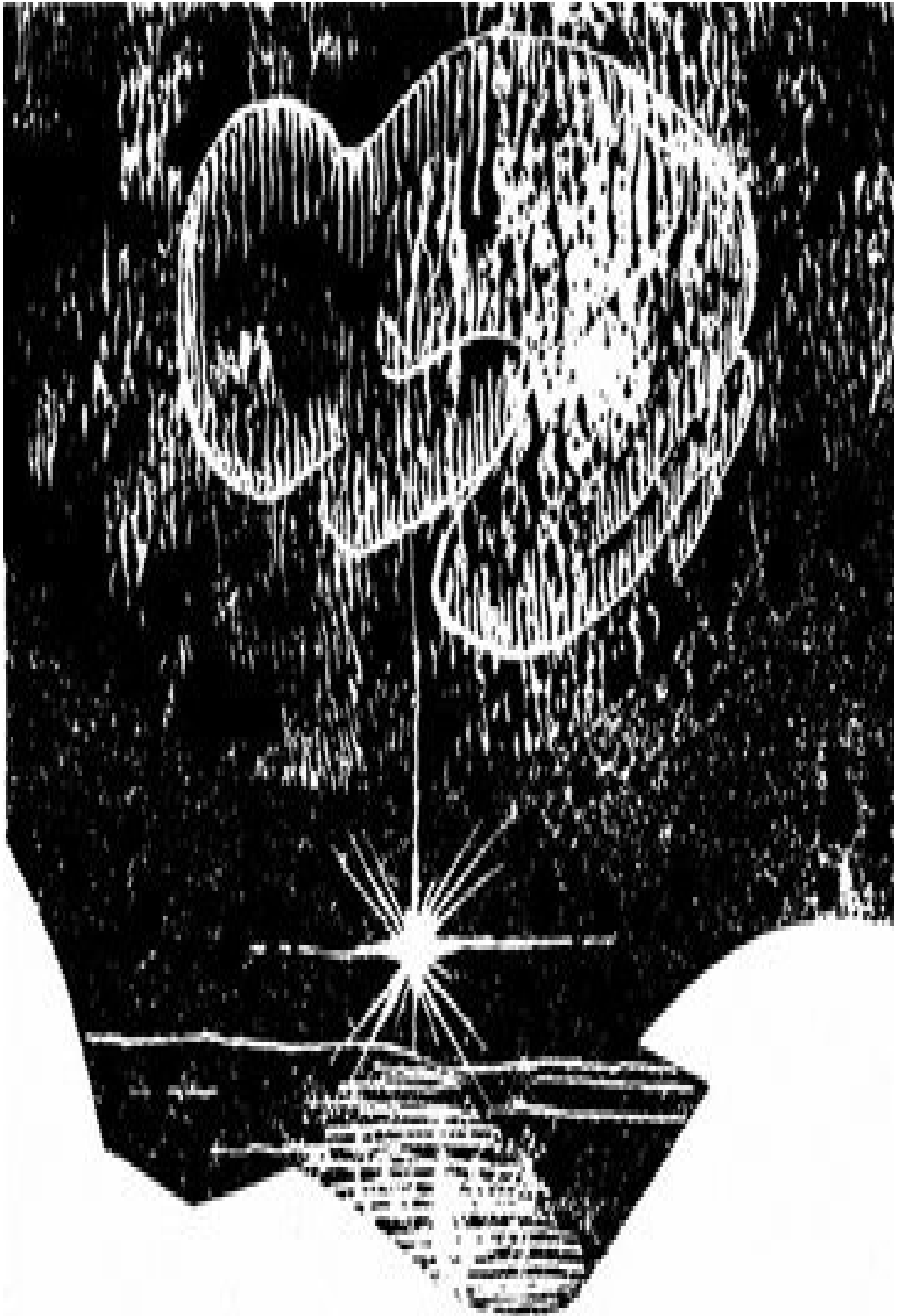
—Ahora lo estoy percibiendo a usted doctor, reconozco su imagen a través de los rayos X.



—Creo que es posible que haya atrapado a la Bestia de las Cien Manos por fin. Nos encontramos todavía en la zona de rayos X y percibo mediante los sentidos del *Id* lo que parece un útero, lo que significa un nuevo hogar para el náufrago...

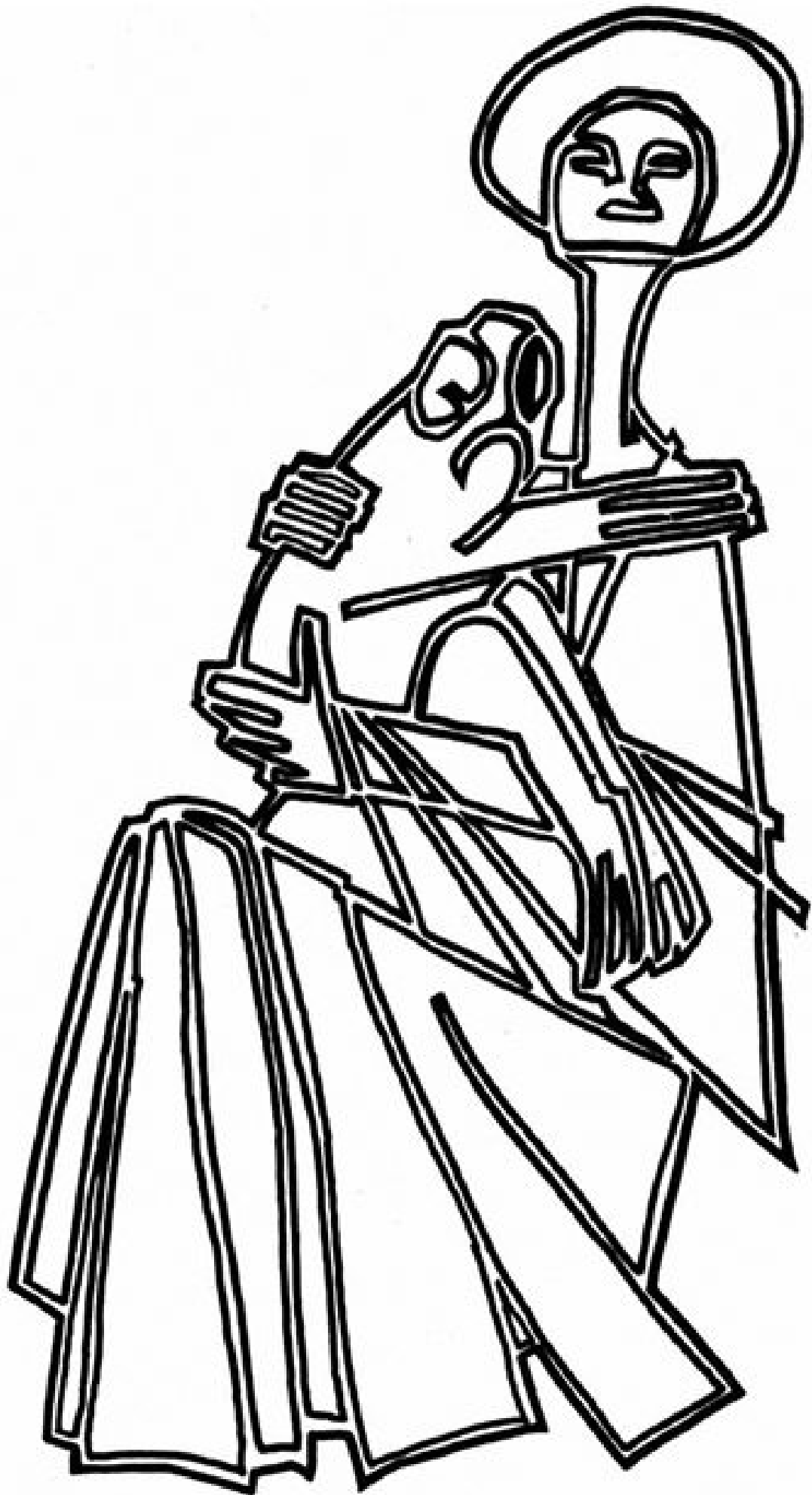






—¡Sí, sí, sí! Es a través del Golem de las Cien Manos que estoy percibiendo nuestro mundo. Ha llegado a la porción visual del espectro y está a la busca de un útero y una madre.





—¡Sira Nunn! ¡Sira Nunn! ¡Sira Nunn! Tengo una percepción notablemente clara de usted en el papel de...



- ... pero parece percibir que no es bien recibido.
- ¡Dios mío, subadar! ¡No! ¡Nunca!
- De modo que ahora percibe el acecho de la muerte.



—Sumamente notable. A medida que la criatura desciende por nuestro espectro visual hacia... ¿Cómo sería la cosa, doctor?

—Desde el violeta extremo pasando por el índigo, el azul, el verde, el amarillo, el anaranjado y el rojo extremo.

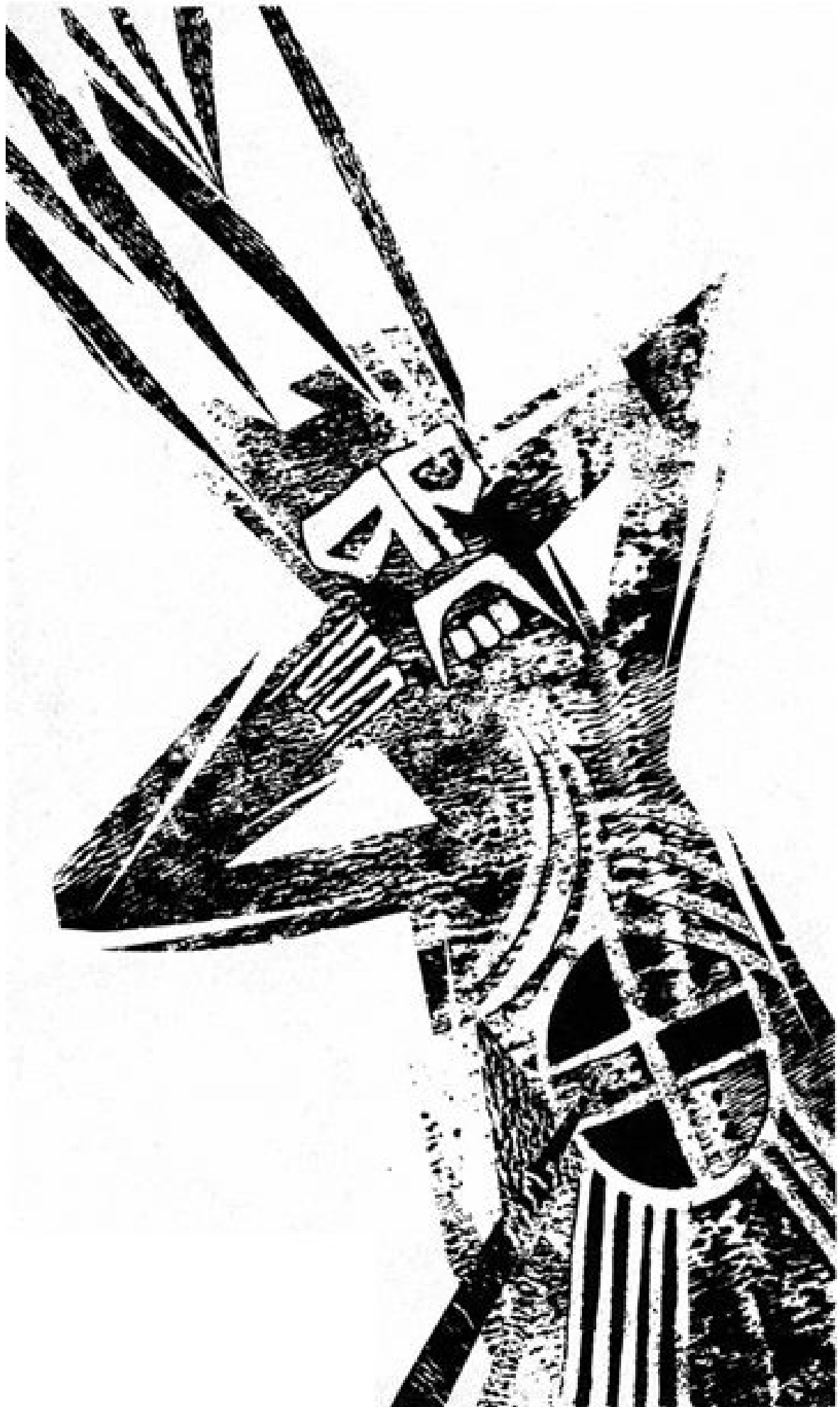
—Gracias.

(—¡Mi Dios, qué aplomo! ¿Nunca siente nada el muy hijo de puta?)

—Ahora, en su desesperación, busca la protección de un padre.







—Pero las percepciones del padre se vuelven espantables y grotescas.

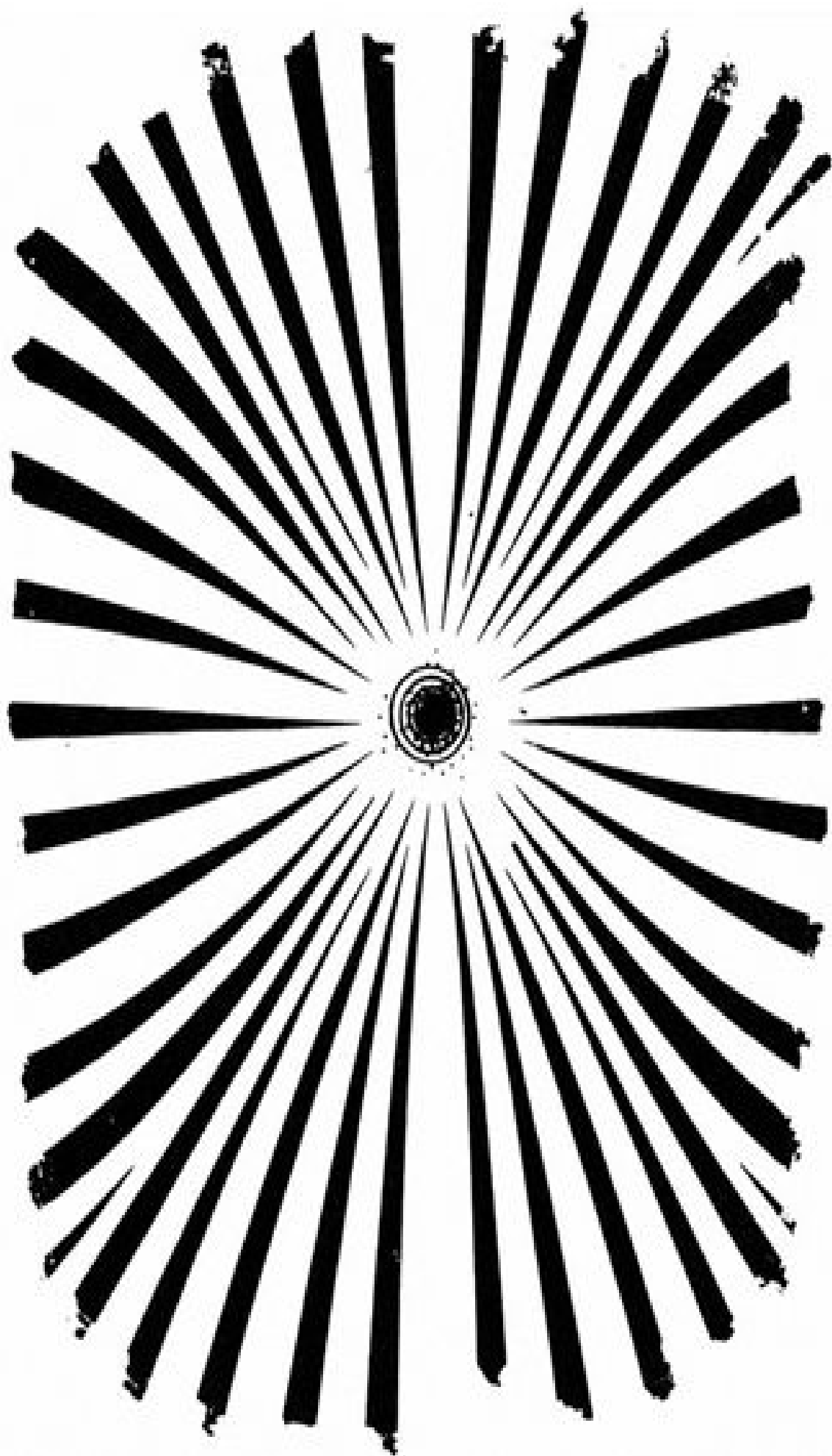


—Eso es coherente desde el punto de vista psicodinámico, subadar. Padre e hijo son enemigos mortales frente a la madre.



—Me lo temía. Tengo una visión de Garuda, un dios hindú de la muerte, y así es como el Golem me percibe en cuanto a padre.

—De pronto se tiene una sensación de calor extremo. Sumamente incómoda. ¿Puede explicarlo, por favor, doctor Shima?



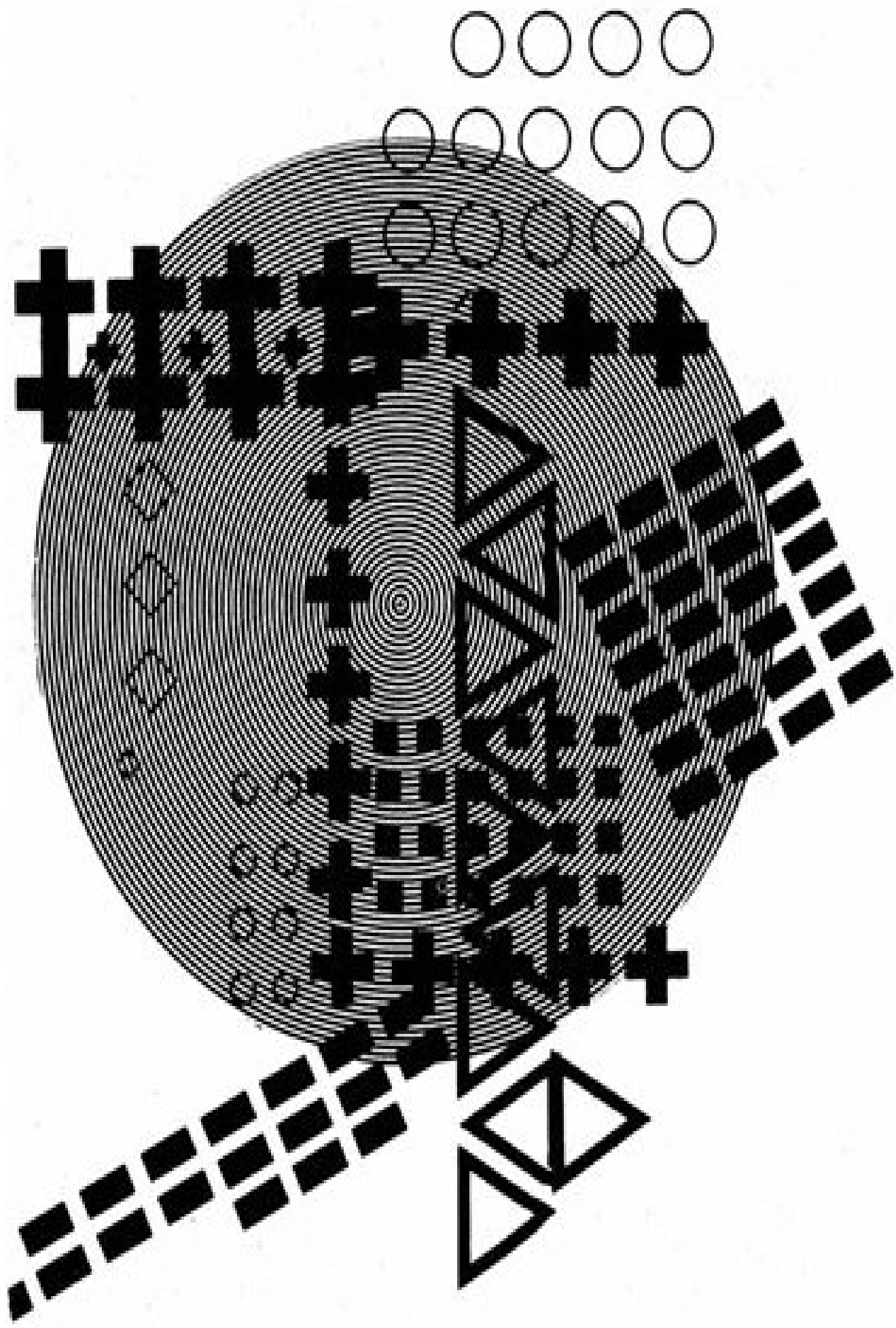
—Es sencillo. El Golem ha descendido del rojo extremo al infrarrojo. El calor es el fenómeno que allí se da. —Entonces ¿ya no estamos en terreno visible?

—No.

—Interesante. ¿Qué puede esperar encontrar allí? Y ahora, unas extrañas vibraciones, doctor Shima.

—Propagación de ondas de radio de toda clase, desde las de onda corta a las de diez kilociclos. ¿Cómo las percibe el Golem, Ind'dni?

—Sólo como diseños geométricos. Qué oportunidad para un crítico de espectáculo, ¿eh?



—¡Gran Deva en Devachan! Está frenético ahora y se ha trasladado al sonido.



Gretchen cogió el micrófono.

—Pero cuando el Golem trató de violarme y habló con ese galimatías invertido usted dijo que la criatura “carecía de inteligencia”. Son sus palabras, subadar.

—Es cierto, madame, y el galimatías continúa. Sólo percibe imágenes y fragmentos de palabras.

—No comprendo.

—Trataré de esclarecer las extraordinarias percepciones del Golem que estoy experimentando, sira Nunn. ¿Lee usted música?

—Mediante los ojos de los demás, sí.

—Y cuando la lee ¿su oído interior la escucha?

—Sí.

—Piense, por favor, en alguien que no sea capaz de leer la notación musical de una partitura. Esa persona ¿escucharía algo?


—No, nada.

—¿Y qué vería?

—Sólo líneas, lunares, círculos, signos y símbolos extraños.







—Gracias. Y así es como el Golem¹⁰⁰ percibe los sonidos que utilizamos para comunicarnos.



(“;,-*:.”) & &! ? ♀ 

M 234567890  \$ % & ...!

 \$ % ; ! ? & ... ! ? " + * 123456780 M
   0 \$ % . : : ! ? & 
67890 \$ % / (" ; ' <) ^ E ... ! ? " " - / / m

& “ ” ; . . - () * P ! \$ 890 \$ £ € 14 C ; ; ! ? ? - « » () .

YZ & ... ! ? " + *  +   * Ç   
M

 0 / % + $\frac{0}{0}$... ! ? " " - () ! ! \$: M : : : ; ; ! ? ' m


M
M
M A B C D E F G H I J K L M 1 2 3 4 5 ma
M

M
A
ma

MAMMA

MAMMA

M

M

MAMMA

MA

A

MA

M

MA

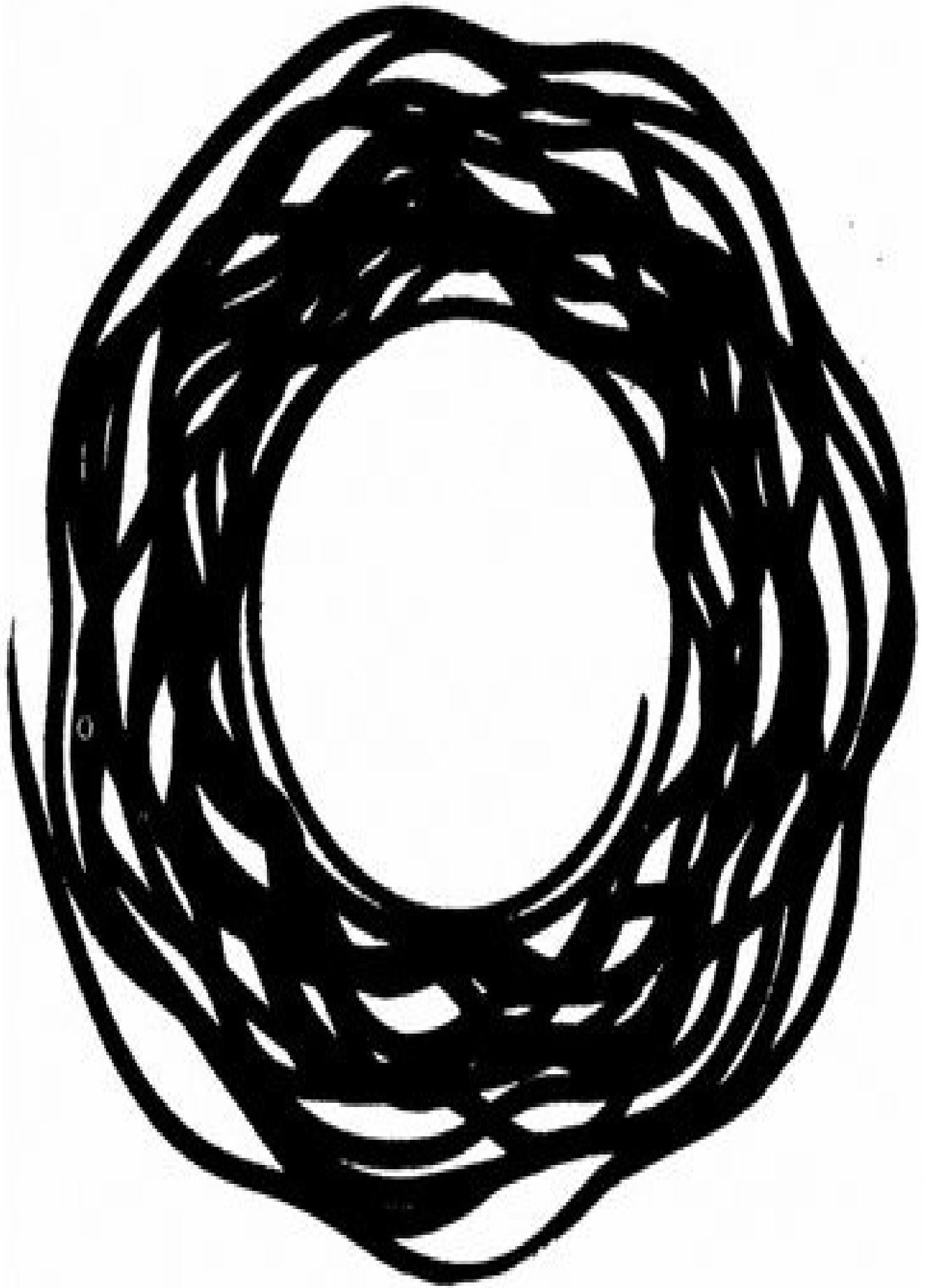
MA

A

M

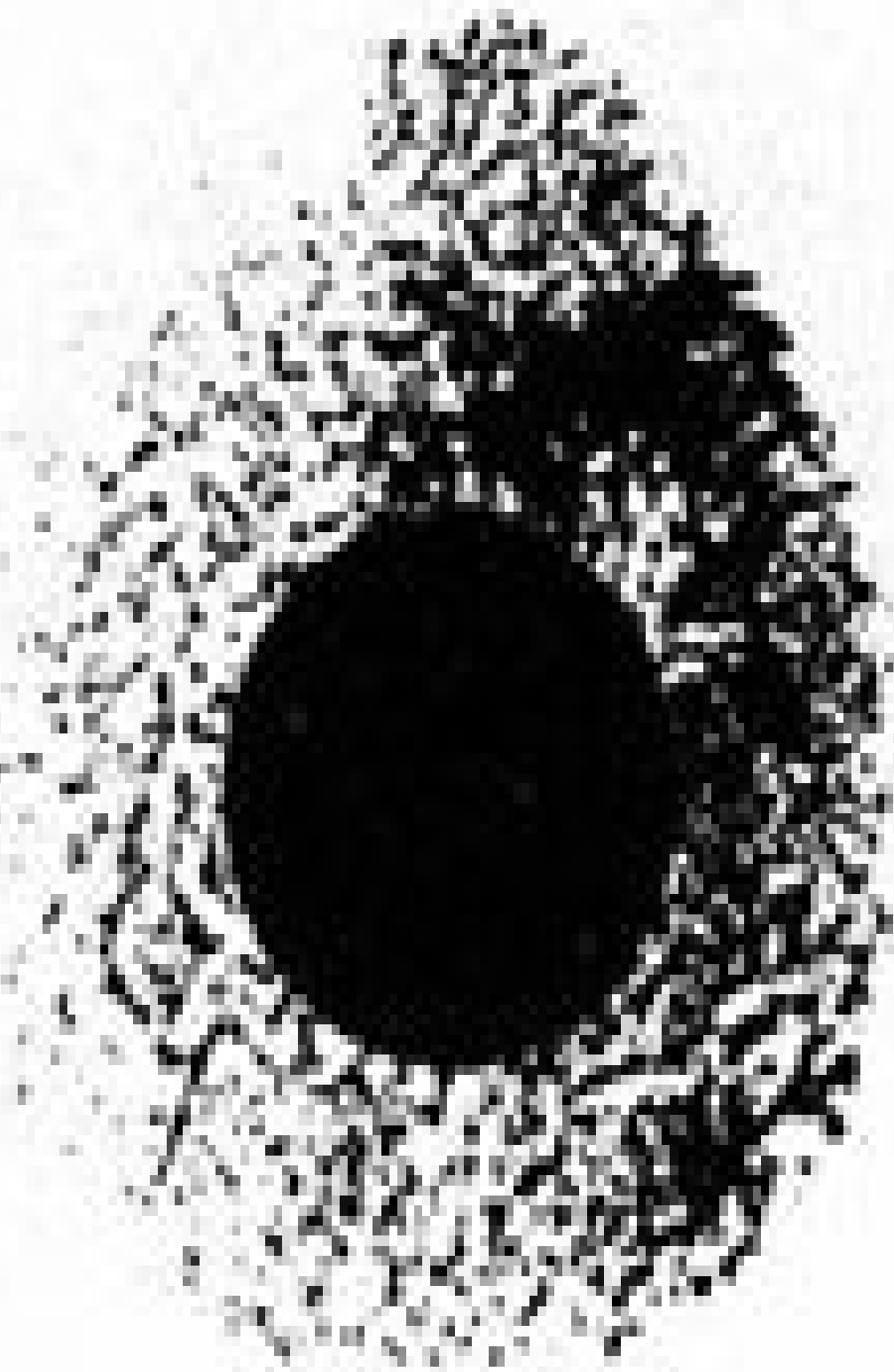
AMMA MAMMA MAMMA

—No logra encontrar anfitrión, hogar, padre ni madre, no encuentra refugio alguno... Ya no le es posible seguir luchando por sobrevivir. Nos vamos...









—Ya nada queda.

Ind'dni estaba repantigado exhausto en el profundo sillón especialmente diseñado para la corpulencia del DODO. Se encontraban en la oficina de F. H. Leuz y un caleidoscopio de peces los rodeaba. Los muros estaban cubiertos de docenas de acuarios que emitían un sonido burbujeante y sibilante. Mientras Gretchen y Shima observaban al subadar, Leuz se dirigió a un transparente acuario que no contenía sino agua cristalina y su único lóbulo de maeandra blanqueado por la intemperie. Llenó un vaso de agua que recogió de un grifo situado en la base del acuario y se lo llevó a Ind'dni. Al pasar junto a un tanque en el que había una anguila, le dio una amistosa palmadita y la anguila trató de alcanzarle los dedos con sus espantables mandíbulas.

—Está domada —dijo Leuz. Puso el vaso en la mano del subadar—. Beba con cuidado —dijo—. Es vodka. De cien grados.

Ind'dni no sólo estaba maltrecho, sino además completamente desorientado. Intentó beber el primer trago por el borde opuesto del vaso. Sólo logró derramárselo en el pecho. Hizo girar el vaso noventa grados para corregir su posición, pero otra vez trató de beber por el borde opuesto. Por fin su mente perpleja comprendió y se las compuso para beber todo el vaso. Respiró profundamente.

—Gracias zaban, Leuz-doctor. Era muy sario. De nece. Necesario, ¿no? —Les sonrió a Gretchen y a Shima—. Pues. No tan impermeable Alkhand-sarangdharind'dni como lo había estimado Burne Salem, ¿no? —le devolvió el vaso a Leuz—. Muy gracia al Señor Siva bienamado todo ha terminado por fin.

Gretchen unió sus manos a la altura del pecho.

—¿Entonces el Golem se ha ido, subadar?

Ind'dni se esforzó por dominar con coherencia las palabras.

—Más bien... Más bien decir se ha extinguido.

—Pero ¿muerto de manera cabal y putrefacta?

—Difícil de establecer. La extraordinaria criatura no dejó *corpus vile*.

Shima no estaba satisfecho.

—¿Por qué no puede estar seguro, Ind'dni?

—Alkhand-sarangdharind'dni nombre completo renuente a discutir ciencia científica con expertos, Shima-doctor, pero...

—¿Sí? ¿Pero? ¡Adelante, pues, hombre!

—Me pareció que... ¿Se retiró? ¿Desapareció? Se disolvió en un Agujero Negro.

—¡Qué diablos dice! —Exclamó Shima—. ¿Un Agujero Negro? ¿En un anti-universo?

—Perdonen. —Leuz estaba apoyado contra un tanque en el que un pez luminoso parecía cubrirlo con un halo—. El pasaje por un Agujero Negro a un anti-universo

todavía es sólo un concepto teórico. No hay pruebas concretas de él con excepción de suposiciones acerca del colapso de las estrellas. —El hombre inmenso miró el cielorraso del que pendía una raya murciélago que batía las aletas sin ir a ninguna parte—. Algunos sostienen que la tremenda explosión de Siberia en 1908 no fue provocada por un meteorito, sino por un Agujero Negro errante.

—Pero eso fue lo que parecieron percibir nuestros sentidos, Leuz doctor.

Gretchen intervino cortante.

—¿Nuestros sentidos, subadar? Y cuando nos informaba desde la batiesfera usted dijo “Nos vamos”.

—Biciclo, sira Nunn. “Nosotros”. “Nuestros”. Los propios sentidos casi acompañaron toda la peregrinación del Golem.

—¿Pero no lo hicieron?

—Sólo en parte. Luego me retiré.

Shima lanzó un silbido.

—Describa la cosa Ind’dni. ¿Cómo fue?

Ind’dni cerró los ojos, pero antes de que pudiera responder, Leuz comenzó a dar sugerencias:

—¿Experimentó una sensación de caos? ¿Desorientación? Eso es evidente a juzgar por la manera en que ahora se comporta, subadar. ¿Inversión del tiempo o del espacio? ¿Inversión total? ¿Del corazón y la respiración? ¿Transposición del cuerpo, derecha por izquierda e izquierda por derecha? ¿Todo al revés?

Ind’dni sólo pudo contestar a cada una de las preguntas con un asentimiento de cabeza. Luego susurró:

—Y vi al onerom.

—¿Vio qué cosa?

—Vi lo que Shima doctor llama “moreno”; mi anti-yo.

Los tres se mostraron incrédulos. Shima exclamó:

—¡Cristo en la Montaña! ¿Una imagen especular?

—Pero aún. Un negativo del yo. Una lamentable inversión. —Ind’dni hizo otro esfuerzo por reorganizarse—. Blanco por negro, negro por blanco como lo sugirió Leuz-doctor. Me crié y me eduqué de acuerdo con la tradición indostana. La disciplina de la conducta tenía por fin el civilizado control de uno mismo. La inversión de mí mismo fue la refutación, la negación de mi acostumbrado estilo de vida. Fue... ¿Cómo decirlo? Fue... Sólo puedo utilizar las palabras con que la sira Nunn describió al id profundamente sepultado...

—Implacable —murmuró Gretchen—. Traidor, lascivo, sin conciencia ni bondad.

Ind’dni hizo un gesto de agradecimiento con la mano.

—De modo que, con reconocido terror, me largué... para utilizar una de sus locuciones favoritas, Shima-doctor... me largué de allí.

—Jesús —dijo Shima entre dientes—. Perder semejante oportunidad. Yo no hubiera podido evitar el reto y lo hubiera seguido hasta hacerlo hablar.

—En ese galimatías invertido sin la menor duda —y Gretchen de pronto estalló en carcajadas y siguió riendo y riendo con histérico alivio.

—Por fortuna y bendición, Shima-doctor, yo desperdicié la oportunidad —dijo Ind'dni sin tener en cuenta las carcajadas de Gretchen, que iban en *crescendo*—. El antimundo invertido hizo que nuestra enloquecida Patraña me pareciera algo racional en contraste.

—No racional, alegre —dijo efusiva Gretchen—. Alegre es la palabra ¡Alegre! ¡Alegre! —Dio un sonoro beso con los labios al tanque en el que nadaba la anguila—. Un besito, bocón. El Golem ha muerto, desaparecido, partido... al mundo de su negación. —Fue saltando de un acuario a otro besándolos a todos—. Tenemos que celebrarlo. Ya no más Golem. Ya no más horrores. Abandoné la celda, peces, ¿me oís todos vosotros? No más arresto en la celda de la Patraña. ¡Oíd, oíd, salmones y lenguados! ¡Sábalos y esturiones! ¡Bacalaos y cangrejos!

—Vamos, Gretch —protestó Shima—. Calma, muchacha.

—¿Qué te pasa? —Le preguntó ella—. ¿No eres feliz? Yo lo soy. Enteramente feliz. Todo ha terminado. Situación normal. Fin de la farsa. Abandoné la celda. Vengan a mi casa, todos ustedes. Nos uniremos a las locas si se encuentran todavía allí. Vamos a celebrar. Comeremos y nos beberemos una tormenta y cantaremos locas canciones para celebrar. Vengan a mi casa.

Se largó a la carrera de la oficina y los tres hombres la siguieron. Había algo en Gretchen que obligaba a seguirla.

* * *

La mampostería que había sido otrora el machón de un puente y era ahora la fortaleza de un Oasis estaba sumida en la mayor de las confusiones. Todo estaba abierto de par en par sin servicio de seguridad, y era imposible distinguir nada en esas aguas revueltas. Las locas estaban todavía allí. Se habían apoderado por entonces del Oasis entero (con la incorporación de todas las mujeres que había en él) para transformarlo en un enjambre ensordecedor, y los alimentos y las bebidas abundaban más que nunca. Cuando Gretchen, seguida de los tres hombres entró en el *foyer* del Oasis, se topó con:

Una
E*S*T*R*E*L*L*A
vestida
de lentejuelas de plata

Una bailarina
que bailaba la danza del vientre

con una sopera
de caldo de alas de abeja
sobre la cabeza

Payaso
que toca
el clarinete

Boadicea
con
jamón de miel horneada

Payaso
que toca
el trombón

ANGULAS CON JALEA REAL
transportadas
por la Bestia de dos cabezas
que devoró Nizhni Novgorod
Payaso
que toca
el corno francés
seguido de un cortejo
de mujeres ululantes y rientes
que no ofrecen asistencia alguna

Y en la jornada de ascenso por las escalinatas de piedra que conducían al piso de Gretchen (todos los servicios del Oasis habían dejado de funcionar) tuvieron que esquivar multitudes integradas por Moisés, Rizos de Oro, una doncella, un carpintero, guardias del Servicio de seguridad, un vagabundo, espíritus del agua y de los bosques, *groupies* rockeras, violadores, provocadores, traficantes de drogas y un surtido de jóvenes de conducta dudosa que habían ido a robar y se habían quedado para gozar de la diversión. Gretchen fue empujada, apretujada, ahogada y atragantada de dulces que manos insistentes le metían en la boca.

Aunque los enjambres le abrían camino respetuosamente a Gretchen, a los hombres se los trató con rudo desprecio. Leuz tuvo que hacer uso de su rotundo volumen para que los demás pudieran avanzar. Aun las mujeres más violentas no hacían más mella en él que el *confetti*.

Shima exclamó:

—¿Puedes creer en esta *Walpurgisnacht*, Lucy?

—¿No lo recuerdas a Vrok? —Le preguntó Leuz por sobre el hombro—. Discúlpeme, señora.

—¿Vrok? ¿Vrok cuántos? ¿Qué Vrok?

—Vrok, el tullido. Lo siento, señora. Enseñaba astrofísica en... ¡Ups! Lo siento, jovencita... el Tecnológico. Solía decir... No, no, señora, la culpa es *suya*... Vrok siempre decía: “La realidad de la naturaleza es más audaz que la imaginación del hombre.” Suélteme las bolas, señora...

—¿Qué diablos tiene esto de natural?

—¿Nunca tuviste familiaridad con las abejas?

Lo que una vez había sido la elegante sala de Gretchen era una ruina de desperdicios organizada como panales en torno a un enorme tonel de madera en que una mano ebria había trazado con guindado carmesí las letras HIDROMIEL OXIACIDO. Gretchen, más poseída aún por el alboroto, tuvo el impulso de zambullirse de cabeza en el tonel.

Emergió boqueando y jadeante.

—¡DEElicioso! —gritó— DEE ¡bum! ¡Celebrar todo el mundo! —Y volvió a zambullirse. De nuevo arriba—. ¡El Golem ha muerto! ¡Cuac, cuac, cuac! —Y una nueva zambullida.

—¡También la reina! —Gritó Gaffozalum—. La vieja reina ha muerto. Muerto. Muerto. ¡Ya no hay Regina!

—Esto puede ser causa de algo inaudito, subadar —dijo Leuz. No hubo respuesta y entonces miró alrededor de sí—. ¿Dónde está Ind'dni, Shim?

—No lo sé. O se perdió entre la multitud o se largó. ¿Cómo algo puede llegar a ser más inaudito que esto, Lucy?

—Yo solía dedicarme a la apicultura cuando niño, Shim, y conozco a las abejas. Lo primero que hace una colmena cuando pierde a su vieja reina, es construir celdas reales y formar una tanda de candidatas para desempeñar la tarea.

—¿De qué modo?

—Llenan las celdas de jalea real. Mira a tu alrededor. ¿No es todo esto jalea real?

—¡Por Dios! Creo que tienes razón.

—La primera candidata en abandonar la celda se convierte en la nueva reina. ¿Recuerdas lo que tu amiga repetía una y otra vez? “Estoy fuera de la celda”.

—Pero se refería al Golem y al arresto en la Patraña.

—Claro. Lo primero que hace es abandonar la celda y matar a sus rivales antes de que tengan tiempo de incubar.

—¿Quieres decir que Gretchen fue coronada reina por esta multitud?

—Luego se va de la colmena para que los inservibles zánganos que merodean afuera la fecunden. Emite una llamada de oxiácido que ningún macho puede resistir. ¿Qué había escrito en el tonel donde ella se dio un baño? Hidromiel oxiácido.

—¡Jesús! Casi me has convencido.

—Mejor así.

—Pero ¿sabe lo que están haciendo...? ¿Gretchen y las demás?

—No. Sólo siguen una pauta instintiva trazada por la Naturaleza desde hace milenios atrás.

—Para las abejas —objetó Shima—. No para seres humanos.

—Ajá. No te entra en la cabeza que tu Gretchen no es un ser humano; es el nuevo ántropos primordial. Camino del pináculo está volviendo a la Naturaleza básica y el precio que debe pagar por ello es terrible.

Gretchen emergió del hidromiel excitada y gorjeante. Se sacudía y temblaba y se aferraba del borde del tonel mientras la multitud se mecía alrededor de ella. La abrazaban, la acariciaban, la besaban, le asestaba cariñosas palmadas. La sacaron del tonel en brazos.

—Ajá —dijo Leuz—. Es la pauta de la nueva reina sin duda, Shim. Ahora comienzan los fuegos de artificio. ¿Shim? ¿Shim? Leuz buscó alrededor de sí, sorprendido.

Shima se había ido. Como Ind'dni, se había largado de allí.

Gretchen se irguió sobre sus pies e inició breves carreras sin destinatario ni meta, todavía excitada. No tenía conciencia de nada. Estaba frenética. Era primordial. En este vasto laberinto con tortuosos pasajes y corredores y apartamentos abiertos en la mampostería del viejo puente para edificar el Oasis, ella era la nueva reina y se sentía ciegamente impulsada a aniquilar a sus rivales.

Bajó por la escalera que conducía al apartamento de los Raxon, abajo, abriéndose camino entre el enjambre en busca de no sabía qué, pero el instinto primordial se lo haría saber cuando lo encontrara. Volvió a subir a su propio piso otra vez al acecho, buscando todavía excitada. Entonces se topó cara a cara con Nellie Gwyn, irreconocible con su atuendo de bailarina del vientre, que cantaba a los gritos, pero Gretchen la reconoció. La tomó por el cuello mientras la multitud vivaba.

Ya muerta Nell, Gretchen comenzó de nuevo sus carreras sin destinatario ni meta, y luego, una vez más al acecho y a la busca, salió al corredor abriéndose paso por entre el enjambre hasta que llegó al encuentro de Yenta Caliente, majestuosa en las ropas de Dalila y con la barba de Moisés. La lucha a muerte las llevó a todo lo largo del corredor.

Cuando Yenta estuvo muerta y Bimmy abatida, Gretchen descendió las escaleras del Oasis al acecho, a la busca, excitada, de cacería. Encontró a su presa en el *foyer* y dejó a Sara tiesa bajo una nevada de lentejuelas de plata. Los últimos fragmentos de las ropas de Gretchen quedaron arrancados en esta lucha. Y luego se lanzó al vuelo por las calles de la Patraña.

Corría; sus pechos africanos abultaban; sus nalgas se estremecían; su vulva se abría invitante y se contraía espasmódica a cada paso. Corría ciegamente por la Patraña. Y los zánganos del lugar, ardientes, doloridos, ilusionados de deseo la perseguían locamente.

El zángano es el desecho necesario de la Naturaleza; un mero *Apparat* para la fabricación de semen, desde el león a la abeja. El león macho es un zángano, ocioso, improductivo, inútil salvo por su única función; es alimentado y cuidado por su pareja que es la que mata, produce las camadas y cría a los cachorros. Pero después de haberse almorzado la presa que su pareja le procuró y quedar adormecido al sol ¿quién sueña que es? ¿El Rey de los Animales? ¿Y quién sueña que es el zángano humano?

- ¡Mirad arriba en el cielo!
- ¡Es un ave!
- ¡Es un avión!
- ¡Es el HOMBRE ÁGUILA!

Misteriosamente incubado en un nido de águilas por supercientíficos del espacio exterior y llegado en airoso vuelo a la Patraña, el HOMBRE ÁGUILA utiliza sus misteriosos poderes aéreos para luchar contra las fuerzas del mal y de la injusticia haciéndose pasar entretanto por Chiquito Cojo, un lisiado tímido e inofensivo.

Y el tullido folló a Gretchen por el culo.

- ¿Qué viene cabalgando en ese caballo?
- ¡Es un caldero!
- ¡Es un bote de la basura!
- ¡Es el HOMBRE CABALLERO!

Soldado en forma humana con un acero espacial invisible por un misterioso herrero estelar y dotado de sabiduría por Vulcano, el HOMBRE CABALLERO utiliza sus misteriosos poderes de hidalguía para luchar contra las fuerzas del mal y de la injusticia, haciéndose pasar entretanto por Bate Arenas, un tímido e inofensivo domador de caballos.

Y el domador montó a Gretchen a asentadillas.

- ¡Mirad en ese cuarto de baño!
- ¡Es un sumidero!
- ¡Es una bañera!
- ¡Es el HOMBRE BOCINA!

Formado por el hervor de las aguas atómicas de una fuente mineral sueca y misteriosamente transportado a la Patraña por Guardianes del espacio, el HOMBRE BOCINA utiliza sus misteriosos superpoderes musculares para luchar contra las fuerzas del mal y de la injusticia haciéndose pasar entretanto por Sven Svenson, un tímido e inofensivo recolector de basura.

Y el recolector de basura le aplicó a Gretchen un masaje sueco.

- ¡Mirad detrás de ese árbol!
- ¡Es una rama!
- ¡Es un arbusto!
- ¡Es el HOMBRE ROJO!

Depositado en el último wigwam de las llanuras del Oeste por ecólogos del espacio exterior y heredero de la misteriosa ciencia popular de los indios, el HOMBRE ROJO utiliza sus misteriosos poderes de rastreo para luchar contra las poderosas fuerzas del mal y de la injusticia de la Patraña, haciéndose pasar entretanto por Moishe Katz, un contable tímido e inofensivo.

Y Moishe le hizo sumar 69 a Gretchen.

—¡Mirad allá abajo en el sótano!

—¡Es un tanque!

—¡Es un homo!

—¡Es el HOMBRE GORILA!

Nacido en la tórrida jungla africana y educado en la Patraña por un domador de animales del espacio exterior, el HOMBRE GORILA utiliza su misteriosa capacidad selvática para luchar contra las fuerzas del mal y de la injusticia, haciéndose pasar entretanto por Fido, un tímido e inofensivo perro amaestrado.

Y Fido folló a Gretchen por detrás.

—¡Mirad allí en el tribunal! Es la policía!

—¡Es la ley!

—¡Es el HOMBRE JURADO!

Dictaminado por las cortes de justicia del espacio exterior y heredero de toda la ciencia legal superestelar, el HOMBRE JURADO fue misteriosamente traído a la Patraña para procesar a las fuerzas del mal y de la injusticia con sus misteriosos poderes legales haciéndose pasar entretanto por Ronald Pica, un taquígrafo de tribunales tímido e inofensivo.

Y el taquígrafo procesó a Gretchen *vi et armis*.

—¡Mirad arriba en el cielo!

—¡Es un cometa!

—¡Es una nova!

—¡Es el HOMBRE NEUTRÓN!

Nacido en una estrella fugaz y misteriosamente transportado a la Patraña por los *supermavins* del espacio, el HOMBRE NEUTRÓN utiliza secretamente sus misteriosos poderes astrales para luchar contra las fuerzas del mal y de la injusticia, haciéndose pasar entretanto por Lance Languid, un dilettante tímido e inofensivo.

Y el dilettante montó a Gretchen según el estilo barroco.

—¡Mirad allá calle abajo!

—¡Es una llama!

—¡Es un incendio!

—¡Es el HOMBRE BOMBERO!

Formado de las llamas de la hoguera en que se quemó a una bruja de Salem y misteriosamente llevado a la Patraña por salvadores del espacio exterior, el HOMBRE BOMBERO utiliza sus misteriosos poderes abrasadores para luchar contra las fuerzas del mal y de la injusticia, haciéndose pasar entretanto por M. Monsieur, un tímido e inofensivo chef.

Y el chef clavó a Gretchen *en brochette*.

—¡Mirad allí arriba en la pared!

—¡Es un escarabajo!

—¡Es una araña!

—¡Es el HOMBRE MANTIS!

Habiendo absorbido misteriosamente los superpoderes de un explorador del Amazonas venido del espacio exterior y transportado a la Patraña abordo de un carguero de frutas, el HOMBRE MANTIS utiliza sus misteriosas habilidades de insecto para luchar contra las fuerzas del mal y de la injusticia haciéndose pasar entretanto por Anfeta Stubbs, un tímido e inofensivo capitán espacial.

Y el capitán espacial folló a Gretchen en posición esteliforme.

—¡Mirad esa pirámide!

—¡Es una roca!

—¡Es una piedra!

—¡Es el HOMBRE INCA!

Salvado del útero de su madre agonizante por un Sacerdote consagrado al Sol de Algol IV y conocedor de la misteriosa magia egipcia de las pirámides, el HOMBRE INCA utiliza sus poderes ocultos para luchar contra las fuerzas del mal y de la injusticia de la Patraña haciéndose pasar entretanto por Alex Brut, un tímido e inofensivo secretario.

Y el secretario folló a Gretchen en el sentido contrario al de las agujas del reloj.

Luego vinieron el HOMBRE INCENDIO, el HOMBRE CÓSMICO, el HOMBRE DEMONIO, el HOMBRE ISO, el HOMBRE TIBURÓN, el HOMBRE IMÁN, el HOMBRE PLÁSTICO, el HOMBRE JET, el HOMBRE ENERGÍA y veinte zánganos soñadores más que luchaban todos por colmar la cuota de realidad propuesta por la avasallante invitación de Gretchen y la montaban en pronación, en supinación, en jarras, del revés, a horcajadas, en zigzag, oblicuamente, colina arriba y colina abajo. Y finalmente, el HOMBRE DE CIENCIA disfrazado de Blaise Shima, un químico tímido e inofensivo, tuvo su encuentro con Gretchen a la que aplicó penetrantes estocadas.

Pero fue en ocasión de este clímax cuando el frenesí de la feromona de la reina se agotó y la lucha nupcial llegó a su término. Los espasmódicos músculos del pubis se le contrajeron en una última convulsión y se endurecieron como el acero. El pene de Shima fue arrancado y quedó atrapado en la vulva. Todavía dominada por la dignidad real que la poseía, Gretchen ignoró a Shima y lo dejó allí retorcido y desangrándose hasta morir.

Cuando Gretchen entró tambaleante en su Oasis, fue instantáneamente rodeada por excitadas mujeres que la abrazaban en sucesión, la acariciaban, la palmeaban y la besaban. De entre el revoltijo que reinaba en el apartamento, sacaron a relucir un diván y la persuadieron con halagos de que se tendiera en él. Era una odalisca desnuda, empapada en sudor, saliva y semen, primordial e impregnada de acre olor. Se arracimaron en torno a su cuerpo desnudo acariciándole gentilmente el monte de Venus hasta que el contraído espasmo se distendió. Retiraron entonces el pene ensangrentado de Shima, el signo del apareamiento que indicaba que su reina no era ya virgen, y esperaron estremecidas y susurrantes con musical zumbido.

Por último Gretchen abrió los ojos y miró alrededor de sí. Ellas guardaron silencio y la vigilaron con expectativa.

—Hay que restaurar todo esto —dijo con voz desmayada.

—Sí, Azabache.

—Todo de vuelta al futuro.

—Sí, Azabache.

No entendieron, pero rieron sumisas.

Gretchen comenzó a recuperar el control.

—Melindre, tú debes de conocer compañías de limpieza.

—Sí, Azabache.

—Contrata los servicios de una de ellas.

—Son muy caras, Azabache.

—Puedo pagarlas.

—Todas juntas podemos hacerlo, Azabache —ofreció el monstruo de dos cabezas y cuatro brazos—. No tienes por qué pagar.

—No. Para ustedes dos tengo otra misión. ¿A quiénes de nosotras he matado.

—¿No lo recuerdas? —Marita Confusa estaba asombrada.

—No.

—M-mataste a tres —tartamudeó Melindre—. N-nell, Sara y Y-yenta. Casi mataste a su rabí además.

—Sí. Las contendientes primordiales. Dejemos esto en orden. *Oodgedye* y *Udgedye*, quiero que sus cuerpos sean trasladados al edificio del departamento de Legalidad. Le explicaréis al subadar Ind'dni exactamente lo que sucedió. ¿Podéis hacerlo?

—Lo haremos, Azabache. —A las gemelas ni se les ocurrió disentir, objetar o recusar.

—Probablemente emitirá una orden de captura para mí, pero ya solucionaré eso.

Vosotras, guardias, ayudad a las gemelas y volved al Servicio de Seguridad. No más invasiones.

—Sí, Azabache.

—¿Dónde está la Raxton?

—Aquí, Azabache.

—También haré limpiar y restaurar tu apartamento, pero es necesario reparar tu cielorraso y mi suelo. ¿Conoces alguna empresa constructora?

—Sí, Azabache.

—Consigue a un contratista, yo pagaré.

—No todo, Azabache. Mis muchachas hicieron tantos estropicios como las tuyas.

—¿Mis muchachas? Sí. Mis muchachas. Pero yo las gobierno y me hago cargo de todas las facturas. Consigue un contratista.

—Sí, Azabache.

—¿Dónde está esa muchacha Pi?

—Aquí, Azabache...

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, ma'am ama.

—Lo bastante crecida como para que estés a mi servicio.

—Gracias, ma'am Azabache, ama.

—También irás a la escuela por las noches. Ya voy a disponerlo todo para que así sea. No quiero analfabetas alrededor de mí.

—No, ma'am Azabache; sí, ama Azabache.

—Si alguna de vosotras, muchachas, queréis algo de la casa de Regina, tenéis mi permiso. Tomadlo, pero sin disputas.

—Sí, Azabache.

—Y también de la de Nellie.

—Se quemó. Azabache.

—¿La de Yenta?

—La tiene su rabí.

—¿La de Sara?

—Yo me haré cargo de ella, Azabache.

—¿Tú eres Nora, su modista?

—Así es, Azabache.

—Pues bien, te la mereces, Nora. ¿Puedes solventar los gastos de esa casa?

—Gracias, Azabache. Todavía no lo sé de cierto.

—Si no puedes, recurre a mí. —Gretchen recorrió la colmena con la mirada—. Todas vosotras recurrid a mí por cualquier cosa. ¿Entendido?

Todas se agitaron felices.

—Sólo a mí. ¿Está eso entendido?

Algunas se agitaron infelices.

—Tranquilizaos, todas vosotras. Os lo explicaré esta noche a las veinte en nuestra

primera reunión.

—¿A las veinte? —Marita Confusa estaba perpleja—. ¿Somos veinte?

Odgedye interrumpió su cálculo mental.

—Aguzar el ingenio, boba. Azabache debe de referirse a las veinte horas.

—A las ocho de la tarde —explicó *Udgedye*.

—¿Oh? ¿Vamos a reunirnos a las ocho? ¿Dónde? ¿Aquí?

—No —dijo Gretchen—. Todas estamos sucias. Tenemos que lavarnos, refrescarnos y cambiarnos. En el sauna.

* * *

En los Baños sauna uno será expuesto a las temperaturas heladas, templadas y tórridas de las diversas zonas terrestres; también a los medioambientes de la Luna, Marte y Venus con auténticos efectos de sonido: vientos, nieve, granizo, lluvia, tormentas eléctricas, cantos de pájaros, chirridos de insectos y gritos de animales. También el lenguaje extraño de formas vegetales extraterrestres que susurran o se lamentan y parlotean o murmuran de manera incomprensible mientras germinan, crecen, se reproducen y mueren.

Las aguas, por supuesto, son fantásticamente caras aun cuando se reciclan de continuo. Los perfumes, los jabones y los aceites aromáticos son muchísimo más baratos, pero de nada sirven en realidad sin agua. Por un precio monumental se puede hacer uso exclusivo del sauna para uno mismo e invitados, y ese es el precio que Gretchen pagó.

A medida que los miembros de la colonia se aventuraban por los baños calientes, tibios y fríos; las duchas, los jabones, los aceites y los masajes; el calentamiento, la relajación y el esplendor, Gretchen regalaba a sus súbditos.

—Voy a contarles una historia verídica —empezó—. Algunas de vosotras os reconoceréis en ella. El resto podrá adivinar. No, Lydia querida, nada de fanfarrias ahora. Por favor, no interrumpáis. Que nadie interrumpa.

“Había una vez un grupo de señoras que se reunía una vez por semana para hacer sociedad y gratificarse con comidas, amistad, juegos y diversiones. Eran todas señoras gentiles, dulces y deliciosas que no tenía intención de hacer daño a nadie. Pero hicieron un gran daño porque olvidaron que eran mujeres y hay una gran diferencia entre una señora y una mujer.

“Uno de los juegos a los que realizaron para divertirse fue el hechizo ritual para convocar al Diablo. Ninguna de ellas creía en Satán o el infierno más de lo que creían en Dios y el paraíso. Después de todo estamos en el siglo Veintidós y estas señoras eran modernas y cultivadas; pero también eran mujeres.

“La diferencia que hay entre una señora y una mujer es la que hay entre una pieza de marfil tallada y el colmillo de un elefante; exquisita, hermosa, el resultado de

siglos de artesanía —tened en mente esta palabra— la artesanía de diseñar, modelar y tallar el colmillo natural para convertirlo en una obra de arte que agrada a los hombres. Nosotros estamos talladas por la artesanía del hombre para ser convertidas en señoras que agraden a los hombres. Y nos hemos olvidado del colmillo original, el arma belicosa, dañina y peligrosa que es una mujer. Se dice que dentro de cada broma se encierra una verdad. Dentro de cada pieza de marfil tallada se encierra un arma.

“¿Por qué han permitido siempre las mujeres que los hombres las exploten y las tallen para ser convertidas en señoras? ¿Lo hicimos porque necesitamos a los hombres tanto como ellos nos necesitan a nosotras. Pero mientras que se nos ha obligado a aceptarlo tal como son, ellos tienen miedo de nuestra auténtica realidad y por tanto la necesidad nos atrapa con la seguridad que brinda una pieza de marfil tallada; a los hombres, por supuesto. Pero la amenaza permanece oculta en nosotras.

“Y algo muy extraño sucedió con este grupo de encantadoras señoras. Los peligros primordiales sepultados y olvidados en cada una de ellas, combinados, dieron nacimiento a un único peligro integrado, a una criatura cuasi real, a una proteica lujuria primaria, a un bruto macho multiplicado por diez veces diez, el Golem¹⁰⁰. No describiré los horrores que éste trajo consigo a la Patraña. Todo eso ha terminado ya. El bruto se ha esfumado en otro universo.

“Esto no debe volver a suceder jamás. No volverá a suceder conmigo o mis muchachas. Desear a los hombres, sí. Aceptar a los hombres, sí. Usarlos, sí. Pero nunca permitir que un hombre la use a una. Dejado que quieran a las mujeres, aceptado; pero no dejéis que os corrompa la artesanía con la que un colmillo se convierte en una pieza de marfil tallado para seguridad suya. Por eso digo: gustad de los hombres, sí, pero no más que eso.

“Gustad de ellos, gozadlos, usadlos para lo que resultan perfectamente adecuados, pero jamás los necesitéis. ¿Por qué habríais de necesitarlos? Nos tenemos a nosotras mismas. Ya basta de señoras: somos mujeres. Nosotras somos la casa, ellos sólo los inquilinos. Ellos pueden ir y venir; nosotras somos para siempre. La próxima reunión tendrá lugar también en este sauna, el mismo día a la misma hora la semana entrante. Lo dispondré todo para que así sea. Entretanto, permaneced aquí y gozad de vuestra libertad. Pi, muchacha, tú ven conmigo. Tengo que asistir a una confrontación definitiva con un químico chauvinista que utilizó mi ‘neurosis de señora’ más de lo necesario.

* * *

(Salida de los Baños sobre Soho. Gretchen y Pi se internan en la Patraña. Resplandecen de limpieza; se han bañado y han recibido masajes. Lucen monos flamantes. Ninguna se ha maquillado, pero Gretchen tiene esparcidas lentejuelas con los colores del arcoiris sobre su peinado afro. Pi se ha trenzado los pálidos cabellos y los ha sujetado con moños de seda blanca. Se detienen un momento mientras los letreros de la calle y las aceras resplandecen y hablan e instan al público.)

LOS LETREROS

¡VIVE! ¡VIVE! ¡VIVE! ¡VIVE! ¡VIVE!
¡AMA! ¡AMA! ¡AMA! ¡AMA! ¡AMA! ¡AMA!
¡COME! ¡COME! ¡COME! ¡COME! ¡COME! ¡COME!

LAS ACERAS

¿No te gustaría recibirla por el culo, nena? ¡Sígueme! ¡Sígueme! ¡Sígueme a la escena del crimen!

(Dos borrachos ríen y se tambalean a lo largo de un interminable pene luminoso que los conduce por la acera a la vuelta de la esquina.)

PRIMER BORRACHO

(Con el confuso acento de la Patraña) Eh vamo' hombre alrededó del mundo en toda' la' direcione'.

SEGUNDO BORRACHO

(Simulando aristocrática elegancia) Tú no me sigues amigo mío.

LOS LETREROS

FALSOHOMBRE... 100
FALSOLODO... 150
FALSAMUCHACHA... 175
FALSATRIPA... 160
FALSOPIPI... 75

GRETCHEN

(Señalando) Vamos por allí, Pi, muchacha.

PI

¿Por dónde, sira Ama?

GRETCHEN

Hacia el Oeste, el distrito residencial. A la *penthouse* de Blaise Shima. Tendremos que ir andando. Ven, muchacha.

(Las dos mujeres siguen su camino por las calles de la Patraña. Al bordear las orillas del Río Hudson, los monstruos de lodo, generados por la contaminación radioactiva del puerto de Nueva York se esparcen por el pavimento roto; son limo ambulatorio en busca de alimentos inmundos.)

LOS MONSTRUOS

¡Ssss! ¡Pfff! ¡Zzzz!

(En la casa pública de Mamá Merkin, tres putas se asoman por la ventana del piso alto; en la mano izquierda tienen velas encendidas en forma de falo; con la mano derecha se acicalan para los encuentros nocturnos. Están vestidas y peinadas según el estilo de celebridades contemporáneas del espectáculo.)

PI

¡Ohhh, sira Nunn ama! ¿No es esa Greta Grabya?

GRETCHEN

No.

PI

¿Y Fonda del Solitary?

GRETCHEN

No.

PI

¿Y Factor Rh?

GRETCHEN

No. No son más que imitaciones de quinta categoría.

(Las prostitutas abren la ventana de par en par y comienzan a entonar la canción que las anuncia al público de la Patraña.)

LAS PUTAS

*Dijo mi madre que siempre debía
Follar con un hombre en el bosque.
Cuando lo hagas, me aconsejaba,
No olvides el uso del culo
Del culo, del culo,
Del culo, del culo
Y el hombre feliz que te pague.
(Elpasavomitorio de la esquina emite luces seductoras.)*

PI

¡Oh, por favor, sira Ana! Me encanta la última de Gargaji. ¡Por favor, sira! ¿Por favor?

(Gretchen, a regañadientes, se detiene e introduce una moneda en el pasavomitorio. Pi presiona el botón N° 1101. Se desprende la bichoguja, se dirige a la huella del dedo índice de Pi, lo sigue y se produce una dulce emisión.)

GARGAJI

*Vomitación, vomitación.
Regurgitación, regurgitación.
Vomita, vomita.
Arrójalo todo, papito, a cántaros.
(La bichoguja acaba su número y vuelve volando al pasavomitorio. Cerca del Pasaje Persona, ex Pasaje Doncella, veintidós cargadores que transportan enormes bultos de Plastequila Condensada & Evaporada discuten con una patrulla de soldados de la O. L. P. y su teniente.)*

UN CARGADOR

Tenemos que hacer la entrega. ¿Desde cuándo hay aquí aduana?

TENIENTE

Desde ayer. Si quieren hacer la entrega tienen que pagar veinte, eso es todo.

(A Gretchen)

¡Hola! A ti te recuerdo. La judía falasha que vino a nuestra pirámide. Linda judía morena.

GRETCHEN

Hola, guapo. Veo que el Padre Olp impuso nuevos límites vecinales ilegales. Grandioso. ¿Tenemos que pagar?

TENIENTE

No quiero dinero de ti. ¿Quizás otra cosa más tarde?

GRETCHEN

Claro. Te veo después.

(Explosión. Sacudida. Al explotar una bomba, se desmorona la fábrica de Krypton Ketchup y el Movimiento Terrorista Orgánico hace una declaración para el sistema de emisora pública.)

EMISIÓN

¡Lo hicimos! ¡Lo hicimos! Pero tened por seguro, público envenenado, que los ingredientes de nuestra bomba eran pura y exclusivamente orgánicos. El Movimiento JAMAS se corrompe.

(Mil ventisiete vampiros de la Patraña se tiñen de carmesí mientras lamen el ketchup derramado.)

LOS VAMPIROS

Lam-Lam-Lam-Lam-Lam-Lam-Líqueti-Lam.

(En la tienda de tiro al blanco del Capitán Arpón, las mujeres desnudas que constituyen el blanco lanzan gritos de desafío a los arrojadores de dardos sadomasoquistas.)

BLANCOS

¡Disparad los dardos, disparad! ¡Odiadme y disparad! ¡Intentad un tiro triple! ¡Teta, teta y coño!

CAPITÁN ARPÓN

¿No prueban suerte, nenas? Tenemos como blancos algunas grandes pollas jugosas...

GRETCHEN

Ella es demasiado joven y yo demasiado vieja.

(De lo alto descende lentamente una horca de la que pende un hombre por el cuello; el lazo de estrangulación está anudado con las trece vueltas de cuerda tradicionales.)

PI

Ooh, mire sira Gretchen, ama. Tengo vistos muchos suicidios, pero nunca uno como éste.

(Una manada de viejas brujas sigue la horca en descenso absorbiendo con avidez las emisiones del espasmódico pene del suicida.)

GRETCHEN

Tengo vistos, Pi. Vistos. Es evidente que debo enviarte a una buena escuela.

(Los alumnos de una clase nocturna de la Escuela Elemental de Enseñanza Televisiva estudia gravemente lo que se proyecta en una pantalla.)

LA PANTALLA

BELLUM/EFICAZ LANZA-LLAMAS DE TIEMPOS ANTIGUOS

Definid “Eficaz”
Definid “Lanza”
Definid “Llamas”
Definid “Tiempos”
Definid “Antiguos”

Escribid un ensayo de quinientas (500) palabras sobre el uso del guión.

Definid “Guión”
Definid “500”

PI

(Con tristeza) Yo no aprobaría ese examen, sira Gretch. Ama.

GRETCHEN

(Con animación) No te preocupes, querida. Esa era una clase muy avanzada para gente de cociente intelectual muy alto.

(En el Centro Nixon, ex Lincoln, la sira Liz Cuiz recibe ruborizada el primer premio por su muestra de flores de cera en la Septuagésima Quinta Exhibición Anual de Horticultura Artificial.)

SIRA CUIZ

Debo admitir que el plástico nunca podrá reemplazar a la cera, especialmente si de comer se trata.

(Apresuradamente)

No os enojéis conmigo, vosotros los de la hermosa Compañía Fotoplástica. El plástico me gusta mucho también.

La Compañía Esquimal de Exterminio limpia un depósito de la IRA, para salvar toneladas de documentos acusadores e incriminatorios, de los estragos de los insectos y los roedores. Dos esquimales discuten los méritos relativos de las hormigas y las cucarachas mientras se las comen.)

PRIMER ESQUIMAL

Halstu di oyg'n tsu der erd, vestu mer vi verem nisht zen.

SEGUNDO ESQUIMAL

Der vus hot alemen lib, iz gelibt fun keymen.

PI

Esos esquimos están por todas partes.

GRETCHEN

Esquimales, Pi. *Esquimales.*

(En el Rodeo de Sodoma, un chimpancé jinete se queja amargamente ante los peones que aprontan al bronco humano que ha de montar en la competencia.)

CHIMPANCÉ

¡Tk-nk-fk-wk-tk-lk-mk-bk-zk!

PRIMER PEÓN

¿Qué le sucede ahora?

SEGUNDO PEÓN

Oh, estas estrellas del rodeo siempre se están quejando. Dice que le atamos el alambre de púas en torno a las pelotas del bronco demasiado ajustado para hacerlo corcovear. Que eso le quita todo el jugo al padrillo.

(En el Palacio de Hielo Criogénico dos caníbales comentan la cocina criogénica).

PRIMER CANÍBAL

Hay que descongelarlos primero antes de asarlos.

SEGUNDO CANÍBAL

No si han estado congelados un centenar de años. Se ponen algo hediondos. Hay que asarlos primero.

PRIMER CANÍBAL

¿Qué parte te gusta más?

SEGUNDO CANÍBAL

Las tripas.

PRIMER CANÍBAL

Oh, querido, esa es la respuesta. Las tripas son una delicia.

(Noche en la Patraña. Iluminación lúgubre. Maleantes-gnomos. Se está asando el cadáver congelado del Señor Rubor Tubor. Los bailarines de Salem Burne se calientan alrededor del fuego. Las manos arácnidos del Padre Olp juegan con las nalgas del jeque Omar ben Omar mientras éste monta a un infiel. En la morgue Gianni Jiki compra el cadáver de Droney Lafferty, cuya piel moteada será convertida en tapiz de pared. Los ojos negros de Yenta Calienta fueron canjeados por una batidora manual. La Pisciterm acaba de descubrir que sus aguas fenomenales son también alucinógenas. Tres ingenieros del Dique de Portal del Infierno del Hudson probaron matemáticamente en una Convención Científica que las abejas pueden volar. La Señorita Melindre es violada por un robot y lo lleva a un terapeuta. El Scriabin Finkel original, de noventa y siete años, muere y su personal compone una pieza de despedida titulada: GUARDAME FINKEL, POR LOS CAMPOS ABIERTOS DE LA MUERTE.)

* * *

El Oasis de Shima había sido otrora el Museo Español. Su *penthouse* era una culminación en el entorno aserrado que se levantaba por sobre el humeante Hudson en el que fuegos fatuos ardían y danzaban encima de remolinos y contracorrientes.

Gretchen abrió la puerta de la *penthouse* y llamó en tono perentorio:

—¡Blaise!

No hubo respuesta.

Entró en compañía de Pi. Exploraron la sala, el dormitorio, el cuarto de baño, la cocina y la terraza todavía alfombrada por la tierra del Día de Ops.

—¡Blaise!

—No hay nadie aquí, sira Azabache, ma'am ama.

—¿Después de todo lo que he pasado el hijo de puta ha vuelto al trabajo sin siquiera llamarme? ¿Se refugia? *Le pauvre petit*. ¡Típico!

Llamó a la CCA. Shima no se encontraba allí.

—Si ha perdido el control y padece de nuevo de una fuga, esta es la última vez que me hago cargo de su fianza. Pi, muchacha, llama al Departamento de Policía por mí. No quiero que oigan mi voz y me rastreen. Te indicaré lo que debes decir.

Pi obedeció y llamó al Departamento de Policía. Shima no se encontraba allí. No había orden de captura en su contra. Ind'dni tampoco se encontraba allí. El subadar se había ido a su casa.

¡Qué diablos! Tengo que evitar que se emita la orden de mi captura de cualquier manera. Pi, muchacha, vuelve a mi casa y supervisa la restauración del lugar. Eres responsable, muchacha, yo me hago cargo de tu crecimiento. No quiero niñas alrededor de mí. Voy a casa de Ind'dni. Puede que él sepa dónde se encuentra Shima. Tendré una explicación con cada uno de ellos y terminaré con el asunto. Yo *pertenezco* a una nueva especie, por Dios. ¡Libre! ¡Libre! ¡Es una *mechia*!

Pi acompañó a Gretchen a la residencia de Ind'dni, situada en lo que una vez había sido el Parque Gramercy, y luego siguió camino del Oasis en la "Ciudad Vieja". Gretchen subió al piso de Ind'dni y llamó.

El subadar, hermosamente vestido de blanco, le abrió la puerta.

—¡Ah! —exclamó con una sonrisa—. Te he estado esperando. Entra, entra. Entra en paz y esperanza. También nosotros hemos encontrado el camino al pináculo primordial. Hemos encontrado la *ishta devata*, el verdadero objeto de veneración. Es el Señor Siva en Su primera manifestación gloriosa como *Sveta*, el Blanco.

Gretchen abrió la boca en silencio, pero se recompuso luego y logró musitar:

—¿Ind'dni?

—Una vez lo fui —dijo él sonriendo—. Ven. Entra. Tú eres mi amiga bienamada Gretchen Nunn.

—También yo lo fui alguna vez —respondió ella mientras entraba—. También yo encontré el camino, subadar.

—Sí —dijo Ind'dni serenamente mientras cerraba la puerta—. Sí, estoy plenamente enterado de todo lo que ha trascendido. Te dije que no carecía de

recursos. Has alcanzado una nueva cumbre, una cumbre exaltada, quizás aun en el pináculo primordial al que no pudo llegar Shima, ¡ay!, antes de morir. A pesar de todas sus brillantes ventajas, no fue capaz de estar a la altura del desafío que soñó con enfrentar.

—¿Cómo? ¿Blaise? ¿Muerto? —Gretchen estaba alterada?

Ind'ndni hizo una señal de asentimiento.

—Pero ¿cómo?

—¡Ah! no lo recuerdas. Dejaste tu vieja vida atrás como yo dejé la mía. Tú, en el nuevo rol de reina, lo deshiciste.

—¿Yo lo maté?

—Lo castraste.

Gretchen quedó sin habla.

—¿Cómo? ¿Culpa? ¿Dolor? Ven, amor, ambos estamos más allá de eso, así que hablemos francamente como iguales, y *somos* iguales, lo sabes. También yo alcancé un pináculo y soy quizás el único igual primordial con que puedes contar. De modo que seamos amigos y apoyémonos el uno al otro.

—T-tú... tú estás sólo tratando de consolarme. —Estaba impresionada—. ¿Yo deshice a Blaise... lo castré?

—Debemos consolarnos el uno al otro. Estamos solos en la cúspide y sólo nos tenemos a nosotros mismos.

—P-pero todos vosotros dijisteis que yo había nacido para ser... el Nuevo Antropos Primordial... No *usted*, subadar. ¿Cómo llegó usted a su pináculo?

—Renací a través del Agujero Negro.

—¿En el anti-universo? ¿Ese fue el efecto que tuvo?

—O quizá la nueva colonia, tu nueva colmena me ha elevado a las alturas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Llámalo más bien por su verdadero nombre, Siva, el Divino Generador de la Vida. Entraremos juntos en el universo de Siva. Tú tienes mucho que enseñarme y yo te enseñaré a procrear el espíritu del *Soma*, que todo lo abarca.

—Ind'ndni, no puede tratarse de ti. Hablas como quien ha perdido la cordura y creo que yo estoy loca también. ¿Qué nos ha sucedido?

Y él le enseñó a venerar las doce *Lingas* sagradas durante tres enloquecedoras horas de erotismo que la dejaron jadeante e incrédula y fundiéndose en el *Soma* universal.

—¡Oh, Dios mío...! —susurró—. ¡Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío! Nunca antes había sido amada así. ¡Nunca! ¡Ni tampoco ninguna otra mujer! Nunca antes había amado de este modo. ¡Nunca! ¿Es este el pináculo?

Él hizo una señal de asentimiento.

—Sabía que no eras el marica que pretendiste ser delante de Shima. Eres un hombre. Eres más que un hombre; eres diez veces diez más hombre que ningún otro que haya conocido. ¡Dios mío! ¡Dios de los cielos! Te amo. Te amo. Te amo. ¿Y tú?

¿A mí? ¿Me amas también?

Ind'dni se sonrió, luego se puso de pie, se dirigió a un espejo y escribió en él con el índice teñido de carmesí:

OMA 3T

A Gretchen le insumió algún tiempo comprender lo que acababa de ver.

—P-pero esa era tu mano izquierda —susurró—. Estás escribiendo con la mano izquierda y has trazado una escritura especular invertida. Yo... tú... Él nunca volvió del contramundo. ¡Oh, Dios! ¡Dios mío querido! —La voz se le quebró—. El... él quedó atrás. Quedó atrapado en ese caos por siempre. Tú volviste en su lugar, ¿no es así? ¿No es así? —Su voz se elevó histérica—. Y vienes haciéndote pasar por el verdadero Ind'dni... Mi querido, mi dulce, mi magnífico Ind'dni. Eso explica porqué decías y hacías todo al revés después de tu regreso. Tú eres su anti-yo, el Ind'dni invertido, implacable, traidor, lascivo, sin bondad... el Ind'dni negativo que mi verdadero Ind'dni vio.

Él sonrió.

—Yo soy el Golem.¹⁰¹

2280 D. C

—¿Y? ¿Esto Candado?

—N.

—¿Esto Sor Armónica?

—Nn.

—¿Y Judeuropa?

—Nnn.

—¿Doesto?

—¡Patraña! ¡Patraña! ¡Patraña!

—Salú.

—No achiis, elnom. Patraña. P-puta, t-teta, ña-ca. Patraña. Etás Patraña, Estatus Vietnidos. Lasitud 101001 degradados norse.

—¡Quii?

—Anus Dominio 100011101000.

—¡¡Estado frapé cincuenta anos??

—S. Tene manicura ahorra (.·s te portamos de Laska a Patrañá

—¿Podenco decir cago yo en Patrañá?

—Cloro. ¿Dónderes?

—Afro.

—Oka. Pero 1° te penco al espanto. ¡Qué felipidad! Ella era ¡muy! felipe hace hunos dorremí zen anos, 2175.

—¿Qué mecha diste? ¿2175?

—Telo revolveré. Aparca la moraleja, hombre, y yo...

—¡NENA hombre!

—¡Eepa!, novi tetas. Oye, nenahombre & yodi entrada compumineta yacías frapé criogénita en helaúdes. Diré cómo+porque toda Patraña cambió de=personas a ‡. Diré cómo ántropos OFF abur idem dinovarios y una N*U*E*V*A raza premiodal pescas dio salto quantum & nos reemplazó en Patrañá. Nosesi pescas=nosotros.

—Creo que vuelvo helaúd.

—¡Nnnn! ¡Oyee!

FIN

Notas

[1] *Pie*, en inglés. (N. del T.) <<

[2] *Ms* o *Miz*: tratamiento que no indica estado civil de la mujer utilizado por las feministas anglosajonas. Inexistente en castellano. (N. del T.) <<

[3] *Gook* en el original: Término despectivo aplicado a los asiáticos en los EE.UU. (*N. del T.*) <<

[4] Referencia a la *Bulfinch's Mythology* (Mitología de Bulfinch). (N. del T.) <<

[5] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[6] Confunde el nombre intencionalmente llamándola *Bunn*, o sea “bollo”. (*N. del T.*)

<<

[7] Nueva confusión deliberada, *Funn* es algo que provoca gracia. (N. del T.) <<

[8] Intra National Cartel Association. <<

[9] En inglés *Honk*, término despectivo de los negros estadounidenses dirigido a los miembros de la raza blanca. (N. del T.) <<

[10] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[11] *Queen* (reina) no comienza en efecto con “R”. Por eso traducimos en este contexto “soberana”. La R va para la palabra latina regina, como se aclara en el mismo texto. (N. del T.) <<